



BRIAN FREEMAN
BAJO SOSPECHA

Lectulandia

Dos pueblos enfrentados a muerte, una adolescente acusada de asesinato y un padre decidido a todo para defender a su hija...

La nueva novela de Brian Freeman tiene aquello que te gusta en un buen thriller: giros inesperados, personajes enfrentados a situaciones límite y un final explosivo. Los ingredientes que han llevado al autor de Minnesota a la primera división de la literatura de suspense norteamericana.

Chris era un abogado experimentado, pero nunca imaginó que el caso más difícil de su vida sería defender a su hija de la acusación de asesinato. Todo parece estar en contra de la joven Olivia: varios testigos la vieron aquella noche en una urbanización desierta, jugando a su propia versión de la ruleta rusa con su rival Ashlynn, que poco después apareció muerta. A medida que investiga, Chris descubre una historia sórdida, la lucha entre dos pueblos: Barron, enriquecido por el auge de la industria química, y el vecino St. Croix, que lo único que ha recibido son aguas contaminadas, casos de cáncer y mucho odio. Pero Chris también descubre que ningún padre puede estar seguro al cien por cien de lo que es capaz de hacer su propia hija.

Premio Thriller Awards 2013.

Lectulandia

Brian Freeman

Bajo sospecha

ePub r1.0

brusina 23.04.14

Título original: *Spilled blood*
Brian Freeman, 2012
Traducción: Begoña Prat Rojo

Editor digital: brusina
Diseño de portadilla: GONZALEZ
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Para Marcia

Prólogo

El Mustang descapotable naranja fuego de Ashlynn renqueó con un neumático pinchado hasta detenerse en la calle principal del pueblo fantasma.

Era casi medianoche, pero la luz de la luna confería a las ruinas un brillo plateado. La gravilla estaba cubierta con las sucias esquirlas de los cristales de las ventanas encaladas de los escaparates. La maleza muerta reptaba como una serpiente por las aceras agrietadas. Junto a Ashlynn, la fachada de uno de los edificios lucía el nombre de Banco Mercantil de los Granjeros del Suroeste cincelado en ladrillo rojo, aunque hacía mucho que los banqueros habían ido a la quiebra, junto con los granjeros y los propietarios de los comercios. Al otro lado de la calle, un anuncio oxidado de 7Up colgaba del cartel metálico desgastado del colmado Ekqvist. Cuando soplaba el viento, un tornillo suelto emitía un chirrido atormentado y tortuoso, como un animal atrapado.

En términos oficiales, el pueblo ya no existía. No figuraba en los mapas, y sólo los adolescentes de la zona iban allí a romper los cristales de las ventanas y pintar *grafitis* en las paredes. Cien años atrás, aquella calle despertaba cada mañana con el zumbido de la maquinaria y el aroma del maíz y la gasolina. Pero ahora ya no. Año tras año, familia tras familia, la población había ido menguando hasta desaparecer. Incluso los fantasmas se habían marchado, pues ya no quedaba nadie a quien aparecerse.

Ashlynn se había quedado tirada. Comprobó la cobertura del móvil, pero se hallaba en una de esas extensas franjas rurales donde la señal de las torres de comunicación no alcanzaba. Uno podía conducir a lo largo de kilómetros y kilómetros entre los campos de maíz y soja del suroeste de Minnesota, alejarse del mundo y retroceder en el tiempo. Permaneció sentada en el costoso coche que su padre le había regalado el año anterior, al cumplir los dieciséis, y se preguntó qué hacer a continuación. Adónde ir. Cómo llegar a casa.

Cerca del río, había cometido el error de desviarse por el solitario camino de tierra, pero no quería cruzar el pueblo de St. Croix. En esos tiempos, si eras un adolescente de Barron evitabas andar solo por St. Croix. Dejarse ver por aquel pueblo no era seguro para nadie.

Mucho menos para Ashlynn. Mucho menos cuando eras la hija de Florian Steele.

Bajó del coche y se quedó de pie en el centro de la antigua calle principal como si fuera la última mujer sobre la faz de la tierra. Estudió su maltrecho Mustang, cubierto por una capa de polvo. El caucho flácido del neumático posterior izquierdo parecía un helado derretido. A ambos lados de Ashlynn, las ruinas de media docena de edificios abandonados se erguían amenazantes detrás de puertas cegadas con tablones de madera y señales de «No pasar». Entre las construcciones se extendían parcelas

cubiertas de maleza, como huecos entre los dientes de una sonrisa putrefacta.

—¿Hola? —llamó, y lo repitió más alto—: ¡Hola!

No esperaba respuesta. La carretera tenía poco tráfico durante el día, y nadie circulaba de noche por aquel pequeño y olvidado rincón en las vastas planicies del valle del río Spirit. Un cuervo contestó a su grito con un graznido. Las ramas desnudas de los imponentes árboles se mecieron con una ráfaga de aire. Nada más.

Sin un lugar adonde ir, deambuló hasta el final de la calle, donde el pueblo se disolvía en un paisaje de campos sin cultivar. Distinguió la superestructura gris de un elevador de maíz, mugriento por el desuso. En el espacio abierto junto a la maquinaria agrícola, bajo unos gigantescos robles, se emplazaba un parque infantil. El suelo, de un marrón invernal, estaba embarrado. Alcanzó a ver la gruesa cuerda y el asiento de madera combada de un viejo columpio que colgaba de una de las ramas bajas del árbol más alto. Avanzó por la hierba empapada y se sentó en él; se balanceó suavemente adelante y atrás agarrada de la áspera cuerda, con los tacones de sus botas de piel de becerro metidos en un charco.

Aquello la hizo sentirse pequeña e inocente de nuevo, y le entraron ganas de quedarse allí para siempre. Cerró los ojos, escuchó el rugido del viento y aspiró el olor a pino hasta perder la noción del espacio. Pensó en su padre cuando ella era sólo una niña y se descubrió murmurando una nana que la hizo sonreír. En los viejos tiempos, él solía cantársela. Durante un rato trató de fingir que las cosas eran distintas, pero fingirlo no borraba lo que había hecho ni lo que aún le quedaba por hacer. En ocasiones, la vida te colocaba en una encrucijada irresoluble.

Cuando abrió de nuevo los ojos, Ashlynn seguía en el pueblo fantasma, pero ya no estaba sola.

Dos siluetas parecían haber surgido de la tierra yerma. Se hallaban de pie en el camino de tierra que había cerca del parque, con la vista fija en ella. Ashlynn se aferró con fuerza a la cuerda del columpio, plenamente consciente de su vulnerabilidad. Su instinto le decía que huyera, pero era incapaz de correr. Se quedaron mirándose, a diez metros de distancia, inmóviles y cautelosas. Nadie se movió; nadie habló. Entonces la más alta de las dos figuras desconocidas se aventuró a acercarse y la segunda la siguió. Ashlynn las reconoció: eran chicas de su instituto.

Chicas de St. Croix.

La más alta se acercó a Ashlynn con actitud arrogante hasta quedar a escasos centímetros de su cara. Llevaba una botella de cerveza en la mano y, al hablar, su aliento desprendió un olor amargo.

—Ashlynn Steele. No me lo puedo creer.

—Hola, Olivia —respondió Ashlynn con serenidad.

Olivia Hawk tenía un año menos que Ashlynn, medía algo más de metro y medio y era escuálida y bonita. Sus piernas eran dos largos palillos metidos dentro de unos

vaqueros raídos, y llevaba una chaqueta de franela sin abrochar por encima de una camiseta blanca que dejaba a la vista unos centímetros de su liso vientre. Tenía el pelo largo y castaño, y unos intensos ojos pardos. Era lista y salvaje, y Ashlynn distinguió en su rostro una emoción descarnada.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Olivia con voz desgarrada, más por la aflicción que por la cólera. Estaba borracha.

Había otras chicas que le tenían ojeriza a Ashlynn por ser quien era: la hija de Florian Steele; rica en un pueblo donde los demás apenas se las apañaban; rubia, menuda y bonita. Y a pesar de que con todo eso bastaba, entre Olivia y ella había aún algo más. Aunque no hubiera existido un contencioso entre ambos pueblos, secretos desagradables, ellas dos nunca habrían podido ser amigas.

—Se me ha pinchado una rueda —explicó Ashlynn.

—¿Y dónde has estado esta noche?

—En ninguna parte —contestó Ashlynn.

Oyó la acusación implícita en las palabras que Olivia no había pronunciado: «Has estado en St. Croix, ¿verdad?». No era cierto, pero Ashlynn no tenía intención de compartir con ella lo que había ocurrido en realidad. Aquél era su secreto.

—¿Y vosotras? —preguntó Ashlynn—. ¿Por qué estáis aquí?

—No lo entenderías —replicó Olivia.

—Prueba.

—Estamos aquí por Kimberly, ¿vale? Solíamos venir juntas a este sitio para pasar el rato.

Ashlynn cerró los ojos y sintió como el dolor y la ira de Olivia la anegaban. Lo había captado: se había inmiscuido en algo sagrado.

—Esta noche se cumplen dos años de la muerte de Kimberly, Ashlynn —continuó Olivia—. Aunque es probable que no lo recuerdes.

—Sí, me acuerdo. Claro que me acuerdo.

—Era mi mejor amiga.

—Lo sé.

—Cuando murió, se había quedado calva y pesaba treinta y cinco kilos.

Ashlynn hizo una mueca ante aquella imagen. No conocía bien a Kimberly, pero recordaba su muerte. Kimberly, Vince, Lynn, Gail, Drew: recordaba a todos y cada uno de los adolescentes de St. Croix que habían muerto de leucemia en los últimos cinco años, y sus fantasmas extendían una sombra de culpabilidad sobre ella.

—Fue algo terrible, Olivia —dijo—. Espantoso.

Olivia le acercó un dedo a la cara en señal de advertencia.

—No finjas que lo entiendes. No tienes ni idea de lo que es perder a alguien cercano.

Ashlynn no pudo evitarlo: se echó a reír, que era lo peor que podía hacer. Fue una

risa estrangulada y trágica que crispó su cara e hizo que la de Olivia enrojeciera de furia. Trató de recobrar la compostura y reconducir la situación antes de que se descontrolara.

—Lo siento. Por favor, Olivia, no hagamos esto ahora.

—Que te jodan —le espetó Olivia arrastrando las palabras—. Te odio.

Ashlynn sólo quería terminar con aquella discusión, quedarse a solas y llorar. Dirigió su atención a la otra adolescente, que permanecía de pie a un lado del columpio, con la vista fija en el suelo. Si alguien iba a ayudarla, ésa era Tanya Swenson.

—¿Cómo estás, Tanya? —preguntó.

Tanya era una chica con la cara redonda y el pelo rizado y rojizo, tímida e introvertida, alguien que seguía la estela de una amiga lista y extrovertida como Olivia. Era de Barron, pero había terminado uniéndose al grupo de St. Croix debido a su amistad con Olivia y Kimberly... y al papel que había desempeñado su padre. El padre de Tanya era el abogado que había liderado la demanda para llevar a Mondamin Research a juicio.

Así había empezado todo. Así había empezado la sangrienta disputa entre ambos pueblos.

Tanya se metió las manos en los bolsillos.

—Estoy bien.

Ashlynn quería verle los ojos, quería que la otra chica reconociera el vínculo silencioso que existía entre ambas. «Sabes que yo no soy el enemigo».

—¿Has venido en coche, Tanya? —preguntó.

La chica baja y gruesa se removi6 en su sitio.

—Mmm, sí.

—Pues podrías llevarme a casa.

—No te va a llevar a ninguna parte —las interrumpió Olivia—. Ni de coña.

—¿De verdad, Tanya? —preguntó Ashlynn—. ¿En serio?

—No lo sé... Supongo que no debería.

Ashlynn suspiró, frustrada. No tenía fuerzas para pelearse.

—Vale, no importa. Dormiré en mi coche, Olivia. ¿Eso te hará feliz?

—¿Feliz? ¿Te crees que estamos aquí para echarnos unas risas?

—Ya sé por qué estáis aquí, pero eso no tiene nada que ver conmigo. Llevo horas conduciendo. Estoy cansada; me voy.

Cuando Ashlynn se bajó del columpio, Olivia la empujó con fuerza por la espalda e hizo que se tambaleara, obligándola a agarrarse de la cuerda para recuperar el equilibrio. El columpio se agitó en un círculo alocado y Ashlynn resbaló y cayó de rodillas en el barro. Los calambres le acuchillaban el abdomen con tanta fuerza que se quedó sin respiración. Trató de ponerse en pie pero no pudo, y tuvo que apoyar las

manos en el fango.

—Por favor, no —murmuró con la respiración entrecortada.

Olivia estaba llorando.

—¿Tienes idea de lo asustada que estaba Kimberly? —chilló a través de las lágrimas—. Tenía catorce años y se estaba muriendo. ¿Crees que eso está bien? ¿Te parece justo?

—No, no lo es.

—La gente como tú no puede ni siquiera imaginar lo horrible que es. Tú estás ahí sentada con tu vida perfecta mientras el resto de nosotros pasamos por un infierno. ¿Sabes lo que quiero? Quiero que sufras como sufrió Kimberly. Quiero que tengas tanto miedo como ella.

Ashlynn pensó en contestarle también a gritos: «¡Tú no sabes nada!», pero nada de aquello era culpa de Olivia. Apartó la vista para ocultar su propio dolor, pero sólo consiguió empeorar la situación. Olivia malinterpretó su reacción y pensó que a Ashlynn no le importaba, cuando no era cierto. En absoluto.

Olivia hurgó en la bandolera que llevaba colgada del hombro y sacó algo. A Ashlynn le dio un vuelco el corazón, y sintió que el dolor le abrasaba el estómago. Olivia sujetaba un revólver mugriento y viejo, con un cañón de ocho centímetros.

Tanya abrió los ojos como platos al ver el arma.

—¡Livvy! ¿Qué estás haciendo? ¿De dónde has sacado eso?

—Calla —replicó Olivia con brusquedad.

El arma se retorció entre sus jóvenes dedos. Olivia bajó el percutor con el pulgar y la amortilló. Después apuntó el cañón hacia Ashlynn, sujetándolo tan cerca de su cara que el metal casi le rozaba la frente. Su dedo se deslizó sobre el gatillo.

—¿Asustada? —le preguntó a Ashlynn.

—Sí.

—¿Aterrorizada?

—Sí.

—Bien.

—Livvy, déjalo correr —chilló Tanya—. Basta ya.

Olivia miró a Ashlynn. Sus caras, enfrentadas, se hallaban a sólo unos centímetros. Ninguna de las dos tenía muy claro dónde estaba trazada la línea que las separaba. Hasta dónde llegaría aquello. Lo grave que sería. Ashlynn notó que se le humedecían los pantalones: orina o sangre, no lo sabía.

—Por favor, Olivia, bájala —susurró.

—¿Crees que no tengo agallas? ¿Crees que no sería capaz?

—Matarme no va a cambiar nada.

Olivia apuntó con el arma hacia el grueso tronco del árbol, sujetó la culata con las dos manos y apretó el gatillo. El revólver estalló con un rugido que hizo saltar a las

tres chicas. La corteza salió despedida en una nube de polvo mientras la bala penetraba en el cuerpo del árbol. Tanya soltó un grito; Olivia parpadeó y se quedó mirando el arma con expresión atónita, como si acabara de darse cuenta de que la había disparado de verdad.

—¡Livvy, Dios mío! —gritó Tanya.

Ashlynn levantó las manos, mareada por el olor a quemado.

—Esto no es propio de ti, Olivia.

Las lágrimas surcaron el rostro enrojecido de la chica.

—Tú no sabes nada sobre mí —espetó Olivia.

—Te conozco mejor de lo que crees. Estás borracha, enfadada. Vámonos de aquí; no se lo contaré a nadie —continuó Ashlynn.

—No me importa lo que hagas.

Olivia abrió el tambor de la pistola, la sacudió y dejó caer los cartuchos dorados sobre el suelo mojado. Luego recogió uno y volvió a meterlo con una mueca de desesperación en el rostro.

—¿Sabes qué es la ruleta rusa?

—Para —suplicó Tanya a su amiga—. Livvy, ¡no!

—Quiero que sepas lo que se siente cuando alguien juega con tu vida, Ashlynn.

Ashlynn le suplicó en silencio a Tanya: «Haz algo». En lugar de eso, la chica echó a correr y se alejó de ellas sin decir palabra. Era poco grácil y parecía muy joven, como una niña presa del pánico que huye de un monstruo. Ashlynn sintió deseos de gritarle que volviera, pero Tanya estaba muerta de miedo y fuera de su alcance. Su última esperanza de salvarse había salido huyendo.

—Ahora estamos sólo tú y yo —dijo Olivia.

El revólver con una única bala dorada en el tambor apuntaba al rostro de Ashlynn; del cañón se desprendía una voluta de humo. Ashlynn miró los ojos llenos de desesperación de Olivia y se dio cuenta de qué era exactamente lo que estaba ocurriendo entre ellas. Todo el dolor, la pérdida, los celos, la amargura, la humillación, la frustración y la rabia de los últimos tres años habían convergido en ese momento. Era la muerte de Kimberly. Era el fracaso de la demanda. Era la violencia que, como represalia, había estallado entre los dos pueblos a lo largo del año anterior.

Olivia había encontrado a alguien que pagara por todo lo que había sufrido, y ese alguien era Ashlynn.

Pero había algo más.

—Ya sé de qué va esto —comentó Ashlynn.

Las manos de Olivia temblaban como hojas otoñales.

—Contaré hasta tres —replicó.

—¿No quieres hablar de ello?

—Hasta tres —repitió la chica, fingiendo ignorarla.

—Olivia, escucha, tengo que contarte algo —insistió Ashlynn.

—Cierra la boca.

—Por favor, es importante.

—¡Cierra la boca!

Ashlynn cerró los ojos y no añadió nada más. Ya no importaba. Tenía una posibilidad entre seis de morir cuando Olivia apretara el gatillo, pero no le importaba. De verdad que no. Una parte de ella ya estaba muerta.

Oyó como Olivia respiraba, lloraba, contaba.

Uno.

Dos.

T...

Primera parte

INSOPORTABLE

Capítulo 1

Christopher Hawk condujo hacia el oeste por la carretera 7, adentrándose en el vacío de la Minnesota rural; con cada kilómetro que lo alejaba de la ciudad iba dejando más atrás la civilización. Si miraba al horizonte entre los limpiaparabrisas, habría jurado que el mundo era llano, y esperaba que hubiera una señal de advertencia antes de precipitarse a toda velocidad por el borde de la Tierra. Entre los pueblos se extendían kilómetros y kilómetros de vacío. No había edificios, aparte de alguna que otra granja abandonada de vez en cuando. Avanzó con el coche junto a campos interminables propiedad de King Corn, pero aún no había llegado la época de la siembra y la tierra semejava un paisaje lunar lleno de surcos. No se sentía bienvenido.

El tiempo lo empeoraba todo. Marzo se estaba despidiendo como un cordero, imprevisiblemente cálido y húmedo. Había empezado a llover apenas cruzó el límite occidental de la I-494, y el monótono repiqueteo había continuado sin cesar durante unas dos horas y ciento cincuenta kilómetros. Pasó junto a acequias rebosantes en las que el agua parecía a punto de desbordarse e invadir los carriles de la carretera. Las nubes grises semejabán una capucha por encima de su cabeza.

Un cartel destartado que se levantaba en mitad de las tierras de cultivo llamó su atención. En el mensaje, pintado con letras negras sobre un fondo blanco, se leía: «MI LLEGADA SE ACERCA. ¿ESTÁS PREPARADO?», y lo firmaba «Jesús».

Chris no se encontraba a gusto en un lugar donde Dios experimentaba la necesidad de anunciarse. Aun así, al preguntarse si estaba preparado, la respuesta surgió con claridad: no lo estaba. En absoluto. El viaje lo ponía nervioso, pues suponía el regreso a la vida de dos personas desconocidas.

La primera era su exmujer. La segunda, su hija.

Esa mañana, a las seis, la llamada de Hannah lo había despertado. Llevaba meses sin hablar con ella, aunque podía ver su cara con tanta nitidez como si hubiera dormido a su lado. Seguía habiendo días en los que extendía el brazo en la cama para buscarla, con la esperanza de cogerla de la mano, de atraerla hacia sí y abrazarla. Seguía teniendo sueños en los que los tres vivían juntos, como una familia. Chris. Hannah. Olivia.

Hannah no le dio la oportunidad de seguir soñando.

—Han detenido a nuestra hija por asesinato —anunció.

Así de simple, sin preámbulos. Hannah nunca perdía el tiempo. Le gustaba ir al grano, ya fuera en la universidad cuando él quiso acostarse con ella (ella dijo que sí), como hacía tres años, cuando le pidió el divorcio (él dijo que no, pero eso no la hizo cambiar de opinión).

Olivia.

Chris no preguntó por los detalles del crimen que se suponía que había cometido.

No quería saber el nombre de la víctima o lo que había ocurrido, ni oír cómo Hannah le aseguraba que en realidad su hija era inocente. Para él, aquello estaba fuera de discusión. Su hija no lo había hecho. Olivia no. La niña que le enviaba mensajes de texto y *tuits* todos los días («Mándame una foto del café con leche de Dunn Bross, papá. Lo echo de menos») no era una asesina.

—Llegaré esta misma tarde —contestó.

El silencio al otro lado de la línea le confirmó que su respuesta la había sorprendido.

—Necesita un abogado, Chris —dijo Hannah al final.

—Yo soy abogado.

—Ya sabes a qué me refiero. Un abogado criminalista.

—Todos los abogados son criminales.

Era un viejo chiste que solían compartir, pero Hannah no se rió.

—Chris, esto va en serio. Estoy asustada.

—Ya lo sé, pero está claro que se trata de una equivocación. Solucionaré el asunto con la policía.

El titubeo de Hannah le sentó como un puñetazo en el estómago.

—No estoy segura de que sea tan sencillo —señaló. Volvió a quedarse en silencio y luego añadió—: Esto pinta mal. Olivia está en apuros.

Hannah le describió brevemente los hechos y Chris se dio cuenta de que tenía razón. Pintaba mal. En la madrugada del sábado, una preciosa adolescente había muerto a causa de un disparo; Olivia había estado en el escenario del crimen, borracha, desesperada y apuntando a la cabeza de la chica con una pistola. La policía no había tardado demasiado (estaban a martes) en concluir que su hija era culpable.

—¿Qué te ha contado Olivia? —preguntó Chris—. ¿Qué pasó entre ellas?

—No quiere hablar conmigo. Quería que te llamara.

—De acuerdo, dile que pronto estaré ahí.

Hannah no protestó.

—Vale. Tienes razón, te necesita. Pero recuerda que no la conoces, Chris. Ya no.

—Hablamos mucho.

—No es lo mismo, créeme. Sólo ves a la chica que ella quiere que veas.

Después de que su exmujer colgara, se preguntó si eso sería cierto.

Había pasado una eternidad (tres años) desde que Hannah lo abandonara para regresar al pueblo de St. Croix, donde se había criado. Veía a su hija cada pocos meses, pero para él siempre sería una niña, no una mujer. No sabía nada acerca de las confusas emociones que experimenta una adolescente, y ella no le había contado nada de lo que le pasaba por la cabeza. Hablaba de cosas sin importancia, trivialidades. Él debería haberse dado cuenta de que era algo más que una niña que echaba de menos a su padre.

Pero eso no cambiaba lo que tenía que hacer. Olivia le necesitaba, y él tenía que acudir.

Ahora, transcurridas unas pocas horas, se encontraba en la profundidad de los campos del oeste de Minnesota, mientras la lluvia caía y Jesús, desde un cartel, le preguntaba si estaba preparado. Podría haber estado en la Antártida, o en Marte. Cada kilómetro era idéntico al siguiente. Aquella parte del mundo constituía una tierra ignota para él, que prefería el ruido, el asfalto y las multitudes del centro de Minneapolis. Tenía un piso en propiedad de dos habitaciones cerca de Loring Park, al que iba principalmente para dormir. No cocinaba, así que solía comer pescado y patatas fritas acompañados de una Guinness en The Local o pedir *pho* a domicilio en Quang. Se pasaba el día y la noche negociando contratos para polígonos industriales y centros comerciales. El acero y el hormigón eran cosas reales, cosas que podía tocar y medir.

En la ciudad era uno más. Pero aquí no. Aquí era un extraterrestre.

Más adelante, a través de la cortina de agua, Chris vio la señal de la carretera que indicaba el desvío hacia la presa de Spirit. El pueblo de Barron, sede de la cárcel del condado donde mantenían a Olivia retenida, se encontraba en la parte baja de la presa, unos cinco kilómetros al sur. Dirigió su Lexus plateado, el coche que había conducido durante los últimos diez años, hacia el desvío, pero se detuvo en el centro de la presa. Por alguna razón, descubrió que vacilaba. Salió del coche y cerró la puerta tras él. La lluvia le azotó la cara y él entrecerró los ojos. No le importaba mojarse.

Chris miró hacia abajo, donde las aguas salvajes se arremolinaban para caer a través de una docena de compuertas. Corriente abajo, el río Spirit se asentaba en una calma amarronada y sucia a medida que serpenteaba hacia Barron y alimentaba una red de estrechos riachuelos, incluido el que fluía por detrás de la casa de Hannah en el pueblecito de St. Croix, unos pocos kilómetros al sureste. Al norte de la presa, el agua se extendía como un enorme pulpo en un pantano de muchos kilómetros. El río empujaba hacia el valle, y la presa lo hacía retroceder y le decía: «Detente». Eso era exactamente lo que Chris tenía que hacer. Ésa era su misión. Olivia se encontraba en el cauce de una riada, y él debía contenerla.

Aun así, Chris permaneció en mitad del puente, mirando el agua.

Era un hombre alto, de más de metro ochenta de estatura. A los cuarenta y un años, su pelo seguía siendo grueso y castaño, sin ninguna cana que le recordara su edad. Sus ojos oscuros necesitaban ahora lentillas: tantos años examinando contratos inmobiliarios habían acabado por pasarle factura a su vista. Desde el divorcio, no había tenido excusa para evitar el gimnasio, así que había perdido nueve kilos y había añadido varios centímetros de músculo a su torso. Era atractivo; así se lo decían las mujeres que iban tras él y que no se sentían atraídas sólo por su billetera de abogado.

Aun así, no había accedido a tener una cita en siete meses, y no se había acostado con nadie en un año. Se decía a sí mismo que se debía a su apretada agenda de trabajo, pero la verdad era otra, más compleja.

La verdad era Hannah. No había dejado de amarla. Su voz al teléfono bastaba para despertar en él antiguos sentimientos. Ella era lo que lo retenía.

Estuviera o no preparado, Chris cruzó la presa en su coche y giró al sur, hacia Barron. El río discurría junto a la carretera y aparecía y desaparecía entre los árboles que crecían en la orilla. Vio las primeras casas y un autobús escolar que aparcaba delante de él. En la señal con el nombre del pueblo se indicaba su población: 5383 habitantes. Por aquellos lares, eso era una metrópoli, el núcleo del condado. Al acercarse, tuvo la sensación de haber regresado a los años cincuenta, como si varias décadas de progreso hubieran olvidado dejar su huella en aquel rincón. A lo mejor era algo bueno. A lo mejor aquel lugar no era tan intimidante como parecía.

La vida en la ciudad era trepidante y compleja; la vida en el campo transcurría con lentitud y sencillez.

Un kilómetro y medio más adelante, se dio cuenta de que estaba equivocado.

Ya en las afueras de Barron, pasó junto a las instalaciones de una empresa agropecuaria construida en la ribera oeste del río. Se trataba de un edificio de una sola planta, blanco, limpio y sin apenas ventanas. Parecía más una cárcel que un emplazamiento industrial, acaso porque estaba protegido por una valla de casi tres metros de altura coronada con alambre de espino para impedir la entrada de intrusos en sus terrenos. La única puerta de la valla, estrecha y con el espacio justo para permitir el paso de los camiones, estaba custodiada por dos agentes de seguridad uniformados y armados con pistolas. Mientras avanzaba lentamente junto a la planta, notó que sus ojos lo seguían con suspicacia.

Chris se fijó también en otra cosa. En la parte exterior de la valla había un impresionante cartel de mármol de tres metros de altura en el que se leía el nombre de la empresa en letras doradas: Mondamin Research. El logo consistía en una mazorca de maíz dorada dentro de una hélice de ADN multicolor. Dos trabajadores con chubasquero amarillo se afanaban bajo la lluvia para borrar con un chorro de arena el grafiti que alguien había pintado con letras irregulares sobre la piedra blanca. A pesar de sus esfuerzos, Chris aún pudo distinguir lo que habían escrito: «Nos estáis matando».

Chris encontró el motel Riverside unos cuatrocientos metros más allá de la sede de Mondamin. Desde el aparcamiento disfrutaba de una vista perfecta de la valla de alambre de la planta, que relucía bajo la lluvia. Más allá vio la calle principal de Barron y, entre ambas, la cinta marrón chocolate del río.

El motel era un edificio de una sola planta en forma de «u», con dos docenas de habitaciones. La pintura blanca había empezado a desconcharse y los canalones se

combaban desde el techo de tejas negras. Las puertas eran de color rojo cereza. Después de aparcar y coger su bolsa, cruzó bajo la lluvia hasta la puerta mosquitera de la recepción del motel. En el interior, inusualmente húmedo para ser marzo, un ventilador giraba sobre el mostrador. En la pared de la izquierda se alineaban un dispensador de hielo y dos máquinas expendedoras llenas de tentempiés y refrescos. Chris se acercó al mostrador.

—Soy Chris Hawk —anunció al hombre sentado tras el tablón—. He llamado esta mañana para reservar una habitación.

El dueño del motel asintió con amabilidad.

—Bienvenido a Barron, señor Hawk.

Chris aventuró que debía de tener cincuenta y pocos años. Su piel era de un tono aceitunado, seguramente era italiano, y llevaba el pelo, entrecano e hirsuto, cortado al rape. Lucía un bigote negro azabache, un lunar en lo alto de la mejilla y una cadena plateada medio oculta entre la espesa maraña de pelo del torso. Sacó un formulario de admisión y se lo tendió a Chris junto con un bolígrafo.

—Estoy buscando el juzgado del condado —comentó Chris mientras rellenaba el impreso con sus datos personales.

—Sí, claro. Bueno, no tiene pérdida. Está en el centro; un bonito edificio antiguo de ladrillo rojo.

Chris dejó de escribir y alzó la vista.

—¿Por qué ha dicho «claro»?

—Oh, todo el mundo sabe quién es usted, señor Hawk, y por qué está aquí.

—¿Ya?

El dueño del motel se encogió de hombros. Era bajo y fornido, con abultados antebrazos. En la pechera de su ceñida camiseta se anunciaba uno de los locales de Dreamland Barbeque.

—Éste es un pueblo pequeño. Si te tiras un pedo en la habitación, los vecinos empiezan a cotillear sobre lo que has cenado.

Chris se rió.

—Bueno es saberlo.

El hombre le tendió la mano. Su apretón tenía la fuerza de un torniquete.

—Me llamo Marco Piva.

—Ya que sabe por qué estoy aquí, Marco, ¿podría contarme qué dice la gente acerca de lo sucedido el viernes por la noche?

El dueño del motel resopló ostentosamente y se sonó la bulbosa nariz por encima del bigote.

—Créame, no quiere oírlo.

—Creen que mi hija mató a Ashlynn Steele.

—Oh, sí, todo el mundo opina que lo hizo ella. No hay nadie que crea que se

tratara de un accidente o un juego. Lo siento. Sabía que algo así iba a ocurrir. La violencia engendra violencia, y luego alguien muere. Es lamentable que dos chicas tan jóvenes se vieran involucradas.

Chris le entregó el formulario y se volvió hacia la puerta mosquitera, que se había cerrado con un golpe a su espalda. De pie, en el umbral, había un adolescente, un chico con un saludable rostro de escandinavo luterano del tipo que Chris esperaba encontrar en esa parte del estado. El pelo, rubio y ondulado, se le había aplastado contra el cráneo por efecto de la lluvia, y tenía la constitución sólida de un jugador de fútbol americano. Sus ojos eran de color azul cielo. Llevaba una camiseta blanca ajustada que resaltaba sus músculos, unos tejanos oscuros y botas de vaquero. Chris calculó que debería de tener unos diecisiete o dieciocho años.

—Johan —le llamó Marco—, éste es el señor Hawk.

El chico no pareció sorprendido.

—Hola —saludó.

—Johan vive en St. Croix —añadió Marco.

—¿Ah sí? —dijo Chris—. Entonces conoces a mi hija.

—Vive al otro lado de la calle.

A Chris le resultó extraño que su hija adolescente viviera tan cerca de un chico con aspecto de dios noruego y que nunca lo hubiera mencionado. Ni una sola vez. Pensó en la advertencia de Hannah: «Sólo ves a la chica que ella quiere que veas».

—Marco dice que mucha gente cree que Olivia es culpable, Johan. ¿Tú qué opinas?

El chico pareció incomodarse.

—Supongo que nadie sabe qué ocurrió en realidad —contestó, pero su cara decía lo contrario: «Todos sabemos qué ocurrió».

—Estoy aquí para ayudarla —explicó Chris—. Y tal vez tú podrías ayudarme a mí.

—¿Cómo?

—Contándome de qué va el mal rollo que hay entre los chicos de Barron y los de St. Croix.

Johan frunció el ceño.

—Intento mantenerme al margen. Es como un veneno.

—Muy listo.

—Sí, eso es lo que le dije a Olivia, pero no me escuchó.

—¿No?

—No, es muy tozuda. No podía dejarlo.

Marco les interrumpió, como si no quisiera que la disputa se trasladara al interior de aquellas paredes.

—¿Está lista la habitación del señor Hawk, Johan?

El chico asintió.

—Lleva la maleta dentro, ¿quieres?

Johan agarró la maleta y la levantó sin esfuerzo. Al salir, saludó a Chris con un gesto de cabeza; su rostro esculpido representaba el más puro estilo de Minnesota: educado, guapo, pero sin desvelar ningún secreto.

—Johan es un buen chico —comentó Marco una vez se hubo ido—. Se preocupa por su hija.

—Me ha mirado como si yo fuera de otro planeta —observó Chris.

—Por supuesto, señor Hawk. Es usted un forastero.

—¿Y eso constituye un crimen por aquí?

—Oh, no —repuso Marco soltando una risita—. Es peor. La mayoría de la gente de por aquí elegiría antes a un criminal local que a un forastero honesto.

Chris sonrió ante la rechoncha cara italiana del hombre.

—Usted también parece un forastero.

—Sí, así es. Compré este sitio en diciembre. ¡La nieve y el frío me horrorizan! Odio el invierno, pero tenía que marcharme de San José. Mi mujer murió el año pasado y todo lo que me quedaba era mi pensión y una casa llena de recuerdos. Le pedí a un agente inmobiliario que me buscara moteles, y este sitio me pareció un negocio agradable en una zona bonita. Me dije: «Es para mí».

—¿Y la gente lo ha aceptado?

—No, podría pasarme aquí veinte años y seguiría siendo un recién llegado. La gente es muy amable, pero no van más allá. No me importa; no vine aquí para hacer amigos, sólo para encontrar algo de paz. Para usted será peor, señor Hawk.

—¿Por qué dice eso?

—Porque un hombre que intenta detener una pelea de perros suele acabar recompensado con un mordisco.

—He venido sólo por Olivia —observó Chris—. No tengo ningún interés en saber qué ocurre entre St. Croix y Barron.

—Se ponga o no de parte de uno de los dos bandos, nadie confiará en usted, y no le contarán las cosas que necesita saber. Lo único que querrán es que se largue de aquí. Vaya con cuidado, ¿de acuerdo?

—Gracias por el aviso —contestó Chris.

Marco se encogió de hombros.

—Es gratis. De forastero a forastero. —Y añadió—: Si quiere saber más, hable con el padre de Johan. Glenn Magnus es el pastor de la iglesia de St. Croix. Era uno de los demandantes en el pleito contra Mondamin Research.

Chris notó una pesadez en el corazón. Sabía lo que significaba eso: una muerte.

—¿A quién perdieron? —preguntó.

—A la hermana de Johan —respondió Marco, al tiempo que meneaba la cabeza

—. Se llamaba Kimberly. Johan me ha enseñado fotos de ella; una chica adorable. El dolor puede conducirte a sitios muy oscuros, señor Hawk. Cuando se dan varios casos de cáncer en un lugar como St. Croix, en especial entre los jóvenes, el pueblo se queda irremediabilmente sin corazón. La gente se vuelve loca. Y clama venganza.

Capítulo 2

La calle principal de Barron parecía el estereotipo hollywoodiense de una ciudad de provincias. Chris condujo junto a escaparates nostálgicos: el de la farmacia, con un enorme mortero y una mano en el rótulo; la ferretería, donde se anunciaba la reparación de cortacéspedes; la panadería suiza con filas de pastelitos *kringles* recién horneados en los expositores. Las paredes de ladrillo se veían brillantes y limpias, y las tiendas, recién pintadas. La decadencia económica que Chris esperaba encontrar no se veía por ninguna parte. En unos tiempos en que oleadas de jóvenes emigraban de las zonas rurales hacia la ciudad, las calles de Barron bullían de actividad. El olor del dinero lo impregnaba todo, y hacía mucho que en la mayoría de los pueblos no se aspiraba ese olor.

Resultaba fácil entender por qué la empresa de biotecnología, que llevaba diez años instalada en las afueras del pueblo, les parecía una bendición a las gentes de Barron. Su prosperidad tenía un nombre: Mondamin Research.

Quince kilómetros al sur siguiendo la carretera, en la vecina población de St. Croix, las familias tenían una opinión más sombría acerca de Mondamin. Echaban la culpa de la muerte de sus hijos a los pesticidas que empleaba la compañía. Habían presentado una demanda para demostrarlo, pero el tribunal la había desestimado; y durante el año siguiente, se había desatado una oleada de violencia y vandalismo en las calles. Los adolescentes de St. Croix atacaron la población de Barron, y los de ésta devolvieron el golpe. Ambos pueblos, lo bastante cercanos para que la mayoría de la gente que vivía en St. Croix trabajase o estuviera escolarizada en Barron, de mayor extensión, se habían convertido en enemigos.

Ahora todo había empeorado. Se había cruzado una línea. Se había derramado sangre.

Chris percibió las pruebas del enfrentamiento incluso entre los esmerados escaparates y las cestas con flores que colgaban de las farolas: a la estatua de cemento de uno de los pioneros fundadores erigida en la rotonda le faltaba la cabeza, la puerta de una tienda de ropa mostraba las cicatrices negras de un reciente incendio, y descubrió pequeñas constelaciones de estrellas diseminadas en las ventanas de los segundos pisos. Agujeros de bala.

Los disparos se habían centrado en un edificio en particular. Las grandes letras blancas pintadas en las ventanas picadas de viruela que daban a la calle anunciaban que se trataba del Grohman Women's Resource Center. El centro estaba ubicado en Barron, pero la mujer que lo dirigía vivía en St. Croix, donde habían vivido sus padres y sus abuelos, donde sus bisabuelos se habían instalado tras emigrar desde Uppsala. Chris la conocía. Tenía un máster en Psicología por la Universidad de Minnesota y una peca en el pecho izquierdo que él había besado un millar de veces.

«Hannah, Hannah, ¿qué estás haciendo aquí?».

Chris cayó en la cuenta de que Hannah estaba donde siempre había querido estar: en el corazón de la tormenta.

Avanzó a lo largo de otras dos manzanas hasta llegar al final de la calle principal de Barron y dar con los juzgados del condado. Tenían el aspecto de una catedral salida de la Edad Media, con una arquitectura extrañamente elaborada para tratarse de una zona rural. Se componían de un majestuoso edificio de tres plantas con gabletes de ladrillo y una enorme torre de reloj en el centro. Chris aparcó y subió por la escalinata. Al llegar a las puertas de roble, se volvió para mirar el pueblo desde lo alto. El río discurría justo por detrás de las tiendas del centro, y distinguió un puente peatonal que cruzaba sobre las aguas para desembocar en una franja de zona verde y arbolada en la orilla opuesta. Alejada del centro, vio una cuadrícula de casas cuidadosamente dispuesta y construida entre el agua y el rocoso risco que bordeaba el valle.

Desde su posición, Chris pensó que Barron mostraba un aspecto pacífico. Sin rastro de violencia.

Chris entró en los juzgados, barnizados en roble reluciente. Consultó el directorio y descubrió que la oficina del sheriff y el calabozo del condado estaban enterrados en el sótano. Se dirigió escaleras abajo, donde el entorno era más institucional y nada ornamental. El dispositivo de seguridad era modesto; no se trataba de un lugar que albergara a criminales reincidentes.

—Me gustaría ver a Olivia Hawk —comunicó al agente uniformado que había tras el mostrador—. Soy su abogado.

Su padre. Su abogado. No importaba qué disfraz asumiera: el policía, al igual que el resto del pueblo, sabía quién era.

Chris entregó su permiso de conducción, le tomaron la fotografía de rigor y pasó por un detector de metales. El agente lo guió a través de una puerta de acero hasta una sala de entrevistas no mucho más grande que una cabina telefónica. Chris se sentó a un lado de la mesa y el agente lo dejó solo. Cuando cerró la puerta, el cerrojo emitió un chasquido y Chris esperó.

Dos minutos después, la puerta volvió a abrirse.

Chris se dijo que estaba preparado, pero no era cierto. Se había preparado para no desfallecer en ese momento, pero el corazón se le aceleró, se le hizo un nudo en la garganta y los ojos se le anegaron de lágrimas. Olivia entró en la sala con su larga melena castaña sucia y pegada a la cabeza y las muñecas rodeadas por esposas, como si estuviera rezando. No vestía el mono carcelario, sino una camisa de franela arremangada y unos vaqueros desgastados. La había visto en Acción de Gracias pero, incluso en ese breve espacio de tiempo, su hija había cambiado. Había crecido y entrado en la adolescencia. Su figura era más grácil y esbelta. Olivia siempre había

bromeado diciendo que heredaría sus rasgos, no los de Hannah, y en ese momento se parecía más a él de lo que se había parecido nunca. Su nariz afilada y sus pómulos altos. Su boca. Su expresión.

Por todo ello, a Chris le asustó lo que vio reflejado en su cara. Sus ojos pardos eran tan profundos y herméticos como un agujero negro, y pensó que podría pasarse días buscando en ellos sin encontrarla. La hija que conocía, la niña que recordaba, nunca habría disparado a otro ser humano. Pero se había convertido en una persona distinta. Era una mujer. Una desconocida.

Cuando el policía le quitó las esposas, Olivia se frotó las muñecas irritadas y sacudió las manos. El agente se marchó y echó el cerrojo. Estaban solos. Padre e hija.

En silencio, Chris apartó la silla y rodeó la mesa para abrazarla. Ella le devolvió el abrazo con fiereza y él se aferró a Olivia mientras le acariciaba el pelo. Cuando la ayudaba a sentarse, Olivia le lanzó una mirada y luego cerró los ojos, dejando que el pelo le cayera sobre la cara. La vergüenza que reflejaban sus mejillas rojas como la grana era la de una niña de diez años que ha roto una figurita que le estaba prohibido tocar. Ésa era la Olivia que conocía.

—Supongo que la he fastidiado —dijo ella.

Él se sentó a su lado y le acarició la mejilla con el dorso de la mano.

—Lo primero es lo primero. ¿Estás bien?

Olivia se removió en la silla.

—Llevo dos días tomando chocolatinas Hershey's. ¡Puaj!

Chris sonrió.

—Me aseguraré de que te traigan algo de comer.

—Aparte de eso, supongo que estoy bien.

—Bien.

—La cárcel es una mierda.

—Sí, así es.

Su hija se recogió el pelo por detrás de las orejas.

—¿Qué tal te fue en el Matt's?

—¿Qué?

—El sábado estuvimos enviándonos mensajes, ¿te acuerdas? ¿No tenías pensado ir a Matt's esa misma noche?

—Sí.

—Me encantaría comerme una hamburguesa con queso Juicy Lucy.

Él no respondió. Olivia estaba detenida y hablaba de hamburguesas como si se tratara de su nuevo estado en Facebook. Se preguntó si no se daba cuenta de la gravedad de la situación o si bien sólo pretendía mantener el tipo. «El sábado me envió un mensaje», pensó Chris. El día después del asesinato.

—¿Por qué no me dijiste nada?

—¿A qué te refieres?

—Me enviaste un mensaje el sábado para preguntarme qué iba a hacer esa noche. Ashlynn estaba muerta. Acababas de pasar una de las peores noches de tu vida y no dijiste una sola palabra al respecto, Olivia. ¿Por qué?

El labio inferior de Olivia tembló.

—No lo sé, papá. No podía creer que fuera real, ¿entiendes?

—Tu madre dice que no quisiste contarle lo ocurrido.

—No podía. Ahora mismo no puedo enfrentarme a mamá; me resulta más fácil hablar contigo.

O tal vez le resultara más fácil mentirle. Chris apartó aquel pensamiento de su mente.

—De acuerdo —dijo en voz baja—. Aquí estoy. Hablemos.

Olivia se quedó en silencio, paralizada.

—No sé qué decir, papá —dijo al final—. No sé qué pasó.

Él había temido que le diera una excusa. Una disculpa. Que suplicara perdón. «Fue un accidente. El arma se disparó; no era mi intención». Esperó a que prosiguiera, pero ella no lo hizo.

—Cuéntame lo que sepas —le pidió.

—¿Qué sentido tiene? Nadie me creerá.

—Eso no es cierto. Yo te creo.

Olivia meneó la cabeza y él volvió a ver sus oscuros, hermosos y misteriosos ojos.

—No estoy tan segura, papá. Tienes miedo de lo que vaya a decirte, ¿a que sí? Por eso no me has hecho la pregunta más importante. Si lo hice. Si la maté. Crees que voy a decirte que sí.

Era buena. Chris se había sentado frente a negociadores que se pasaban la vida entera perfeccionando sus dotes para el enfrentamiento psicológico. Eran abogados que se dedicaban a estudiar a su oponente como si se tratara de un rival político, que sabían qué teclas pulsar y conocían todas las debilidades que podían explotar. Chris se había forjado una armadura para ese tipo de enfrentamientos que no le había fallado nunca, pero frente a aquella adolescente se sentía indefenso. Ella veía en su interior como si su corazón estuviera abierto sobre una mesa de autopsias.

—Por lo general, los abogados no preguntan a sus clientes si lo han hecho —contestó—. No es así como funciona.

—Porque das por hecho que soy culpable, ¿no?

—No, porque doy por hecho que eres inocente.

Su hija apartó la silla, se puso de pie y cruzó los brazos.

—Si lo hice, ¿de qué sirve todo esto? Deberían encerrarme.

—Sirve de mucho —explicó Chris—. Tienes dieciséis años. Habías bebido.

Estabas muy afectada por la muerte de tu mejor amiga. Hay varias circunstancias atenuantes. Si un jurado comprende lo que sucedió en realidad, puede concluir que no eras responsable de tus actos.

—Si la maté, soy responsable.

—No necesariamente. No desde un punto de vista legal.

Olivia clavó la vista en el techo en un intento por ocultar que los ojos se le estaban llenando de lágrimas y sacudió la cabeza en un gesto de desesperación.

—¿Lo ves? Tú también crees que soy culpable.

—Yo no he dicho eso.

Ella le dirigió una mirada inexpresiva.

—¿No te das cuenta? No quiero un abogado que haga triquiñuelas por mí. Quiero un padre a quien le preocupe si lo hice.

—Me preocupa, Olivia. Sólo quiero que entiendas que nada de lo que me cuentes cambiará lo que siento por ti. No importa lo que digas, estoy aquí para ayudarte.

—Pregúntamelo —dijo ella.

—¿Qué?

—Pregúntamelo —repitió ella con la voz rota—. Por favor.

Ella necesitaba decírselo, y él supo que necesitaba oírlo. Se levantó y apoyó las manos sobre los hombros de Olivia.

—Olivia, ¿lo hiciste? ¿Disparaste a esa chica?

Ella aspiró hondo.

—No.

Como si diera por sentado que su padre dudaría de ella, como si pensara que en lo más hondo de su corazón él se preguntaría si le estaba mintiendo, repitió con calma, para que Chris pudiera oír cada palabra:

—No lo hice, te lo juro. Tienes que creerme.

Olivia se echó a llorar otra vez y lo abrazó. No importaba lo que Chris supiera o no supiera de la chica que tenía entre sus brazos. Pero sí sabía una cosa: era su hija, y era inocente.

—Cuéntame qué ocurrió.

Chris tenía el maletín abierto y una libreta amarilla nueva frente a él. Le había dado a Olivia un pañuelo de papel y pedido al agente de guardia una botella de agua, que ella se bebió a pequeños sorbos. Había recuperado la compostura y, al escucharla hablar, Chris recordó lo inteligente y apasionada que era. En lo físico se parecía a él; en lo emocional, era la hija de Hannah.

—Tanya y yo nos vimos en el pueblo fantasma el viernes por la noche —explicó—. Ella fue en coche desde la casa de su padre, en Barron, y yo, desde St. Croix. Las ruinas quedan al oeste de ambos pueblos, a unos ocho kilómetros. Debían de ser más

o menos las ocho cuando llegamos.

—Hannah dice que solías ir allí con Kimberly.

Olivia miró la pared como si estuviera viendo un fantasma. El dolor por la muerte de su amiga rozaba la superficie.

—Sí.

—Sé que era el aniversario de su muerte —comentó él—. Y que estabais muy unidas.

—No estoy segura de que lo sepas realmente, papá.

—De acuerdo, cuéntamelo.

Una pequeña arruga surcó su frente.

—Mira, cuando mamá y yo nos marchamos hace tres años, me jodió mucho, ¿vale? Muchísimo.

—Lo siento, cariño. A mí también.

—Estaba cabreada con mamá. Estaba cabreada contigo. Odiaba este lugar y quería marcharme. Si no hubiera conocido a Kimberly, no sé qué habría hecho. Llegué a pensar cosas horribles, papá. Ella me salvó.

Odiaba imaginarse a su hija como una marginada.

—Me alegro de que la encontraras —dijo, y añadió con delicadeza—: ¿Ya le habían diagnosticado la leucemia?

Olivia luchó contra sus emociones.

—Sí, le estaban dando quimio. Estaba segura de que iba a vencer la enfermedad, aunque ya habían muerto otros tres chicos. Fue terrible, papá.

—Estoy seguro.

—En cierto modo, Kimberly se convirtió en mi misión, ¿sabes? Mamá dice que debo tener misiones, como ella.

Él volvió a sonreír.

—Lo sé.

—En fin. Los primeros meses, mientras tuvo energías para salir, nos gustaba ir a explorar. El pueblo fantasma era uno de sus lugares favoritos; le gustaba lo escalofriante que era, los edificios en ruinas... Decía que oía el eco de las personas que habían vivido allí, sobre todo por la noche. Así lo llamaba: eco. Supongo que eso la hacía sentir mejor. Quería creer en los fantasmas, los aparecidos y cosas de ese tipo.

—Vale.

—Tanya también venía con nosotras —prosiguió Olivia—, la mayoría de las veces éramos sólo Kimberly y yo, porque vivíamos muy cerca, pero en esa época Tanya pasaba mucho tiempo en la iglesia. Su padre era el encargado de presentar la demanda y el padre de Kimberly, uno de los querellantes, así que empezó a salir con nosotras.

Chris esperó.

—Cuando Kimberly murió... —continuó Olivia, pero se interrumpió y volvió a secarse los ojos—. A veces vuelvo allí, por si oigo el eco, ¿sabes?

Chris cubrió la mano de Olivia con la suya.

—Lo entiendo.

—Es una tontería.

—No lo es.

Entendía la pesadumbre en la que debía de estar sumida su hija esa noche, pero temía que un jurado pudiera pensar que una chica en un estado de ánimo tan frágil querría vengarse en cuanto se le presentara la oportunidad.

—¿Qué te parece si nos centramos en la noche del viernes? ¿Qué hiciste?

—No mucho —contestó ella—. Entramos en un par de edificios viejos y caminamos por las vías del tren.

—¿Viste a alguien más?

—No, estábamos las dos solas.

—La policía encontró botellas de cerveza. ¿Estabas bebiendo?

—Sí, Tanya cogió algunas Miller Lite de casa de su padre a escondidas.

—¿Cuántas?

—Un paquete de seis.

—¿Os las acabasteis?

—Sí. Yo me bebí cuatro y Tanya, dos. Estaba bastante mareada. No lo hago muy a menudo, pero me sentía muy disgustada.

—Lo entiendo.

—Ashlynn apareció alrededor de medianoche. Cuando oímos que se acercaba un coche, nos escondimos; pensamos que podían ser chicos de Barron, y lo mejor en ese caso es no cruzarse en su camino, ¿sabes?

Su expresión se endureció.

—Pero era ella. Esa zorra rubia.

Chris dejó de escribir y colocó el bolígrafo sobre la mesa.

—Olivia, escúchame. Ashlynn está muerta. Era una adolescente como tú, y había gente que la quería. Tenía toda la vida por delante y alguien se la robó. Hablar así de ella te deja en muy mal lugar.

Olivia pareció disgustada consigo misma.

—Sí, lo sé. Lo siento.

—¿Qué pasaba con Ashlynn? ¿Por qué la odiabas?

Olivia se pasó un mechón despeinado por los labios.

—Mondamin —contestó—. ¿Qué iba a ser? St. Croix se está muriendo y nadie va a hacer nada para evitarlo.

—Pero es su padre quien dirige Mondamin. ¿Por qué culpas a Ashlynn?

—Porque estaba allí.

—¿Eso es todo?

—Mira, papá, no estoy orgullosa de lo que hice. Iba borracha y me comporté como una estúpida. Sólo quería asustarla.

Esperó a que dijera algo más, pero ella bajó la vista y jugueteó con los botones de su camisa. Chris notó como se retraía. Había una desconexión entre lo que decía y lo que él veía en su rostro. Por primera vez, tuvo la sensación de que le ocultaba algo.

De que le mentía.

—Me han dicho que tenías una pistola —comentó, cambiando de tema.

Ella asintió.

—Sí.

—¿De dónde la sacaste?

—Me la dio uno de los chicos de St. Croix. Hace cuatro meses que la tenía.

—¿Por qué?

Olivia le dirigió una mirada de exasperación.

—Tú no sabes lo que significa vivir aquí, papá. Sí, vale, los chicos de St. Croix hicieron algunas tonterías, pero los de Barron subieron el nivel de violencia. Empezaron a actuar como si se tratara de una guerra de bandas. Quería estar protegida.

—¿Has disparado el arma alguna vez? —preguntó él.

—Un par de veces, en el campo.

—¿La disparaste el viernes?

Ella se mordió el labio y asintió con gesto triste.

—Sí.

—¿Por qué?

—No lo sé. Estaba fanfarroneando. Disparé al tronco de un árbol.

—La policía dice que metiste una bala en el tambor para jugar a la ruleta rusa con Ashlynn. La usaste para aterrorizarla.

—Supongo que sí. Todo sucedió muy deprisa. Empecé a gritarle a Ashlynn y disparé y, sí, empecé a hacer el tonto como si jugara a la ruleta rusa. Tanya se asustó y echó a correr.

—¿Qué hiciste a continuación? ¿Cuando Ashlynn y tú os quedasteis solas?

—Nada. Te lo juro.

—¿Le apuntaste a la cabeza con el arma?

—Sí, sí, pero...

—¿Apretaste el gatillo?

—No.

—¿Jugaste a la ruleta, Olivia? ¿Disparaste la bala?

—No apreté el gatillo —insistió ella, elevando el tono de voz—. No lo hice.

Chris dejó que su hija permaneciera sentada en silencio, mientras su pecho subía y bajaba con cada respiración. Garabateó algunas notas en su libreta amarilla, pero en realidad pensaba en Olivia declarando en el estrado y en cómo sobreviviría su historia a un contrainterrogatorio.

La respuesta: no demasiado bien.

—De acuerdo —continuó con calma—, ¿qué hiciste después?

—Dejé caer el revólver y me marché. Estaba enfadada conmigo misma; no podía creer lo que estaba haciendo. Así que me fui.

—¿No te llevaste la pistola?

—No, no quería volver a tocar un arma en la vida. La verdad es que casi lo hice, papá; estuve muy cerca. Me daba demasiado miedo.

—¿Qué hay de Ashlynn? ¿Qué hizo ella?

—Nada.

—¿Hablaste con ella?

—No, no hablamos. La dejé allí; eso es todo... Chris contempló su mirada esquiva. Le estaba mintiendo otra vez. Había algo más, algo que Olivia estaba decidida a ocultarle. Llegados a ese punto, un jurado podría pensar que omitía el hecho de que había disparado el revólver.

—Vale —dijo.

Guardó la libreta en el maletín y lo cerró. Olivia le miró con una media sonrisa nerviosa, y él supo lo que cualquiera pensaría al observar su expresión.

Parecía culpable.

—¿Y ahora qué? —preguntó ella.

—Mañana por la mañana se celebra una vista por el arresto, y espero que te dejen en libertad. Voy a hablar con el fiscal del condado sobre la investigación y los cargos. Están actuando con rapidez; tenemos que frenarlos.

—Yo no apreté el gatillo, papá —repitió ella—. No la maté.

—Ya lo has dicho. Sé que no lo hiciste.

Chris pensó en una pregunta que no le había hecho. Una pregunta importante.

—¿Sabes quién mató a Ashlynn? ¿Sabes qué le pasó?

—Me marché, papá. Cuando me fui, estaba viva.

—Eso no es lo que te he preguntado.

Su hija le miró y él deseó poder creer cualquier cosa que le dijera.

—No, no sé lo que pasó.

—Vale.

Chris se puso en pie y le dio un beso en la cabeza.

—Cuídate y no tengas miedo. Regresaré por la mañana.

Se volvió para hacerle un gesto al guardia, pero Olivia lo detuvo agarrándolo de la manga.

—¿Has visto a mamá?

—Aún no. Pasaré por su casa esta noche.

—Hay algo que deberías saber.

—¿El qué?

Olivia vaciló.

—Le dije que tenía que contártelo, pero no lo hizo.

—¿Contarme qué?

—Mamá lo tiene.

Él la miró sin entender. O tal vez no quería entenderla. Se quedó en silencio, inmóvil, como si pudiera posponer eternamente el momento en que aquellas palabras salieran de la boca de su hija. Olivia también se dio cuenta, y siguió agarrándole el brazo con fuerza.

—Mamá tiene cáncer —dijo.

Capítulo 3

—¿Señor Hawk?

Chris oyó que alguien lo llamaba por su nombre, pero la voz no bastó para despertarlo. Estaba sentado en un banco de madera de la planta baja de los juzgados, cerca de la puerta de salida. El tamborileo de la lluvia tenía una cadencia hipnótica que lo arrullaba hasta alejarlo de la realidad. Pensó en su exmujer, Hannah, la infatigable atleta, corredora, jugadora de tenis. Hannah, obsesionada con la comida orgánica y sin gluten. Hannah, delgada como un palillo, puro músculo, sana, apasionada.

Hannah no tenía cáncer. No era posible.

—¿Señor Hawk? —repitió la voz.

Se obligó a volver al presente. Un hombre mayor envuelto en una gabardina negra se hallaba de pie frente al banco. El agua goteaba del bajo de la gabardina hasta el suelo. Llevaba un sombrero Fedora gris, que se quitó para alisarse el ralo pelo plateado, unas gruesas gafas negras salpicadas por la lluvia y lucía una barba cortada con tanta precisión que se diría que había usado unas pinzas para definir las líneas. Era bajo, de poco más de metro setenta.

—Lo siento —se disculpó Chris—. Sí, soy Christopher Hawk.

—Michael Altman. Soy el fiscal del condado de Spirit. Tengo entendido que deseaba hablar conmigo.

—Sí, señor Altman, así es. Se trata de Olivia.

—Por supuesto. Mi despacho está en el piso de arriba. ¿Le parece bien que hablemos allí?

Chris siguió a Altman, compacto y eficiente como una locomotora. El fiscal del condado debía de rondar los sesenta años, pero subió las escaleras del juzgado con el ímpetu de un soldado, sin perder el aliento. Cuando llegaron a la primera planta guió a Chris hasta su despacho en la esquina sur del edificio, con vistas al río, y cerró la puerta tras ellos.

Altman se quitó la gabardina y la colgó detrás de la puerta. Vestía un traje azul marino, no caro pero sí perfectamente planchado, una camisa blanca almidonada y una corbata con estampado de cachemira. Aunque los zapatos no eran nuevos, los llevaba bien lustrados. Señaló la silla que había frente al escritorio y Chris se sentó. Luego sacó un pañuelo del bolsillo y secó las gafas con él. A continuación volvió a ponérselas, tomó asiento, consultó la hora en su reloj y cruzó las manos. No había papeles ni material de oficina sobre su mesa.

—Sé que no me ha pedido ningún consejo, señor Hawk —empezó Altman—, pero ¿le importa si le doy uno?

—En absoluto.

—He hecho mis deberes y he descubierto que es usted un hombre listo, lo bastante para darse cuenta de que no le conviene llevar este caso. Mi consejo es que contrate a un buen abogado de Twin Cities y deje que él se ocupe del trabajo duro.

—Agradezco su franqueza.

—Yo también soy padre. De cuatro chicas. Si se tratara de una de mis hijas, sé que no sería capaz de separar mis emociones de mi criterio legal. Y usted, tampoco. No ejerce como abogado defensor y, aunque lo hiciera, cometería un error al representar a su propia hija. Honestamente, si insiste en llevar el caso, podría pedirle al juez que lo recusara.

—Entiendo su preocupación, señor Altman —contestó Chris—. Todavía no he tomado ninguna decisión acerca de la necesidad de contratar a otro abogado. En este momento, sólo trato de averiguar qué ocurrió durante la noche del viernes.

—Por desgracia, la cadena de acontecimientos está bastante clara —señaló Altman.

—Yo no estoy tan seguro.

Altman se dio la vuelta sobre su sillón de cuero y se atusó la barba gris.

—Es usted un negociador, señor Hawk. Eso es lo que he descubierto. ¿Está buscando alguna clase de trato? ¿Está pensando en negociar un acuerdo si su hija se declara culpable?

—No.

—Entonces ¿qué es lo que me está diciendo?

—Estoy diciendo que el departamento del sheriff y usted han decidido ya cómo murió Ashlynn, pero yo creo que se equivocan. Mi hija dice que es inocente.

—¿Inocente?

—Ella no apretó el gatillo. No disparó a Ashlynn Steele.

Altman sacudió la cabeza en un gesto cortante de rechazo.

—Su cliente le está mintiendo. No hará falta que le diga que los defendidos mienten todo el tiempo, ¿verdad? Los clientes mienten a los abogados y, sin duda, las hijas mienten a los padres.

—Yo la creo.

—Claro que la cree, razón de más para que contrate a un abogado sin vínculos emocionales con la acusada. Mire, señor Hawk, cualquier abogado hará hincapié en la edad de su hija, en el consumo de alcohol, en su estado emocional y en el hecho de que jugar a la ruleta rusa, en caso de que tal juego existiera y no estemos frente a una ejecución a sangre fría, es obra de una mente trastornada. Me parece lógico, son cuestiones adecuadas para exponerlas ante un juez y un jurado. Pero si cree que no tenemos pruebas abrumadoras de que Olivia Hawk mató a Ashlynn Steele, entonces se está engañando.

—Nadie la vio apretar el gatillo —señaló Chris—, y no encontraron el arma en el

escenario del crimen.

—Su hija dio positivo en las pruebas para la detección de restos de pólvora.

—Tanya Swenson vio a Olivia disparar un arma; pero disparó al tronco de un árbol, no a Ashlynn.

—Tanya vio a su hija sacar un arma y amenazar con matar a Ashlynn Steele en un lugar desierto horas antes de que encontraran su cuerpo en ese mismo sitio. Y el móvil se desprende de su propia declaración: su antipatía hacia la víctima y su padre. Tal vez no tengamos el arma, pero tenemos una bala en un árbol y otra en la cabeza de Ashlynn, y le aseguro que coincidirán. No hemos llegado a una conclusión precipitada, señor Hawk. Si hemos actuado con rapidez es porque las pruebas lo justifican.

—Es posible —aceptó Chris—, pero la víctima era también la hija de uno de los hombres más ricos e influyentes del condado.

—¿Cree que su hija está en la cárcel debido a presiones por parte de Florian Steele?

—Digamos que se me ha pasado por la cabeza.

Altman suspiró y abrió el cajón central de su escritorio, sacó una tarjeta de visita y la deslizó hacia Chris con la yema del dedo índice.

—¿Sabe? Llevo veintiséis años sin hacerme tarjetas nuevas, señor Hawk, el mismo tiempo que llevo sentado tras esta mesa. He visto de todo: laboratorios de metanfetaminas, alcaldes que venden contratos del ayuntamiento a cambio de un soborno, grupos medioambientales alternativos que hacen saltar por los aires el tendido eléctrico, inmigrantes ilegales hacinados en camiones... En este momento, el fiscal del estado de Minneapolis insiste en que tiene pruebas concluyentes de que existe una red que distribuye pornografía infantil desde mi condado. Con franqueza, tengo demasiadas cosas entre manos para preocuparme por las presiones políticas.

—Me alegra oírlo, señor Altman, pero los hombres como Florian Steele saben cómo salirse con la suya. Si Florian está convencido de que Olivia asesinó a su hija, no se arredrará a la hora de exigir acción.

—Como haría usted si se tratara de su hija.

—Yo no soy el director ejecutivo de Mondamin Research —observó Chris.

Altman le contempló en silencio durante un buen rato.

—Comprendo su situación, señor Hawk —contestó finalmente—. A mí me costaría mucho imaginar que una de mis hijas le ha quitado la vida a alguien. Resulta más fácil creer que la han obligado a confesar para satisfacer a un hombre poderoso como Florian. Por desgracia, yo vivo aquí y usted no. He visto a demasiados jóvenes adorables, jóvenes como su hija, que han radicalizado sus posturas debido a esta disputa sin sentido. En este condado hay mucho odio injustificado hacia Mondamin.

—¿Injustificado, dice? —repitió Chris—. Cinco adolescentes de St. Croix han

muerto de leucemia.

—Soy consciente, pero se trata tan sólo de una trágica coincidencia.

—¿En un pueblo de cuatrocientos habitantes? ¡Menuda coincidencia!

—En realidad no. La gente se asusta cuando oye hablar de casos de cáncer concentrados en una misma zona, pero la mayoría de ellos no son más que anomalías matemáticas. Si lanza una moneda al aire un millón de veces, en algún momento le saldrá cara cien veces seguidas. Sucede. La pérdida de esos jóvenes es devastadora, pero las familias culpan a Mondamin basándose en emociones y especulaciones, no en hechos. Yo soy abogado, no epidemiólogo, así que no puedo explicarle nada acerca de la evidencia científica. Lo único que puedo decirle es que una experta independiente no halló ninguna prueba de la relación entre Mondamin Research y la muerte de esos jóvenes en St. Croix.

—Usted es abogado. Sabe que la falta de pruebas no significa que no haya una relación.

Altman alzó la vista al techo.

—Sí, lo entiendo, señor Hawk, de verdad. La gente es desconfiada por naturaleza. No sé con exactitud qué sucede detrás de las paredes de esa empresa; sin embargo, una de las compañías agropecuarias más importantes del mundo adquirió Mondamin el año pasado, así que algo deben de estar haciendo bien. Tengo entendido que fragmentan cadenas de ADN y crean nuevas cepas de semillas y pesticidas. Organismos modificados genéticamente. Nanopartículas. Si cree lo que dice la publicidad, forman parte de una revolución que terminará con el hambre en el mundo. Si escucha a los activistas medioambientales, son monstruos que juegan con cosas que no entienden y que crean mutantes que nos matarán a todos. Usted elige. Crea lo que crea, el hecho es que las familias de St. Croix perdieron su pleito y decidieron no dejarlo ahí. Desde que el juez rechazó la demanda, he tenido que enfrentarme a actos de violencia terrorista por parte de adolescentes de ambos pueblos. Tiroteos, bombas incendiarias, tortura de animales...

—Olivia no estaba involucrada en nada de eso.

—Por lo que yo sé, no, es cierto. Por otra parte, su hija ha sido una de las voces más críticas con Mondamin en el instituto.

—La libertad de expresión no es un delito —señaló Chris.

—No, pero la tenencia de un arma sin permiso sí lo es. El asesinato sí lo es. Yo conocía a Ashlynn Steele, señor Hawk. Solía verla los domingos en la iglesia. A pesar de lo que pueda usted pensar sobre Florian, Ashlynn era una joven hermosa e inteligente. Me ocuparé de que se le haga justicia; es lo que haría por la hija de cualquier hombre.

—A veces los hijos pagan por los pecados de sus padres —observó Chris.

—¿Qué quiere decir con eso?

—«La destrucción se abatirá como una tormenta sobre todo lo que has creado. Nadie se librará».

El fiscal del condado se ajustó con cuidado las gafas y se llevó los dedos a la barbilla.

—Veo que ha leído los periódicos.

Chris asintió.

—Sí, estamos investigando a ese hombre que se hace llamar Aquarius —le informó Altman—, aunque todavía no sabemos si representa una amenaza real.

—Sea quien sea, está claro que alberga un amargo rencor contra Florian.

—¿Qué sugiere? ¿Que Aquarius siguió a la hija de Florian y la mató?

—No lo sé, tal vez. ¿Puede descartarlo?

Altman sacudió la cabeza.

—Señor Hawk, sé que quiere ayudar a su hija, pero será mejor que lo haga centrándose en su estrategia legal y no poniéndose unas gafas con cristales de color rosa para no ver más que su inocencia. En este momento, un buen abogado estaría buscando la forma de hacer que un jurado empatizara con su hija, y no soñando con improbables teorías conspirativas.

—Olivia no es culpable —insistió Chris.

Altman extendió las palmas en un gesto de resignación.

—De acuerdo. Allá usted.

—Me gustaría revisar todo el material que ha reunido la policía hasta ahora con respecto al caso. ¿Supondrá un problema?

—No, me aseguraré de que reciba una copia cuanto antes —contestó Altman, y añadió—: Tal vez eso le abra los ojos.

Chris ignoró la puya.

—Mañana por la mañana hay una vista por el arresto. ¿Cuál es su postura al respecto?

—Debo oponerme a que la dejen en libertad, aunque no tengo muchas probabilidades de ganar. Olivia no tiene un historial delictivo, pero si la liberan existe el riesgo de que ese hecho genere más violencia.

—Ella no va a hacerle daño a nadie, señor Altman —dijo Chris—. Usted lo sabe.

—De hecho, estoy pensando en su propia seguridad. Y usted debería hacer lo mismo.

—¿Qué quiere decir?

Michael Altman frunció el ceño.

—Quiero decir que, si la dejan en libertad, estará en peligro. En este momento, ésa es la realidad de este condado, señor Hawk. Tal vez el lugar más seguro para su hija sea la cárcel.

Capítulo 4

Chris había visitado por última vez el pueblo de St. Croix cuatro años atrás, cuando la madre de Hannah murió a la edad de setenta y dos años. Le parecía un sitio donde los niños nacían, crecían, se marchaban y nunca regresaban. Los viejos eran los únicos que se quedaban y vivían largas existencias a través de las rigurosas estaciones de Minnesota hasta que, al final, iban vaciando el pueblo uno tras otro. A medida que pasaban los años, la población del cementerio había acabado superando la de las casas y las granjas.

Ahora, en St. Croix morían más rápido. Más rápido y más jóvenes.

Salió de Barron por la carretera en dirección al sur, siguiendo la ribera del río Spirit. Ocho kilómetros más adelante, la vía giraba hacia el este y seguía un estrecho arroyo a lo largo de varios kilómetros antes de dirigirse de nuevo hacia el sur, hacia Iowa. Si ibas por la autopista, era fácil pasar de largo el pueblo de St. Croix. Varios kilómetros más allá de la bifurcación del río la velocidad máxima se reducía a cincuenta por hora, y Chris giró a la izquierda y se adentró en la cuadrícula de calles. El campanario blanco de la iglesia luterana asomaba por encima de los tejados de las casas. Las amplias manzanas estaban vacías. Anochecía, y los cuatrocientos habitantes de St. Croix se disponían a bendecir la mesa antes de cenar.

El apellido de soltera de su exmujer era Grohman. Hannah Grohman, hija de Josephine y Cornelius Grohman. Tras el divorcio había conservado el apellido Hawk, porque decía que se adecuaba más a su personalidad^[1]. Y era cierto: Hannah tenía una vista muy aguda para los problemas, y afrontaba las situaciones sin miedo y con una fuerza endiablada. Sin embargo, para sus vecinos era Hannah Grohman, la mujer que vivía en la casa donde había nacido. En St. Croix la consideraban una heroína local por haber regresado al hogar después de pasar algunos años fuera. Había renegado de la ciudad para volver al campo, y había traído a su hija con ella. Nadie más lo hacía.

Chris aparcó cerca de la casa de los Grohman, en el cruce que se encontraba justo enfrente de la iglesia, al otro lado de la calle. Vio luces encendidas dentro de la casa de dos pisos y vislumbró una figura que se movía por detrás de las cortinas. Reconoció la silueta y el corazón le dio un vuelco. Era demasiado pronto para entrar. Demasiado pronto para verla.

Salió del coche y avanzó a grandes zancadas hasta detenerse en mitad del césped, embarrado por la lluvia. Las parcelas aquí eran mucho más grandes, con un amplio terreno. Los árboles se extendían a lo lejos, proyectando grandes sombras mientras la luz del sol se filtraba entre los huecos. La casa, que llevaba en pie casi un siglo, estaba revestida de madera blanca; tenía un espacioso porche delantero, amueblado con cuatro sillas Adirondack, y el tejado negro se inclinaba en un ángulo agudo sobre

las ventanas de la segunda planta.

La serpenteante ramificación del río Spirit corría justo por detrás, tan cerca que Olivia podría haber saltado al agua desde la ventana de su dormitorio, en el piso de arriba. Parecía una estampa salida de *Huckleberry Finn*, con árboles en la orilla que hundían sus ramas desnudas en la perezosa corriente. El agua, terrosa, se abría paso hacia un puente ferroviario de metal gris, a unos doscientos metros. Al otro lado del arroyo, los campos de maíz en barbecho esperaban el deshielo primaveral.

Chris se quedó de pie junto a la orilla, inmóvil, contemplando la tranquila población de St. Croix mientras caía la noche. Por encima de la mohosa oscuridad del agua distinguió los aromas procedentes de las cocinas del pueblo. Pollo asado. Galletas. Dos docenas distintas de guisados. Unos pocos habitantes habían dejado lucecitas encendidas, que titilaban en líneas blancas al borde de los tejados. Finalmente oyó el tañido del campanario de la iglesia. Eran las ocho. Tras el octavo y último toque de la campana, el silencio cayó sobre el pueblo como un sudario. No se veía un alma.

Todo aquello, aquel decorado solitario arrancado de una postal navideña, constituía la razón por la que Hannah lo había abandonado.

Sabía que estaba siendo injusto, pues un matrimonio de quince años no termina en un abrir y cerrar de ojos, no termina sin que ambas partes se olviden de cuidarlo. En aquel momento, el hecho de que su hermosa mujer le diera la espalda y se llevara a su hija lo había pillado desprevenido. Había trabajado durante muchos años para construir una vida para los tres, para mantenerlos a salvo en un mundo que ofrecía pocas seguridades. Había asumido que eso era lo que su esposa quería, y en lugar de eso ella le había dicho: «No puedo seguir siendo esa mujer».

Esa mujer. Su mujer.

Todo empezó con la muerte de la madre de Hannah. Josephine Grohman, cuya voluntad era tan férrea como la de su hija, había fundado el Grohman Women's Resource Center en Barron para reparar lo que ella definía como una vergonzosa desatención de los servicios sociales y de salud destinados a las mujeres de las zonas rurales. Durante décadas se había erigido en el pararrayos de la polémica, y su muerte había dejado un enorme vacío en la política del suroeste de Minnesota. A lo largo de su lento declive había manifestado su deseo de que Hannah llenara ese vacío. Que regresara a casa y continuara con su legado.

Chris nunca había creído que su mujer fuera capaz de hacerlo; ella nunca le abandonaría. Estaba equivocado. Durante un año, Hannah había permanecido en silencio mientras luchaba con su destino, pero un día salió de la ducha llorando, le cogió de las manos y le dijo que volvía a su hogar. Así de sencillo. A él le llevó mucho tiempo liberarse de su amargura. Le llevó dos años darse cuenta de que el fin de su matrimonio no había empezado con la muerte de Josephine, sino mucho antes,

mientras se alejaban lentamente el uno del otro y contemplaban lo que sucedía como dos espectadores, sin hacer nada por evitarlo.

No era culpa de ella. No era culpa de él. Era culpa de los dos.

Pensó en lo que Olivia le había dicho en la cárcel: «Mamá lo tiene». Cáncer, la misma enfermedad que había terminado con la vida de Josephine. La noticia lo había destrozado y le dolía que Hannah hubiera querido afrontarlo sola, como si diera por hecho que él no podría soportarlo. Probablemente estaba en lo cierto. Se quedó allí de pie, invisible entre los árboles, mientras intentaba armarse de valor para verla y encontrar un modo de no derrumbarse al contemplar su rostro.

Chris emprendió finalmente el camino hacia la casa, pero se detuvo al oír el estrepitoso motor de una camioneta que interrumpía la soledad de St. Croix. A menos de cuatrocientos metros, la goma de unos neumáticos chirrió cuando el vehículo frenó y giró con brusquedad para tomar la carretera. Vio los haces de luz de los faros, pero mientras miraba, éstos se apagaron. La camioneta era oscura y atravesó la cuadrícula de calles, acercándose. Pasó junto a la iglesia y se dirigió al cruce. Chris no pudo distinguir las caras a través de los cristales tintados.

La camioneta redujo la velocidad frente a la casa de Hannah.

Y entonces comenzaron los disparos.

Chris se echó al suelo mojado mientras las ráfagas de humo y luz relampagueaban como bombas. Seis sonoras explosiones se sucedieron con rapidez. El cristal se hizo añicos cuando al menos una bala alcanzó una de las ventanas de la planta baja, y Chris oyó que alguien chillaba. Reconoció el timbre de la voz; era Hannah.

Se puso en pie de un salto y echó a correr al tiempo que gritaba su nombre. Desde la camioneta le llegaron gritos de alegría y risas; eran voces adolescentes, que se interrumpieron sobresaltadas al oírle. Los faros se encendieron y le cegaron, y él se agachó, consciente de que representaba un objetivo fácil. La furgoneta salió disparada marcha atrás y zigzagueó mientras se perdía calle arriba. La luz de los faros se desvaneció y los neumáticos chirriaron cuando dio un giro de 180 grados; a continuación, aceleró a través del jardín de una de las casas en dirección a la carretera. Chris oyó el rugido del motor: la furgoneta tomaba velocidad y se movía hacia el norte.

De vuelta a Barron.

Corrió hacia los escalones de entrada de la casa de Hannah y golpeó la puerta. Volvió a llamarla, pero no obtuvo respuesta. La casa estaba en silencio, un silencio que llenaba sus oídos. Justo cuando estaba a punto de colarse a través de la ventana rota, vio como la puerta se entreabría unos pocos centímetros y la hermosa cara de su exmujer lo contemplaba.

—¿Chris?

—Se han ido —dijo él.

Hannah encendió la luz del porche y abrió un poco más la puerta. Chris tuvo deseos de abrazarla, pero ella pasó junto a él de camino hacia los escalones. Él miró por encima de su hombro y vio que ya había una docena de vecinos congregados cerca de la casa; habían venido corriendo en su ayuda. Ella les hizo un gesto con la mano.

—Estoy bien —informó—. Todo está bien. —Y añadió dirigiéndose a él—: Entra, Chris.

Como si el tiempo no hubiera pasado.

Él la siguió al interior de la casa; ella apoyó las manos en las caderas y examinó el cristal roto sobre el suelo del comedor. Suspiró, desapareció en la pequeña cocina y regresó con una escoba y un recogedor, se arrodilló y empezó a barrer metódicamente las esquirlas de cristal. Aquélla era Hannah. Sin pánico. Sin dramas. Haciendo lo que tenía que hacer.

—Deberíamos llamar a la policía —observó Chris.

Hannah se interrumpió y alzó la vista, como si acabara de percatarse de su presencia. No habían vuelto a verse desde que Olivia y ella dejaron Minneapolis y se marcharon a la otra punta del estado. Hacía tres años, tres años en los que su único contacto con la mujer con la que había compartido su vida durante casi dos décadas se había limitado a un puñado de tensas llamadas telefónicas.

—Deberíamos —contestó ella—, pero no serviría de nada.

—No pude ver sus caras ni identificar el coche. Lo siento.

—Eran chicos de Barron. En realidad, no importa quiénes en concreto.

—De todos modos, deberíamos llamar a la policía. Deberían asignar a alguien para que te protegiera.

Hannah terminó de barrer en silencio y, una vez hubo concluido, se puso en pie con una sonrisa cansada y dejó el recogedor sobre una mesa antigua.

—Nadie quiere protegernos; lo que quieren es que nos vayamos. O que nos muramos.

Chris oyó que llamaban a la puerta. Hannah pasó por su lado para abrir y sus brazos se rozaron. Él vio a un hombre atractivo esperando en el porche, de su misma altura y edad. Tenía el pelo rebelde y rubio y una cara pálida y de rasgos marcados, con una frente alta y salpicada de pecas; en sus ojos azules había una mirada de preocupación. Vestía una camisa blanca y pantalones negros.

—Hannah, ¿estás bien?

Su exmujer puso una mano sobre el hombro del visitante.

—Oh, sí, ha sido sólo más de lo mismo. Nunca termina.

—¿Quieres que mande a Johan cuando regrese del motel? Puede quedarse a pasar la noche en tu casa.

—Te lo agradezco, Glenn, pero no hace falta.

Cuando Hannah y el desconocido se fundieron en un abrazo, Chris sintió una extraña punzada de celos. No cabía duda de que eran íntimos, y se preguntó si habría algo más. Tres años era mucho tiempo. Parecía una estupidez, pero nunca se le había ocurrido que Hannah pudiera mantener una relación con alguien, y Olivia nunca había dicho una palabra al respecto.

Al reparar en Chris, el hombre se separó de Hannah con gesto incómodo y le tendió una mano a través de la puerta.

—Soy Glenn Magnus, el sacerdote de la iglesia local.

Hannah miró a uno y a otro, turbada.

—Lo siento. Glenn, éste es Christopher Hawk, mi exmarido.

—¿Cómo está Olivia? —quiso saber el pastor.

—Tan bien como se puede esperar —respondió Chris.

—Es bueno que os tenga aquí a los dos.

El pastor era cordial y sincero, pero Chris quería que se marchara. No deseaba que la presencia de otra persona estropeará los primeros momentos de su encuentro con Hannah. Magnus llegó claramente a la misma conclusión: era el tercero en discordia.

—Bueno, sólo quería asegurarme de que no estabas herida —le dijo a Hannah.

—Gracias.

—Hablamos mañana —se despidió, y con una sonrisa dirigida a Chris, añadió—: Por favor, si puedo ayudaros a Olivia o a ti en algo, házmelo saber.

Chris no respondió, pero le devolvió la sonrisa. Hannah cerró, se volvió, se apoyó en la puerta y cruzó los brazos por encima de su delgado pecho. Siempre había sido capaz de leerle el pensamiento, y eso no había cambiado.

—No me acuesto con él —espetó—. Es lo que te estabas preguntando, ¿verdad?

—No —mintió él.

—Glenn es un amigo muy querido —prosiguió ella—. Durante los últimos tres años, hemos pasado por muchas cosas juntos. Vida, muerte...

Se dirigió en silencio a la cocina y echó los cristales rotos en el cubo de basura que había debajo del fregadero. Luego cogió dos tazas desconchadas del armarito situado sobre la encimera y sirvió café para ambos. Él se sentó a una vieja mesa de formica y ella hizo lo propio. Durante unos minutos se limitaron a beber en silencio. Las paredes de la cocina estaban empapeladas con motivos florales desvaídos y los electrodomésticos eran de los años ochenta, pero la estancia estaba impecablemente limpia. La casa olía a popurrí de lilas.

Hannah era una mujer menuda; medía algo menos de metro sesenta, y estaba más delgada incluso de lo que la recordaba. Delgada, aunque no frágil: aún se la veía fuerte. No llevaba maquillaje, pero el óvalo de su cara era perfecto, como un camafeo. Dos sombras en forma de media luna debajo de sus enérgicos ojos castaños

delataban su cansancio. A pesar de ello, no parecía haber envejecido, como si el tiempo se hubiera detenido. Sólo su cabello oscuro era distinto, más corto y sin los reflejos rojizos y dorados que él había amado siempre.

Hannah se dio cuenta de que Chris la observaba.

—Es falso.

—¿Qué?

—El pelo.

La realidad le golpeó en la cara.

—Oh.

—Supongo que Olivia te lo ha contado.

—Sí, lo hizo.

Hannah bebió de la taza y apartó la mirada, como si viera cosas en la habitación que no existían.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó él.

Ella se rió en silencio.

—¿Qué podías hacer, Chris? ¿Has aprendido a curar el cáncer desde la última vez que nos vimos?

—Podría haberte prestado apoyo. Habría hecho cualquier cosa para ayudarte.

—Lo sé. Te gusta solucionar problemas; eso es a lo que te dedicas. Pero hay cosas que no puedes arreglar.

—Tal vez no, pero me gustaría haberme enterado por ti.

—Sí, tienes razón —reconoció ella—. Debería habértelo contado, pero estaba asustada. No sé por qué.

Chris apretó los labios en una fina línea.

—Háblame de ello.

—Es cáncer de ovario.

—Lo siento mucho.

Ella alzó una mano para interrumpirlo.

—No quiero tu compasión, por favor.

Él buscó algo que decir.

—¿Qué tratamiento sigues? ¿Qué opinan los médicos?

—Me estoy sometiendo a un tratamiento de quimioterapia neoadyuvante. La idea es reducir el tamaño del tumor antes de operarlo. Cuando lo hayan conseguido, me intervendrán.

—¿Cuándo?

—El mes que viene.

Él se pasó una mano por la cara. Estaba sudando.

—¿Cuál es el pronóstico?

—Depende de si crees en el oncólogo o en mí. Yo digo que mi hija todavía me

necesita, al igual que muchas otras mujeres de por aquí.

Hannah cambió de tema, como si no hubiera nada más que discutir.

—¿Cómo está Olivia?

—Es como tú —contestó él—. Fuerte y tozuda.

Aquellas palabras hicieron que sonriera.

—¿Qué te ha contado?

—Dice que no lo hizo. Que no disparó a Ashlynn.

—¿La crees?

Era una buena pregunta. ¿La creía? Michael Altman tenía razón al afirmar que los clientes mienten a sus abogados y que las hijas mienten a sus padres. Hacerlo era más fácil que admitir que te emborrachaste y que, en el momento en que metiste una bala en el cerebro de aquella chica, arruinaste tu vida. Llevaba mucho tiempo separado de Olivia, y no sabía en qué basarse para decidir si estaba siendo honesta con él. A pesar de ello, como abogado, y como padre, sólo podía confiar en su instinto, y su instinto la creía.

—Sí —contestó, y añadió—: ¿Y tú?

Hannah pasó un dedo por el borde de la taza.

—Quiero creerla.

—¿Pero?

Ella se frotó los ojos, y Chris pudo ver con más claridad hasta qué punto llegaba su agotamiento.

—Las cosas no han sido fáciles por aquí. Ella y yo, las dos solas.

Él no dijo nada.

—Tiene secretos que no me cuenta, se escapa por las noches. Nos hemos distanciado. Sé que los últimos tres años han sido duros: el divorcio, la mudanza, mis largas jornadas de trabajo en el centro. Y ahora el cáncer. Cuando llegamos, Kimberly, la hija de Glenn, se convirtió en su amiga del alma; al perderla, Olivia se quedó desconsolada y optó por hacer lo mismo que los demás adolescentes: dejar que todo ese dolor y esa frustración se convirtieran en odio.

—¿Sabías que tenía una pistola? —preguntó él.

—Claro que no; nunca se lo hubiera permitido. Sigue siendo una niña, Chris. Se deja arrastrar por las emociones, y le falta madurez para gestionarlas. Eso es lo que me asusta. Si esa noche estuvo a solas con Ashlynn y tenía una pistola, me preocupa lo que pudo haber hecho.

—Hannah, de verdad, no creo que la matara.

—Espero que estés en lo cierto. Tengo la sensación de que es culpa mía.

—¿Culpa tuya? ¿Por qué?

—He estado obsesionada con Mondamin. Ese sitio es una cámara de los horrores. Son unos imprudentes; desconocen los riesgos reales, y no les importa. Le supliqué a

Rollie Swenson que presentara la demanda y trabajé con los padres que habían perdido a sus hijos. No se trataba de dinero, sino de focalizar la atención sobre la compañía para sacar a la luz lo que de verdad está ocurriendo allí. El problema es que, cuando la desestimaron, los chicos del pueblo se negaron a aceptarlo y empezaron a ocurrir cosas terribles. Vandalismo. Fechorías.

—¿Olivia tomaba parte en eso?

—No, creo que no, al menos no de forma directa, pero ella es un pararrayos, como yo. Los chicos de St. Croix la escuchaban hablar de Mondamin y de cómo la gente de Barron sacaba provecho del veneno de la empresa. Algunos de ellos llevaron su rabia demasiado lejos. Al principio no eran más que altercados sin importancia, pero entonces los chicos de Barron contraatacaron y se produjo una escalada de violencia. Un chico en particular, un matón llamado Kirk Watson, se erigió en una especie de cabecilla en Barron, y convirtió la disputa en una guerra. Todos sabíamos que el hecho de que alguien resultara muerto era sólo cuestión de tiempo.

—Suena como si hablaras de pandillas callejeras.

—Se trata exactamente de eso.

—¿En una zona rural?

Hannah frunció el ceño.

—Esto no es Mayberry^[2], Chris. Tenemos los mismos problemas que en la ciudad, y aquí es aún peor porque no disponemos de los recursos para enfrentarnos a ellos. Todos nos encontramos en medio del fuego cruzado.

Hannah dirigió la mirada hacia el comedor, donde las cortinas rasgadas ondeaban a través de la ventana rota, y añadió:

—Literalmente.

—Olivia pagará los platos rotos por esta guerra; Michael Altman se le va a echar encima sin miramientos. Si no lo hizo, tengo que averiguar qué ocurrió en realidad esa noche.

—Ojalá lo supiera.

—¿La viste salir el viernes?

—No, se ha convertido en una experta en escabullirse sin que yo me entere. Con la quimio es aún peor; me acuesto y duermo como si estuviera muerta.

Era un comentario desafortunado, pero Chris lo dejó pasar.

—Has dicho que guarda secretos. ¿Tienes alguna idea de lo que esconde?

—No, se ha alejado de mí. Está metida en un océano muy, muy profundo, Chris. Ya no es una niña.

—¿Alguna vez hablaba de Ashlynn Steele?

Le sorprendió que Hannah vacilara, como si la pregunta la incomodara. Su exmujer se tomó un tiempo antes de contestar.

—A veces. Para los chicos de este pueblo, Ashlynn era el enemigo.

—¿Qué chicos?

—Haz la lista tú mismo. En St. Croix hay al menos cuarenta chicos entre los trece y los diecinueve años; cualquiera de ellos habría culpado a Ashlynn por los actos de su padre. Era muy injusto.

Chris no pudo evitar pensar: «¿Te estás poniendo de parte de Ashlynn cuando acusan a nuestra hija de haberla asesinado?». Entonces se dio cuenta de que Hannah tenía razón. Al igual que los demás, Chris estaba siendo injusto. Ashlynn estaba muerta: la víctima era ella.

Hannah se puso en pie con brusquedad e interrumpió la conversación. Cogió las tazas de café, las metió en el fregadero, las enjuagó y las secó con un trapo.

—Lo siento —se disculpó sin mirarle—, sé que no estoy siendo de mucha ayuda. Te agradezco que hayas venido a ocuparte del caso de Olivia.

—No se me habría ocurrido no hacerlo.

Ella se volvió, y su mirada era más cálida. Lo examinó de arriba abajo.

—Tienes buen aspecto, Chris. Has perdido peso. Me alegro por ti.

—Gracias.

—¿Sales con alguien?

—No.

Hannah pareció genuinamente triste.

—Sigues siendo adicto, ¿eh?

—¿Qué quieres decir?

—Hay muchos tipos de drogas que controlan a la gente. Algunos se dan a la cocaína o el alcohol; tú, a la adrenalina. Dinero.

Trabajo. Tratos. No importa lo que te inyectes, sigue siendo una adicción.

Chris sintió que empezaba a enfadarse. Había escuchado aquello antes, pero trató de no devolverle la puya como habría hecho en el pasado.

—Ya hemos pasado por esto, Hannah —dijo con suavidad.

Ella se contuvo y se mordió el labio, como si se hubiera dado cuenta de que caer en los viejos hábitos resultaba demasiado tentador.

—Sí, tienes razón —convino—. Ya hemos pasado por esto.

Chris regresó a Barron a las diez de la noche y encontró la habitación del motel patas arriba.

La puerta, astillada en el punto donde la habían pateado para entrar, estaba entornada. Dentro, habían hecho trizas su ropa con un cuchillo y la habían desparramado por la habitación como si fuera confeti. Habían metido los papeles que Chris había reunido sobre el caso en una papelería y los habían quemado. La habitación apestaba a plástico derretido y la alfombra tenía un agujero chamuscado, a través del cual se veían las tablas del suelo carbonizadas. Las paredes y las sábanas

chorreaban pintura de espray multicolor.

Alguien había utilizado un rotulador negro para escribir sobre el espejo del lavabo.

«Jódete, Olivia Hawk. Jódete, St. Croix».

Trató de ponerse en el lugar de aquellos adolescentes, de sentir semejante rabia visceral, pero fue incapaz. No lo entendía. Lo único que veía era la obra de una panda de animales.

El propietario del motel, Marco Piva, estaba junto a él.

—Lo siento mucho, señor Hawk —se lamentó—. Mi casa está a unos doscientos metros detrás del motel. No oí nada hasta que la alarma de incendios empezó a sonar. Vine corriendo, pero los muy cabrones ya se habían marchado.

—No es culpa suya, Marco —lo tranquilizó.

—He llamado a la policía.

Chris pensó en la displicente actitud de Hannah hacia la policía y se dio cuenta de que tenía razón. No había protección posible. No se podía hacer nada.

—Hablaré con ellos por la mañana. En este momento, lo único que quiero es dormir.

—Claro, por supuesto. Tengo otra habitación para usted. ¿Necesita algo? Puedo traerle lo que quiera.

—Tal vez un cepillo y pasta de dientes.

—No hay problema.

El dueño del motel apoyó las rollizas manos en sus caderas y su cara olivácea se torció en un gesto de disgusto.

—St. Croix ataca a Barron. Barron ataca a St. Croix. ¿Dónde acabará esto? En desgracias para ambos bandos, sin duda. Me pasé tres años en San José rodeado de tristeza. Vi esta clase de odio en la ciudad, y esperaba no volver a verlo nunca.

—Quien se detiene primero pierde —señaló Chris—, así que nadie se detiene.

—Es una lástima que se encuentre usted en medio, señor Hawk.

—Es Olivia la que está en medio, y tengo que sacarla de ahí —replicó Chris—. ¿Ha dicho que tenía otra habitación para mí?

Marco se metió la mano en el bolsillo y sacó una llave.

—Es la última habitación, la de la esquina. El viernes pasé media noche despierto reparando las cañerías, así que está perfecta. El lavabo va como la seda y ya no gotea. Le traeré algunas cosas, ¿de acuerdo?

—Gracias.

Chris salió sin examinar los restos de su equipaje y pasó junto a las otras habitaciones del motel, mientras las gotas de lluvia caían a su lado desde el tejado y formaban pequeños charcos. La nueva habitación era aséptica y estaba vacía, justo lo que él deseaba, y olía a productos de limpieza con aroma a limón. Se dirigió a la pila

del baño, se echó agua fría en la cara y se pasó las manos mojadas por el pelo.

Luego se miró en el espejo y pensó en Hannah.

«No importa lo que te inyectes, sigue siendo una adicción». Uno podía ser adicto a la adrenalina. Y a la violencia.

Oyó que llamaban a la puerta; era el siempre eficiente Marco, que le tendió una bolsa de plástico con artículos de aseo. Volvió a darle las gracias al propietario del motel y cerró con llave. A continuación, vació la bolsa sobre el mármol del baño: cepillo y pasta de dientes, champú, enjuague bucal, bolsas de M & M's y galletas saladas, palomitas para el microondas, una Biblia y un par de calzoncillos talla XXL limpios y doblados. Así era la vida en un pueblo: si no tenías ropa interior, alguien te prestaba la suya.

De vuelta en el dormitorio, se desvistió y se tendió en la cama. El cuarto estaba a oscuras y el colchón era una tabla dura. Clavó la vista en el techo, sin dormir. No había vuelta de hoja; estaba muy lejos de casa. Era un forastero, y el pueblo de Barron ya le había mandado un mensaje claro.

«Márchate mientras puedas».

Capítulo 5

El torso de Kirk Watson emergía entre las altas hierbas cercanas al río Spirit. «Sí, joder» gritó, tan alto que las aguas transportaron su impropiedad hasta el centro de Barron; luego se apartó el pelo, negro y largo hasta los hombros, de la cara. Su anguloso mentón estaba cubierto por barba de un día. Iba sin camisa y sujetaba una botella de Grain Belt, que inclinó para echar un largo trago hasta vaciarla. Con la otra mano, se subió la cremallera de los vaqueros cortos.

Una adolescente siguió a Kirk desde la orilla del río. Era delgada como un palillo, con el pelo rubio oscuro, y sus rodillas blancas como la nieve estaban manchadas de barro. Se secó la boca y volvió a meter sus pechos, del tamaño de un pomelo, por dentro de la ceñida camiseta. Al ver a Lenny Watson, que contemplaba sus pezones rosados desde el banco del parque, le soltó un gruñido.

—¿Qué estás mirando?

Lenny se puso rojo como la grana y tartamudeó una excusa, pero Kirk agarró a la chica del pelo y tiró hasta que ella soltó un grito de dolor.

—¡Eh! —le advirtió mientras apuntaba un dedo frente a su cara—. Ése es mi hermano, ¿lo entiendes, Margie? Si quiere que se la chupen, tú abres tu agujero y se la chupas.

Margie se encogió al tiempo que Kirk se erguía sobre ella.

—Lo siento, Kirk —gimoteó.

Kirk la empujó hacia Lenny y la hizo tropezar con sus plataformas y caer de rodillas.

—¿Qué me dices, Leno? ¿Quieres que Margie trague un poco de leche?

Lenny se revolvió en el banco metálico y negó con la cabeza.

—No, no hace falta.

—La lengua de esta chica es como una serpiente.

—No, gracias, tío.

Kirk se encogió de hombros y cogió otra cerveza de la caja de doce que había junto a Lenny. Era la quinta. Su hermano aún tenía la primera en la mano. Kirk se metió la mano en el bolsillo, sacó una pistola y la dejó sobre el banco. Luego extrajo un montón de billetes sucios enrollados y cogió uno de cien dólares, que agitó frente a la cara de Margie.

—¿Lo quieres? —preguntó.

—Sí.

—¿Cuánto lo quieres?

—Mucho.

—¿Qué harías por él?

—No lo sé. Cualquier cosa.

—¿Me chuparías el culo?

La chica vaciló.

—Sí.

—Hala, ve a buscarlo.

Kirk hizo una bola con el billete, lo lanzó hacia la orilla del río y se rió mientras Margie corría para recuperarlo. Luego se tendió de espaldas sobre el banco, con la melena cayéndole por detrás como una fregona. Sus pies sucios y desnudos colgaban del otro extremo. Apuntó con la pistola hacia las copas de los árboles y apretó el gatillo. El revólver emitió un clic vacío: no había vuelto a cargarlo desde su visita a St. Croix.

—Es como si fuera agosto en el mes de marzo —suspiró—. Mierda, Leno, ¿se te ocurre algo mejor? Deberíamos estar hundidos en la nieve hasta las rodillas y, en lugar de eso, estamos a más de veinte grados, coño. Me tiraría al río si pensara que no iba a volver a verme las pelotas.

Kirk se golpeó el pecho con un puño, como un gorila.

—Sí, joooooooooder.

Para Lenny Watson, su hermano era un dios.

Él quería ser como Kirk, pero su madre le había jugado una mala pasada al darle a luz como una versión macilenta de su hermano. Lenny tenía dieciséis años, y Kirk era cinco años mayor, le sacaba quince centímetros y tenía veinte kilos más de músculo. Su hermano mayor también tenía agallas. Nadie se metía con él, ni las guarras como Margie ni los cobardes de St. Croix.

Ni siquiera Florian Steele.

Llevaban tres años solos, Kirk y Lenny, como Batman y Robin. Cuando Lenny tenía seis años, su madre se había emborrachado y había tomado una salida de la I-90 en dirección contraria hasta terminar empotrándose en una casa. Podrían haber enterrado lo que quedó de ella en una caja de zapatos. Después de eso, su padre utilizó a Lenny como saco de boxeo todas las noches, hasta que Kirk cumplió los catorce y aporreó a aquel hijo de puta con un martillo hasta matarlo. Luego serró el cuerpo en trocitos y los lanzó uno a uno al río Spirit, lo cual funcionó hasta que su cabeza apareció en la orilla, cerca de Redwood Falls. La policía fue a buscarlo, pero Kirk sólo pasó dos años en el reformatorio. Al salir, rescató a Lenny de una familia de acogida a la que no le importaba una mierda y, desde entonces, formaban un equipo.

Lenny habría hecho cualquier cosa por Kirk.

—Eh, he encargado un paquete —le dijo su hermano mientras bebía cerveza tumbado en el banco—. Llegará en un par de días.

—¿Sí?

—Sí, esta vez es de Vietnam. Apuesto a que con éste conseguimos diez mil.

—Guay.

Margie regresó del río metiéndose el billete de cien dólares en el bolsillo trasero de sus ceñidos pantalones cortos. A su alrededor, el parque estaba oscuro y casi vacío. Las copas desnudas de los árboles se cernían sobre ellos, pero las nubes del cielo no dejaban ver las estrellas. Era más de medianoche, y tan sólo un puñado de adolescentes de Barron se escondían entre las sombras para enrollarse. Lenny oía gemidos, gruñidos y el crujido de las lonas de plástico extendidas sobre la hierba embarrada.

La chica de Kirk agarró una cerveza y se sentó.

—¿Diez mil pavos? ¿En serio? ¿Por qué?

—Por mantener la boca cerrada y no hacer preguntas —le espetó Kirk.

—Ya, pero ¿puedo apuntarme?

Kirk esbozó una sonrisita.

—Claro, por qué no. ¿Te gusta hacer películas?

—¿Qué clase de películas?

—Guarras.

—¿Quieres decir pelis porno? Eso estaría bien. ¿Cuánto podría ganar?

Kirk la miró.

—¿Cuántos años tienes, diecisiete?

—Casi dieciocho.

—Demasiado mayor. ¿Tienes una hermana pequeña?

—Eso es asqueroso.

Lenny se rió con ganas.

—Los asquerosos son los que las miran —comentó Kirk.

Luego pasó las piernas por ambos costados de Margie y tiró de los hombros de la chica para apoyarla sobre su torso desnudo, metió sus grandes manos dentro de su camiseta y jugueteó con sus pechos. A Lenny empezaron a sudarle las palmas al pensar en sus propias manos metidas dentro de la camiseta de la chica. Imaginó sus pechos, suaves y blandos como melocotones maduros, excepto por las protuberancias de la punta.

—Entonces ¿tú qué crees, Leno? —preguntó Kirk—. ¿Le he dado?

—¿A quién, tío?

—A Hannah Hawk.

Lenny se encogió de hombros.

—No lo sé; puede que sí. Le diste a una de las ventanas.

—La he oído gritar —dijo Kirk—, pero eso no significa nada.

—Creía que sólo tratabas de asustarla —comentó Margie—, no de darle.

—Joder, ¿qué sentido tiene eso?

Kirk apoyó el cañón del arma en un lado de la cabeza de Margie y el frío metal se

introdujo en su oreja.

—Uno no dispara una pistola a menos que quiera alcanzar a alguien.

—¡Déjalo ya! —le pidió ella.

—Creía que querías ser una estrella del porno.

—No lo hagas —suplicó Margie.

Kirk le rodeó el cuello con el brazo y siguió clavándole la pistola hasta casi rasguñarle la piel. A medida que apretaba con más fuerza, Margie empezó a revolverse presa del pánico y a patallar de forma espasmódica.

—Bang —susurró él al tiempo que apretaba el gatillo.

Clic.

—Está vacía, estúpida —se rió.

Margie se retorció entre sus brazos con la respiración entrecortada.

—¡Eres un capullo!

—No seas llorona.

—¡Me has asustado, coño!

—Bah, deja ya de quejarte. Te acojonas por nada; la pistola no estaba cargada. Pero esa zorra de St. Croix sí le voló los sesos a Ashlynn.

—¿Por qué te preocupas por ella?

—Ashlynn era una chica de Barron. En Barron nos mantenemos unidos.

—He oído que te dejó —se burló Margie.

—Cierra la puta boca. Tú no sabes nada.

—Sólo salía contigo para cabrear a su padre. A todas las niñas ricas les gusta joder a su padre con su peor pesadilla. Aunque lo que se comenta en el instituto es que nunca se te abrió de piernas.

Kirk estrujó los pezones de Margie entre sus gruesos dedos por debajo de la camiseta, y la chica soltó un chillido.

—¡Mierda! ¡Mierda, para!

Margie se apartó de él llorando.

—¡Eres un gilipollas! ¡Estás loco!

—No hables de Ashlynn, ¿me oyes? No te atrevas a pronunciar su nombre delante de mí.

Las rodillas de Margie temblaron como las de un cervatillo. La cara se le empapó de lágrimas de rabia y dolor que arrastraron con ellas el maquillaje, y algunos mechones rubios sueltos se le pegaron a las mejillas.

—¿Ah, no? Ashlynn, Ashlynn, Ashlynn, como en: «Ashlynn Steele nunca hubiera dejado que Kirk Watson se la follara» —chilló sacando el labio inferior en un gesto de desafío.

Kirk se puso en pie de un salto con el antebrazo levantado, listo para golpearla, y Margie echó a correr. Tropezó con sus incómodos tacones y cayó en el barro, pero

volvió a levantarse y siguió corriendo por el parque hasta alcanzar el puente peatonal que cruzaba el río Spirit hacia el centro de Barron. Kirk y Lenny oyeron su frenético clop-clop mientras esprintaba agitando los brazos. En mitad del puente, bajo las luces titilantes, se decidió por fin a mirar atrás y vio que Kirk no la perseguía. Se detuvo, jadeando, y le levantó el dedo corazón. Luego le gritó un insulto a pleno pulmón, se dio la vuelta y corrió hasta perderse en las calles del pueblo.

Kirk golpeó el banco con el puño con tal fuerza que la vibración a punto estuvo de hacer caer a Lenny. Con Kirk, las cosas iban a veces de aquella manera. Empezaba a hervir como un cazo de agua, y lo mejor era no encontrarse cerca. En situaciones como aquélla, había pegado, quemado y asfixiado a Lenny. Sin embargo, esta vez Kirk se limitó a coger un botellín de cerveza sin abrir, se dirigió al roble más cercano y lo estampó contra el tronco hasta hacerlo añicos y quedar salpicado con la espuma blanca de la cerveza; un cristal se le clavó en la mano y empezó a sangrar. Lenny oyó murmullos asustados por todo el parque.

Kirk dio media vuelta mientras se chupaba la sangre de los dedos.

—Esto no ha terminado, ¿me oyes? Ashlynn está muerta; alguien tiene que pagar por ello.

—Lo sé, Kirk —contestó Lenny en voz baja—. ¿Qué hacemos ahora?

—Tenemos que darle una lección a Tanya Swenson. Esa zorra se largó y dejó a Ashlynn sola con su asesina. Mañana, Leno, has de sacarla de la escuela y traérmela al campo de fútbol. Nos aseguraremos de que reciba el mensaje y se lo transmita a su padre.

—No lo veo claro, tío.

—¡Hazlo! —le espetó Kirk—. Estaré esperando.

—Vale, vale. Lo que tú digas.

—Luego nos ocuparemos de Olivia Hawk.

Lenny palideció.

—Está en la cárcel —protestó.

—El juez la dejará salir.

—Ya, pero ¿por qué molestarnos por ella? Todo el mundo dice que van a encerrarla de por vida.

—Entonces le daremos algo en que pensar mientras se pudre.

A Lenny volvían a sudarle las palmas. Notó como se excitaba al pensar en Olivia. Era la única chica a la que deseaba: sus carnosos labios, la melena castaña que siempre le caía sobre un ojo. Cuando hablaba en clase, se la veía tan intensa, tan segura de sí misma... Era increíble. Lenny se preguntó cómo sería acostarse con alguien como ella, pero Olivia apenas sabía quién era él.

Pero eso no le impedía fantasear con ella.

Seguirla.

—¿De verdad crees que Olivia mató a Ashlynn? —murmuró.

Kirk entornó los ojos.

—¿De qué estás hablando, Leno?

—Es sólo que no parece algo propio de ella.

—¿Cómo demonios ibas tú a saberlo?

—No lo sé, tío.

—Lo hizo —insistió Kirk—. Esa zorra disparó a Ashlynn, y punto.

Capítulo 6

—¿Tengo que decirle al juez que no soy culpable? —preguntó Olivia.

Chris negó con la cabeza.

—Todavía no.

—Entonces ¿qué digo?

—Por ahora, nada. Déjame a mí.

—Pero la gente debería saber que yo no lo hice —protestó su hija—. ¿Por qué no puedo decírselo?

—Lo harás. Más adelante. Esto es sólo una vista por el arresto. Si dura cinco minutos, será mucho. En caso de que el juez te deje en libertad, cosa que espero que haga, resolveremos el papeleo y luego te llevaré a casa.

—Genial. La cárcel es una mierda.

—Lo sé.

Chris no añadió que pasar una noche en la cárcel no era nada comparado con la perspectiva de estar veinticinco años encerrado.

—Lo más probable es que Florian Steele se haya metido al juez en el bolsillo —comentó Olivia—. No dejaré que me vaya.

—Sí, lo hará. Todo irá bien, pero tienes que mantener la calma ahí dentro. No digas nada, no hagas nada y no sueltes tacos. ¿Lo has entendido? Si pierdes los nervios, le darás una excusa al juez para mantenerte encerrada.

—Sí, ya lo sé.

—El fiscal del condado cree que deberíamos considerar la opción de que te quedes en la cárcel por tu propia seguridad —añadió Chris.

—Ni hablar.

—No he dicho que vayamos a hacerlo, pero en parte tiene razón. Contrataré a alguien para que vigile vuestra casa y, una vez llegemos a St. Croix, no te moverás de allí.

—Vaya, ¿así que ahora también seré una prisionera en casa? —preguntó Olivia—. Puedo cuidar de mí misma, papá.

—No, no puedes.

Su hija le dedicó una mueca, pero no discutió.

—¿Le has explicado a mamá que yo no lo hice? —quiso saber.

—Sí.

—¿Y qué dijo ella? ¿Me cree?

—Claro que sí.

No tenía ninguna intención de compartir las dudas secretas de Hannah con su hija; no le hacía falta escucharlas. Chris consultó el reloj: tenían que estar en el juzgado en menos de un cuarto de hora.

—Escucha, yo no creo que tú dispararas a Ashlynn, pero también pienso que no me estás contando todo lo que sabes. No puedes ocultarme cosas, Olivia. Te han acusado de asesinato.

—No sé lo que pasó, papá. De verdad.

—Empecemos por el principio. ¿Quién sabía que esa noche habías quedado con Tanya en el pueblo fantasma?

—Nadie.

—¿Viste algún otro coche? ¿Viste u oíste algo que sugiriera que había alguien más allí?

—No, no oímos a nadie. No había nadie hasta que apareció Ashlynn.

—¿De dónde venía?

—Nos dijo que volvía a Barron y que se le había pinchado una rueda.

—¿Dijo dónde había estado?

—No. —Tras una pausa, añadió—: Ashlynn nos contó que llevaba horas conduciendo.

—¿Horas? —preguntó Chris.

—Eso es lo que dijo. Pensé que mentía, pero...

Olivia se interrumpió y se mordió el labio.

—¿Por qué pensaste que mentía?

—Creí que tal vez hubiera estado en St. Croix.

—¿Y por qué iba a querer ir a St. Croix?

—Así es como han sido las cosas durante el último año: asaltos y ataques por sorpresa entre los dos pueblos.

—¿Ashlynn tomaba parte en eso?

—No lo sé. Era de Barron, y harían cualquier cosa para hacernos daño.

Chris seguía sin estar convencido de que su hija le estuviera proporcionando la historia completa.

—¿Qué hiciste después de tirar la pistola y dejar a Ashlynn en el parque?

—Me fui a casa y me metí en la cama.

—¿Hablaste con tu madre?

—Estaba durmiendo. Desde que le dan quimio, tiene un sueño muy profundo.

—¿Así que no te oyó marcharte ni volver?

—Supongo que no.

—¿Hablaste de Ashlynn con alguien? ¿Mandaste a alguien en su ayuda?

—No.

—¿Por qué no? Has dicho que había pinchado y no podía volver a casa.

Olivia se encogió de hombros. Siempre que hablaba de Ashlynn, su expresión era fría.

—Porque no quería ayudarla —dijo.

—¿A qué hora dejaste a Ashlynn en el pueblo fantasma y a qué hora llegaste a casa?

—Eran más o menos las doce y media cuando me fui, del parque, y debí de llegar a casa unos diez o quince minutos más tarde. No está lejos.

Chris ordenó mentalmente la secuencia de los hechos. Olivia dejó a Ashlynn media hora después de la medianoche, viva, sin posibilidad de volver a casa, a varios kilómetros tanto de Barron como de St. Croix y con un arma a sus pies en un parque desierto. Cinco horas más tarde, antes de que amaneciera, Tanya Swenson le confesó a su padre lo que había pasado esa noche y Rollie Swenson llamó a emergencias. Los agentes del departamento del sheriff encontraron a Ashlynn en el parque, muerta de un solo disparo en la frente. El revólver había desaparecido y el Mustang de la chica estaba aparcado en la calle principal del pueblo fantasma, con un neumático pinchado, exactamente como lo había dejado.

La estimación inicial establecía el momento de la muerte varias horas antes del descubrimiento del cuerpo; en otras palabras: la habían matado poco después de que Olivia la dejara allí.

«O antes», se dijo a sí mismo.

Olivia le leyó la mirada.

—No me crees, ¿verdad? Crees que yo la maté.

—No, no lo creo, pero en un juicio se dirimen hechos positivos y hechos negativos. En este momento, tenemos sólo una sucesión de hechos negativos. Tú estabas allí y tenías una pistola. Amenazaste a Ashlynn, y Ashlynn está muerta. Lo que nos hace falta son hechos que apoyen tu versión de lo sucedido: que tú no apretaste el gatillo, que lo hizo otra persona.

—No sé qué decirte, papá. Pudo ser cualquiera.

—Háblame de Tanya —le pidió Chris.

—¿Qué pasa con ella? ¡No estarás pensando que regresó al parque para cargarse a Ashlynn!

—¿Cómo lo sabes?

—¿Tanya? Imposible.

—Si no estabas allí, no puedes saberlo. Nuestro trabajo es establecer dudas razonables acerca del hecho de que tú mataras a Ashlynn. Tanya sabía que había una pistola y que Ashlynn no tenía modo de marcharse. No se lo dijo a su padre ni llamó a la policía hasta cinco horas después.

—Ya, pero Tanya no...

—Es una sospechosa, Olivia.

Su hija frunció el ceño.

—Lo que tú digas.

Chris abrió la boca para reprenderla, pero se contuvo. Se recordó que su hija era

joven. Los chicos de dieciséis años podían hacer cosas de adultos: fumar, beber, mantener relaciones sexuales e incluso matar. Pero aquello carecía de importancia: aún era una niña, una niña que no se daba cuenta de que las reglas del juego habían cambiado, que no entendía que el resto de su vida pendía de un hilo.

—Es hora de acudir a la vista —le anunció—. Vamos a sacarte de aquí.

Tras la vista, de apenas tres minutos de duración, el juez decidió que no iba a mantener a Olivia en prisión preventiva y la dejó en libertad, a la espera de la siguiente fase del procedimiento criminal. A Chris no le sorprendió, pues lo habitual en un caso de menores, incluso en uno de asesinato, era que el acusado quedara en libertad. Se trataba de una victoria fácil, pero más adelante la batalla sería mucho más dura.

Fuera de la sala, mientras Olivia se hallaba en el baño, Michael Altman se acercó a Chris. La cara del fiscal del condado reflejaba preocupación.

—Me han informado acerca de los incidentes ocurridos en el motel y en la casa de su exmujer. El sheriff quiere hablar con usted sobre lo sucedido.

—No vimos a los responsables.

—Tal vez no, pero no quiero que los adolescentes de ninguno de los dos pueblos crean que pueden salir impunes de estos ataques.

—Lo entiendo —dijo Chris, y añadió—: Supongo que ha pensado en presentar una moción para una audiencia previa.

La audiencia previa determinaría si Olivia iba a ser juzgada en un tribunal de menores o en un tribunal ordinario, con la pena correspondiente. Por desgracia, en un caso de asesinato, los precedentes legales apuntaban en su contra. La única forma de conseguir que el caso se dirimiera en un juzgado de menores consistía en formular una argumentación sólida en la que los factores atenuantes jugaran en favor de Olivia. Y los jueces no solían aceptarla.

—Es posible que la audiencia sea un puro trámite —le advirtió Altman.

—¿Disculpe?

—Tengo intención de presentar una acusación por asesinato en primer grado ante el gran jurado, y su hija no tendrá la posibilidad de ser juzgada en un tribunal de menores.

Chris se sintió como si le hubieran propinado un puñetazo en el pecho.

—¿Asesinato en primer grado? No puede hablar en serio.

—Lo hago.

—Aunque crea que Olivia apretó el gatillo, es imposible que crea que su intención era matar a Ashlynn.

La expresión de Altman era grave.

—Hable con su hija.

—¿Qué demonios significa eso?

—Significa que no se trató sólo del juego perverso de una adolescente que no pensó en las consecuencias. Se trató de un asesinato por venganza.

—¿Venganza por qué? ¿Por la muerte de Kimberly?

Altman, con la mano apoyada en la puerta de roble de la sala del juzgado, vaciló.

—Me temo que la cosa va más allá, señor Hawk —contestó.

El fiscal del condado se dio la vuelta y desapareció en el interior de la sala de vistas sin esperar la respuesta de Chris.

Chris se quedó solo en el pasillo, aspirando el mohoso olor del viejo edificio. Recordó lo que Marco Piva, el propietario del motel, le había dicho al llegar al pueblo: «Nadie confiará en usted, y no le contarán las cosas que necesita saber». La advertencia acababa de hacerse realidad. Supo que en aquella historia había un trasfondo que todos conocían. Todos menos él.

«Hable con su hija».

Olivia apareció tras el cristal esmerilado de la puerta del lavabo de mujeres, se secó los labios y se frotó los dedos en los vaqueros. Se la veía pálida y frágil. Su melena castaña caía en mechones largos y sucios.

—¿Estás bien? —le preguntó él.

—He vomitado.

—Lo siento.

Su hija se sentó en un banco y apoyó la cabeza en la pared. Chris tomó asiento a su lado y le pasó un brazo por la espalda; estaba tan delgada que pudo notar los huesos. El olor dulzón y nauseabundo del vómito se le había quedado pegado al cuerpo. Olivia se acurrucó contra su hombro del modo en que solía hacerlo cuando era pequeña y alzó la mirada con expresión vacía. Permanecieron sentados juntos y en silencio, como si no pudieran hacer nada más que esperar a que una riada se los llevara.

Asesinato en primer grado.

La puerta de la sala volvió a abrirse. Los pasos de dos personas sobre el suelo de madera resonaron bajo los altos techos. Chris los reconoció y se puso tenso, esperando una confrontación que no deseaba. No en ese momento.

Era Florian Steele. Al director ejecutivo de Mondamin Research lo acompañaba su esposa, Julia.

Chris conocía bien a Florian. No eran amigos, pero ambos habían sido alumnos de la Facultad de Derecho de la Universidad de Minnesota con dos años de diferencia y habían trabajado juntos en el consejo editorial de la revista de la facultad. Llevaba quince años sin hablar con él. Recordaba a Florian como un estudiante al que le interesaba el derecho corporativo: oferta pública y privada, valores, fusiones y adquisiciones. Ya por entonces su principal objetivo era el mundo de los negocios, lo

cual lo convertía en una rareza. La mayoría de los estudiantes de derecho eran o bien idealistas como Chris, que creían en la ley como una forma de cambiar el mundo, o bien fiscales en potencia que esperaban hacer carrera en los juzgados. Florian Steele, sin embargo, veía el derecho como un medio para alcanzar un fin: poner en marcha un negocio, adquirir capital, crecer, acumular dinero y vender.

Había seguido sus planes punto por punto.

Los ojos de Florian recorrieron el pasillo como los de un cauteloso tigre hasta topar con Chris y Olivia, que seguían sentados en el banco. Al ver a Chris reaccionó del modo en que lo haría cualquier padre: había dado con un enemigo para su familia. Su expresión, iracunda y suspicaz, se ensombreció. Miró a Olivia y Olivia lo miró a él, y Chris agarró a su hija por el hombro al tiempo que notaba que los músculos se le endurecían como nudos y enseñaba los dientes.

Florian no era un hombre especialmente guapo, pero tenía el carisma que conllevan la riqueza y el éxito. Era tan alto como Chris, con una calva brillante y unas prominentes orejas que crecían a ambos lados de su cabeza como las dos mitades de un corazón cercenado. Sus cejas negras parecían dos manchas gruesas y rectas, su mandíbula era angulosa y su cara, alargada. Mostraba el aspecto enjuto de un fanático del jogging, alguien que controlaba cada miligramo de sal y grasa y mantenía el colesterol a raya. Todo su ser emanaba autodisciplina, y Chris recordó que Florian había mantenido una rígida ética de trabajo incluso en la facultad, cuando las fiestas de la cerveza de los miércoles eran tan importantes para la mayoría de los estudiantes como el libro de derecho constitucional de Morrison.

Su esposa Julia era otra historia completamente distinta; rubia y menuda, como una muñeca dorada. A partir de las fotos que había visto de Ashlynn, Chris pensó que Julia era un retrato más maduro de su hija. Parecía haber nacido para el lujo: lucía su vestido de seda gris como si fuera una modelo de pasarela, el pelo recogido y el rostro perfectamente maquillado. Una hilera de perlas negras rodeaba su cuello y colgaba de sus orejas. Era la clase de mujer que siempre había desconcertado a Chris, inalcanzable como una escultura de museo protegida tras un cristal. Hannah era todo lo contrario. Su exmujer exteriorizaba siempre sus sentimientos y nunca censuraba lo que le pasaba por la cabeza, ya fuera furia o pasión. Julia Steele era hermosa, aunque no irradiaba sexualidad, y sus emociones estaban cuidadosamente enmascaradas. Ni siquiera su dolor se filtraba a través del maquillaje.

Chris le apretó el hombro a Olivia para que se quedara sentada en el banco y él se puso en pie.

—Hola, Florian.

—Chris.

Florian no le tendió la mano. No iban a mantener ninguna charla intrascendente. Una vez habían sido compañeros de clase, y ahora eran adversarios y padres, uno con

una hija muerta y el otro con una hija acusada de asesinato.

—Ésta es mi mujer, Julia —añadió Florian.

Chris no sonrió ni fingió que se alegraran de verse.

—Siento mucho lo de Ashlynn —le dijo a Julia.

Los gélidos ojos de la mujer no revelaron ninguna emoción. Su mirada, que fue de Chris a Olivia, tenía la dureza de un diamante. Guardó silencio y Olivia se removió en el banco. Al igual que su madre, era incapaz de ocultar lo que sentía. Florian cogió a su mujer de la mano, como si quisiera protegerla, aunque no parecía la clase de mujer que necesitara protección.

—Te agradecería mucho que me dedicaras unos minutos de tu tiempo, Florian —le pidió Chris—. ¿Podemos vernos hoy, más tarde?

—¿Con qué propósito?

—Me gustaría saber más cosas acerca de tu hija.

Florian se tomó su tiempo para elaborar una respuesta.

—No esperarás que te ayude, ¿verdad, Chris?

—No.

No se molestó en defender la inocencia de Olivia ante dos personas que nunca iban a creerle.

—Somos abogados. Se trata de comprobar algunos datos. Haré todo lo que pueda para que, a pesar de las circunstancias, sea lo menos doloroso posible.

Florian aceptó al tiempo que miraba a su mujer.

—A las tres en Mondamin.

—Allí estaré.

Florian tiró de la mano de su mujer para llevársela, pero ella permaneció clavada en el suelo. Olivia y ella se miraron. Su expresión era inescrutable. Al hablar, su voz reveló un tono triste y sombrío, lo cual suponía el primer atisbo de sus emociones.

—¿Hay algo que quieras decirme, Olivia Hawk? —preguntó.

Chris alzó las manos de inmediato.

—Olivia, no digas una palabra. Señora Steele, lo siento, pero mi hija no puede hablar con usted.

Julia Steele lo ignoró. Sostuvo la mirada de Olivia como un imán mientras el silencio caía sobre ellos. Chris temió que su hija no fuera capaz de controlarse y que soltara lo que estaba pensando o sintiendo, pero al final se apartó el pelo de la cara y bajó la vista al suelo. La mujer de Florian se lo tomó como un triunfo, como si hubiera avergonzado a Olivia hasta el punto de hacerle apartar la mirada, y dejó que su marido la condujera hacia la puerta de los juzgados sin volver la vista atrás.

Chris les miró mientras se marchaban y pensó que Florian y Julia Steele parecían tan fuera de lugar en Barron como él mismo. Como si pertenecieran a la realeza, elevados por encima de la multitud. El rey con su reina. Se trataba de un título que

Chris nunca había deseado: había gente que se inclinaba ante el rey, pero había también muchos otros que querían cortarle la cabeza.

Debía de ser una posición solitaria. Florian tenía su trabajo para llenar el vacío, y se preguntó qué tenía Julia Steele. Grupos de arte. Reuniones de la junta del hospital. Eventos para recaudar fondos. Chris no creía que eso fuera suficiente para una mujer como ella, y la respuesta le vino a la mente de inmediato.

Había tenido una hija. Una niña que diera un sentido a su vida.

Pero ya no la tenía.

Capítulo 7

En cuanto Chris dejó a Olivia en casa de Hannah, en St. Croix, su hija se retiró a su habitación para dormir. Él la dejó marchar sin hacerle más preguntas. La joven no estaba en condiciones de hablar, y Chris quería averiguar más cosas sobre Ashlynn y el enfrentamiento entre los dos pueblos antes de encontrarse de nuevo con ella. Hannah prometió quedarse con su hija durante el día, y también se ofreció a preparar una cena para los tres esa misma noche. A Chris le sorprendió, pero aceptó. Era un leve atisbo de lo que había sido su vida en los viejos tiempos, cuando formaban una familia en Minneapolis.

Condujo de regreso a Barron con ese pensamiento en mente. Se detuvo en una tienda de la calle principal para comprar ropa nueva que reemplazara la que le habían destrozado en el motel y, a continuación, se dirigió hacia el instituto local, ubicado en un risco sobre el valle. Acogía a alumnos de toda la región, incluidos los jóvenes de St. Croix. El extenso edificio de una planta estaba rodeado de varios acres de campos de deporte que limitaban con sembrados de maíz cubiertos de surcos por el oeste y las arboladas calles residenciales de Barron por el este. Durante los meses más cálidos los campos debían de lucir un verde exuberante, pero en ese momento la hierba se veía marrón y amarilla, aplastada por la nieve y encharcada por las primeras tormentas.

Aparcó en el abarrotado estacionamiento y franqueó las puertas de cristal. Le sorprendió encontrar detectores de metal en el vestíbulo, así como un guardia de seguridad uniformado que registraba a los visitantes. Chris dio su nombre, mostró su documento identificativo y solicitó ver al director. Esperó mientras aspiraba el olor a fritura procedente de la cafetería y oía el estruendo de las pelotas de baloncesto en el gimnasio. Cinco minutos después, una mujer negra de mediana edad avanzó entre las filas de taquillas rojas para recibirle.

—¿Señor Hawk? Soy Maxine Valma. ¿Qué puedo hacer por usted?

Era alta y esbelta, con el pelo entrecano cortado en una melena corta y práctica, y tez de ébano. Vestía pantalones de color granate y calzaba unos zapatos con unos tacones que la hacían parecer aún más alta de lo que era.

—Supongo que ya sabe por qué estoy en el pueblo —dijo Chris—. Soy el padre de Olivia.

—Por supuesto.

—Me gustaría recabar información sobre los jóvenes que estudian en este centro.

Valma frunció los labios en un gesto de preocupación.

—No estoy segura de qué puedo contarle, señor Hawk. Los informes escolares son privados a menos que consiga una orden judicial, y no puedo dejarle hablar con ninguno de los estudiantes a menos que tenga el permiso de los padres.

—Lo entiendo. No le pido que viole ninguna ley de protección de la privacidad, sólo esperaba averiguar qué es lo que sucede en este pueblo.

—Ya veo. Bien, le explicaré cuanto pueda. Lamento muchísimo lo ocurrido, no sólo por Ashlynn y su familia, sino también por Olivia.

Le hizo un gesto para que la acompañara, y Chris la siguió por el pasillo. Cuando se cruzaron con dos adolescentes que caminaban en sentido opuesto, Chris vio como sus ojos se clavaban en su cara y los oyó susurrar. Captó el nombre de Olivia.

Marco Piva estaba en lo cierto: allí no había secretos.

—No esperaba encontrar detectores de metal —le comentó a la directora.

Valma asintió.

—Es triste, ¿verdad? Me resistí durante meses, pero el problema de las armas se nos estaba yendo de las manos. Hubo peleas con cuchillos y los chicos traían pistolas. No puedo alejar la escuela del enfrentamiento, pero sí puedo tratar de mantener a los alumnos a salvo mientras se encuentran aquí.

Señaló hacia las taquillas recién pintadas y añadió:

—Procuramos eliminar los *grafitis* cuanto antes y también hemos dejado de asignar taquillas individuales para evitar que las destrocen.

—Hannah dice que es como la violencia entre bandas.

—Tiene razón. Las pandillas dan un sentido a la vida de los chicos que no tienen futuro, y ése es el papel que desempeña aquí el enfrentamiento. Ya no se trata de los casos de cáncer ni de la demanda, sino de odio, el sentimiento alrededor del cual gira la vida de los chicos de ambos pueblos.

—¿Y cómo se para eso?

—Si lo supiera, lo habría hecho hace meses.

La directora meneó la cabeza.

—Pensaba que la muerte de Ashlynn constituiría un punto de inflexión. Esperaba que los chicos se dieran cuenta de que todo este asunto había ido demasiado lejos, pero parece que no ha sido así. Todo lo contrario: diría que las pasiones están aún más encendidas.

Lo guió hasta la cafetería de la escuela, casi vacía a la espera de la hora del almuerzo. Los empleados, vestidos con uniforme blanco, cocinaban sobre las parrillas calientes que había detrás del mostrador envueltos en un desagradable olor a aceite quemado. Chris vio a otro vigilante de seguridad apostado junto a la puerta.

—¿Café? —preguntó Valma.

—Por favor.

Cuando la directora hubo servido dos vasos de una cafetera plateada, se sentaron frente a frente a una de las mesas. Los largos dedos de ella se curvaron sobre el plástico; llevaba las uñas pintadas de rojo.

—¿Hace mucho que dirige el instituto? —quiso saber Chris.

Valma esperó mientras el vapor del café se elevaba en espirales y lo sopló formando una «o» con los labios.

—Dos años.

—¿Es usted de aquí?

—¿Le parezco de aquí?

—No, la verdad es que no.

—No —respondió ella—. Mi marido consiguió un empleo en esta zona y yo vine con él. He dedicado toda mi vida a la educación, pero nunca imaginé que mi experiencia en las escuelas de St. Louis resultaría tan útil.

—¿A qué se dedica su marido?

La directora vaciló.

—George es investigador en Mondamin.

—¿Qué investiga?

—Podría contárselo... —respondió ella con una sonrisa.

—Pero ¿después tendría que matarme?

—Así es —dijo, y añadió—: En serio, señor Hawk, todos los empleados firman un acuerdo de confidencialidad. No hablan con nadie.

—Suenan como si la empresa tuviera algo que ocultar.

—Lo tiene. Se llama propiedad intelectual.

Al igual que cualquier persona cuyo cónyuge se dedicara a una profesión relacionada con temas reservados, Maxine Valma se había convertido en una experta en no responder a nada, pero con educación.

—¿El hecho de que su marido trabaje en Mondamin le ha supuesto algún problema en la escuela? —preguntó—. Los alumnos de St. Croix deben de verla como el enemigo.

—Sin duda, su hija lo hacía.

—¿Olivia?

—Sí. Me esforcé mucho por convencerla de que yo era escrupulosamente neutral, pero no estoy segura de que me creyera.

—Sé que es una pregunta un tanto extraña —continuó él—, pero ¿qué puede contarme de Olivia? Hablamos mucho, pero no es lo mismo que verse todos los días. Ha cambiado, y necesito volver a conocerla.

Valma sonrió con sincera calidez.

—Olivia es lista. Con los libros, sí, pero también con la gente, lo cual es relativamente extraño en un adolescente. Es una líder natural. Extrovertida, apasionada y a veces imprudente.

—Igual que su madre.

—Lo sé. A pesar del trabajo de mi marido, Hannah y yo somos buenas amigas. El centro para mujeres que dirige es de un valor incalculable para esta región. Ofrece

ayuda a niñas y adultas que se enfrentan a situaciones verdaderamente desesperadas. Ella es un ángel, señor Hawk, o al menos eso es lo que sentimos nosotros.

Chris no dijo nada. Hannah era un ángel, pero se había alejado de él y le había dejado un agujero en el corazón.

—¿Qué más puede contarme acerca de mi hija?

—Me temo que uno puede ser listo y al mismo tiempo ingenuo. Olivia es joven. Es fácil encauzar toda esa pasión en la dirección equivocada.

—¿Qué significa eso?

—Significa que la suya ha sido una de las voces que más se ha alzado contra Barron y Mondamin. Está convencida de que se ha cometido una dolorosa injusticia y se niega a permanecer en silencio. Lo cual está bien, es incluso encomiable, pero Olivia no siempre entiende el efecto que causa en los demás. Sus palabras pueden convertirla en una instigadora, de forma deliberada o no. Los otros chicos la miran y la siguen, y a veces se exceden.

—¿Como quién?

—No me siento cómoda dando nombres, señor Hawk.

—¿Tanya Swenson?

Valma tomó un sorbo de café y meditó la respuesta.

—Tanya admira a Olivia. Creo que haría cualquier cosa por ella. Ambas son hijas de padres divorciados, aunque Tanya se quedó sola con Rollie a una edad muy temprana.

—Tanya y su padre viven en Barron, ¿verdad?

—Sí, pero los adolescentes de Barron la rechazan desde hace tiempo debido a la demanda.

—¿Les guarda rencor por ello?

La directora arrugó la frente en un gesto de irritación, se inclinó por encima de la mesa y subió el tono de voz.

—Sé adónde quiere ir a parar, señor Hawk. Para generar una duda razonable acerca del hecho de que Olivia disparara a Ashlynn, necesita crear una nube de sospechas alrededor de Tanya. Tal vez ésa sea una de las desagradables obligaciones de su trabajo como abogado, pero por favor, no trate de convertirme en su cómplice.

—Olivia asegura que es inocente.

—Me gustaría creer que es verdad, pero parece bastante improbable, ¿no cree?

—Creo que dice la verdad. Eso significa que a Ashlynn la mató otra persona.

—¿Tanya? No lo creo.

—Cualquier persona que no pueda ser descartada debe tenerse en cuenta.

—Le he contado todo lo que podía contarle sobre Tanya —replicó Valma—. Lo siento.

—De acuerdo. Hábleme de Ashlynn.

—¿Qué quiere que le diga?

—Me gustaría saber qué ocurría en su vida.

La directora sostuvo el vaso de café cerca de los labios y Chris vio la mancha de su pintalabios en el borde. Luego le miró sin decir nada. Sin duda estaba tratando de decidir qué información podía compartir con seguridad.

—Florian no va a enterarse de lo que me cuente —añadió Chris—. Soy consciente de que puede resultarle incómodo debido al trabajo de su marido.

—No temo a Florian. —Sonrió—. Si tuviera miedo de alguien, sería de Julia.

—Vaya.

—Ashlynn y ella estaban muy unidas. Si Julia cree que Olivia es la responsable de la muerte de Ashlynn, es probable que se comporte como un pit bull y quiera verla destrozada.

—Gracias por la advertencia.

—Estoy convencida de que hay algunas jóvenes que están destinadas a grandes cosas. Ashlynn era una de ellas: guapa, segura, encantadora, espiritual. Su pérdida constituye una tragedia.

—¿Ashlynn formaba parte del grupo de Barron?

Valma negó con la cabeza.

—No. A Ashlynn le asqueaba el enfrentamiento y evitaba al resto de los alumnos de Barron.

—¿Con quién salía?

—Pasaba mucho tiempo sola, sobre todo en los últimos meses. De hecho, parecía distinta.

—¿Y eso por qué?

La directora tamborileó sobre la mesa con sus largas uñas y eligió sus palabras con cuidado, como un abogado.

—Estaba inquieta. Alterada. Tenía altibajos. Es un comportamiento habitual entre las adolescentes, pero Ashlynn se enfrentaba a la vida con una seriedad que lo hacía preocupante. Supongo que, por ser hija de quien era, asumió en cierto sentido la culpa de la violencia que se había desatado. Es una tontería, pero no intente hacérselo entender a un adolescente.

—¿Compartió lo que sentía con usted? —quiso saber Chris.

—No, no estoy muy segura de que se sintiera libre para compartir sus sentimientos con nadie. Yo me sentía mal, porque la cosa parecía ir a peor.

—¿A peor?

—Sí, durante el último mes estuvo muy deprimida. Parecía cargar el peso del mundo sobre sus espaldas. La vi llorar varias veces y le pregunté al respecto, pero se limitó a encogerse de hombros. Me preocupaba. Sinceramente, si me hubiera dicho usted que se había suicidado no me habría sorprendido del todo, aunque entiendo que

no es el caso.

—No, no es eso lo que ha sucedido. ¿Conoce usted la causa de lo que le ocurría?

—No, lo lamento.

—¿La vio usted el viernes, el día que murió?

—No, Ashlynn no acudió a clase durante la mayor parte de la semana, a partir del martes.

—¿Faltó a la escuela tres días? ¿Sabe por qué?

—Bueno, me entregó una nota de su madre en la que decía que estaba colaborando como voluntaria en un proyecto de la iglesia en Nebraska, pero si he de serle sincera... —Valma se interrumpió.

—¿Qué?

—A decir verdad, pensé que había falsificado la nota.

—¿Habló con Florian o con Julia?

—No. Echando la vista atrás desearía haberlo hecho, pero no quería que Ashlynn pensara que no confiaba en ella. Por lo que yo sabía, la historia era del todo razonable.

Ashlynn le había contado a Olivia que llevaba varias horas conduciendo y sabía que había llegado al pueblo fantasma desde el sur, la ruta que habría tomado desde Nebraska. Así que tal vez fuera cierto.

O quizá Ashlynn guardaba algún secreto, al igual que Olivia.

—¿Sabe usted...? —empezó Chris, pero no pudo terminar la pregunta.

Unos pasos resonaron en el suelo de la cafetería. Un adolescente se acercó a ellos corriendo y derrapó hasta detenerse, a punto de caer. Llevaba una pila de libros bajo el brazo, y dos de ellos salieron volando. El chico se debatió por recuperar el aliento mientras el vigilante de la cafetería, al ver el alboroto, trotó en su dirección.

Maxine Valma se puso en pie.

—David —le dijo al chico—, ¿qué pasa? ¿Qué ha ocurrido?

El muchacho hizo un gesto hacia la parte de atrás de la escuela.

—Hay problemas ahí fuera.

Sobre el barro del campo de fútbol había treinta alumnos reunidos en un círculo que no presagiaba nada bueno.

Mientras Chris y la directora se acercaban al gentío junto con los dos guardias de seguridad, oyeron como los adolescentes intercambiaban insultos a gritos. Luego empezaron los empujones y algunos chicos cayeron al barro, al tiempo que otros empezaban a lanzar guantazos a diestro y siniestro. Un puñado de chicas contemplaba la escena en grupos de dos o tres alrededor del campo; algunas proferían gritos de ánimo y otras se mordían las uñas y observaban nerviosas el avance de la directora.

Una de las chicas estaba sola. Tenía la cara redonda y una mata de rizos

pelirrojos. Contemplaba la pelea escudada tras un gran roble y miraba de reojo las calles de Barron que quedaban a su espalda, como si sopesara la opción de echar a correr.

En el interior del círculo, a través del tumulto de cuerpos, vislumbraron a dos adolescentes que peleaban en un revoltijo de sangre y puños. Chris no conocía al chico que llevaba el pelo recogido en una coleta, pero sí supo quién era el otro: Johan Magnus, el hijo del pastor de St. Croix, el chico que le habían presentado en el motel; Johan, cuya hermana Kimberly, la mejor amiga de Olivia, había muerto víctima de cáncer.

Oyó que Maxine Valma murmuraba consternada al reconocer al otro chico.

—Kirk Watson.

—¿Quién es?

—Un chico de Barron —respondió ella con brusquedad—. Uno de los peores.

Bajaron al campo de batalla y Valma se dirigió a los estudiantes en un tono seco, colérico y autoritario.

—¡Parad ahora mismo!

Al verla, varios chicos salieron del círculo y escaparon hacia el edificio de la escuela. Muchas de las chicas se les unieron. Los demás seguían inmersos en la reyerta, forcejeando e intercambiando golpes. Chris y los guardias de seguridad se interpusieron entre los chicos y los empujaron a un lado, uno a uno, hasta lograr restablecer una zona segura. La violencia fue menguando hasta que sólo Kirk Watson y Johan Magnus quedaron enzarzados en la pelea. A Johan le sangraba la nariz y Kirk tenía un verdugón encarnado en la mejilla. Su ropa y su pelo estaban manchados de barro.

Chris se acercó a Kirk y el más corpulento de los guardias de seguridad hizo lo propio con Johan; agarraron a ambos por los hombros y los separaron. Kirk se escabulló de Chris y saltó hacia Johan pero, mientras lo hacía, el otro guardia se colocó delante de este último y roció la cara de Kirk con espray de pimienta. Su puntería no era muy buena, pero parte de la nube de espray alcanzó a Kirk en la mejilla y el cuello cuando intentaba apartarse. El chico empezó a gritar y trastabilló, chocó con Chris y ambos cayeron al suelo.

Kirk se arañó la piel abrasada y alcanzó la barbilla de Chris con un fuerte codazo, haciendo que le castañetearan los dientes. Aturdido, sentía el pesado cuerpo del chico sobre el suyo, y pugnó infructuosamente para sacárselo de encima. Kirk tenía arcadas debido al espray de pimienta, su aliento era agrio y apestaba a tabaco. Blandió el puño y golpeó el cráneo de Chris, quien quedó momentáneamente cegado por un latigazo de dolor. Mientras los guardias se acercaban, Kirk parpadeó con los ojos llenos de lágrimas, inyectados en sangre.

—¿Pillas el mensaje, cabrón? —le siseó a Chris.

Chris sabía a qué mensaje se refería. Lo habían garabateado en las paredes de su habitación, en el motel.

Los guardias agarraron a Kirk por los hombros y lo arrastraron para apartarlo de Chris, pero Kirk se liberó de ellos a patadas, con la fuerza de un oso. Antes de que alguien pudiera sujetarlo, atravesó la fila de alumnos sin que nadie reaccionara ni le siguiera y echó a correr hacia una camioneta negra aparcada al borde del campo de deportes. Una vez a salvo en el interior, el motor rugió y Kirk se marchó a toda velocidad.

Chris se puso en pie poco a poco. Notaba un zumbido en los oídos tan alto como una sinfonía, y tenía el cuello y la mandíbula doloridos. El pantalón y la camisa nuevos estaban empapados y rotos. Sintió que alguien le pasaba un brazo por la cintura y reparó en que era Maxine Valma.

—¿Se encuentra bien? —preguntó la directora.

—He estado mejor —admitió Chris, con el sabor de la sangre en la boca.

Valma chasqueó los dedos en dirección al hijo del pastor, que permanecía de pie al borde del círculo con las manos metidas en los bolsillos de los vaqueros. A pesar de las manchas de sangre de la cara y del barro que cubría su rubia cabellera, se le veía en mejor forma que a Chris.

—Johan —le ordenó Valma—, ven aquí.

El chico se acercó unos centímetros y empezó a murmurar excusas, pero la directora lo hizo callar.

—¡Silencio! Escúchame. Estoy muy decepcionada contigo. Si hay alguien que haya intentado detener la violencia en esta escuela, ése eres tú. ¿Y ahora te encuentro peleándote con Kirk Watson? ¿En qué estabas pensando?

—No es lo que parece —insistió Johan.

—Entonces ¿qué es?

—He visto al hermano de Kirk, Lenny, salir con Tanya Swenson. No me ha gustado y les he seguido, y he descubierto que Kirk estaba aquí fuera esperándola.

Valma aspiró hondo.

—Ya veo.

—Kirk y yo nos enzarzamos y todo el mundo empezó a apiñarse.

—¿Dónde está Lenny? —quiso saber la directora.

—Cuando todo empezó, se asustó y salió corriendo.

—De acuerdo. Ve a mi despacho, Johan. Tenemos que explicárselo a la policía.

Maxine Valma se volvió y cambió el tono tranquilo por el mismo tono afilado de antes:

—El resto, quiero veros en el gimnasio. Ahora mismo. Id con los guardias. Sin hablar, sin pelear. Os sentáis ahí dentro y os miráis los pies, ¿lo habéis entendido? Vamos a mantener una pequeña charla con vosotros y vuestros padres.

El grupo de adolescentes avanzó hacia el edificio de la escuela arrastrando los pies. Chris recordó a la chica que estaba sola cerca de los árboles y advirtió que no se hallaba entre el grupo que regresaba a la escuela. Al mirar en la dirección donde la había visto, la divisó corriendo hacia el barrio residencial.

—¿Quién es? —preguntó.

La directora frunció el ceño.

—Tanya Swenson —contestó Valma, y llamó a la chica—: ¡Tanya! ¡Vuelve!

Tanya se detuvo y miró por encima de su hombro, pero luego dio media vuelta y corrió aún más rápido hasta perderse entre las calles de Barron.

Capítulo 8

Chris encontró a Tanya en una travesía a doce manzanas de la escuela. Estaba sentada en el último escalón de la entrada de una casa amarilla en forma de caja, con los rechonchos antebrazos alrededor de las rodillas y los cascos del iPod metidos en las orejas. Al ver que el coche de Chris se detenía, se puso en pie y sus rizos se agitaron. Él temió que echara a correr, de modo que salió del vehículo con rapidez y levantó las manos.

—Tanya, tranquila. Quiero ayudarte.

La chica le miró con suspicacia, desenchufó los cascos y se los metió en el bolsillo.

—Soy el padre de Olivia —añadió él.

—Ya sé quién es.

Chris echó un vistazo a la calle en ambas direcciones. Estaban solos. Las ramas desnudas de los añosos árboles colgaban sobre el vecindario. Era un día gris.

—La señora Valma estaba preocupada por ti —dijo—. Johan nos ha contado lo ocurrido.

—No debería haberlo hecho.

—Has tenido suerte de que anduviera cerca —observó Chris.

—Sí, lo sé. Sólo que no quiero hacer una montaña de esto.

—¿Estás bien? ¿Te han hecho daño?

—Estoy bien.

Chris avanzó por la acera y se reunió con ella. La casa frente a la que Tanya estaba sentada era vieja y de dimensiones modestas, una reliquia de los años cincuenta. Las cortinas de las ventanas estaban echadas y el camino de entrada, vacío.

—¿Vives aquí? —le preguntó.

—No.

—¿De quién es la casa?

—No lo sé. Estaba cansada de correr.

Chris hizo un gesto hacia los escalones.

—¿Te importa que me siente?

—Haga lo que quiera.

Chris se sentó tres escalones por debajo y se frotó la mandíbula, rígida como si él fuera el Hombre de Hojalata y le faltara aceite. A pesar de que no llovía, el escalón estaba húmedo. El porche olía a madera podrida y a la nube del perfume dulzón de Tanya. Chris le sonrió y ambos se quedaron sentados en silencio. Era una chica bonita, con un rostro sereno de tono sonrosado. Su voz tenía una entonación dulce, aunque hablaba en voz baja. Era como un tímido gatito. Chris se la imaginó con Olivia, y el contraste le resultó llamativo. Su hija era una chica extrovertida; Tanya,

todo lo contrario.

Pensó en lo que sabía de ella. Al igual que Olivia, había perdido a uno de sus progenitores a causa de un divorcio y a una amiga a causa del cáncer. Sus amigos de Barron la habían repudiado. Ahora era el centro de atención de la policía y los abogados en una investigación por asesinato, y se había visto arrastrada por la violencia entre ambos pueblos. Parecía que era el último lugar donde deseaba estar.

—¿Qué pasa con Kirk Watson? —le preguntó Chris.

Tanya frunció el ceño.

—Es un bestia.

—¿Qué quería Kirk de ti?

—No lo sé. Supongo que me culpa de lo que le pasó a Ashlynn. —Y añadió en voz baja—: En parte soy culpable. Yo la dejé allí.

—¿Qué tiene que ver la muerte de Ashlynn con Kirk?

Tanya puso los ojos en blanco.

—Es por la disputa entre los pueblos; hace que se sienta importante. Alardea de que va a rescatar Barron de los de St. Croix, como si se creyera un general que intenta ganar una guerra.

—¿Los demás chicos de Barron sienten lo mismo? —quiso saber él.

—La mayoría sólo le tienen miedo. Se mete con las chicas. Lleva siempre mucho dinero, y nadie sabe de dónde lo saca. Es como si tuviera a todo el pueblo dominado.

—¿Y Ashlynn? —preguntó él—. ¿También se metía con ella?

—Estuvieron saliendo durante un tiempo.

—Por lo que me han contado de Ashlynn, Kirk no parece su tipo.

Tanya se encogió de hombros.

—Kirk es un idiota, pero está bastante bueno. Las chicas quieren estar con él, y no les importa lo que haga. Aunque Ashlynn le dejó. No lo sé, tal vez él le pegara.

—Y ahora que está muerta, ¿intenta convertirse en su ángel vengador?

—Ashlynn era una chica de Barron, la hija de Florian Steele. Siento mucho lo de Livvy, ¿sabe? —añadió Tanya—. Tengo la sensación de haberla traicionado al hablar con la policía.

—Ella no te culpa.

—Ya, bueno, las dos nos comportamos como un par de estúpidas. No puedo creer lo que pasó.

Chris trató de interpretar su mirada. Vio a una adolescente asustada, superada. Un jurado no la consideraría una sospechosa convincente, y era poco probable que alguien creyese que era una asesina. Aunque lo fuera.

—¿Qué ocurrió esa noche? —le preguntó.

Tanya parpadeó, como si acabara de recordar con quién estaba.

—No sé si debería estar hablando con usted.

—Está bien. Si quieres, te llevaré a casa y no tienes que decir nada. Sólo intento ayudar a Olivia. —La chica guardó silencio. Chris esperó un instante y añadió—: Ella afirma que no lo hizo, Tanya. Que no disparó a Ashlynn.

—Sí, ya lo sé.

—¿La crees?

—No lo sé. Esa noche, Livvy estaba como loca. Tenía una pistola y empezó a gritarle a Ashlynn, por eso me largué. La llamé más tarde y me dijo que no había pasado nada, pero luego me enteré de que Ashlynn estaba muerta. Es decir, ¿quién más pudo haberlo hecho?

—¿Llamaste a Olivia? ¿Cuándo?

—Más o menos una hora después de llegar a casa. No podía dormir. Yo estaba en el salón viendo la tele, pero seguía pensando en Ashlynn; así que llamé a Livvy para asegurarme de que todo iba bien.

—¿Se lo explicaste a la policía?

Los ojos de Tanya se inquietaron, como si hubiera cometido un error.

—Yo... no creo que lo hiciera.

—No pasa nada. Háblame de la llamada.

—La llamé al móvil y contestó enseguida.

—¿Te dijo dónde estaba?

—Dijo que estaba en casa. Le pregunté si Ashlynn estaba bien y me dijo que sí. Me contó que se le había pasado la borrachera, que había tirado la pistola y que había dejado a Ashlynn allí.

Era exactamente lo que Olivia le había contado a Chris. Una hora después del crimen y otra vez cuatro días más tarde, había contado la misma historia. Eso era bueno.

—¿Cómo sonaba Olivia? —preguntó.

—No lo sé... Desanimada, como si hubiera estado llorando.

—Sólo para dejarlo claro, Tanya: ¿Olivia te dijo específicamente que Ashlynn estaba bien?

—Sí, eso es lo que dijo.

—¿De qué más hablasteis?

—Yo le pregunté si no sería mejor que llamáramos a alguien. Ashlynn se había quedado tirada, y deberíamos haber hecho algo al respecto. Me sentía mal por haberme marchado.

—Vale.

—Olivia dijo que no. Supongo que quería darle una lección.

—¿Y entonces?

—Eso es todo. Colgué y me fui a la cama, pero me desperté sobre las cinco porque no podía dejar de pensar en Ashlynn, allí sola. Me sentía muy culpable por no

haberla ayudado. No se lo merecía. Así que desperté a mi padre y le expliqué toda la historia, y él llamó a la policía.

Chris afrontó con nervios la siguiente pregunta; no quería levantar las sospechas de la chica.

—¿Pensaste en volver allí tú sola después de hablar con Olivia? ¿Te planteaste conducir hasta allí y ayudar a Ashlynn?

—Sí, claro —admitió Tanya.

Chris escudriñó su rostro.

—Pero no lo hiciste.

—No. Debería haberlo hecho, pero no quería salir sola.

Si estaba mintiendo, lo hacía muy bien. Ella le miró fijamente, como si lo desafiara a no creerla.

—Agradezco mucho tu ayuda, Tanya —dijo él—. ¿Quieres que te lleve a la escuela?

Tanya negó con la cabeza.

—Quiero ver a mi padre.

—¿Tiene despacho en el centro?

Ella asintió.

—Te acercaré hasta allí.

Chris se levantó del escalón mojado; Tanya le alcanzó mientras bajaba por el camino de entrada hacia su coche y le detuvo poniéndole una mano en el brazo.

—¿Señor Hawk? Hay una cosa que no le he contado a nadie, y no sé si quiere usted oírla.

—¿Qué es?

—Bueno, entre Ashlynn y Olivia había otro tema.

—¿Qué quieres decir?

—No sé exactamente qué era —contestó Tanya meneando la cabeza—. Olivia se guarda muchas cosas, ¿sabe? A veces me enfado con ella porque no me cuenta sus secretos. Pero su problema con Ashlynn no era sólo por Mondamin. Estoy segura de que había algo personal.

Capítulo 9

El edificio que albergaba el despacho de Rollie Swenson se encontraba detrás de un aparcamiento, en una travesía entre el centro de Barron y el río Spirit, con vistas sobre el agua y el parque de la ciudad. Estaba revestido con estuco marrón, sucio y agrietado, y en el cartel de la ventana exterior tan sólo se leía: «Despacho de abogados».

Cuando Chris llegó con Tanya, Rollie la abrazó con fuerza y luego la riñó por marcharse de la escuela sin avisarle. Estaba claro que Maxine Valma le había informado acerca de la pelea. Mientras escuchaba el sermón paterno, Chris recordó lo que significaba que tu hijo estuviera todos los días en tu vida: encontrar el equilibrio entre el amor y la disciplina, entre la seguridad y la independencia. Lo echaba de menos.

Ver a Rollie Swenson era como ver una versión alternativa de su propia vida. Rollie no vestía traje, sino un polo azul, pantalones oscuros y un par de confortables mocasines. Al lado del bolsillo del pantalón lucía una mancha de café. Era alto y fornido, con una tripa prominente que sobresalía por encima del cinturón. Tenía treinta y muchos años, el pelo negro y despeinado y una barba corta y oscura. Se había puesto un rotulador amarillo fluorescente sobre la oreja y lo había dejado allí olvidado.

Rollie tenía el aspecto de un abogado que consigue trabajo anunciándose en las Páginas Amarillas. Sobre el mostrador había un montón de folletos relativos a lesiones corporales, bancarrotas, divorcios y ejecuciones de préstamos publicados por el colegio de abogados. Su título de licenciado en derecho colgaba de la pared en un marco barato. Sobre la mesa de la entrada, junto a ejemplares de revistas de deportes y agricultura, descansaba un frasco de ambientador vacío. La sala de espera olía a grasa. Dentro del despacho, detrás del mostrador, Chris vio una caja de cartón blanco abierta encima del escritorio, con una hamburguesa con queso a medio comer y patatas fritas. El almuerzo de Rollie se camuflaba entre una montaña de expedientes.

—No es exactamente Faegre & Benson, ¿eh? —comentó Rollie con una sonrisa irónica.

Faegre & Benson era el mayor gabinete del estado, con una selecta cartera de clientes incluidos en la lista de los hombres más ricos de la revista *Fortune*.

—Ojalá pudiera facturar su tarifa por hora —contestó Chris.

—Oh, estoy seguro de que se las apaña.

Rollie palmeó la espalda de Tanya y le señaló un despacho vacío con un sofá, un televisor y una mesa de reuniones.

—Entretente un rato con el iPod, ¿vale, cariño? Quiero hablar con el señor Hawk.

—Claro.

Tanya le dirigió una mirada nerviosa a Chris al tiempo que entraba en el despacho. Rollie siguió a su hija con la mirada mientras ésta cerraba la puerta; era obvio que ella constituía el centro de su vida, no su trabajo ni sus clientes. Chris deseó haber aprendido esa lección unos años atrás.

—Acompáñeme, señor Hawk —le pidió Rollie—. Lo siento, estaba acabando de comer.

—Llámeme Chris.

—¿Te gustan las patatas, Chris?

—Me encantan, pero ya no las como.

—Ya veo.

Rollie lo condujo hasta su despacho, cogió cuatro patatas a la vez y se las metió en la boca.

—Admiro tu fuerza de voluntad. Yo soy incapaz de resistirme. —Cogió la hamburguesa, le dio un buen mordisco y lo bajó con un trago de Coca-Cola—. Pobre Tanya, ha heredado mis genes. Mi exmujer es un palillo.

—La mía también. Olivia tuvo suerte.

Rollie se sentó y se retrepó en la silla.

—Gracias por traer a Tanya. Te lo agradezco.

—No hay problema.

—Tienes un aspecto penoso —observó Rollie.

—Aparte de un dolor de cabeza atroz, estoy bien.

—¿Quieres un analgésico?

—De hecho, sería genial.

Rollie rebuscó en el cajón superior de su escritorio y encontró un viejo frasco de plástico que parecía haber sido utilizado y reutilizado docenas de veces. Desenroscó el tapón y se echó tres pastillas en la palma que, por suerte, parecían más recientes que el recipiente en el que las guardaba. Se las tendió a Chris, quien las tragó.

—Tanya cree que Kirk Watson trataba de secuestrarla —le advirtió Chris.

El pecho de Rollie se hinchó al aspirar con fuerza y rabia.

—Kirk.

—¿Le conoces?

—Desde hace años. De hecho, lo defendí cuando mató a su padre.

—¿Kirk mató a su padre?

—Hará unos siete años. Lo golpeó con un martillo hasta matarlo y luego lo descuartizó.

—Dios.

—Sí; el padre de Kirk molía a palos al hijo pequeño, Lenny, a la menor oportunidad. Las pruebas del abuso me permitieron solucionar el asunto con una pena de reformatorio.

—Me sorprende que Kirk quisiera hacerle daño a Tanya después de que tú consiguieras que se librara de una condena por asesinato con un simple tirón de orejas.

—Kirk cree que debería haberse librado incluso de eso.

—Tanya opina que la policía local no va a detenerlo —comentó Chris—. ¿Es cierto?

—Sí, Kirk siempre parece tener una coartada cuando suceden cosas. O bien los testigos dan marcha atrás y deciden no testificar. Es inquietante.

—¿Sigues representándolo?

—Diablos, no. Ya no. Incluso los perseguidores de ambulancias como yo tenemos principios. No me dedico a esto por dinero. Y eso es bueno, porque no gano mucho. Menos aún desde la demanda contra Mondamin.

—¿Ah sí?

—Los habitantes de Barron me consideran un traidor. No les gustó que representara a las familias de St. Croix. Por suerte, aún hay bastante gente que quiere divorciarse o que da positivo en los controles de alcoholemia conduciendo a 170 kilómetros por hora en la carretera 7 como para que yo siga en el negocio. Soy la única opción en el pueblo, y mis tarifas son asequibles.

—¿Te criaste aquí?

Rollie dio otro mordisco a la hamburguesa.

—En pocas palabras, ¿por qué iba a ejercer la abogacía en un pueblo de cinco mil habitantes si no fuera autóctono? Sí, sigo viviendo en la granja familiar, unos cuantos kilómetros al sur del pueblo. Mi madre se disgustó mucho cuando elegí estudiar derecho en lugar de ser granjero, pero yo había leído las señales de advertencia. La granja era un callejón sin salida y, además, estas manos no estaban hechas para el trabajo manual.

—¿Tanya y tú vivís solos?

Al oír el nombre de su hija, a Rollie se le dibujó una sonrisa en el rostro.

—Sí, ella y yo. Conocí a su madre cuando estudiaba derecho, en el Billy Mitchell de las Twin Cities. Fue una de esas relaciones que debería haber terminado en un par de meses, pero ella se quedó embarazada y nos casamos. No tardó mucho en darse cuenta de que odiaba vivir en un pueblo, odiaba ser madre y me odiaba a mí, y no necesariamente en ese orden. Tanya tenía sólo dos años; yo pedí la custodia y Sarah no se opuso.

—¿Sigues en contacto con ella?

—No tengo ni idea de dónde está, y no me importa. Tanya se ha acostumbrado a que le haga de padre y de madre.

Chris se preguntó si era cierto. Pensó en Olivia, que llevaba tres años sin él. A Rollie Swenson no le costó mucho leerle el pensamiento.

—¿Qué tipo de acuerdo mantenéis Hannah y tú? —quiso saber—. Si no te importa que te haga una pregunta personal, claro.

—Hannah tiene aquí sus raíces. Cuando su madre murió, ella quiso regresar y cambiar las cosas.

—Pues lo ha conseguido. No hay mucha gente en esta zona que no se haya formado una opinión sobre tu exmujer. La adoran o bien la odian.

—¿Y tú? —preguntó Chris.

—¿Yo? —Rollie cogió otra patata frita y se la comió a mordiscos—. Ojalá tuviera su pasión. De alguna forma ha conseguido mantener sus ideales en esta parte del mundo, mientras que yo perdí los míos hace muchos años.

—Pero aceptaste el caso contra Mondamin —señaló Chris—. Eso es bastante idealista.

Rollie sonrió.

—Hannah fue muy insistente. Trajo a Glenn Magnus y a los demás padres que habían perdido a sus hijos a mi despacho. Yo les advertí que era muy probable que la demanda fracasara, pero ella aseguró que no les importaba el dinero. Lo que querían era sacar el tema a la luz, que se hiciera un juicio sumario, dejar al descubierto los secretos de la empresa y lograr que se interrogara a los científicos de Mondamin. Estaba convencida de que, una vez empezáramos a investigar, encontraríamos un montón de mierda.

—¿Qué tipo de mierda?

—Violación de leyes medioambientales, criterios científicos dudosos, mala praxis. Sospechaban de un científico en particular, un tarado llamado Vernon Clay que vivía cerca de St. Croix. El tipo desapareció y tratamos de encontrarlo, pero no hubo suerte. No pudimos dar con él.

—Todo esto supera en mucho la perspectiva de una demanda, ¿no?

—Bueno, yo esperaba que nos propusieran un acuerdo para deshacerse de nosotros —admitió Rollie—. Florian estaba en negociaciones para vender la empresa y pensé que no querría que la publicidad negativa le fastidiara el trato. Pero es un tipo duro de pelar. Me quedé sin recursos y la demanda fue desestimada. Tal vez la Biblia diga lo contrario pero, por lo general, cuando David se enfrenta a Goliat, recibe un puntapié en el culo.

—En estos casos, la causalidad es muy difícil de demostrar. No es culpa tuya.

Rollie se encogió de hombros.

—En mi trabajo no tengo muchas oportunidades de encontrarme en el bando de los buenos. Quería sacarlo adelante por esta gente, de verdad, pero les fallé.

El joven abogado se terminó la hamburguesa y tiró el envoltorio vacío en la papelera que había debajo de su escritorio. A continuación, sorbió la Coca-Cola con una pajita hasta que sólo quedó aire y luego tiró también el vaso. Permaneció sentado

en silencio y observó a Chris con expresión pensativa.

—Así pues —dijo al final—, ahora que ya nos conocemos, ¿quieres que hablemos del motivo que te ha traído a verme, Chris?

—Sí, claro. Me gustaría conseguir información sobre la noche en que asesinaron a Ashlynn Steele.

Rollie movió el ratón sobre el escritorio y la pantalla de veinticuatro pulgadas de su ordenador cobró vida. Luego tecleó una contraseña para acceder a sus archivos y Chris contó al menos catorce caracteres.

—Una contraseña bastante larga —comentó.

—Sí, con la demanda contra Mondamin descubrí la importancia de la seguridad.

—¿Y eso?

—Entraron dos veces en mi despacho. Nunca conseguí probarlo, pero creo que Florian contrató a alguien para que averiguara qué información habíamos recopilado.

Rollie accedió a sus documentos recientes y envió dos archivos a la impresora colocada dentro del armario abierto que había a su espalda. A continuación, cogió las hojas y se las tendió a Chris.

—Aquí están las copias de nuestras declaraciones a la policía. La de Tanya y la mía.

—Gracias.

—Estoy seguro de que el sheriff no tardará en proporcionártelas, pero así te ahorras la espera.

—También me gustaría hacerle algunas preguntas a Tanya, si a ti no te importa.

Rollie lo miró desde el otro lado de la mesa.

—Ahí reside el problema, Chris; en ese punto, nuestros intereses legales divergen. Estoy seguro de que lo entiendes. Aprecio mucho a Olivia, pero lo único que me preocupa en este caso es el bienestar de mi hija. Como abogado, sé lo que tienes que hacer y no te culpo por ello, pero no dejaré que conviertas a Tanya en una sospechosa.

—Es posible que Tanya sepa cosas que me ayuden a demostrar que Olivia no estuvo implicada en la muerte de Ashlynn.

El otro abogado no ocultó su sorpresa.

—¿Piensas argumentar que Olivia es inocente? ¿No vas a apelar a los atenuantes emocionales?

—Aún no he argumentado nada.

—Tal vez, pero eso hace que dejarte hablar con Tanya me ponga aún más nervioso.

—Tanya puede ayudarme a corroborar la versión de Olivia. Me ha contado que habló con ella al llegar a casa, y que Olivia le explicó que había dejado a Ashlynn en el pueblo fantasma. Viva. Es un dato importante.

Rollie frunció el ceño.

—¿Has interrogado a Tanya?

Chris sabía que había cometido un error. Intentó rectificar, pero ya era demasiado tarde.

—Le he hecho un par de preguntas, y le he dicho que no tenía que contarme nada.

—No te hagas el tonto conmigo, Chris. ¿Le has preguntado a Tanya si esa noche volvió al pueblo fantasma?

—Sí, así es —admitió.

—En otras palabras, has intentado que se autoincriminara.

Chris no respondió y Rollie se puso en pie. Su actitud dejaba claro que la reunión había terminado.

—Ya tienes nuestras declaraciones —observó—. Por ahora, es lo único que vas a conseguir. Y me gustaría aclararte otro punto, Chris.

—¿Cuál?

—Si quieres hablar otra vez con Tanya, primero tendrás que hacerlo conmigo.

Capítulo 10

Los guardias de Mondamin Research detuvieron a Chris en la verja de entrada. Hicieron falta diez minutos de llamadas de ida y vuelta al edificio de administración antes de que les confirmaran que tenía una cita con Florian Steele. Uno de los guardias, cuyo tatuaje sugería que se trataba de un marine retirado, ocupó el asiento del acompañante del Lexus de Chris sin que nadie se lo pidiera.

—Le mostraré dónde puede aparcar —le dijo a Chris al tiempo que señalaba un camino que conducía a la parte trasera de las instalaciones.

El edificio principal tenía la longitud aproximada de dos campos de fútbol y estaba impoluto, como si retocaran la pintura blanca a diario. No vio ventanas en las paredes, aunque Chris distinguió una extensa red de conductos de ventilación que recorría el tejado. Mientras conducía, vio que el bloque principal del recinto estaba conectado con un edificio administrativo más pequeño a través de un pasadizo acristalado. Dos trabajadores vestidos con bata blanca avanzaban por detrás de los cristales.

Al llegar al lado opuesto del edificio administrativo, orientado hacia el río, encontró una pequeña zona de aparcamiento y el guardia se lo señaló con un gesto.

—Aparque ahí.

Chris distinguió varias plazas vacías para visitantes cerca de la puerta principal. En el extremo más alejado de la primera fila de coches había un Mustang descapotable naranja. No creía que hubiera dos vehículos como aquél en Barron, Minnesota. Se trataba del coche de Ashlynn.

Ignoró las instrucciones del guardia, pasó junto a la entrada del edificio y se detuvo en una plaza vacía unos cuarenta metros más allá, justo al lado del Mustang. Su acompañante protestó.

—¡Aquí no! —le ordenó a Chris—. ¡Dé marcha atrás!

Chris apagó motor del Lexus y bajó de un salto.

—¿Va a dispararme? —preguntó.

Mientras el guardia salía del coche, Chris examinó con atención el exterior del Mustang. No estaba seguro de qué esperaba encontrar. No habían repuesto el neumático pinchado que detuvo a Ashlynn en el pueblo fantasma, así que supuso que habían movido el vehículo con una grúa. Se arrodilló para estudiarlo y no descubrió ningún daño aparente. Lo más probable era que se tratara de un pinchazo en la banda de rodadura. El resto del chasis estaba en perfectas condiciones, sin abolladuras ni rayadas. Si el bastidor había estado manchado de polvo o barro, la lluvia lo había limpiado.

—Vámonos, señor Hawk —le advirtió el guardia con un gruñido.

Chris no le prestó atención. Trató de ignorar el zumbido mecánico procedente de

los edificios, el murmullo del río a unos cincuenta metros y la voz del guardia, para meterse en la mente de Ashlynn aquella noche. Estaba sentada en el Mustang, atrapada entre los edificios abandonados del pueblo fantasma, cerca de la medianoche. Conducía ese coche y aquél era el último lugar que había visto antes de morir. Chris ahuecó las manos y estudió los asientos de cuero blanco a través de las ventanas. El interior estaba immaculado: no había trozos de papel, ni un vaso de café en el posavasos ni un bolígrafo guardado en la visera. Supuso que todo lo que contuviera habría sido recogido y etiquetado por la policía. O tal vez Ashlynn mantuviera el coche así de limpio. Estaba impecable, excepto por los restos de polvo allí donde la policía había buscado huellas dactilares y algunas manchas de barro seco en el asiento del conductor y la alfombrilla del suelo, debidas a las recientes lluvias.

No había nada que ver, pero a pesar de ello había algo en el Mustang que le preocupaba.

—No te invité a venir para que pudieras efectuar un registro del coche de mi hija, Chris —le espetó Florian Steele.

Chris apartó la vista de las ventanas del Mustang. Florian estaba de pie en el camino de entrada al edificio, a tres metros de él, con los brazos cruzados sobre el pecho. El guardia empezó a disculparse, pero Florian le hizo un gesto para que se callara.

—¿Vamos adentro? —preguntó Florian—. ¿O también quieres husmear en el maletero y la guantera?

—No será necesario —respondió Chris.

Florian señaló la entrada acristalada del edificio, y avanzaron juntos y en silencio. Cuando alcanzaron la puerta, Florian sacó una tarjeta magnética y las hojas se deslizaron a los lados. Pasaron a un vestíbulo en el que había otra puerta dotada con un sistema de reconocimiento biométrico de huellas dactilares. Florian colocó el índice derecho sobre la almohadilla y la puerta se abrió, dando paso al hall de la empresa. Señaló hacia el mostrador de la recepcionista.

—Tienes que registrarte; te tomarán una foto y digitalizarán tu huella dactilar. Luego te entregaremos un pase para visitantes personalizado.

—¿Necesitáis también una muestra de orina? —preguntó Chris.

Florian no sonrió.

Chris siguió las instrucciones y fue recompensado con una tarjeta magnética blanca que se sujetó al cinturón. Florian señaló una puerta giratoria que llegaba hasta el techo y por la que debían pasar de uno en uno. El director ejecutivo la cruzó primero y Chris le siguió, usando la tarjeta identificativa y su huella dactilar. Al otro lado de la puerta se encontró en un pasillo sin ventanas de un blanco tan immaculado como el de la fachada de las instalaciones. Olía a desinfectante, y unos altavoces ocultos emitían un leve zumbido eléctrico.

—Os tomáis las medidas de seguridad muy en serio —comentó.

Florian se encogió de hombros mientras lo guiaba por el corredor.

—Tenemos que hacerlo. En parte se debe a la protección de la propiedad intelectual, aunque la mayoría de las amenazas son más sofisticadas: piratería informática, espías, intentos de soborno y chantaje a los empleados... La amenaza material de las instalaciones proviene principalmente de los extremistas medioambientales.

—¿Constituyen los grupos alternativos una verdadera amenaza? —quiso saber Chris.

—Por supuesto —contestó Florian—. Muchos son violentos y radicales, anarquistas. Si pudieran volar o inutilizar el complejo, lo harían. En los últimos diez años ha habido dos incidentes en los que descubrimos a varias personas con cizallas y materiales explosivos fuera del perímetro de la valla.

Florian guió a Chris hasta su amplio despacho, una de cuyas paredes enmarcaba un ventanal con vistas al río Spirit. Era un espacio moderno y elegante que no habría desentonado en los lujosos rascacielos del centro de Minneapolis. En una de las paredes había un equipo de videoconferencia de alta definición, y las obras de arte eran asépticas y modernas, en su mayoría esculturas de bronce abstractas. El único cuadro figurativo del despacho era un retrato al óleo de Julia y Ashlynn. Su esposa rodeaba los hombros de Ashlynn con un brazo en un gesto firme y protector.

Florian no se sentó detrás del escritorio, sino que se acomodó en una silla frente a una mesa de reuniones redonda y de cristal, junto a las ventanas. Chris se sentó enfrente de él, desde donde podía ver el curso del agua que serpenteaba hacia el sur desde la presa. Florian se frotó la superficie calva de la cabeza y tiró de las mangas de la camisa, de modo que la longitud de tejido blanco que sobresalía de la chaqueta del traje fuera la misma en ambos brazos. Parecía impaciente por que la entrevista comenzara y terminara.

—Las cosas te han ido bien, Florian —observó Chris—. Siempre tuviste mejor olfato empresarial que la mayoría de los abogados.

Florian se encogió de hombros.

—Tu bufete también parece tener éxito.

—Así es, pero en realidad yo no creo nada. Sólo hago tratos.

—Recuerdo que en la Facultad de Derecho estabas más preocupado por la justicia social. Me sorprende que te hayas convertido en otro de esos sicarios que cobran por horas.

Chris rememoró las discusiones que había mantenido con Florian en las oficinas de la revista de la facultad. En aquel entonces, Florian mostraba ya una gran habilidad para encontrar puntos débiles y poner el dedo en la llaga. No la había perdido.

—Tengo una familia que mantener —contestó Chris—. Y sigo haciendo mucho trabajo no remunerado.

—Me alegro por ti, aunque siempre he pensado que el trabajo desinteresado era una concesión sin valor para acallar la conciencia de los abogados ricos.

Zas. Chris ni siquiera replicó.

—Si de verdad quieres ayudar a la gente —prosiguió Florian—, monta un negocio. Crea puestos de trabajo. Ésa es mi filosofía.

—¿Cuántos empleados trabajan aquí? —quiso saber Chris.

—Más de doscientos cincuenta. Somos una de las mayores empresas de la región.

—Para ser honesto, Florian, no estoy muy seguro de qué es lo que hacéis en Mondamin. Nadie parece saberlo o, si lo saben, no hablan de ello.

—No es un ningún secreto. Somos una de las empresas de investigación líderes del país en aplicaciones de biotecnología y nanotecnología para la industria agropecuaria.

—¿Qué significa eso en la práctica?

—Significa que usamos las herramientas tecnológicas más sofisticadas disponibles para alimentar al mundo.

—Suenan muy noble.

—Nuestras investigaciones constituyen un factor clave en la obtención de cultivos de maíz y soja con cosechas espectacularmente mejoradas. Desarrollamos semillas con resistencia genética a diversos tipos de insectos y hongos, con el objetivo de reducir el uso de pesticidas tóxicos. Así minimizamos el gasto de agua, reducimos la propagación de enfermedades y mejoramos el potencial de alternativas agrícolas a los combustibles fósiles.

—¿Y por qué Mondamin genera tanta controversia? —preguntó Chris.

—Porque representamos el cambio, y los cambios asustan —contestó Florian, que transmitía la sensación de estar hablando con un grupo inversor o concediendo una entrevista al *Wall Street Journal*—. La gente oye hablar de organismos transgénicos y de nanopartículas de plata, y hay quien responde con un miedo irracional. Creen que la modificación del ADN vegetal es algo antinatural, cuando de hecho los humanos llevan miles de años modificando la genética de sus cultivos. La única diferencia radica en que nuestro proceso es novedoso y eficiente.

—Cinco niños murieron de leucemia en un pueblo de unos pocos centenares de habitantes —señaló Chris—. St. Croix está a menos de quince kilómetros de aquí. Supongo que entenderás las sospechas.

Florian cruzó las manos sobre la mesa. No picó el cebo ni se alteró.

—Siento una honda compasión por los padres que han perdido a sus hijos. Yo también he perdido a la mía, así que ahora sé el dolor que conlleva. Tienes deseos de emprenderla a puñetazos, de castigar a alguien. Cuando la enfermedad golpea un

pueblo pequeño, la gente da por hecho que tiene que haber una causa tangible. Se niega a creer que se trata tan sólo de mala suerte.

—¿De verdad crees que eso es lo único que ha ocurrido?

—Sí. Los epidemiólogos del condado y del estado explicaron a la gente de St. Croix que no se trataba de una epidemia de cáncer. Cuando siguieron adelante con la demanda, pusimos todo nuestro empeño en ser justos. No opusimos ninguna objeción ante el deseo del juez de designar un especialista independiente para que realizara un análisis previo al juicio sumario. Constituía una intrusión incómoda, pero accedimos. No se trataba de un experto contratado por una u otra de las partes. Nuestro consejo estuvo de acuerdo con la elección, y también Rollie Swenson. La experta analizó muestras de las aguas subterráneas, el suelo y el aire, estudió las muestras de sangre de las víctimas y la invitamos a visitar Mondamin para que realizara una revisión prácticamente ilimitada de nuestros archivos y los descubrimientos del laboratorio. Su conclusión fue que no podía probarse el efecto causal y que era altamente improbable que existiera. Lamento de verdad que la gente de St. Croix fuera incapaz de aceptar esa sencilla realidad y hayan decidido emprender una violenta venganza contra mí, contra esta compañía y contra el pueblo de Barron.

Antes de que Chris pudiera replicar, el rostro de Florian enrojeció y añadió:

—En un sentido personal, también tengo que decirte que me enfurece que tu exesposa me haya convertido en un monstruo a los ojos del público. Fue ella quien avivó la llama. Por lo que a mí respecta, Hannah es tan culpable como Olivia de la muerte de Ashlynn. Si pudiera, le pediría a Michael Altman que las acusara a las dos.

Chris sabía que estaba pisando terreno peligroso. Florian y Ashlynn, Rollie y Tanya, Olivia y él mismo: todos eran padres que trataban de proteger a sus hijas. Para Florian, era demasiado tarde; había fracasado. Por debajo de la dureza de sus palabras, la pérdida lo estaba devorando por dentro.

—Lo entiendo —dijo Chris.

Florian miró hacia el río; era obvio que se sentía frustrado consigo mismo por haber dejado que su temperamento aflorara a la superficie.

—Y aquí estoy yo, haciendo lo mismo que la gente de St. Croix: buscar venganza por mi pérdida.

—¿Puedes hablarme de Ashlynn? —le pidió Chris.

Florian sonrió por primera vez.

—Era una joya.

—Era una chica muy guapa —convino Chris mientras admiraba el cuadro.

—Sí, lo era. Deportista, preciosa. Tenía un corazón de oro y yo me sentía orgulloso de los valores que le habíamos inculcado. Pensaba solicitar plaza en algunas de las mejores universidades tanto de la costa Este como de la costa Oeste durante el próximo otoño. Julia iba a acompañarla de viaje este verano para visitarlas.

—Me imaginó que a veces debía de ser duro para ella —comentó Chris.

—¿El qué?

—Tener tanto dinero en un pueblo pequeño.

—La verdad es que no. Ashlynn nunca alardeó de su riqueza, y sinceramente, no disponía de mucho dinero propio. Nunca le dimos un cheque en blanco. El Mustang que le regalé en su decimosexto aniversario fue el único gesto espléndido que tuve con ella.

—¿Qué sentía Ashlynn respecto a la disputa entre ambos pueblos?

—La odiaba —respondió Florian—. Estoy seguro de que le dolía que gran parte de la malevolencia se dirigiera contra mí pero, en un plano religioso, tan sólo le afligía la violencia.

—¿No salía con uno de los cabecillas del enfrentamiento?

—¿Quién?

—Kirk Watson.

El rostro de Florian se ensombreció.

—Tonterías. Ashlynn nunca salió con Kirk. Yo no lo habría permitido.

Chris tuvo la sensación de estar andando de puntillas sobre un campo de minas.

—¿Es posible que no te lo contara? A veces los padres son los últimos en enterarse.

—Eso nunca sucedió —insistió Florian.

—De acuerdo, lo siento. Debo de estar mal informado.

Chris tomó nota mental para descubrir lo que ocurría de verdad entre Ashlynn y Kirk.

—¿Sabes con quién salía? —continuó Chris.

—No creo que fuera en serio con nadie.

—¿Y qué hay de sus amigos?

Florian vaciló.

—Ashlynn era una chica solitaria. Eso me preocupaba.

Chris no le presionó. Estaba claro que Florian no conocía demasiado bien a su hija. Al igual que muchos otros padres absorbidos por su trabajo, Florian ignoraba qué pasaba por la cabeza de Ashlynn, por su corazón o en su vida. Chris tenía la misma sensación respecto a Olivia. Se preguntó si la mujer de Florian entendía mejor a su hija.

—¿Se te ocurre alguien que pudiera guardarle rencor a Ashlynn? —preguntó.

—No, claro que no.

—Has mencionado a los extremistas medioambientales.

—¿Y?

—Me preguntaba si tu familia había recibido alguna amenaza por parte de esos grupos.

—No, en absoluto. Mondamin y yo somos su objetivo, y nadie ha perseguido nunca a Ashlynn ni a Julia.

—¿Qué hay de ese hombre que se hace llamar Aquarius?

—¿Qué pasa con él?

—Sus notas parecen personales; están dirigidas a ti. Me pregunto si tienes alguna idea de quién es o por qué te amenaza.

Florian negó con la cabeza.

—En absoluto.

—¿Alguna vez Ashlynn os comentó a Julia o a ti que alguien la incomodara? ¿Que alguien la siguiera?

—No, claro que no. Ya veo adónde quieres ir a parar, Chris. Quieres convertir a ese hombre misterioso, el tal Aquarius, en un sospechoso. Plantear que mató a mi hija para vengarse de mí.

—No es imposible.

—Es un truco desesperado. Nadie lo creerá.

—Soy consciente de que no quieres oírlo, Florian, pero no creo que Olivia matara a Ashlynn. Ni por accidente ni a propósito: ella no lo hizo. Tampoco creo que alguien tropezara casualmente con tu hija en el pueblo fantasma. O bien sabían que estaba allí o bien la siguieron.

—Puedes inventar historias para el jurado —le espetó Florian—, pero no lo hagas conmigo.

—¿De dónde venía Ashlynn el viernes por la noche?

—¿Qué?

—Si alguien la siguió, tenía que saber dónde estaba. Ella les contó a Olivia y a Tanya que había pasado todo el día conduciendo, y la directora del instituto asegura que llevaba tres días sin ir a clase. ¿Dónde estaba? ¿Qué estaba haciendo?

Florian permaneció en silencio. Chris trató de descifrar en su semblante si no lo sabía o si no quería revelar dónde había pasado su hija esos días. En cualquier caso, no iba a contestar. Florian se puso en pie, con la cara enrojecida de cólera.

—Nadie siguió a Ashlynn —le dijo a Chris—. Ni Aquarius ni nadie. Esa noche estaba sola, y tu hija la encontró y la mató. Fin de la historia. Puedes intentar confundir todo lo que quieras, pero eso es lo que ocurrió.

Capítulo 11

Chris estaba sentado en una de las sillas Adirondack que decoraban el porche de la casa de Hannah. Había oscurecido, pero las dos lámparas que custodiaban la escalera de entrada lanzaban sombras sobre el jardín. Mientras bebía un vaso de vino tinto barato, vislumbró el resplandor de una cerilla encendida en el interior de un Thunderbird azul claro aparcado en la silenciosa calle y el humo que emergía de la ventana del conductor. El hombre que lo ocupaba era un policía jubilado de cincuenta y tantos años originario de Granite Falls, otro de los pueblos cercanos levantados en la ribera del río Spirit. Chris le había contratado para que se encargara de la seguridad nocturna.

La puerta del porche se cerró con un golpe y Hannah salió a reunirse con Chris; escrutó también el coche, con las manos apoyadas en las caderas y el ceño fruncido.

—Lo cierto es que no me gusta sentirme observada, aunque sea por alguien que trata de protegerme —comentó.

Chris no discutió. Hannah sabía que era lo correcto, pero en su mundo todo era siempre blanco o negro. Si algo contradecía sus valores, lo rebatía.

—Rodeará la casa tres o cuatro veces cada hora —dijo Chris—. Por lo demás, se quedará en el coche. No te darás cuenta de que está ahí.

—¿Va armado?

—Sí.

—Odio las armas —declaró Hannah.

Su exmujer se sentó a su lado y se quitó las chanclas de una patada, dejando sus diminutos pies al desnudo. Vestía unos pantalones cortos militares y una camiseta holgada que cubría su delgado pecho. Ahora que el sol se había puesto había refrescado, pero ella no parecía notarlo. Chris distinguió restos de harina de arroz en sus brazos: había estado amasando pan. Aspiró el olor procedente del horno a través de la puerta abierta. La lluvia goteaba desde el tejado del porche y salpicaba los escalones de madera.

Chris tomó otro sorbo de vino. Hannah bebía zumo de uva espumoso en una copa de champán de plástico y tenía los ojos fijos más allá del alcance de las luces del porche, en la oscuridad de los árboles que bordeaban el río.

—Me encantan las primaveras cálidas —murmuró—. Aún no hay bichos. Cuando salgo aquí en verano, me paso el rato aplastando mosquitos.

—Es un lugar hermoso.

—Debes de estar volviéndote loco.

—¿Por qué?

—No hay bullicio, ni Starbucks, ni tratos que se cierran en Nochebuena.

—Una vez, Hannah. Eso ocurrió una vez.

—Una ya es demasiado, Chris.

Él no quería volver a discutir sobre sus vidas.

—Tienes razón. Cometí errores.

Ella pareció sorprenderse.

—Yo también.

—Eres una heroína local —comentó él, cambiando de tema—. Me alegro por ti. La gente te quiere.

—Algunos; otros me odian. El año pasado, cuando empezamos a repartir condones, se organizaron algunos piquetes.

—¿Qué tal van las finanzas del centro?

—Pagamos las facturas mes a mes y rezamos para recibir un cheque del estado o una subvención cuando la necesitamos. Es una situación precaria.

—Intenté ayudarte —observó Chris—, pero me devolviste los cheques.

—No quiero tu dinero, Chris.

—Sólo era dinero. Sin compromiso.

—Eso no existe.

Chris se preguntó por qué rechazaba su ayuda.

—No estaba intentando comprar mi regreso a tu vida —dijo, aunque sabía que estaba mintiendo—. Oh, demonios, tal vez sí lo hacía.

Hannah permaneció en silencio.

—¿Quieres saber la verdad?

—Claro.

—Tenía miedo de dejarte volver.

Chris pensó que podría haber suscrito la frase. Era un momento tan bueno como cualquier otro.

—Cuando te marchaste, me rompiste el corazón, Hannah. Desde entonces he estado muerto.

Su exmujer cerró los ojos, estuvo a punto de empezar a hablar y se interrumpió. Cuando los abrió de nuevo, se secó algunas lágrimas.

—Lo sé —dijo—. Lo siento.

—Han pasado tres años, pero aún me duele pensar que dejaste de quererme.

Hannah pareció sinceramente disgustada al oír aquellas palabras.

—Chris, eso no es cierto. Nunca lo fue.

—Entonces ¿por qué?

Hannah dejó el vaso y se volvió de lado en la silla. Se inclinó hacia delante, con las manos apoyadas en los muslos.

—Quería algo más de la vida. Quería esto.

—¿Y qué es esto? —preguntó Chris, porque en verdad no lo sabía.

—Un lugar donde yo importo.

—A mí me importabas.

—Sé que eso es lo que crees, pero en realidad me había convertido en algo secundario para ti. Y también tu hija. Tú pensabas que estabas trabajando por nosotras, pero lo hacías por ti mismo.

El deporte y el sexo no mueven a hombres como tú. Lo más importante es el código. El cumplimiento, el éxito, el deber.

—¿Y esas son cosas malas?

—Si olvidas por qué las haces, sí.

Hannah se acercó al extremo del porche y se agarró a la barandilla. Las luces de las casas de St. Croix brillaban a su espalda.

—¿Sabes por qué me gusta tanto este sitio? No es porque la vida sea más sencilla; de hecho, es más dura, hace falta más confianza en uno mismo porque no hay una red de seguridad. Pero ¿sabes qué, Chris? Las prioridades están muy claras. Aquí las relaciones son importantes. Dios es importante, y el tiempo también lo es. No soy sólo un ratón que da vueltas en una rueda.

—¿Así te sentías conmigo? —preguntó él—. ¿De verdad?

Ella no le miró.

—A veces.

—Sabes que es lo último que deseaba.

Hannah se volvió. Chris se dio cuenta de que ambos se habían hecho mayores; ambos habían caminado sobre el fuego y habían aprendido que las quemaduras no se curan, sólo se convierten en cicatrices, como un recordatorio permanente.

—No te culpo, Chris, si acaso me culpo a mí misma por lo que pasó entre nosotros. Aquí estoy, hablando de relaciones cuando fui yo quien se alejó de la persona que más significaba en mi vida. No estoy orgullosa de ello, y está claro que también la cagué con Olivia.

—Eso no es cierto.

—No consigo que se abra a mí. He visto cómo se iba distanciando cada vez más, y mira dónde ha llegado. Sólo tiene dieciséis años y es probable que su vida esté acabada.

Le estaba dando a Chris la oportunidad de moverse a un terreno más seguro, y él la aceptó. Era más fácil hablar de Olivia que abrir la cerradura de la habitación donde guardaban el pasado que una vez habían compartido.

—Su vida no está acabada, pero no puedo ayudarla a menos que sepa lo que oculta.

—Estás preguntando a la persona equivocada. Soy la última persona a la que ella le contaría sus secretos.

—¿A quién entonces?

Hannah movió la cabeza con tristeza.

—No lo sé. Es un libro cerrado.

—Tanya Swenson cree que había algo personal entre Ashlynn y Olivia. ¿Sabes de qué podría tratarse?

—No.

—¿Olivia hablaba alguna vez de Ashlynn?

—Delante de mí, nunca. A menos que hablara sobre Mondamin.

Chris se sentía frustrado.

—Algo extraño le ocurría a Ashlynn. Desapareció durante tres días antes del viernes y, o bien Florian no sabía por qué, o bien ha intentado encubrirlo.

Hannah se volvió de espaldas.

—¿Qué pasa? —preguntó Chris.

—Nada.

Chris se levantó de la silla y vio que, en la calle, el expolicía salía de su Thunderbird. El hombre comprobó que llevaba la pistola en la funda bajo la chaqueta y avanzó por el jardín para patrullar el perímetro de la casa. Tenía la constitución de un tronco de roble, curtido y duro. Chris le hizo un gesto con la cabeza y esperó en silencio mientras el vigilante desaparecía entre la parte trasera de la casa y la orilla del río.

—¿Qué sucede, Hannah? —volvió a preguntar—. No me hace ninguna falta que tú también me ocultes secretos.

—Por favor, Chris, no puedo hablar de ello.

—¿Es que no entiendes lo que está ocurriendo? Olivia se enfrenta a un cargo de asesinato en primer grado.

—Lo entiendo, créeme.

—Entonces habla conmigo.

—Te estoy diciendo que ignoro a qué se refería Tanya. Por lo que yo sé, Olivia consideraba a Ashlynn una enemiga. No existía ninguna relación entre ellas.

—Tú sabes algo —insistió Chris—. ¿Qué secreto podría ser tan importante cuando la vida de Olivia está en juego?

Hannah se cruzó de brazos al tiempo que respiraba pesadamente. Parecía estar sufriendo un dolor físico, y tal vez fuera así. Tal vez fuera el cáncer. Chris suavizó el tono y le puso una mano en el hombro.

—¿Te encuentras bien?

Ella habló en voz tan baja que apenas pudo oírla.

—Cuando una chica viene a verme, juro respetar su privacidad.

—¿Cuando una chica viene a verte? ¿De qué demonios estás hablando?

Hannah guardó silencio. Entonces Chris lo entendió.

—Oh, me cago en la puta. Ashlynn.

Hannah no dijo nada.

—Ashlynn fue a verte al centro, ¿verdad? ¿Qué le pasaba?

—No puedo decírtelo.

—Hannah, por favor —insistió Chris—. Es posible que lo que le ocurriera fuera la causa de su muerte.

—No voy a traicionar su confianza.

—Lo haces permaneciendo en silencio —insistió Chris—. Ashlynn ya no tiene privacidad; está muerta. Alguien le metió una bala en la cabeza. Un forense la ha diseccionado sobre la mesa de autopsias. Ya no tiene secretos.

—¿Autopsia?

—Por supuesto.

Hannah se cubrió la boca con las manos.

—Entonces lo saben.

—¿Saber qué?

Esperó a que ella respondiera pero, mientras la pregunta pendía en el aire, cayó en la cuenta de que ya sabía la verdad. Tres días; había estado ausente tres días. Sola. Deprimida. Pensó en lo que le había dicho Maxine Valma: «La vi llorar varias veces... Si me hubiera dicho usted que se había suicidado no me habría sorprendido». Chris sabía por qué iría una chica de diecisiete años a ver a Hannah y por qué ésta haría todo lo que estuviera en su mano para proteger su intimidad.

Porque estaba embarazada. Y porque había tomado la decisión de interrumpir el embarazo.

—¿Dónde la enviaste? —preguntó con delicadeza.

Hannah le dirigió una mirada afligida; Chris vio en su rostro lo que representaba acudir a su despacho todos los días, escuchar aquellas historias y compartir el dolor.

—Conozco a una doctora en Nebraska —contestó Hannah—. Es discreta y profesional. Ashlynn no quería que sus padres se enteraran; no quería tener que ir al juzgado para obtener una autorización.

—¿Quién es la doctora?

Hannah negó con la cabeza.

—No puedo decírtelo. Trabaja al margen de la ley, sin permiso de los padres. Si la gente supiera lo que hace, estaría en peligro de muerte. Si la inhabilitan, muchas chicas desesperadas se quedarán sin opciones. No lo permitiré.

—¿Quién más lo sabía?

—Por lo que yo sé, nadie. Ashlynn y yo, eso es todo.

—¿Olivia?

—No veo cómo podría haberse enterado.

—¿Quién era el padre?

—Ashlynn no me lo contó. No creo que él lo supiera.

—¿Te dijo si había sido consentido?

—No mencionó que la hubieran violado. En realidad no dijo demasiado, y yo no indagué más en las circunstancias, pero no creo que eso fuera lo que sucedió.

—Olivia sabe más de lo que cuenta —señaló Chris—. No sé si se trata del embarazo o del aborto, pero aquí está pasando algo más, y quiero saber qué es.

—A mí no me lo explicará.

—Tal vez nos lo cuente a los dos.

—Ojalá fuera cierto —deseó Hannah—, pero será mejor que hables con ella a solas.

—Tú puedes entenderla mejor que yo —señaló Chris—. Os parecéis mucho. Ven conmigo.

De forma instintiva, hizo lo que siempre había hecho en el pasado: extendió el brazo para coger la mano de Hannah.

Ese gesto había constituido un ritual en su matrimonio. Se sentaban en el porche con vistas al lago, hablaban, reían y a veces lloraban. En el momento de entrar en la casa, él tendía su palma, ella la tomaba y ambos subían las escaleras cogidos de la mano. El gesto encerraba una sacralidad que ambos reconocían: cogerse de la mano significaba que estaban enamorados.

Hannah se estremeció y él apartó la mano como si hubiera tocado un fogón encendido. Sabía que había cometido un error. Hay algunos recuerdos que es mejor no remover. Había que dejarlos tal como estaban.

—Lo siento —se disculpó.

Hannah no dijo nada, pero entró con él en la casa.

Las escaleras hacia el piso superior quedaban a la izquierda. Dejó que Hannah subiera primero, y luego la siguió. El descansillo estaba a oscuras. Chris reconoció el aroma del perfume de Hannah. Todo lo que había allí olía a ella y resultaba desorientador, como si hubieran vuelto al pasado. Ella llamó a la primera puerta cerrada de la izquierda.

—¿Olivia?

Desde la habitación de su hija sólo les respondió el silencio. Hannah volvió a llamar, pero no hubo respuesta. Acercó la oreja a la puerta para intentar oír la voz de Olivia al teléfono o el sonido del televisor. No oyeron nada.

—Olivia —repitió Hannah en un tono más cortante.

Giró el pomo para entrar a pesar de no haber recibido respuesta. La puerta no estaba cerrada con llave. Ambos entraron en la habitación de Olivia y Chris tuvo la sensación de estar cometiendo un allanamiento de morada. Reconoció los recuerdos de la infancia de su hija de un solo vistazo: los osos de peluche sobre la cómoda y un calendario azteca de piedra comprado en unas vacaciones familiares en Acapulco, aunque la mayoría de los trastos de la desordenada habitación pertenecían a una joven que él no conocía.

El cuarto estaba vacío. La ventana que daba al río por encima del fangoso jardín trasero estaba abierta.

Olivia se había marchado.

Capítulo 12

Cuando el expoli que patrullaba la casa desapareció, Olivia abrió la ventana de su habitación, se escurrió por el marco y se descolgó lentamente, agarrándose con los dedos a la pintura desconchada del antepecho. Sólo dos metros y medio separaban las suelas de sus deportivas del suelo mojado. Se soltó y aterrizó con un potente salpicón. Esperó y se aseguró de que nadie la había oído antes de dirigirse al río.

Olivia se agachó bajo las largas y finas ramas de los robles de la parte trasera de la casa y avanzó a través de los arbustos muertos. Sobre el agua flotaba un denso follaje, pero hacía mucho que habían arrancado las hierbas de la orilla del río para trazar un sendero. Sorteó los charcos que se habían formado en las depresiones del suelo, mientras la hierba pardusca silvestre le rozaba la piel desde ambos lados de la senda. Por debajo de ella, a menos de tres metros por la pendiente de la ribera, oía el ruidoso chapoteo del río.

Vio las luces encendidas en las casas de St. Croix entre los árboles y reconoció las voces de los vecinos a través de las ventanas abiertas. Se movía tan silenciosamente como podía, como un ciervo, para no levantar sospechas. Aquél era un pueblo pequeño donde todo el mundo se conocía y sabía qué hacían sus vecinos. Para mantener secretos era necesario que no te vieran, y ella tenía mucha práctica en escabullirse.

Avanzó siguiendo el curso del río por la ribera durante doscientos metros hasta que alcanzó las vías del tren, que discurrían en paralelo a la carretera; en esa estación del año, los trenes apenas circulaban por la zona. Olivia cruzó por encima del riel y se quedó de pie sobre la grava, en el centro de las vías. Al poco de vivir en St. Croix, solía ir hasta ese mismo sitio y pensaba en saltar a un tren que avanzara a poca velocidad en dirección al sur. Se imaginaba tendida sobre el frío acero del vagón de carga, contemplando las nubes y las estrellas sobre su cabeza, sintiendo el traqueteo, los chirridos y la vibración de las ruedas del tren. Habría querido viajar muy lejos, hasta que su casa fuera sólo un recuerdo.

En aquel entonces, Kimberly la había convencido para que se quedara diciéndole que huir era de cobardes.

Olivia siguió las vías por el puente que cruzaba el río. Las vigas entrecruzadas de acero gris dibujaban enormes equis a ambos lados. A medio camino entre las dos orillas, abandonó las vías y trepó por la rígida estructura que asomaba sobre las aguas. Se apoyó en una de las vigas de acero dispuestas en diagonal. Las profundidades del río desprendían olor a moho, estancado y muerto.

Oyó el sonido de unos pasos. Él la había oído llegar. Distinguió una silueta e, incluso sin luz, supo que era él. La embargó una alegría que le hizo olvidar todo lo demás. Bajó de las vigas y echó a correr. Estaba a veinte metros, pero tuvo la

sensación de haber cubierto la distancia en dos pasos. Le lanzó los brazos al cuello y recordó el tacto y el olor de su piel. Llevaba meses sin tocarle.

—Johan.

Él permaneció rígido mientras ella lo abrazaba. No la besó ni la miró a los ojos; escudriñó las orillas del río como si escondieran una amenaza.

—No deberíamos estar aquí —murmuró.

—Lo sé, pero tenía que verte.

—¿Qué quieres, Olivia?

—¿Que qué quiero? —preguntó ella, desconcertada—. ¿Cómo puedes decir eso? Tenemos que hablar.

Johan se volvió hacia la orilla más alejada del río y ella caminó a su lado, consciente de la actitud distante de Johan. Le rozó los dedos esperando que él la cogiera de la mano, pero no lo hizo; Olivia se sintió rechazada y se metió los pulgares en los bolsillos. Su madre siempre decía que podía medirse el amor de un hombre por el modo en que te cogía de la mano, como si no quisiera soltarte nunca.

Cruzaron el puente hasta llegar a una extensión inmensa de campos abiertos que, en unas semanas, estarían rebosantes de maíz. En los veranos más cálidos era posible perderse entre los tallos que llegaban a la altura de la cabeza, como si fuera un laberinto. Ése era su lugar. Allí habían jugado al escondite como niños, habían llorado por Kimberly, se habían besado y, después, durante un caluroso mes de agosto, Olivia había dejado que él fuera el primero y el único en hacerle el amor.

Ahora él estaba muy lejos. Distante. Enojado.

—Nadie sabe lo que ocurrió en realidad —dijo ella—. Ni mi padre ni nadie. No he dicho ni una palabra, de verdad. Estás a salvo.

—¿De qué estás hablando?

—Sigo queriéndote, no me importa lo que hayas hecho.

—¿Lo que haya hecho? Olivia, ¿estás loca?

Dio un puntapié a los restos secos y partidos de la cosecha del año anterior con gesto de enfado. Algunas mazorcas olvidadas se pudrían entre los surcos. Olivia se preguntó si él recordaba el verano anterior, cuando estaban enamorados, antes de Ashlynn. Pero las palabras de Johan le rompieron el corazón.

—¿No entiendes lo que ella significaba para mí? —le preguntó él—. Yo la quería.

La amargura embargó a Olivia. Se sentía igual que en el pueblo fantasma, cuando vio a Ashlynn de cerca y se dio cuenta de que aquella chica se lo había arrebatado todo.

—El año pasado dijiste que me querías —le recordó—. Dijiste que yo lo era todo para ti. Supongo que sólo querías una cosa.

—Eso no es verdad.

—En cuanto tuviste la oportunidad, me dejaste por ella.

Johan hizo una mueca.

—Estás siendo injusta, Olivia. Las cosas no ocurrieron de ese modo. No lo entiendes.

—Tienes razón. Nunca he entendido cómo podías estar con ella, precisamente con ella. ¿Qué hubiera dicho Kimberly? ¿Te has parado a pensarlo?

—Te equivocas con Ashlynn.

—Johan, ella me contó que dejó de verte hace un mes. Lo nuestro había terminado. ¿Por qué no dejaste que te ayudara? Si estabas herido, deberías haber acudido a mí. Lo sabes. Juré que nunca dejaría de quererte, y no lo he hecho.

Olivia le acarició la mejilla. Su piel era suave y su mandíbula, angulosa. De forma instintiva, le pasó los dedos por el denso pelo rubio y se inclinó para besarle. Sus labios se tocaron; la boca de Johan estaba seca. Ella esperaba que él le respondiera, que rodeara su delgada espalda entre sus brazos y la atrajera hacia él. En lugar de eso, Johan se echó atrás con brusquedad y le bajó las manos.

—¿Cómo pudiste permitir que la viera así? —preguntó con la voz rota—. ¿Cómo pudiste dejar que la encontrara de aquel modo? Muerta sobre la tierra.

Olivia se sintió como si la hubieran abofeteado.

—¿Estás de broma? ¿Es un chiste?

—¿Quería volver conmigo? ¿Eso es lo que te contó?

Johan la agarró de los hombros y le imploró:

—Dime la verdad, Olivia. ¿Por eso la mataste?

Quería hablar, pero se había quedado sin aire. Podía oír las palabras, pero se sentía incapaz de pronunciarlas. «¿Crees que soy culpable? ¿Tú?». Si había una persona en el mundo que supiera que ella era inocente, ése era Johan. Ella había estado dispuesta a ir a la cárcel por él. Para guardar su secreto.

—No puedo creer que me hicieras esto —continuó él—. Dime que fue un accidente, dime que no lo hiciste a propósito. Fui un estúpido al hacerte daño como lo hice, pero nunca creí que llegaras tan lejos.

Olivia no dijo nada, porque no había nada que pudiera decir. Estaba furiosa consigo misma y se sentía como una idiota por haber confiado en él. Giró sobre sus talones y se dirigió hacia el puente. No quería más mentiras; sólo deseaba marcharse a casa y revolcarse en su dolor. Se sentía igual que seis meses atrás, sin Kimberly en su vida, cuando Johan la había dejado por una chica que encarnaba todo lo que Olivia detestaba. La traición estuvo a punto de acabar con ella.

Al oír que él la seguía, echó a correr.

—Olivia —siseó Johan—, ¡vuelve!

—¡Vete! —gritó ella sin preocuparse por si la oían.

La llovizna había dejado el suelo resbaladizo, pero Olivia no aminoró la marcha. Su larga melena ondeaba tras ella y el agua corría bajo sus pies. Llegó al final del

viejo puente y, mientras avanzaba por el hueco que dibujaban las vías entre los árboles de la orilla, vinieron por ella.

Seis. Al menos eran seis.

Iban vestidos de negro y ocultaban sus rostros tras una máscara. Emergieron de repente entre los arbustos de ambos lados, como un comando; antes de que Olivia pudiera gritar, se vio atrapada entre sus brazos. Alguien le metió una toalla húmeda entre los dientes cuando abrió la boca, y notó que un brazo le apretaba el cuello. Le cubrieron la cabeza con una funda de almohada, que apretaron tanto que apenas podría respirar.

Detrás de ella oyó que Johan chillaba e intentaba rescatarla, pero el grito se le cortó en la garganta. El grupo cayó también sobre él y Olivia escuchó el sonido de los puñetazos mientras lo reducían. Él se revolvió y opuso resistencia, y varios de los chicos gimieron de dolor cuando Johan se liberó y contraatacó. No le bastó. Gritó la «O» de su nombre, pero eso fue todo; volvieron a cogerlo y le golpearon despiadada e implacablemente. Cuando Johan empezó a sentir náuseas, Olivia oyó un gorgoteo espasmódico de aire y vómito. Sus atacantes no se detuvieron ni siquiera cuando el chico se quedó en silencio; los golpes se sucedían y las botas se hundían en la carne. «No lo matéis —rogó ella—. Oh, Dios mío, no lo matéis, por favor».

Oyó una voz ahogada que pronunciaba una sola palabra:

—¡Vamos!

Olivia agitó los brazos y alcanzó la cara de uno de los agresores con las uñas, haciéndolo sangrar. Él soltó un chillido, pero otro lo hizo callar. El hecho de haberlo herido suponía para ella un triunfo vacío y temporal. Cuatro o quizá más fornidos brazos la agarraron con zarpas de hierro y Olivia notó como la levantaban de suelo y la llevaban sobre sus cabezas en señal de triunfo, como si fuera un cerdo asado. Cuando intentó propinarles un puntapié, le sujetaron también las piernas y se quedó inmóvil. Era una prisionera. Un sacrificio.

El terror y el caos se apoderaron de sus sentidos. Olió el sudor y oyó su áspera respiración. Sentía los dedos clavados en su cuerpo, y supo que se le llenaría de moretones. Oyó puertas de coche, pasos que corrían, murmullos de risa e ira. La lanzaron al interior, rodeada de cuerpos invisibles, y la aplastaron contra el suelo mientras el motor se encendía. Tenía sus zapatos sobre la cabeza, sobre el cuello. La sobaban.

Supo que no iba a ocurrir ahí, sino en otra parte.

Empezaría, y nunca terminaría.

Capítulo 13

Se separaron para buscar por el pueblo.

Hannah se quedó en casa y llamó a los vecinos. Chris y el expolicía que había contratado tomaron direcciones opuestas para rastrear las calles de St. Croix. El pueblo se reducía a unas pocas manzanas rodeadas por kilómetros de tierras agrícolas. Había pocos sitios a los que ir a pie.

Chris vio luces en el interior de la iglesia luterana que hacían relucir las vidrieras de las ventanas en infinidad de colores. Se trataba del edificio más grande del pueblo y parecía la típica iglesia construida por granjeros inmigrantes, con una belleza sobria, carente de ornamentación ostentosa. Las paredes estaban revestidas de paneles de madera blanca que necesitaban una mano de pintura, y el rasgo más llamativo era la torre del campanario que se alzaba sobre el tejado a dos aguas, lo bastante alta para atalayar toda la comunidad.

Las puertas de cristal no estaban cerradas con llave, y Chris las cruzó. El vestíbulo estaba frío y olía a madera bruñida. A la derecha, una estrecha escalera llevaba a lo alto de la torre. En la pared opuesta, cerca de las escaleras que conducían al sótano, vio un tablón de corcho lleno de notas en las que se anunciaban eventos para recaudar fondos, material agrícola, carnadas de gatitos y cenas con chile. Era como un internet local y manuscrito que conectaba a los vecinos con los acontecimientos del pueblo. Había también cinco fotos en color de veinte por veinticinco centímetros clavadas con chinchetas en las que aparecían cinco adolescentes, y no le costó adivinar quiénes eran. La enfermedad era patente en sus rostros, a pesar de su juventud y de sus blancas y relucientes sonrisas. Eran los cinco chicos que habían muerto.

Abrió la puerta que daba al santuario. El techo se elevaba en un ángulo agudo por encima de su cabeza, y el silencio de los lugares sagrados magnificaba el eco de sus pasos. El pasillo central estaba bordeado de bancos vacíos y barnizados sobre los que descansaban algunas biblias encuadernadas en negro. La zona del altar estaba iluminada; Glenn Magnus se hallaba en el púlpito con la cabeza inclinada, como si rezara frente a una congregación invisible, junto al elaborado altar de madera tapizado de seda verde y realzado por una cruz dorada que brillaba bajo las luces colgantes. Detrás del altar, dominando el muro, había una talla de Jesús con los brazos en cruz.

El pastor alzó la vista al oír pasos. Chris se acercó con actitud de disculpa.

—Lamento molestar.

Magnus bajó del púlpito y se reunió con Chris en la parte delantera de la iglesia.

—No molestas. ¿Qué puedo hacer por ti, Chris?

—Olivia se ha escapado de su habitación y no contesta al móvil.

—No la he visto, pero déjame que eche un vistazo abajo. La habitación de Johan está en el sótano; tal vez haya venido a verle.

El pastor pasó por su lado y Chris le siguió; se detuvo a medio camino y se imaginó la iglesia en los domingos, llena de fieles devotos vestidos para rezarle a Dios con la barbilla afeitada y las uñas limpias. Olivia, al igual que él, nunca había sido especialmente religiosa. Hannah era otra historia. Su exmujer no había intentado imponer a Chris sus creencias, pero siempre se había mostrado apasionada cuando se trataba de sus convicciones religiosas. Manifestaba la misma pasión acerca del derecho de una mujer a controlar su cuerpo, y Chris se preguntaba si eso le habría causado problemas en una comunidad pequeña y conservadora.

Cuando abandonó el santuario, la puerta se cerró con suavidad tras él. Glenn le esperaba en el vestíbulo, en lo alto de las escaleras del sótano, con una linterna en la mano.

—No está aquí —informó, y añadió—: Y Johan tampoco.

—¿Estaba aquí antes?

—Sí, llegó del motel hace dos horas. Estaba abajo haciendo los deberes.

El pastor se sacó el móvil del bolsillo y marcó un número. Tras escuchar varios tonos, colgó.

—No contesta. Tal vez sea mejor que me una a la búsqueda. Hoy en día, los chicos no están seguros ahí fuera.

Salieron juntos a la calle. El pastor caminaba con rapidez y balanceaba el haz de luz de la linterna frente a ellos. Borearon las casas hasta llegar a la carretera que llevaba hacia Barron, pero no encontraron ni rastro de los adolescentes. Magnus apoyó las manos en las caderas y examinó el pueblo a oscuras.

—Vamos a seguir el camino del río que pasa por detrás de la casa de Hannah. Tal vez se hayan marchado por allí; en ocasiones, los chicos se reúnen en los campos del otro lado del puente del ferrocarril.

—De acuerdo.

Avanzaron uno al lado del otro. La llovizna les aplastaba el pelo y hacía brillar su piel al pasar junto a las casas iluminadas. En las aceras relucían los charcos de agua estancada.

—Le dije a Olivia que no saliera de casa, pero no me ha hecho caso —explicó Chris.

—Los adolescentes casi nunca lo hacen.

—¿Johan y ella son buenos amigos?

Magnus se tomó su tiempo para responder.

—Antes estaban muy unidos, pero ya no. Se consolaron mutuamente tras la muerte de Kimberly, pero me temo que ahora ya no mantienen ninguna relación.

—¿Por qué? ¿Debido a las hostilidades?

—En parte. Johan sabe que la violencia no va a devolverle a Kimberly, pero Olivia se dejó arrastrar por el odio. No está sola; se ha convertido en una epidemia.

Magnus se detuvo de pronto y puso una mano sobre el hombro de Chris.

—Hannah me convenció de que debíamos descubrir la verdad, de que se lo debíamos a nuestros chicos. Lo intentamos y fracasamos. Sinceramente, si hubiera sabido lo que iba a ocurrir después, no habría presentado la demanda. El precio ha sido demasiado alto.

Siguieron caminando y, al llegar al punto en que el pueblo terminaba a orillas del río, se sumergieron entre los árboles. A pesar de la luz de la linterna que iluminaba sus pasos, a Chris le resultaba casi imposible ver nada. La alta silueta del pastor avanzaba con confianza y les guiaba hacia el sendero que bordeaba el agua. Chris no oía nada más que la voz del hombre, honda pero amable.

—Debe de ser duro regresar a la vida de Hannah y Olivia de este modo —comentó Magnus.

—No creo que Hannah quisiera que volviera —observó Chris.

—No, está aliviada. Ella misma me lo dijo. Probablemente se le hacía difícil pedírtelo, pero se alegra de que hayas venido.

—Sin embargo, mantiene las distancias; ni siquiera me contó lo del cáncer. Tuvo que ser Olivia quien me lo dijera.

—Imagino que tenía más miedo de contártelo a ti que a cualquier otro.

—¿Por qué?

El pastor meditó su respuesta; en aquel lugar, todos calculaban el alcance de sus palabras antes de hablar. Las sombras que la linterna lanzaba sobre su rostro le conferían una expresión de tristeza.

—Es posible que no lo sepas, pero yo mismo perdí a mi mujer hace nueve años —le explicó Magnus—. Fue algo repentino, y desde entonces he estado solo. Cuando Hannah se mudó al pueblo, conectamos enseguida. De hecho, para ser sincero, me enamoré de ella.

Chris no quería mantener aquella conversación.

—Ya me di cuenta de que estabais muy unidos.

—Unidos, sí. Grandes amigos, sí. Pero nada romántico. Su puerta estaba cerrada, con un cartel de «No pasar» colgado fuera. En el cartel aparecía tu foto, Chris.

—¿Qué estás diciendo? ¿Que se cerró emocionalmente debido al divorcio?

El pastor meneó la cabeza.

—No estoy diciendo nada. Sois Hannah y tú quienes tenéis que hablar de ello, no yo.

Magnus se volvió para enfilar el sendero y barrió la zona con la linterna, alumbrando el agua pardusca del río y los arbustos invernales. Seguían estando solos.

—Si Olivia y Johan ya no se hablan —empezó Chris—, ¿por qué iba a

escabullirse de su habitación para encontrarse con él en cuanto ha llegado a casa?

Magnus vaciló.

—No sabría decirte.

—Debe de tener algo que ver con Ashlynn.

—Cuando los encontremos, se lo preguntaremos.

Por su tono de voz, Chris dedujo que el pastor le ocultaba algo.

—Me estoy cansando de que la gente de este pueblo me oculte la verdad, Glenn.

—No puedo revelar nada —replicó él—. Ya lo sabes. Estoy sujeto a la misma premisa ética que tú.

Chris dejó que el otro se adelantara. Sus siguientes palabras sonaron como un disparo en la oscuridad.

—¿Sabías lo del aborto de Ashlynn?

Magnus se detuvo. La noticia le golpeó igual que si hubiera recibido un puñetazo; las rodillas le flaquearon, atónito.

—¿Aborto?

—Ashlynn viajó a Nebraska para someterse a un aborto; Hannah me lo contó. Allí es donde estuvo antes de regresar el pasado viernes.

—Oh, Dios mío. Pobre chica.

—¿Lo sabías?

—No.

—¿Sabías que estaba embarazada?

—No, no tenía ni idea.

—Habla conmigo, Glenn. ¿Johan estaba saliendo con Ashlynn? ¿Es eso lo que no quieres contarme?

Magnus permaneció en silencio, pero Chris sabía lo que significaba: sí.

Un romance secreto. Johan y Ashlynn. Un chico de St. Croix y una chica de Barron, como Romeo y Julieta atrapados entre clanes rivales. Aquél era un lugar peligroso para ambos.

—¿Cómo encaja Olivia en todo esto? —preguntó.

—Chris, por favor...

—¿Está protegiendo a Johan? ¿Por qué?

—Tienes que hablar con ellos, no conmigo. Yo no puedo decirte nada.

Chris pensó en Tanya, quien había mencionado la existencia de un asunto pendiente entre Ashlynn y Olivia. No sólo el enfrentamiento entre los dos pueblos, sino algo personal.

Johan.

De pie en el camino del río junto a Glenn Magnus, Chris oyó un ruido de ramas rotas entre los árboles y el pastor movió la linterna frente a ellos. Esperaba ver a Olivia de vuelta a casa por su ruta secreta, pero su alivio se evaporó cuando el haz de

luz iluminó una cara que parecía sacada de una pesadilla de Halloween.

Era Johan, pálido y magullado. El chico se sostenía agarrándose a los troncos que bordeaban ambos lados del camino. Tenía un ojo amoratado y cerrado, y dos hilillos de sangre le caían de la nariz.

—Oh, Dios mío, Johan —exclamó Magnus, y corrió hacia su hijo, quien se tambaleó y cayó de rodillas sobre el barro mientras Glenn lo abrazaba.

Chris estaba marcando el número de emergencias cuando Johan murmuró algo a través de sus hinchados labios:

—Olivia.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Chris en tono de apremio. Le costaba respirar —. ¿Dónde está Olivia? Dímelo.

—Se la han llevado —susurró Johan.

—¿Quién?

—Los chicos de Barron.

Capítulo 14

Lenny Watson se escurrió dentro de un desvencijado vagón abandonado del ferrocarril de Milwaukee en busca de cobijo. Estaba empapado: el agua caía a través de los agujeros oxidados del techo de acero y salpicaba el suelo a su alrededor. La tierra de las vías estaba cubierta de placas metálicas retorcidas. Lenny sostenía una caja de cerillas en la mano; encendió una y la dejó arder mientras contemplaba el baile de *grafitis* de las paredes del vagón. Cuando notó que la llama empezaba a quemarle los dedos, lanzó la cerilla al barro, donde se apagó desprendiendo un hilillo de humo gris.

Se tocó la cara y esbozó una mueca. El profundo arañazo de las uñas de Olivia le escocía y, al tocarlo, empezó a sangrar. Apartó los dedos, pegajosos, y se los chupó para limpiarse la sangre, como un vampiro. Llevaba el pecho descubierto y estaba helado, solo en la oscuridad. Se abrazó las rodillas para evitar que le temblaran.

Unos ruidos desagradables asaltaron sus oídos: los chicos arrastraban a Olivia al vagón de carga abandonado que permanecía en las antiguas vías, a treinta metros de distancia. Lenny había estado allí muchas veces con Kirk. Era un espacio cerrado, sin ventanas y negro como la boca de un lobo en el que sólo había un agujero cuadrado en un extremo por donde te escurrías para entrar y salir. Cuando lo exploraron por primera vez, el verano anterior, encontraron allí a un vagabundo que vivía rodeado de ratas y cucarachas. Kirk le dio una paliza y el tipo nunca se atrevió a regresar.

Olivia no podía gritar; la habían amordazado. Los gritos escapaban de su garganta en oleadas salvajes y ahogadas de rabia y pánico. Lenny pensó en gritar, o en cantar. La-la-la-la-la-la-la-la-la. Cualquier cosa para no oírla.

Una enorme sombra se irguió sobre él al tiempo que oía una respiración. Encendió otra cerilla y la piel sucia y mojada por la lluvia de Kirk titiló bajo la luz. Los triángulos de acero retorcidos que había al fondo del vagón le parecieron la dentadura de un tiburón, lista para partir a su hermano en dos.

—Última oportunidad, Leno —dijo Kirk.

—No.

—Les he dicho a los demás que tú la querías primero. Vas a hacerme quedar mal.

—No puedo.

Kirk escupió en un charco.

—¿Qué te pasa, tienes miedo?

—Es sólo que no quiero hacerlo.

—Eres un gallina, Leno. Por mí puedes quedarte aquí y matarte a pajas.

Lenny escuchó el crujido airado de los pasos de su hermano mientras se dirigía al otro vagón. La cerilla, olvidada entre sus dedos, ardió hasta consumirse y le chamuscó el pulgar. Soltó una maldición.

—Meted dentro a la zorra —oyó que gritaba Kirk.

La culpa corroyó el estómago de Lenny. Su cuerpo ansiaba unirse a los demás. Deseaba a Olivia más que a nada, pero su cerebro le gritaba: «Detén esto. Sálvala». Soñaba con apartar a los otros chicos y rescatarla como un héroe. Era un sueño estúpido: Lenny no era ningún héroe. Se quedó sentado sin hacer nada, cerró los ojos con fuerza y apretó los puños. Sólo quería que aquello acabara.

El móvil de Olivia vibró en su palma y empezó a sonar con el tono de una canción de Lady Gaga, «Bad Romance». Su padre la estaba llamando, buscando a su hija. Dejó que saltara el buzón de voz, abrió el teléfono y contempló la foto de Olivia en el fondo de pantalla. En ella se la veía seria, de perfil, con el pelo sobre la cara y los ojos cerrados. Pasó el pulgar por la pantalla para mirar sus otras fotos y reconoció la mayoría de las caras. Kimberly Magnus sonriendo a la cámara, a pesar de estar en los huesos y calva. Tanya Swenson, metida hasta el cuello en el río Spirit. Fotos y más fotos de Johan Magnus, como si fuera un modelo de la revista *GQ*: Johan con una cazadora negra de cuero en los campos de maíz, Johan sobre el puente del ferrocarril de St. Croix, Johan junto a las paredes de madera del campanario de la iglesia, mientras el sol dibujaba franjas de luz sobre su rostro.

Y luego una imagen de la propia Olivia, desnuda. Lenny reconoció la habitación. Había utilizado un trípode para tomar la foto. Se hallaba de pie junto a la ventana que daba al río, y la oscuridad se extendía detrás de ella. Era delgada y su piel, como porcelana blanca. Sus pezones, pequeños y rosados, coronaban la punta de los pechos; Lenny vio su vello púbico, rizado y castaño claro. Miraba a cámara con la boca entreabierta, como si tratara de escenificar una torpe escena de seducción. Sus ojos traslucían una frágil inocencia. Lenny no sabía qué chico había recibido la foto, pero podía suponer que se trataba de Johan. Se preguntó si Olivia seguía siendo virgen o si había dejado que el hijo del pastor le hiciera el amor.

Verla desnuda era un acto privado, íntimo, pero no podía disfrutarlo, no cuando ella estaba tan cerca, en el viejo vagón. Llorando. Resistiéndose. Defendiéndose del intento de los chicos por golpearla y castigarla. Lenny sabía que ella no podía verlos, que sólo podía sentir cómo la sujetaban sobre el suelo. Eran siete contra una, y aun así ella se resistía como una guerrera, luchando sin rendirse. La batalla era tan violenta que Lenny alcanzaba a oír el ruido sordo que producía su cuerpo al desplomarse sobre el suelo metálico del vagón.

La estaban destrozando.

«Detén esto».

Su pulgar planeó sobre el móvil y lo acarició, dejando restos de sudor sobre las teclas. Pulsó el icono del teléfono verde y buscó la última llamada, cuyo identificador estaba etiquetado simplemente como «Papá». Vaciló. Si Kirk se enteraba de aquello, lo golpearía hasta dejarlo sin sentido. A Lenny le aterrorizaba el humor explosivo de

su hermano. Después de que Ashlynn lo abandonara, Kirk le había roto tres costillas y le había dislocado la mandíbula.

Prestó atención a los ruidos. Olivia seguía peleando con los chicos, pero la resistencia terminaría en breve. Pronto no quedaría más que silencio y rendición. Era incapaz de soportarlo. Sobre todo tratándose de ella.

Lenny pulsó la tecla de llamada.

Chris Hawk contestó al primer timbre:

—¿Olivia?

—Está en el cementerio de trenes del sur de Barron —susurró, disfrazando la voz—. Dese prisa.

Chris oyó el aullido de las sirenas de los coches patrulla, más alto a medida que se acercaban al escondite donde retenían a Olivia. Giró por la carretera que se dirigía hacia el norte y, mientras botaba por encima de un cruce de vías sin señalizar, dos furgonetas lo sacaron del camino de tierra. Los faros le cegaron y el barro salpicó el parabrisas. Podría haber dado media vuelta para seguirlos, pero tenía que tomar una decisión de vida o muerte, y apostaba a que aquellos chicos habían dejado atrás a Olivia para salvar el pellejo.

Los dejó escapar.

Chris avanzó entre las vías abandonadas, que se extendían en paralelo a lo largo de centenares de metros. Los faros iluminaban los armazones desvencijados de los vagones en desuso, pintados a rayas naranjas y rojas. Estaban destrozados, algunos incluso volcados; otros descansaban sobre las vías tapizadas de malas hierbas, como si alguien los hubiera tirado allí, olvidados. Las paredes metálicas estaban cubiertas de espirales de spray y en el suelo se veían traviesas desperdigadas y cristales rotos. El ferrocarril había cambiado de ruta, dejando atrás sus despojos para que se pudrieran.

Condujo hasta el centro de las ruinas. A su alrededor, la tierra era plana y vasta. Estaba rodeado de docenas de vagones, como si se hallara en un cementerio de gigantes. Salió del coche y cogió la linterna de Glenn Magnus.

—¡Olivia! —gritó, y escuchó atento a cualquier sonido que lo pusiera sobre la pista del paradero de su hija.

Luego volvió a gritar su nombre.

—¡Olivia!

Chris siguió la vía más cercana mientras hacía oscilar el haz de la linterna frente a él y se secaba la lluvia de los ojos. Al llegar a cada uno de los vagones iluminaba el interior a través del hueco de las ventanas para descubrir sólo basura y ratas. Trató de encontrar las huellas de los neumáticos de las furgonetas, pero la grava estaba tan llena de baches y surcos que ninguna marca parecía reciente. Volvió a gritar el

nombre de su hija, pero Olivia no contestó.

A lo lejos, por encima del aullido cada vez más alto de las sirenas, oyó una música. ¿Qué diablos era? La melodía se detuvo, volvió a sonar y se detuvo de nuevo. Cayó en la cuenta de que se trataba del tono de un móvil, pero se apagó antes de que pudiera determinar su procedencia. Pasó por encima de más vías, abriéndose paso entre pesados paneles de metal corrugado. «Quienquiera que me haya llamado ha usado el teléfono de Olivia», pensó, así que sacó su teléfono, marcó el número de su hija y esperó conteniendo la respiración.

La música volvió a sonar a menos de treinta metros. Era un ritmo machacón y molesto. Apuntó la linterna en aquella dirección como si fuera un foco y echó a correr. La música subió de volumen y vio el móvil rosa tirado en la grava. Se detuvo justo encima y giró en círculos, iluminando el suelo en busca de su hija.

—¡Olivia!

Las sirenas se convirtieron en un rugido ensordecedor cuando media docena de coches patrulla aparecieron por el camino de tierra. Los faros se entrecruzaban en el cementerio de trenes. Le alegraba saber que la policía había llegado, pero necesitaba silencio para oír si su hija contestaba a su llamada. En caso de que estuviera consciente. En caso de que pudiera responder. Comprobó el interior de dos vagones de pasajeros a través de los cristales sucios y rotos. Uno de los focos reflectores de la policía lo alcanzó como si fuera un prisionero a la fuga y dos voces le gritaron. Chris parpadeó bajo la luz y les hizo señas para que se acercaran.

—¡Aquí! ¡Por aquí!

Chris distinguió otro vagón apartado del resto, al final de un círculo de vías. Las paredes, remachadas de acero, habían impedido que los elementos se adueñaran de él. El único acceso al interior era un pequeño agujero rectangular en la parte trasera. Bajo la luz de la linterna, algo que había en el suelo cerca de las vías llamó su atención. Era una zapatilla Nike. Rosa, como el teléfono.

La zapatilla de Olivia.

Echó a correr y, al llegar al vagón, se ayudó de la barandilla metálica para subir al parachoques que quedaba cerca del agujero. Dirigió el haz de luz hacia el oscuro interior; el suelo estaba cubierto de mantas y había botellas de cerveza y revistas pornográficas. Cuando Chris metió la cabeza y los hombros por la abertura lo golpeó el potente aroma dulzón a marihuana concentrado en aquel espacio cerrado. Movié el haz de luz y vio ropas rasgadas desperdigadas por el interior. Jirones de una camiseta. Tejanos. Calcetines. Unas bragas rajadas por la mitad.

Oyó un débil gemido y dirigió la luz hacia él. Allí estaba. Su niña.

Chris sacó la cabeza del vagón. Estaba bañado en los focos de numerosos reflectores y, al hacer visera con las manos, vio media docena de coches que aceleraban hacia él. Agitó frenéticamente los brazos y chilló:

—¡Aquí! ¡Está aquí dentro!

Después saltó al interior del vagón. Las chapas metálicas del suelo retumbaron con estruendo mientras avanzaba a gatas hacia Olivia, tendida de espaldas a tres metros de distancia. Tenía los ojos cerrados y su larga melena castaña le cubría gran parte de la cara. Su cuerpo estaba cubierto de moretones y arañazos, pero Chris no vio sangre en su piel. Al tocarle el hombro, ella soltó una patada espasmódica y le golpeó el pecho con los puños. Estaba demasiado débil para hacerle daño.

Chris la envolvió con delicadeza entre sus brazos y la cubrió con una manta para que entrara en calor.

—Shhh —susurró mientras la sostenía—. Estoy aquí, todo va bien.

Ella se resistió, pero apenas le quedaban fuerzas. Chris esperó mientras oía el sonido de las voces y los haces de luz invadían el vagón. Acarició el pelo de Olivia y siguió susurrándole con dulzura para tranquilizarla. Habían venido a ayudarla. Estaba a salvo. Todo había terminado.

No le contó lo que realmente sentía. La cruda intensidad de las emociones que ardían en su cuerpo le asustaba y le llenaba la boca de un sabor ácido. Era odio. Lo único que quería era vengarse de los chicos que le habían hecho aquello a su hija. Quería rodear sus gargantas con las manos. Quería verlos muertos.

Odio.

Aquella era la verdadera enfermedad que se extendía por el pueblo, y él se había contagiado. Había dejado de ser un forastero. Formaba parte de la guerra.

Capítulo 15

Eran las cuatro de la madrugada.

Hannah había logrado dormirse, pero Chris miraba el vacío, incapaz de cerrar los ojos. A su alrededor, el hospital estaba a oscuras, en silencio. En el pasillo, las enfermeras hablaban a media voz para no despertar a los pacientes. Tomó un sorbo de un vaso de café de máquina y escuchó el tictac del reloj de pared. Le dolía todo el cuerpo y necesitaba una ducha.

Fuera de la sala de visitas, oyó el ruido del ascensor. Cuando las puertas se abrieron, Michael Altman apareció limpio y despejado a pesar de la hora. El fiscal del condado llevaba la gabardina colgada del brazo y el Fedora calado hasta los ojos, y sostenía una enorme caja de cartón. Vio a Chris en el sofá y le hizo un gesto con la cabeza.

Chris apartó con cuidado a Hannah, quien se había dormido apoyada en su hombro, se reunió con Altman en el pasillo y cerró la puerta de la sala tras de sí.

Altman habló en voz baja.

—¿Cómo se encuentra Olivia?

—Estable. Ahora está durmiendo.

—¿Cuál es el alcance de las heridas?

Chris respiró hondo para tranquilizarse.

—Está mucho mejor de lo que me temía. La han golpeado, pero no tiene ningún hueso fracturado, conmoción cerebral ni heridas en la cabeza.

—Lamento preguntarlo, pero...

—Si tenían pensado violarla, no llegaron tan lejos.

—Es un alivio —le dijo Altman—, y siento mucho todo esto. ¿Qué hay de Johan Magnus?

—Tiene un par de costillas magulladas y un ojo morado. Tendrán que reconstruirle parte de la dentadura; ha perdido dos muelas. Aun así, es un chico duro. Quería marcharse a casa, pero los médicos han insistido en que se quedara. Están haciéndole pruebas para asegurarse de que no tiene heridas internas.

Altman meneó la cabeza.

—Esto es desquiciante. Hay que poner fin a tanta violencia.

Chris no dijo nada, y el fiscal del condado interpretó su expresión con una aguda mirada.

—Espero que sea usted lo bastante sensato como para no involucrarse, señor Hawk. No necesito tener que lidiar con más justicieros.

—No es su hija la que ha pasado por esto —señaló Chris.

—Le entiendo, pero tiene que dejar que la policía y yo hagamos nuestro trabajo.

Chris estaba demasiado cansado para disimular su sarcasmo.

—¿Y qué tal les ha ido hasta ahora?

—Les cogeremos, señor Hawk —insistió Altman—. El vagón es una mina de pruebas. Los chicos se marcharon con prisas. Obtendremos ADN y huellas dactilares.

—Empiece por Kirk Watson.

Altman pareció incómodo.

—Ya lo hemos hecho.

—¿Y?

—Kirk y su hermano Lenny viven en una casa cerca del río, al sur del pueblo. No está muy lejos del cementerio de trenes. Dice que ha estado toda la noche en casa, y tres chicas respaldan su versión.

—Están mintiendo.

—Es muy probable. Por eso intentaremos desmontar su coartada. Si logramos identificar a alguno de los otros chicos, podemos enfrentarlos en un careo. Lo conseguiremos, pero nos llevará tiempo.

Tiempo significaba días. Semanas. Meses. Chris era ya bastante escéptico con la aplicación de la ley en Barron. Se frotó la cara con las manos, cansado.

—Debería dormir —le recomendó Altman.

—Algún día.

Echó un vistazo a la caja que Altman sujetaba y preguntó:

—¿Qué es eso?

El fiscal del condado flexionó las rodillas y dejó la caja en el suelo.

—Le prometí que le entregaría las copias de la documentación que hemos reunido hasta el momento.

—Es muy eficiente.

—Ya le dije que no me gustan los juegos. Podemos arreglarlo para que revise también las pruebas físicas —dijo, y añadió—: A pesar de lo doloroso que resulta, espero que sea consciente de que lo que ha ocurrido no cambia la situación legal de Olivia. Voy a presentar cargos ante un gran jurado.

—Lo daba por hecho.

—Aunque tal vez me lleve más tiempo.

—Se lo agradezco.

Chris pensó en preguntarle a Altman por los resultados de la autopsia. El aborto. El triángulo formado por Olivia, Johan y Ashlynn. Suponía que Altman estaba al corriente, pero no quería arriesgarse a abrir una puerta que estaba cerrada.

—Tanya Swenson me explicó que el año pasado Ashlynn estuvo saliendo con Kirk Watson —dijo—, y Florian lo negó. ¿Sabe usted si es cierto?

—No, pero ¿qué importancia tiene eso?

—Kirk es un delincuente. Si Ashlynn le abandonó, tenía un motivo para matarla.

—No hay pruebas que lo sitúen en el escenario del crimen.

—Aún no —convino Chris—. ¿Ha revisado las pruebas recogidas en el Mustang de Ashlynn?

Altman asintió.

—Por supuesto.

—Vi el coche cuando fui a entrevistarme con Florian, en Mondamin. Cuando eché un vistazo al interior hubo algo que me preocupó, y ya he descubierto qué es.

—¿Qué?

—El barro —contestó Chris.

—¿Disculpe?

—Había barro en el asiento del conductor.

—¿Y? Hace semanas que llueve.

—Sí, pero Tanya dice que esa noche Olivia empujó a Ashlynn en el parque. Ashlynn se cayó y se manchó la ropa de barro.

—No le sigo.

—Tal vez Ashlynn manchara el coche de barro. Si Olivia dejó a Ashlynn en el pueblo fantasma, viva, ¿qué habría hecho ésta? Se habría sentado en el coche a esperar. Entonces llegó alguien, la persona que la mató.

—Es una teoría interesante, señor Hawk, pero el cuerpo de Ashlynn fue hallado en el parque, justo donde Olivia se enfrentó con ella. Si volvió al coche, ¿por qué no la mataron allí? La explicación más plausible es que el barro llevara días en el asiento del Mustang.

Chris frunció el ceño. No podía explicar por qué habría regresado Ashlynn al parque, pero aun así, el barro del coche suscitaba una duda, y para un abogado una duda era como un grifo que gotea: gota a gota, terminaba por formar un charco.

Altman le puso una mano en el hombro.

—Duerma un poco, señor Hawk.

—Lo intentaré.

—Insisto, señor Hawk; siento mucho lo de Olivia, y haré todo lo que esté en mi mano para atrapar a los responsables.

—Gracias.

—Insisto igualmente en pedirle que se mantenga al margen. La venganza no le da carta blanca para ejercer la violencia.

—Mensaje recibido —dijo Chris.

Altman volvió al ascensor y dejó a Chris solo en el pasillo del hospital, mirando cómo se cerraban las puertas. Cuando Altman se hubo marchado, dejó la caja con las pruebas en el suelo y se dirigió hacia la habitación que quedaba detrás del puesto de las enfermeras. Contempló a Olivia desde el quicio de la puerta; en la cama, dormida, en paz. Su cara parecía la de un ángel. No había cicatrices visibles en la superficie, pero a Chris le preocupaban su mente y su corazón.

Necesitaba aire fresco. Regresó al pasillo y se cargó la caja de pruebas al hombro. Dentro del ascensor, se apoyó en la pared del fondo y cerró los ojos, y durante un segundo o dos se quedó dormido. Al llegar a la planta baja, las puertas se abrieron y se despertó sobresaltado. Se sacudió el sueño y salió al vestíbulo del hospital. Fuera, la noche era fría; aunque había humedad en el ambiente, había dejado de llover. Su Lexus estaba aparcado en la parte de atrás del aparcamiento, de cara a un campo cubierto de hierba. Llevó la caja al coche, abrió el maletero y la metió dentro. Por la mañana revisaría lo que había descubierto la policía en busca de más pistas, más dudas, gota a gota.

Chris cerró el maletero con un golpe. No vio coches en las calles, y en las casas cercanas no había luz. El pueblo de Barron estaba en silencio. Aun así, tuvo la impresión de que alguien lo observaba. Era una sensación extraña y desagradable. Escrutó los coches aparcados en el aparcamiento del hospital, pero estaba solo. Miró hacia los campos oscuros del otro lado de la calle, envueltos en sombras. Si había alguien allí, resultaba invisible.

Estaba a punto de volver al hospital cuando reparó en algo que había bajo el limpiaparabrisas de su coche y que no estaba allí cuando aparcó. Imaginó que se trataría de uno de esos molestos anuncios que los restaurantes de comida rápida dejaban en los coches estacionados en las calles de Minneapolis, pero al cogerlo del parabrisas vio que se trataba de un sobre. No había nada escrito por fuera y no estaba sellado.

Chris sacó una sola hoja del interior y, al desdoblarla, alzó la vista bruscamente y escrutó la oscuridad vacía que lo rodeaba. No se había equivocado: no estaba solo.

Leyó las letras de imprenta escritas en la hoja:

A LA ATENCIÓN DEL SEÑOR CHRISTOPHER HAWK
ESTA NOCHE HAS CONOCIDO EL SUFRIMIENTO
ESTÁS EN UN MUNDO CUYA MALDAD
NO PUEDE SER REDIMIDA
ESTÁS EN UN MUNDO QUE PRONTO SERÁ DESTRUIDO
QUE ESTO TE SIRVA DE ADVERTENCIA
NO HABRÁ ESCAPATORIA
SI TE QUEDAS, MORIRÁS
MI NOMBRE ES

AQUARIUS

Segunda parte

LA TIERRA MUERTA

Capítulo 16

Chris encontró a Johan, el hijo del pastor, despierto y solo en la habitación del hospital. El chico estaba sentado en la cama y miraba por la ventana la oscuridad previa al alba mientras sujetaba un respirador. No cabía duda de que le resultaba doloroso, y con cada inhalación el chico esbozaba una mueca. Cuando vio a Chris, Johan dejó el aparato a un lado. En su rostro seguían impresos los verdugones y moratones causados por los golpes que había recibido, pero la actitud de hartazgo que Chris había observado al conocer a Johan en el motel se había atenuado.

—Señor Hawk, lo siento mucho —se disculpó.

Chris acercó una silla a la cama.

—¿Por qué lo sientes?

—Es culpa mía. Fui incapaz de detenerlos.

—Estabas solo contra más de media docena —lo tranquilizó Chris—. No te culpes.

Johan echó la cabeza hacia atrás y cerró las manos en sendos puños.

—Esos capullos...

Chris reconoció en el chico los sentimientos que él mismo había albergado la noche anterior. Resultaba muy fácil, tentador, dejarse consumir por el odio que reinaba en aquel pueblo. Marco Piva se lo había dicho en el motel: todo el mundo buscaba venganza.

—Me gustaría hacerte algunas preguntas, Johan. Si te ves capaz de responderlas.

—Vale.

—Sobre Ashlynn y tú.

El muchacho no pareció sorprenderse.

—Suponía que, antes o después, la gente acabaría por enterarse.

—Estabas saliendo con Ashlynn, ¿verdad? —quiso saber Chris.

—Sí.

—¿Ibais en serio?

—Sí. Mucho.

—¿Quién lo sabía?

—Casi nadie; pensamos que era peligroso. Mi padre lo sabía, y Ashlynn se lo contó a su madre. Eso es todo. No se lo explicamos a nadie más.

—¿Qué me dices de Olivia?

Johan vaciló.

—Sí, ella también lo sabía. Nos descubrió —admitió—. Nos vio juntos, y se enfadó mucho.

—¿Por qué? ¿Por Kimberly?

—No sólo eso. —El chico cerró los ojos—. Estaba... bueno, estaba muy celosa.

Chris se sintió confundido y, entonces, cayó en la cuenta de que había tenido la respuesta enfrente de sus narices todo el tiempo. «Algo personal». Un triángulo adolescente. Chica, chico, chica. Ésa era la razón por la que Olivia odiaba tanto a Ashlynn: Olivia quería a Johan.

—¿Olivia y tú también... mantuvisteis una relación? —preguntó.

—Sí, el verano pasado.

—¿Cortaste con ella por Ashlynn?

—Mire, señor Hawk, no era mi intención...

Chris levantó las manos para interrumpirle.

—No pienses en mí como un padre ofendido, sólo quiero saber la verdad.

La expresión de Johan le reveló que el chico se debatía en un verdadero conflicto.

—Eso es lo que Olivia creía, aunque la cosa no fue así. Olivia me importa mucho, pero somos muy distintos. Ella opina que la religión es una pérdida de tiempo y yo... para mí, es una parte muy importante de mi vida. Había un montón de cosas por el estilo, cosas que no veíamos del mismo modo. Cuanto más quedábamos, más cuenta me daba yo de que no teníamos demasiado en común. Lo único que nos unía era Kimberly, pero es imposible construir una relación basada en la pérdida de un ser querido, ¿no?

—Eso es cierto.

—Intenté explicárselo, pero ella me dijo que me quería. Se sintió muy dolida.

—¿Qué hay de Ashlynn y tú? ¿Cómo ocurrió? Estabais en lados opuestos de una brecha bastante grande.

Johan parecía incómodo, como si fuera reticente a compartir su secreto aunque Ashlynn hubiera muerto.

—Nos conocimos en la iglesia.

—¿En St. Croix? —se sorprendió Chris.

—Sí, Ashlynn empezó a venir a ver a mi padre.

—¿Ashlynn iba a ver a Glenn?

Johan asintió.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace unos seis meses.

—¿Por qué?

Johan descolgó las piernas por el borde de la cama y se puso en pie con cautela. Avanzaba con una leve cojera, pero el chico estaba en forma y se recuperaba con rapidez. Cruzó la habitación y cerró la puerta.

—Era un asunto secreto. No quería que nadie se enterara.

—Me lo imagino.

—El caso es que Ashlynn lamentaba profundamente en qué había derivado el enfrentamiento, y la muerte de los cinco chicos le había roto el corazón. Se sentía

culpable por ser quien era y quería hacer algo, así que empezó a visitar a mi padre. Al principio sólo quería contarle lo mucho que la apenaba la muerte de Kimberly y lo mal que se sentía, pero luego él se convirtió en su guía espiritual.

—¿Cómo empezó vuestra relación?

—Yo la ayudaba a ir y volver de la iglesia, porque Ashlynn no quería que nadie viera su coche en St. Croix. Solíamos hablar durante horas, a veces toda la noche. En ocasiones iba a verme al motel, en mi turno de trabajo. Entonces me di cuenta de lo increíble que era. No era sólo una chica guapa; era una persona increíble. Yo sabía que las cosas con Olivia no marchaban bien y, después de romper con ella, Ashlynn y yo empezamos a hablar de lo que sentíamos el uno por el otro. Era algo serio.

—¿Cómo de serio? —quiso saber Chris.

—Estábamos enamorados.

—¿Manteníais relaciones?

—¿Tiene eso alguna importancia? —preguntó Johan.

—De hecho, sí. Lo siento.

Johan bajó la vista al suelo.

—Ashlynn era virgen y no era partidaria de mantener relaciones sexuales antes del matrimonio. Yo sí lo había hecho. Quiero decir que Olivia y yo... bueno, nos...

—Ya lo pilló —dijo Chris—. ¿Llegaste a acostarte con Ashlynn?

Johan asintió.

—Al cabo de unos meses, decidimos que estábamos preparados. Habíamos hablado de casarnos cuando termináramos la escuela, así que no nos pareció algo malo.

Chris detectó arrepentimiento en el tono de Johan.

—¿Fue un error?

—Supongo que sí.

—¿Qué quieres decir?

—Después de hacerlo, Ashlynn se mostró muy distante. Yo sabía qué la preocupaba. Me disculpé, pero no quiso hablar conmigo. Entonces, hace más o menos un mes, me envió un mensaje diciéndome que teníamos que dejar de vernos. Yo no podía creerlo. Pensaba que me quería.

—¿Te explicó por qué quería cortar?

—Dijo que las cosas iban demasiado deprisa. Eso es todo.

—¿Nada más?

—No.

Chris esperó a que Johan le hablara del embarazo y el aborto. Estudió la cara del chico y no vio más que confusión. Johan le estaba contando la verdad. No sabía lo que le ocurría en realidad a Ashlynn. Por la razón que fuera, la muchacha había decidido pasar por aquello sola y había buscado ayuda en Hannah. No la buscó en

Johan ni en Glenn Magnus, y tampoco en sus propios padres.

—Tanya me contó que, el año pasado, Ashlynn estuvo saliendo con Kirk Watson —comentó Chris—. ¿Es cierto?

—Kirk —espetó Johan con una mueca—. Ese hijo de puta. Él le ha hecho esto a Olivia, ha sido él.

—¿Lo sabes con certeza?

—No, pero ninguno de los chicos de Barron hace nada sin su aprobación.

—¿Qué hay de Kirk y Ashlynn? —insistió Chris.

—No había nada entre ellos. Salieron unas cuantas veces, eso es todo. Ella lo cortó de raíz en cuanto él le pidió más.

—Kirk no parece su tipo —señaló Chris.

—No lo era.

—Entonces ¿por qué salía con él?

—No lo sé, no quería hablar del tema.

—¿Es posible que ocurriera algo entre ellos?

Johan entornó lo ojos.

—¿Qué quiere decir?

—¿Es posible que Kirk la agrediera?

—Es capaz de todo, pero creo que, si hubiera sido así, ella me lo habría contado.

—¿Kirk sabía que Ashlynn y tú estabais saliendo?

—No lo creo. Si lo hubiera sabido, habría hecho algo.

—Tal vez lo hizo —observó Chris—. Tal vez la mató.

Johan no respondió, y Chris vio en su rostro que el chico había llegado a una conclusión totalmente diferente respecto a la muerte de Ashlynn. Al igual que todos los demás, daba por hecho que Olivia era culpable.

—¿Cómo se enteró Olivia de que Ashlynn y tú estabais juntos? —quiso saber.

—Nos vio dentro de un coche cerca del pueblo. Estábamos... estábamos besándonos. Se encaró conmigo y me pidió explicaciones.

—¿Qué te dijo?

—Me acusó de haberla engañado. Le expliqué que Ashlynn y yo empezamos a salir después de que cortara con ella, pero no me creyó. Dijo cosas terribles sobre Ashlynn; fue una situación muy desagradable.

—¿Cuándo pasó todo eso? —preguntó Chris.

—Justo antes de Navidad.

—¿Y desde entonces?

—No ha vuelto a hablar conmigo.

—¿Y qué ocurrió la noche en que asesinaron a Ashlynn?

Johan palideció.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que, después de que la detuvieran por el asesinato de Ashlynn, lo primero que ha hecho Olivia tras quedar en libertad ha sido ir a verte, a pesar de que llevaba meses sin hablar contigo. ¿Por qué?

El chico dirigió la mirada hacia la puerta cerrada.

—No creo que quiera saber la respuesta, señor Hawk. No quiero empeorar la situación de Olivia.

—La situación ya es bastante complicada —señaló Chris, y añadió—: ¿Dónde estuviste el viernes por la noche?

—Hubo un problema con las cañerías en una de las habitaciones del motel. Había agua por todas partes, y estuve ayudando a Marco hasta pasada la medianoche. Al final, terminó por llamar a un fontanero. No hacía ninguna falta que me quedara, así que me marché.

—¿A tu casa?

—Sí.

—¿Fue Olivia a verte?

Johan asintió a regañadientes.

—Sí.

—¿Cuándo?

—Tarde. Después de la una. Se acercó a mi ventana.

—¿Qué te dijo?

—Me contó lo que había ocurrido en el pueblo fantasma. Que se había encontrado allí con Ashlynn. Que tenía... que tenía una pistola. Me dijo que Ashlynn le había explicado que habíamos roto, y Olivia quería saber por qué yo no le había contado nada. Quería que volviéramos a salir juntos.

—¿Y tú qué le dijiste?

—La cosa no fue demasiado bien. Yo estaba furioso con Olivia por haber tratado a Ashlynn de aquel modo. No podía creer que la hubiera dejado allí tirada. Olivia se enfadó y se marchó echando chispas.

—¿Qué hiciste tú? —preguntó Chris, aun sabiendo que sólo había una cosa que un chico como Johan pudiera hacer: salir a buscar a Ashlynn.

—Conduje hasta el pueblo fantasma —contestó.

Chris esperó.

—Ashlynn estaba muerta —murmuró Johan, con la cara desencajada por el dolor y la respiración entrecortada—. Sólo se me ocurrió pensar que Olivia la había matado. La dejó tirada en el barro para que yo la encontrara y la odié por ello. No sabía qué hacer.

—¿Qué hora era? —preguntó Chris, ignorando las emociones del chico.

—Supongo que entre la una y media y las dos.

—¿Viste a alguien más por allí?

—No.

—¿Tocaste alguna cosa? ¿El coche? ¿Moviste el cuerpo?

—No, no, nada.

—¿Qué hiciste?

—Me marché —respondió Johan, y añadió—: A pesar de lo terrible de la situación, no quería contárselo a nadie. No quería hacerle eso a Olivia; ya le había causado bastante sufrimiento. No podía creer que ella hubiera hecho algo tan espantoso, pero estaba decidido a guardar el secreto. Y aún lo estoy. No se lo contaré a nadie.

—Es demasiado tarde para eso —señaló Chris.

No le dijo la verdad a Johan, porque la verdad era cruel. Guardar silencio hasta ese momento era lo mejor que podría haber hecho el chico para ayudar a Olivia. Sólo los culpables guardan silencio. Sólo los culpables mienten a la policía. Cuando Johan contara ahora su historia, todos sabrían que alguien más había estado en el parque con Ashlynn después de la marcha de Olivia. Alguien que la conocía, que había mantenido una relación con ella, alguien cuyo corazón ella había roto. Alguien con profundas convicciones religiosas a cuyo hijo ella había matado en sus entrañas. Alguien que, esa noche, no se había sometido a la prueba de detección de residuos de pólvora.

Otro sospechoso.

Johan.

Capítulo 17

Chris se estaba ahogando.

Soñaba que estaba siendo remolcado a hombros de unas aguas turbulentas, rodeado de escombros y atrapado en una corriente que lo arrastraba hacia el fondo como un remolino. Cada vez que emergía a la superficie en busca de aire, se descubría girando en círculos. No estaba solo: Hannah alargaba el brazo para cogerse de su mano, en el gesto que entre ellos siempre había significado «te quiero». Se estaban hundiendo juntos, impelidos por la fuerza salvaje de los rápidos. El río los conducía hacia un puente. Chris levantó los brazos por encima de su cabeza para sujetarse a la viga de acero, como si fuera un salvavidas. Se agarró con fuerza y Hannah se aferró a él, pero la potencia del agua le soltó las manos y los empujó corriente abajo. Mientras la silueta del puente se desvanecía tras ellos, distinguió el perfil de un hombre que, sobre uno de los arcos, contemplaba cómo la riada los engullía. Su voz resonó como un eco de Dios.

«Mi nombre es Aquarius».

Chris se incorporó de repente en la cama del motel. Consultó el reloj de la mesilla y vio que eran casi las diez de la mañana: había dormido dos horas. El sol se filtraba en la habitación a través de una rendija entre las cortinas y las motas de polvo flotaban en la luz. Parpadeó para sacudirse el sueño, se levantó y abrió el grifo de la ducha. El agua caliente lo revivió. Cuando se hubo vestido, salió al aparcamiento del motel y descubrió que hacía un bonito día. La lluvia y las nubes se habían desplazado hacia el este y la temperatura seguía siendo cálida para la época del año. El conjunto hacía que lo ocurrido la noche anterior pareciese casi irreal.

Se detuvo en recepción para servirse una taza de café aguado de un termo metálico y cogió un *donut* con azúcar glas de una caja de Little Debbie abierta. Aquella era la idea que Marco tenía de un desayuno continental. Se comió un segundo *donut* y se limpió el azúcar de los labios. Vio el periódico local encima del mostrador y lo cogió para leer los titulares de Barron. Para su consternación, Olivia y él salían en primera plana. Un fotógrafo había captado la instantánea cuando salían del juzgado tras la vista y se les veía empapados por la lluvia y con aspecto culpable. Por el contrario, la foto del anuario de Ashlynn Steele, que el periódico publicaba junto a la suya, era perfecta y favorecedora. El artículo que acompañaba las imágenes especulaba con la posibilidad de que Olivia fuera juzgada como un adulto por el asesinato de Ashlynn, lo que no hacía sino añadir veneno a la posible resolución del jurado.

Michael Altman aparecía también en portada, pero para hablar de otro caso. El fiscal del condado ofrecía detalles acerca de una reciente detención llevada a cabo en el barrio de Hugo, en las afueras de Twin Cities, donde una investigación relacionada

con la malversación de fondos por parte de un empleado del ayuntamiento había destapado una red de pornografía infantil. El alijo incluía un lápiz de memoria lleno de vídeos remitido con matasellos de Ortonville, un pueblo de Minnesota situado a una hora al noroeste de Barron. Altman pedía ayuda a los ciudadanos para identificar a las personas relacionadas con el tráfico de pornografía infantil en el condado de Spirit.

Chris pensó en Hannah: «Esto no es Mayberry». No, no lo era. La idílica imagen de la vida en aquel pueblecito era sólo una ilusión.

—Señor Hawk.

Chris dejó el periódico sobre el mostrador, detrás del cual estaba Marco Piva. En su carrilludo rostro italiano se dibujaba una expresión sombría.

—Señor Hawk, no tengo palabras.

—Gracias, Marco.

—¿Cómo se encuentra su hija?

—Saldrá de ésta. Estaba a punto de marcharme al hospital.

—Cuando me enteré de la noticia, me hincé de rodillas y recé por ustedes —dijo Marco.

—Se lo agradezco.

—¿Sabe la policía quién es el responsable de semejante atrocidad?

—Están investigando. A veces uno sabe quién lo hizo, pero no puede demostrarlo. Me preocupa que ésta sea una de esas ocasiones.

Marco observó a Chris durante un buen rato desde el otro lado del mostrador. Frunció el ceño y su espeso bigote negro se torció.

—Veo algo en su cara, señor Hawk.

—¿El qué?

—Ira. Y eso es peligroso.

—Sólo estoy cansado.

—No, no es eso. Sé de qué hablo, amigo. Reconozco la ira. Aún estoy furioso por haber perdido a mi esposa, pero en su caso se trata de su hija, de su carne y de su sangre. Le han arrebatado algo y no sabe cómo recuperarlo. Está enfadado con el mundo.

—Golpearme contra la pared me da dolor de cabeza —observó Chris.

—Lo sé, pero somos hombres. Sea como fuere, acabamos golpeándonos la cabeza.

Chris consiguió esbozar una sonrisa.

—Es usted un hombre sabio, Marco.

—Los hombres sabios pueden ser los más tontos. Nos preguntamos: ante una injusticia, ¿es mejor no hacer nada o hacer lo incorrecto?

—No me gusta quedarme sin hacer nada —contestó Chris.

—Eso es lo que me preocupa. Me gusta usted, señor Hawk. Parece un hombre de principios, y ése es para mí el mayor de los elogios. Para los hombres como nosotros, no hacer nada es lo mismo que rendirse. Si uno está solo en el mundo, como yo, es distinto. Pero usted... usted tiene una hija. Recuérdele.

—Lo hago.

—Me recuerda a un amigo mío de San José —le confesó Marco—. Tenía una hija, como usted. Casada, con dos hijos. La chica era preciosa. Por desgracia, por cuestiones de trabajo, acabó en uno de esos casinos indios del desierto. Esos lugares consumen a la gente. La chica empezó a apostar y, sin darse cuenta, el juego se apoderó de su vida. Perdió el empleo, su casa. Su matrimonio se rompió. Terrible.

—Lo siento mucho —dijo Chris.

Marco agitó un dedo frente a él.

—Mi amigo se golpeó la cabeza contra la pared hasta sangrar. Reclamaba justicia.

—No estoy seguro de querer saberlo —dijo Chris—, pero ¿qué hizo?

—Condujo hasta el desierto y esperó en el aparcamiento a que salieran dos de los jefes tribales. Luego les disparó en la cabeza.

—Fue una mala elección —comentó Chris.

—Sí, lo fue. Ahora está en la cárcel, y no saldrá nunca. Pero creo que, cuando se acuesta, sigue viendo esos cuerpos en el suelo. Y apuesto a que sonrío.

—Suenas como si le defendiera.

El dueño del motel negó con la cabeza.

—Oh, no, no, no lo crea. Sólo digo que le entiendo. Sé lo que tuvo que vivir, y sé lo que está viviendo usted, señor Hawk. Unas veces las elecciones son sencillas; otras, difíciles.

Marco abrió el cajón superior del escritorio que había tras el mostrador. Dentro había un revólver con el mango de madera y un cañón de cincuenta milímetros. Sacó la pistola del cajón y la dejó sobre el mostrador, junto a un montón de formularios de registro y un jarrón de cristal lleno de caramelos de color blanco.

—Hoy en día todos debemos tener cuidado, ¿no es así? —preguntó.

—Sí, así es.

Marco se sacó un pañuelo del bolsillo de los pantalones y limpió meticulosamente el arma, frotando con firmeza. La culata. El cañón. El percutor. El revólver estaba cargado, y Marco abrió el tambor y pasó el pañuelo por cada uno de los cartuchos antes de volver a encajarlos en su sitio.

—Tengo un arma por seguridad —explicó—. No es una zona en la que suela haber robos, pero nunca se sabe. En todas partes hay vagabundos dispuestos a asaltar moteles desiertos como éste. Tener una pistola cargada me proporciona tranquilidad.

Chris se mantuvo en silencio.

Marco volvió a abrir el cajón, metió el arma dentro y se guardó el pañuelo en el

bolsillo.

—Por supuesto, es bien sabido que las pistolas a menudo desaparecen. Quién sabe, un huésped cualquiera ve que lo guardo en un cajón y, cuando me doy la vuelta, ha desaparecido. Esas cosas pasan. ¿Qué puedo hacer yo? —Marco cerró el cajón. Su mirada era oscura y elocuente—. Seguiré rezando por usted, señor Hawk —añadió—. Cuando vea a su hija, abrácela con fuerza, ¿de acuerdo? Manténgala a salvo, y asegúrese de que siempre tenga un padre que cuida de ella.

Marco desapareció en la sala que había detrás de la recepción y cerró la puerta, dejando solo a Chris. El único sonido que se oía era el zumbido del viejo ventilador, que vibraba al ritmo del giro de las aspas.

No hacer nada o hacer lo incorrecto.

A Chris le sorprendió la rapidez con la que tomó la decisión. Algunas elecciones resultan difíciles; otras, sencillas. Se inclinó por encima del mostrador, abrió el cajón con su largo brazo y cogió la pistola de Marco.

Capítulo 18

—No recuerdo haber estado en el vagón —le contó Olivia—. Estaba tendida en el suelo, en la parte trasera de una furgoneta, sin poder moverme. Después, es como si la película se interrumpiera, ¿sabes lo que quiero decir? Y luego me desperté aquí.

Sentado junto a la cama del hospital, Chris le acarició el pelo con el dorso de los dedos. Recordaba haberla acariciado así cuando era una niña y se sentaba en su regazo para que le leyera las historias de Jorge *el Curioso* hasta que se quedaba dormida sobre su pecho.

—A veces ocurre —dijo.

Ella le miró con ojos mortalmente serios.

—¿Qué es lo que he bloqueado?

—Un ataque que no merecías.

—El doctor dice que no me han violado. ¿Es mentira? No quiero que nadie intente protegerme como si fuera una niña.

—Los médicos no mienten sobre ese tipo de cosas.

—Quiero recordar lo que ocurrió —dijo ella.

—¿Por qué?

—No me gusta que mi cerebro me esconda cosas.

—Bueno, cuando tu cerebro decida que es seguro recordar, recordarás. Hasta entonces, concéntrate en recuperar fuerzas.

Olivia asintió.

—Lo siento —añadió.

—¿El qué?

—Haberme escapado. Mamá debe de estar cabreada.

Chris la tomó de la mano. El apretón de ella fue firme, pero tenía la palma húmeda. En la habitación reinaba un calor incómodo.

—Lo único que nos importa es que estés a salvo.

—¿Puedo irme ya de aquí? Estoy harta de que me toquen y me pinchen.

—Tal vez mañana. Los médicos quieren que te quedes un poco más —contestó Chris, y añadió—: Tu madre ha llamado a una amiga suya de Mankato. Una terapeuta. Esta tarde vendrá para hablar contigo.

—No quiero ver a un loquero.

—Dale una oportunidad.

—Ya te he dicho que no me acuerdo de nada.

—Tú habla con ella, ¿vale?

Olivia se encogió de hombros.

—Vale. Si tú lo dices...

Chris se preguntó qué parte de su valentía era real y qué parte fingida.

—¿Te gustaría ir a visitar a mi hermana cuando salgas? La tía Jennie tiene una casa increíble en las afueras de Little Rock. Podrías pasar juntas un par de meses, hacer cosas de chicas.

—¿Y el juicio por el asesinato? —preguntó Olivia.

—Primero hay que solucionar una gran cantidad de asuntos legales. Dado lo que ha ocurrido, puedo conseguir una autorización del juzgado para que te quedes en casa de la tía.

Olivia negó con la cabeza.

—No, no pienso huir.

—Eso no es lo que estoy diciendo —aseguró Chris.

—Sí lo es, y no lo haré. No pienso ir a ninguna parte.

Chris no discutió. Habría preferido que Olivia permaneciera lejos de Barron, pero estaba acostumbrándose a algo que Hannah había descubierto años atrás: su hija era igual de tozuda que la madre.

Olivia jugueteó con la barandilla metálica de la cama y tamborileó con las uñas mordidas.

—Supongo que lo sabes, ¿no?

—¿Saber qué?

—Lo mío con Johan.

—He hablado con él —admitió Chris—. Me habló de vosotros, y de Ashlynn.

—¿Cómo se encuentra? ¿Está bien?

—Lo estará.

—¿Puedo verle? ¿Dónde está?

—Olivia, sería mejor que no hablaras con él durante un tiempo, hasta que se aclare tu situación legal.

—¿Qué quiere decir eso?

—Quiere decir que ambos sois testigos en un caso de asesinato, y los testigos no deben hablar entre ellos.

Olivia hizo un puchero con el labio inferior.

—Crees que fue él quien la mató ¿verdad?

—¿Qué opinas tú?

—Johan no haría algo así.

—Si eso es verdad, ¿por qué lo protegías? —quiso saber Chris—. No me contaste que habías hablado con él esa misma noche. Tengo la impresión de que crees que es culpable.

—Lo único que sé es que Ashlynn estaba viva cuando la dejé —dijo Olivia—. Cuando me enteré de que había muerto, pensé... Bueno, sabía que Johan habría ido al pueblo fantasma a buscarla.

Chris asintió.

—Sí, eso hizo. Dice que, al llegar, la encontró muerta.

—Tú no le crees.

—No lo sé. Pero, según parece, Ashlynn le rompió el corazón. Creo que la gente, incluso la buena gente, puede hacer cosas en el calor del momento de las que después se arrepiente. —Y añadió—: Tú también tenías un motivo, Olivia. Deberías habérmelo contado. La policía pensará que odiabas a Ashlynn porque te robó el novio, y que por eso le disparaste.

Olivia suspiró.

—Ella me robó a Johan. No voy a fingir que no estaba enfadada.

A Chris no le gustaba oír la confesando emociones que la hacían parecer culpable, pero también sabía que por fin estaba siendo sincera con él. Necesitaba más detalles. Necesitaba la historia completa.

—¿Te sientes con fuerzas para hablar? —preguntó.

—Sí, estoy bien.

—Cuéntame la verdad —le rogó—. ¿Qué pasó en realidad entre Ashlynn y tú esa noche?

Olivia se tendió en la cama sin parpadear, levantó la vista hacia el techo y Chris se dio cuenta de que su mente se retraía, recordando. Volvía a estar de pie sobre el barro del parque, sola con Ashlynn en el pueblo fantasma. La furia la embargaba. Sostenía la pistola en la mano.

Uno.

Dos.

Tres.

Olivia siguió contando mentalmente (cuatro, cinco, seis, siete), pero fue incapaz de apretar el gatillo. Era como saltar desde un puente: cuando tus pies se despegan del suelo, ya no hay marcha atrás. No podía hacerlo. No podía ir tan lejos. Masculló entre dientes y dio un paso atrás. La pistola le resultaba extraña, un objeto horrible, pesado e indeseado. Abrió los dedos y la dejó caer sobre la tierra mojada.

Ashlynn abrió los ojos. El miedo se convirtió en confusión y, al final, en alivio.

—Gracias —murmuró.

Olivia no quería mirarla. Al ver su perfecto rostro volvían a embargarla la envidia y la sensación de pérdida. No era difícil entender por qué Johan la había elegido a ella. ¿Quién no lo haría? La animadora rubia en lugar de la empollona morena. Los pechos generosos y maduros en lugar del torso infantil. Las curvas en lugar de la piel y los huesos.

—Esta noche has estado con él, ¿verdad? —preguntó Olivia—. No me mientas.

—No, no le he visto. De verdad.

Olivia no sabía si creerla, pero tampoco importaba. Eso no cambiaba las cosas.

—Sé que crees que yo te lo quité —continuó Ashlynn—, pero no fue así, de verdad. Nunca hubiera permitido que pasara algo entre nosotros mientras todavía estabais juntos.

—¿Crees que eso sirve de algo?

—Supongo que no.

—Os odio a los dos —le espetó Olivia.

—Lamento que te sientas así, Olivia. Sé que no puedo hacer nada por cambiarlo, pero aun así lo lamento.

—No quiero tu compasión. He perdido a Kimberly y a Johan. No tienes ni idea de cómo me siento.

—Yo he perdido algo aún peor.

—¿El qué?

—No importa. Es problema mío, no tuyo.

—Me marchó —decidió Olivia.

—Por favor, espera. Al menos llévame a casa, ¿no? No hace falta que hablemos, sólo acércame.

Hacerlo habría sido lo correcto, y Olivia lo sabía. Pensó en consentir, pero algunos favores implicaban demasiado: llevar a Ashlynn en su coche, conducir hasta la casa donde vivía su padre y fingir que su propio dolor no significaba nada.

—No —contestó.

La voz de Ashlynn se quebró.

—Olivia, por favor, esta noche necesito ayuda. Es difícil de explicar, pero de verdad, necesito tu ayuda —rogó con desesperación.

—No puedo hacerlo —replicó ella.

Giró sobre sus talones y se alejó, pero se detuvo, frustrada. Sabía que no estaba bien dejarla allí sola.

—Le diré a Johan que estás aquí. Él vendrá a buscarte.

—¡No! ¡No lo hagas!

—¿Por qué?

—No puedo verle.

Ashlynn avanzó un paso en dirección a Olivia, hizo una mueca y volvió a sentarse en el columpio.

—Hace un mes que rompí con Johan. Le dije que no podíamos seguir viéndonos.

—No te creo. Él no me ha dicho nada.

—Es verdad.

—¿Por qué lo hiciste?

—Es complicado —contestó Ashlynn—. Por favor.

Olivia deseaba creerla, pero era demasiado fácil adivinar la verdad en su rostro. Ashlynn no podía ocultar sus sentimientos.

—Eres una mentirosa —le dijo—. Aún le quieres.

Olivia se alejó sin mirar atrás. Al llegar a la calle corrió hacia su coche, aparcado en un campo de maíz al sur del pueblo. Dejó la pistola donde había caído. Dejó a Ashlynn sola.

—Todos tomamos decisiones que nos gustaría rectificar, Olivia —murmuró Chris.

—Ya lo sé. Yo estaba borracha, enfadada con ella y conmigo misma. Si la hubiera llevado a casa en mi coche, ahora estaría viva.

Chris no tenía palabras para reconfortarla. Cuando era una niña pequeña, él siempre había sido capaz de arreglar las cosas que se rompían en su vida. Ahora no. Ya no.

—¿Qué pasó después? —preguntó.

—Me marché a casa.

—¿Fuiste a ver a Johan?

Olivia negó con la cabeza. El pelo le caía sobre la cara.

—No enseguida. Me metí en la cama, pero estaba demasiado alterada para dormir. Pensé en volver allí para recogerla; sin embargo, no logré convencerme para hacerlo.

Chris esperó.

—Recibí una llamada de Tanya —continuó ella—. Estaba fuera de sí, gritaba; quería saber qué había ocurrido. Le conté que Ashlynn estaba bien, pero ella no cejó: que si teníamos que decírselo a alguien, que si teníamos que volver para ayudarla. Así que me vestí, me acerqué hasta la iglesia y se lo conté a Johan.

—¿Qué dijo él?

—Se enfadó conmigo por haber dejado a Ashlynn sola.

—¿Le preguntaste por la ruptura de su relación?

—Claro.

—¿Te lo confirmó? ¿Te dijo que fue Ashlynn la que había cortado con él?

—Sí, pero su expresión fue muy reveladora, igual que la de ella. Seguían queriéndose.

—¿Y por qué rompió Ashlynn con él?

—No lo sabía. Estaba hecho polvo.

—¿Piensas que podría haberla matado?

—Él la quería —contestó Olivia con lágrimas en los ojos—. Más de lo que nunca me quiso a mí. No puedo imaginarlo matándola; no tiene ningún sentido.

—¿Y si ella hubiera hecho algo que él no fuera capaz de perdonarle? —quiso saber Chris.

—¿Cómo qué? No lo entiendo.

Chris escrutó su rostro, pero no cabía duda de que estaba desconcertada. No sabía

nada.

—Ashlynn se había sometido a un aborto; cuando la encontraste, iba de regreso a su casa —le explicó—. Creo que el bebé era de Johan.

Olivia se puso pálida como la cera. El labio inferior le temblaba, y sus ojos se abrieron de par en par.

—No puedo creer que Ashlynn hiciera algo semejante. Era muy religiosa.

—Acudió a Hannah —le dijo Chris—. No quería que sus padres se enteraran, y tampoco Johan.

—Oh, Dios mío, y yo la dejé allí. La dejé allí. ¿Qué he hecho, papá?

—No tenías forma de saberlo.

—Ella necesitaba mi ayuda y yo me marché.

—Olivia. —Chris la cogió de la mano y le sujetó la barbilla con la otra palma—. Escúchame: no es culpa tuya. Tú no la mataste.

Deseó poder liberarla del sentimiento de culpa, poder cambiar el pasado. Había errores que no podían corregirse; sólo sobrellevarse.

—Hay algo que tengo que saber —prosiguió—. ¿Johan mostró algún indicio de que supiera que Ashlynn estaba embarazada?

Olivia negó con la cabeza.

—¿Qué habría hecho si ella se lo hubiera contado, Olivia? ¿Y si supiera que ella había interrumpido el embarazo? ¿Podría haber estado tan desesperado como para matarla?

Olivia cerró los ojos, como si fuera incapaz de soportar la respuesta, pero lo confirmó con un asentimiento.

—Eso lo habría destrozado —susurró.

Capítulo 19

Chris se compró un bocadillo y se dirigió hacia el puente peatonal que cruzaba el río Spirit y conectaba el centro de Barron con el parque de la orilla opuesta. Se detuvo en mitad del puente y contempló el agua, terrosa, que fluía hacia el sur desde la presa. Se aflojó el nudo de la corbata y se desabrochó el botón superior de la camisa. Tras darle un par de mordiscos, decidió que no tenía hambre y envolvió otra vez el bocadillo de pavo para comérselo más tarde.

Oyó pasos en el puente. Un adolescente se acercaba arrastrando los pies desde el parque municipal, con la cabeza gacha y las manos hundidas en los bolsillos de unos pantalones de pana beis. Era un chico bajo, de no más de metro setenta, y enjuto. Llevaba una camiseta, de talla grande y con la imagen de Lil Wayne estampada, mal metida por la cintura. El pelo, castaño y rebelde, le caía por debajo de las orejas. Tenía el rostro alargado, salpicado de pecas, y la barbilla puntiaguda. En la mejilla derecha Chris vio dos vendas que cubrían un corte reciente y enrojecido y dejaban al descubierto sólo los extremos.

El chico no reparó en Chris hasta que se dio casi de bruces con él, y cuando por fin alzó la vista, abrió los ojos como platos y se quedó paralizado, como un animal que intuye el peligro. Antes de que Chris pudiera decir nada, el chico dio media vuelta y huyó corriendo hacia el lado opuesto del río.

—¡Eh! —gritó Chris, y se lanzó tras él.

Los zapatos ralentizaban su marcha, y el chico era joven y rápido. La distancia entre ambos se amplió, pero entonces las zapatillas del adolescente patinaron al pisar una zona de hierba resbaladiza. El chico cayó dando una voltereta y aterrizó sobre su espalda, cubierto de barro. Mientras trataba de ponerse en pie, Chris le detuvo poniéndole un pie sobre el pecho, lo agarró y lo arrastró a un desvencijado banco de picnic.

—¿Qué diablos quieres? —protestó el chico—. Yo no he hecho nada. Déjame en paz.

—¿Por qué has echado a correr?

—Porque sé quién eres, tío.

—¿Y?

—Y no tengo nada que decirte.

Chris se sentó en el banco junto al chico.

—¿Cómo te llamas?

—Lenny.

—¿Lenny qué?

—Lenny Watson.

Chris estableció la conexión.

—Kirk es tu hermano.

—Sí, y si me pones una mano encima te molerá a palos, tío.

—No voy a hacerte daño, Lenny.

—Maldita sea, pues claro que no.

El chico se levantó del banco, pero Chris lo agarró del hombro y volvió a sentarlo.

—Espera un momento —dijo—. Hablemos.

—¿De qué?

—Antes de nada, del corte que tienes en la mejilla. ¿Cómo te lo has hecho?

—Un cristal roto.

—¿Ah sí? ¿Qué pasó?

—Tropecé —contestó Lenny.

—Qué suerte que no perdieras un ojo.

—Si tú lo dices... Duele que te cagas.

Chris se inclinó hacia delante y susurró:

—¿Sabes qué duele más que un arañazo como ése, Lenny? Que una panda de matones te secuestren y te golpeen. Eso sí que duele. Es algo que llevas contigo para el resto de tu vida.

No añadió: «Y si descubro que fuiste uno de ellos, te mataré. Primero a tu hermano, y luego a ti».

Lenny palideció y torció el gesto.

—Mira, sé lo de Olivia, tío. Lo que le pasó es horrible. A mí... a mí me gusta.

—Si te gusta, entonces me ayudarás a atrapar a los tipos que lo hicieron —dijo Chris.

Lenny se removió, nervioso.

—Yo no sé nada, tío.

—¿Qué me dices de tu hermano? ¿Estuviste con él ayer por la noche?

—Oh, sí.

—¿Dónde?

—En casa, tío.

—¿Dónde está?

—Mi hermano y yo vivimos en la calle Ciento veinte del camino del río.

—¿Quién más estaba con vosotros?

—No lo sé. Kirk había invitado a unas cuantas chicas. Es lo que suele hacer.

Chris asintió.

—¿Vivís los dos solos?

—Sí.

—¿Así que ayer por la noche no estabais en el cementerio de trenes?

—¡No, tío, no!

Escuchó con atención el timbre de voz del adolescente y trató de recordar la llamada que había recibido desde el móvil de Olivia. Las voces eran parecidas; era todo lo que podía decir.

—Ayer noche recibí una llamada —dijo Chris—. Alguien me indicó dónde encontrar a Olivia. Quienquiera que lo hiciera probablemente le salvó la vida. Eso es lo que hace un hombre de verdad, alguien que no golpea sin piedad a una chica indefensa.

—Te he dicho que espero que esté bien.

—¿La conoces? —quiso saber Chris.

—La he visto por ahí, eso es todo.

—Todo el mundo cree que ella mató a Ashlynn —observó Chris—, pero yo estoy convencido de que no.

Lenny se encogió de hombros.

—Ya, bueno, espero que tengas razón.

—¿Tienes alguna idea de quién pudo matar a Ashlynn?

—Yo qué sé.

—Alguien me contó que tu hermano salía con Ashlynn, y que ella lo dejó. ¿Es verdad?

—¿Y qué pasa?

—Debió de enfadarse mucho.

—Sí, ¿y qué? Si crees que él la mató, te equivocas. No se habría atrevido a tocarla. Kirk nunca le haría nada a la hija de Florian.

—¿Florian? —preguntó Chris—. ¿Qué tiene que ver Kirk con Florian?

Lenny pareció desear haberse mordido la lengua.

—Kirk trabaja para él de vez en cuando.

—¿Qué clase de trabajo?

—Seguridad y mierdas así.

—¿Qué hace Kirk exactamente? ¿Apalizar a los manifestantes medioambientales que se acercan demasiado a las instalaciones?

Lenny se movió inquieto. Sabía que había hablado demasiado.

—No sé qué hace, tío.

Chris dibujó mentalmente una línea de puntos entre Florian Steele y Kirk Watson, y no le gustó. Hacía que se preguntara si Florian estaba más implicado en la contienda de lo que estaba dispuesto a admitir, si tenía un interés especial en ocultar la verdad acerca de lo que le había ocurrido a su hija.

—¿Kirk te mencionó que alguien estuviera causándole problemas a Florian? ¿Alguien que le amenazara a él o a su familia?

Lenny negó con la cabeza.

—No.

—¿Qué hay de ese tal Aquarius? ¿Se te ocurre quién puede ser?

—Ni idea —contestó el chico, y añadió—: Tío, de verdad, tengo que largarme. Si alguien me ve hablando contigo tendré problemas, ¿vale?

Chris asintió.

—Vale, Lenny.

El chico se levantó y Chris no lo detuvo. Lenny ojeó el parque con suspicacia para asegurarse de que estaban solos, se alisó los pantalones mojados y se encaminó hacia el puente de Barron.

—Oye, hazme un favor, Lenny —le dijo Chris.

El chico se paró y miró hacia atrás, nervioso.

—¿Qué?

—Has dicho que te gusta Olivia. Si te enteras de algún problema relacionado con ella, haz lo correcto, ¿vale?

Lenny no contestó, se miró los pies y asintió levemente. Chris dejó que se alejara. En el fondo, Lenny era un chico decente, pero siempre haría algo equivocado para impresionar a la persona equivocada. Así era como funcionaba el mundo. Chris pensó en Olivia y se dio cuenta de que incluso los más adorables chicos con padres que les querían podían cometer errores terribles.

Él mismo había cubierto su propia cuota de errores en la vida. En lo más hondo de su conciencia, estaba pensando en cometer otro. Notaba el peso de la pistola de Marco Piva en la parte baja de la espalda, metida por dentro del cinturón.

Sabía cómo usarla y, gracias a Lenny, ahora sabía dónde encontrar a Kirk Watson.

Capítulo 20

Kirk Watson estaba sentado en su camioneta a tres manzanas del edificio de correos de Madison, una pequeña población a treinta kilómetros de Barron. Tenía las ventanillas bajadas y sujetaba un cigarrillo entre los dedos. En la radio sonaba una canción de Toby Keith. Con la otra mano sujetaba unos prismáticos a través de los que controlaba los coches que entraban y salían del aparcamiento. La gente iba y venía; no había nada de qué preocuparse. Aun así, se tomó su tiempo y siguió observando el tráfico por los retrovisores.

Toda precaución era poca.

El estúpido hijo de puta de Hugo había conseguido que lo detuvieran acusado de desfalco, y luego habían encontrado la carpeta de porno en su ordenador. El capullo no era ni lo bastante inteligente como para destruir el sobre en el que había recibido la última entrega. Gracias a él, ahora los federales vigilaban la oficina de correos de Ortonville. Aquel mismo día Kirk había pasado con la camioneta por delante del edificio y allí estaban, en su sedán, vestidos de traje; cantaban como una puta de Las Vegas. Por eso se atenia siempre a las reglas que se había impuesto a sí mismo: utiliza siempre guantes, nunca lamas el sello, nunca uses dos veces el mismo buzón, nunca compres material en la misma tienda, usa un móvil de prepago, apágalo después de llamar y mantén la casa limpia, pues nunca sabes cuándo aparecerá un poli con una orden de registro.

Una vez convencido de que nadie le miraba, condujo hasta el aparcamiento y salió de la camioneta.

El elevador de maíz de la cooperativa del pueblo se alzaba con un brillo plateado detrás de la oficina de correos. Se apoyó en la puerta del vehículo y acabó de fumarse el cigarrillo mientras echaba un último vistazo a la calle. Aplastó la colilla en el asfalto, se caló la gorra sobre la frente y entró en el edificio de ladrillo rojo, evitando las cámaras instaladas en el techo. Malditos funcionarios del gobierno; se metían en la vida de todo el mundo. Como si los terroristas tuvieran intención de volar la capital americana del *lutefisk*^[3].

Se acuclilló frente a su consigna. Estaba llena de correo basura, pero mezclado entre los folletos encontró el paquete que estaba esperando. Era del tamaño de una tarjeta de felicitación y sólo un poco más abultado en la parte en que estaba escondido el lápiz de memoria. En los sellos, extranjeros, aparecían unas flores de color violeta. En la parte de atrás del sobre alguien había escrito «Feliz cumpleaños» con una caligrafía torpe. A veces se leía «Feliz Navidad» o «Te quiero». La sensiblería siempre desviaba las sospechas de cualquiera que se sintiera tentado de echar un vistazo.

Se metió la carta en el bolsillo trasero del pantalón y salió de la oficina de

correos. Había estado dentro menos de treinta segundos. Tomó la carretera 75 en dirección sur, a través de las desiertas tierras rurales. Escogió al azar un camino de tierra, giró hacia el este y se detuvo en el arcén. Luego bajó de la camioneta, abrió el sobre y sacó el fino lápiz de memoria USB negro de dentro de la postal de felicitación. Encendió el mechero, lo acercó a la tarjeta y el sobre y dejó que ardieran hasta quedar convertidos en cenizas a sus pies. Una vez apagado el fuego, esparció las cenizas con la suela de las botas.

«Eso es lo que se hace con las entregas, jodido tipo de Hugo».

Kirk avanzó por la carretera del condado hasta enlazar de nuevo con la autovía de Barron. A un kilómetro y medio del centro, tomó el camino de tierra que se dirigía al sur, hacia el pueblo fantasma donde habían matado a Ashlynn. No llegó hasta allí; en lugar de eso, se desvió por un camino de entrada custodiado por el cartel abollado del U-Stor que conducía a dos hileras de trasteros situadas en mitad de un campo.

El suyo se encontraba en el extremo más alejado de la primera fila. Aparcó y se puso los guantes, abrió el pesado cerrojo de la puerta metálica y subió la persiana con estruendo. Una vez dentro, la bajó y, solo en el interior del espacio sin ventanas, tiró de la cuerda que encendía una bombilla desnuda.

Aquella era su guarida. Las oficinas de su negocio. Su arsenal. El único que sabía de su existencia era Lenny, y se había encargado de dejarle bien claro a su hermano que, si se lo contaba a alguien, le clavaría un hacha en el cerebro. El dueño del U-Stor vivía en Marshall, a una hora de distancia. En tanto le pagaras en efectivo, no pedía ningún documento identificativo. Cuando uno dirigía un negocio de almacenaje, sabía que le gente guardaba cosas detrás de aquellas persianas que no quería que nadie descubriera y, si eras inteligente, no hacías preguntas.

Kirk guardaba allí sus armas. Casi una docena de pistolas, en su mayoría Rugers y Glocks compradas por internet. Algunos revólveres. Dos escopetas. Tres rifles de caza. Munición almacenada en varias docenas de cajas sobre los estantes metálicos. Disolventes, aceites, cepillos y trapos. Cerca de Hazel Run había una granja abandonada donde iba a hacer prácticas de tiro una vez al mes, y tenía mucho cuidado de recoger los casquillos y extraer las balas de la pared del granero donde colgaba los blancos. Si alguna vez necesitaba un arma, quería que fuera virgen. Imposible de rastrear.

El revólver que había usado en St. Croix para disparar contra la casa de Hannah Hawk se hallaba ya en el fondo del pantano, al otro lado de la presa de Spirit.

Se sentó detrás de su escritorio y encendió el ordenador, mientras metía distraídamente un dedo enguantado en el agujero de una quemadura en la tapicería de cuero de la desvencijada silla. Era imposible encontrar una sola huella en todo el trastero. Se recogía el pelo debajo de la gorra para no dejar muestras de ADN y siempre le decía a Lenny: «Ni se te ocurra meter las narices en este sitio, ¿vale?»

Sórbete los mocos y trágatelos».

Su nombre y su dirección no figuraban en ninguna parte dentro del trastero. Ni en el ordenador. No había ni un sobre ni un pedazo de papel. Si los federales localizaban aquel lugar, no podrían relacionarlo con él. Era un fantasma.

Kirk tenía que ser cuidadoso. Los fiscales y los jueces se mostraban inflexibles con el tráfico de pornografía infantil, porque eso les aseguraba votos en época de reelecciones. Si te arrestaban, lo mínimo que podían caerle eran veinticinco años de condena. Nada de reformatorios juveniles.

Se sacó la memoria flash vietnamita del bolsillo y la metió en uno de los puertos USB de la parte frontal del ordenador. El lápiz contenía cuatro gigabytes de material, que incluía cientos de fotografías y vídeos. Se trataba de mierda de primera calidad: alta resolución, primeros planos. Lo que todo el mundo quería ver eran los ojos; tenían que ver los ojos. Echó un vistazo a las fotos y meneó la cabeza con gesto de repugnancia. Aquella mierda enfermiza lo dejaba indiferente; él era un tipo normal, no un jodido pervertido. Para él era una cuestión de dinero, fin de la historia. Si pudiera meterle una bala en la cabeza a cada uno de sus clientes, lo haría. Y en una ocasión había ocurrido precisamente eso. Un cliente, un tipo de Mankato, había tenido un arrebató de conciencia y había amenazado con llamar a la poli. La mayoría de los que apelaban a su recobrada conciencia eran unos farsantes, como los fumadores compulsivos que siempre se fuman un último cigarrillo mientras prometen dejarlo. Pero aquel tipo era distinto. De vez en cuando, uno se topa con un verdadero pecador reformado.

El tío constituía una amenaza, pero no se dio cuenta de que Kirk sabía quién era. Ése fue su gran error: pensar que podía comprar esa clase de mierda y mantener el secreto. Kirk guardaba fotos y vídeos de todos sus clientes; era como una póliza de seguros, una protección contra acontecimientos adversos. Buscaba cada casa, cada despacho, cada apartado de correos adonde había realizado un envío e identificaba a cada comprador. Le pertenecían. El tipo de Mankato pensaba que podía evaporarse y proporcionar una confesión anónima a los federales, pero Kirk lo pilló antes, le metió una bala en la cabeza, limpió con meticulosidad su apartamento y lanzó su cuerpo cerca de un fumadero de crack al sur de Minneapolis.

Había enviado un recorte de periódico con la noticia del asesinato al resto de sus clientes. Era una simple lección práctica para que mantuvieran la boca cerrada.

Kirk revisó la memoria flash en busca de una carpeta concreta. Se trataba de un pedido especial, como si compraras baldosas para la cocina o le encargaras a un artista que pintara un retrato de tu esposa. Al fin y al cabo, el suyo era un negocio de servicios como cualquier otro. Proporcionaba a los clientes lo que ellos deseaban. Si alguien tenía una petición especial, Kirk le conseguía el material. Sólo tenía que pagar el precio. Encontró la carpeta y examinó los archivos para asegurarse de que se

adecuaban a las especificaciones: la disposición de la habitación, el ángulo de las fotos, las posturas específicas del vídeo. El secreto estaba en los detalles. No le había preguntado al pajillero por qué lo quería de aquella manera, y no le importaba. Él sólo recibía los pedidos y los entregaba.

Kirk encendió su móvil de prepago para llamar y conectó el distorsionador para disimular su voz. Había cuatro opciones: sonar como un robot, un extraterrestre, una mujer atractiva y la que él siempre elegía: la voz de niño pequeño. Le encantaba el chiste. Le encantaba rizar el rizo.

El hijo de puta no sabía que Kirk era el distribuidor a cargo del negocio. Su relación discurría en un solo sentido. Todo lo que sabía el jodido enfermo era que un niño le llamaba cada pocos meses para organizar la recogida del dinero, y su preciado paquete llegaba por correo al día siguiente.

Todo secreto. Todo anónimo.

El tío no sabía que Kirk era quien controlaba su vida. Que conocía su secreto más atroz. Que podía destruirle a su antojo.

«Pero yo sí sé quién eres tú —pensó mientras marcaba, y su boca se curvó en una sonrisa—. Oh, sí, yo te conozco, papi».

El teléfono empezó a sonar.

Era el teléfono especial, el Samsung liberado de tarjeta prepago que guardaba bajo llave en el cajón. Era el teléfono que separaba sus ángeles de sus demonios. Era el teléfono que activaba su enfermedad. Compraba una tarjeta con saldo en cualquier quiosco, y listo: podía efectuar o recibir llamadas, y nadie sabía quién era.

Odiaba ese teléfono. Soñaba con destrozarlo. Lo había llevado al río más veces de las que podía recordar para lanzarlo a los rápidos. Había sostenido un martillo sobre el aparato para reducirlo a pedazos. Se había quedado mirando el fuego de la chimenea y había intentado tirarlo a las llamas. Pero en todas las ocasiones había acabado doblegándose a la realidad. Era incapaz de dejarlo. Si lo hacía, el tiempo pasaría y el ansia regresaría, y todo empezaría de nuevo. Llevaba toda la vida siendo esclavo de ese círculo de depravación.

Había otra opción, la opción definitiva: si acabas contigo, acabas con la enfermedad. Había comprado una pistola para hacerlo, y la guardaba en el cajón junto al móvil. Cargada. Disponía siempre de dos opciones: la pistola o el teléfono.

Abrió el cajón con la llave y vio ambos objetos. Alargó la mano, acarició la culata de la pistola con la yema de los dedos y se dijo por enésima vez: «Hazlo». Un milisegundo de luz y dolor, y sería libre. La capucha negra caería. No tendría que seguir soportando el sentimiento de culpa que lo atenazaba. No tendría que hacer cosas horribles para protegerse. Podría matar aquella cosa que albergaba en su interior de una vez por todas.

El teléfono continuaba sonando: ring, ring, ring, ring. Se reía de él, como si supiera con exactitud qué iba a hacer.

Contestó, agarrando el móvil como si pudiera aplastarlo con las manos. Las lágrimas se le escaparon de los ojos. Se estremeció, a la espera de oír la espantosa voz. Siempre lo mismo.

—Hola, papi —le dijo el extraño, vacío y falso niño.

Sintió deseos de gritar.

—Deja de hacer eso —siseó—. No uses esa voz.

—¿Estás enfadado conmigo, papi?

Se golpeó la cabeza con el puño y deseó una vez más estar muerto. «Cuelga. Coge la pistola». Resultaba tan sencillo... pero era incapaz de hacerlo.

—Ya he recibido tu último pedido. Te va a hacer muy feliz, papi.

—No lo quiero. Y deja de llamarme así.

—Me debes dinero, papi, y tienes que pagar.

—Vale, te pagaré, pero olvídate del envío.

—La cosa no funciona así, papi.

Oyó una risa infantil. En boca de aquel desconocido, sonaba malvada.

—Mañana por la mañana a las siete. Ya sabes dónde. Lanza la mochila roja con el dinero en el campo, da media vuelta y vuelve por donde has venido. El paquete te estará esperando en tu apartado de correos.

El niño volvió a reírse.

—No llegues tarde, papi.

—Es la última vez.

Una risita infantil.

—Oh, siempre dices lo mismo, papi.

Era cierto: cada vez se juraba que se había acabado, pero era una promesa vacía. Ambos lo sabían. El hombre del otro lado de la línea telefónica sabía que haría la entrega y él recogería el paquete. No podía escapar.

—Sé lo que me hiciste —susurró al teléfono—. ¿Por qué? Por el amor de Dios, ¿por qué?

Esta vez el niño permaneció en silencio, lo cual era casi peor que sus burlas. Deseó saber quién era en realidad el que le llamaba. Deseó poder encontrarle y matarle. Tal vez así terminaría con aquel tormento.

—¿Por qué? —repitió, odiándose al notar que se le quebraba la voz—. ¿Por qué tuviste que destrozarme?

—¿Por qué no, papi? —replicó el niño.

La comunicación se cortó.

Capítulo 21

La caja con la documentación del caso que le había proporcionado Michael Altman transportó a Chris a las primeras horas de la mañana del sábado.

El primero en llegar al lugar de los hechos había sido un ayudante del sheriff del condado de Spirit, cuyo desapasionado informe acerca del escenario del crimen se contradecía con la espeluznante realidad con que se había encontrado. Era extraño que un acto como el asesinato, envuelto en tantas emociones, pudiera destilarse en hechos desnudos.

Respondí a una llamada derivada por un operador del número de emergencias en la que se informaba de que una adolescente identificada como Ashlynn Steele, de diecisiete años, había quedado potencialmente incomunicada en las ruinas de la población de Bell Valley. Llegué al lugar a las 5.43 y descubrí un Mustang descapotable naranja, matrícula 489 BAW. El vehículo estaba desocupado y el neumático posterior izquierdo, pinchado. El vehículo estaba registrado a nombre de Florian Steele, de Barron. Anuncié mi presencia en voz alta varias veces para localizar a la chica. No recibí respuesta y empecé a rastrear la zona, incluyendo los edificios abandonados. Siete minutos después, localicé el cuerpo de una mujer a unos cien metros de distancia del vehículo. Comprobé que estaba muerta y advertí un orificio de entrada de bala en el centro de la frente. Su cara se correspondía con la fotografía del permiso de conducir de Ashlynn Steele. No vi rastro de ninguna arma en el escenario del crimen. En ese momento informé del incidente y permanecí en el lugar para acordonar el escenario, a la espera de la llegada del personal médico y los investigadores.

Eso era todo lo que se requería para reseñar el fin de una corta vida y el comienzo del torrente que amenazaba con destruir muchas otras.

Chris sacó las páginas una a una y organizó los documentos en montones que colocó sobre la mesa de la sala del hospital. Olivia estaba hablando con la terapeuta con la que había contactado Hannah, y Chris ocupó el tiempo repasando la cadena de acontecimientos que llevaba desde la llamada de Rollie Swenson a emergencias, después de que Tanya le despertara el sábado por la mañana, hasta la detención de Olivia dos días después.

Ordenó las declaraciones de los testigos y los informes de las entrevistas. Diagramas y fotos del escenario del crimen. Resultados de las primeras pruebas. Órdenes judiciales. Registros de la vida de Ashlynn. Registros de la vida de Olivia. Leyendo entre líneas, logró establecer el argumento que surgía ya en los primeros pasos de la investigación.

Se trataba de un caso cerrado.

La policía tenía un culpable. Tenía la declaración de Tanya sobre Olivia y Ashlynn. Cuando te has formado una teoría acerca de un crimen, buscas pruebas que avalen tu hipótesis y tiendes a descartar las que apuntan en otras direcciones. En lugar de ampliar la búsqueda, la policía se había centrado en asegurarse de que las pruebas reunidas contra Olivia se sostendrían en un juicio. Que no hubiera errores en la cadena de custodia, de procedimiento ni en los detalles técnicos. No cuando la víctima era la hija de Florian Steele.

Chris consideraba las pruebas desde una perspectiva distinta. Una perspectiva en la que Olivia era inocente, no presuntamente culpable. Una perspectiva en la que Ashlynn seguía con vida cuando Olivia la dejó en el pueblo fantasma.

Durante las primeras horas de la investigación policial, no existía ninguna sospecha de que la vida personal de Ashlynn constituyera un factor relevante en su muerte. Tan sólo se hallaba en el sitio equivocado en el momento equivocado, con una chica de St. Croix obsesionada con la sangrienta disputa contra Mondamin. Las entrevistas iniciales con Florian y Julia no revelaban nada sobre las relaciones de Ashlynn ni sobre su embarazo. O bien sus padres no lo sabían, o bien no querían divulgarlo. El nombre de Johan no aparecía mencionado en ninguna parte.

Después de la autopsia, las cosas cambiaban. La entrevista de seguimiento con Julia reflejaba la sorpresa y el horror que le causaba el hecho de que Ashlynn hubiera estado embarazada y hubiera decidido deshacerse del feto. Según las notas de la entrevista, la madre de Ashlynn se había negado rotundamente a creer lo que había averiguado el forense y declaró a la policía que su hija nunca habría tomado una decisión tan impía, sin importarle lo que indicaran las pruebas halladas en su cuerpo. Sin embargo, enfrentada por fin a la evidencia del embarazo de Ashlynn, Julia confesó un secreto que no había compartido con su marido: Ashlynn llevaba meses saliendo en secreto con Johan Magnus. Tras esa revelación, las fichas de dominó no tardaron en ir cayendo. La policía descubrió que Olivia también había salido con Johan y que él la había abandonado para estar con Ashlynn.

Olivia conocía esa relación, un nuevo motivo para cometer el asesinato.

A Chris no le sorprendió que las pruebas físicas y personales hubieran afianzado las sospechas de la policía y el fiscal del condado acerca de la culpabilidad de Olivia. Si él estuviera en su piel, también lo habría creído. Aun así, el caso presentaba algunas lagunas. Johan había ocultado su propia visita al pueblo fantasma cuando la policía lo interrogó. Tampoco había nada relacionado con Mondamin y los problemas de la empresa con los activistas medioambientales. Nadie había investigado si sobre la familia de Florian pesaba alguna amenaza. Nadie mencionaba a Aquarius.

Al revisar el inventario de objetos personales de Ashlynn recogidos de su billetera, su Mustang y su dormitorio, descubrió otra sorprendente omisión. Algo que debería haber estado allí y que no aparecía en la lista; Chris lo comprobó tres veces

para asegurarse de que no lo había pasado por alto. Aunque era posible que la policía hubiera olvidado anotarlo en su catálogo, resultaba improbable. Ashlynn había preparado una maleta para el viaje, y la policía la había encontrado en el maletero del Mustang. En ella había artículos personales, como ropa y objetos de aseo, pero nada más. Ni libros ni deberes de la escuela.

Ni portátil.

En su coche no se había encontrado ningún ordenador y, según el inventario y las fotografías, tampoco en su dormitorio. A Chris le resultaba inconcebible. La hija de Florian Steele debía de tener un portátil. ¿Dónde estaba?

Había desaparecido. ¿Por qué?

Buscó en la caja los registros del móvil de Ashlynn y encontró una copia de una factura *online* que recogía la actividad del mes anterior. Si la policía había realizado el trabajo preliminar de identificar los números, habían optado por no facilitarle ese dato a Chris anotando los resultados en la copia que le habían proporcionado. Así que, mientras revisaba la lista de llamadas que Ashlynn había efectuado y recibido, encendió su propio portátil y abrió la página de una guía telefónica inversa para averiguar a quién pertenecían los números.

Le sorprendió la escasez de llamadas a otros adolescentes de Barron, y recordó oírle mencionar a Maxine Valma que Ashlynn se había alejado de ese círculo debido al enfrentamiento. Según el registro telefónico, no había sustituido la pandilla de Barron por otro grupo de amigos. Al parecer, llevaba una vida solitaria.

Vio numerosas llamadas de entrada del mismo número a principios de mes, y el resultado de la búsqueda le indicó que se trataba de Johan Magnus. La mayoría no duraba más de un minuto. Ashlynn había terminado su relación un mes antes de morir, y estaba claro que en los días que siguieron a la ruptura él había intentado ponerse en contacto con ella una y otra vez. O bien ella había dejado que saltara el buzón de voz, o bien había colgado después de aceptar la llamada. Con el tiempo, Johan había cejado en su empeño de hacerla cambiar de opinión y, durante las dos últimas semanas, no figuraban llamadas entre ellos.

Sin embargo, sí que advirtió el intercambio de llamadas entre Ashlynn y el mismo centro donde él se encontraba ahora. El hospital de Barron. Se preguntó si se correspondían con el momento en que ella había descubierto su embarazo. Había dado por hecho que ése era el motivo que había propiciado su ruptura con Johan, pero tal vez estuviera equivocado. Dejando a un lado la coincidencia temporal, se fijó en que Ashlynn había marcado un número de teléfono nuevo el día después de la última llamada recibida del hospital. Chris lo reconoció sin necesidad de introducirlo en el directorio inverso. Era el del Grohman Women's Resource Center.

Ashlynn había tomado una decisión.

Los días siguientes reflejaban un ominoso silencio en su registro telefónico, como

si estuviera luchando sola con sus demonios. Había pasado casi una semana sin usar el teléfono. Luego vio una llamada a un número de fuera del estado, que identificó como el de la centralita de la Universidad de Stanford. Recordó el comentario de Florian acerca de la intención de Ashlynn de visitar algunas universidades. Poco después de la llamada a Stanford encontró otra local, esta vez a Maxine Valma, y se preguntó si la joven le había pedido a la directora que le escribiera una carta de recomendación para la universidad. Tal vez había empezado a reconciliarse con su decisión de abortar y había vuelto de nuevo la vista hacia el futuro. O tal vez sólo trataba de pensar en cualquier cosa que no estuviera relacionada con la realidad a la que se enfrentaba.

Pocos días después, se marchó a Nebraska.

Durante ese horrible período, había llamado una vez a su casa. Eso hizo que Chris se preguntara si Julia Steele había mentido, si en verdad sabía qué estaba haciendo su hija en los días que pasó lejos de casa. O quizás Ashlynn le había mentado a su madre y, disimulando su dolor, le había contado que todo iba bien. «El proyecto de la iglesia es genial, mamá. No te preocupes; el viernes estaré en casa».

Había otra llamada, una llamada efectuada desde el móvil de Ashlynn que duraba cinco minutos, el día antes de emprender el largo camino de regreso hacia Barron. El día antes de morir. En ese momento debía de estar en Nebraska, recuperándose de la intervención. Chris introdujo el número en el directorio inverso y el resultado que obtuvo hizo que se echara atrás en la silla, sorprendido. Era lo último que esperaba encontrar en el registro telefónico de Ashlynn.

Allí estaba ella, sola, a cientos de kilómetros de casa, experimentando el peor trago de su corta vida. Esa noche sólo hizo una llamada, como un prisionero que pide ayuda, y era la última que había hecho en su vida.

Ashlynn había llamado a Tanya Swenson.

Capítulo 22

Hannah pulsó el botón del interfono para abrirle a Chris la puerta de la calle del Women's Resource Center, y él esperó a que se cerrara tras de sí con un clic seco antes de subir al primer piso. La escalera era vieja y empinada, la parte central de los escalones estaba desgastada tras décadas de pisadas y el estrecho pasadizo resultaba claustrofóbico. Aspiró el olor a pizza procedente del horno del restaurante italiano que había en el local contiguo. Cuando llegó a lo alto de la escalera, abrió otra puerta y se encontró en la pequeña recepción del centro, tenuemente iluminada por unas pocas lámparas de mesa. Las láminas de aluminio de la persiana estaban bajadas. No había recepcionista, sólo un puñado de sillas sobre la alfombra beis de pelo largo, un dispensador de agua con bolsitas de té y café y un soporte para folletos que descansaba sobre una mesa cuadrada. La temperatura de la habitación era cálida.

No estaba solo. Una mujer de veintitantos años estaba sentada en una de las sillas, con un ejemplar de *Reedbook* en el regazo. Tenía el pelo cobrizo y sus párpados cerrados se abrieron de golpe al oír la puerta. Eran de un hermoso tono azul celeste, pero en ellos había una mirada vigilante y asustada. Todo su cuerpo se encogió al verle, como un gato alarmado por un sonido apenas audible. Eso le recordó dónde se encontraba, en un lugar que a menudo constituía la última parada de un camino brutal, donde el valor era necesario incluso para cruzar la puerta.

Se sentó tan lejos de ella como pudo, cerca de la ventana que daba a la calle. Separó dos láminas de la persiana para echar un vistazo afuera y descubrió un agujero redondo en el cristal, lo bastante grande para meter el dedo. Dirigió la vista hacia la pared opuesta de la recepción y distinguió un agujero gemelo cerca del techo, el punto en que la bala disparada desde la calle se había hundido en el yeso.

Un manifestante antiabortista, un marido furibundo o un chico de Barron: podía haber sido obra de cualquiera.

Hannah abrió la puerta de su despacho. Al verla, la joven sentada en la recepción se puso en pie y le lanzó los brazos al cuello. Su expresión nerviosa se transformó en otra de alivio, como si hubiera encontrado un salvavidas en medio del océano. Hannah le devolvió el abrazo y luego le susurró algo al oído. La visitante asintió con gesto tímido y desapareció en el despacho abierto tras dirigirle una última mirada furtiva a Chris.

Hannah le dedicó una sonrisa inusualmente cálida.

—Sólo tardaré un minuto —le dijo—. ¿Te importa?

—Tómame el tiempo que necesites.

Ella cerró la puerta y lo dejó solo. Chris se descubrió soñando con el pasado, recordando a Hannah. La mujer que había visto en el quicio de la puerta era la misma que había conocido en la universidad. El tiempo transcurrido no importaba; seguía

siendo la chica vestida con una camiseta desteñida y unos pantalones de chándal que cuidaba perros maltratados en la sociedad protectora de animales, que gritaba a los políticos en la feria estatal, que conducía durante cuatro horas para lanzar sacos de arena al río Red y evitar que se desbordara, que hacía el amor hasta que sus cuerpos quedaban empapados en sudor. Quien sí había cambiado era él. En los primeros años que pasaron juntos, Chris también había sido un idealista. Joven. Ingenuo. El destartalado apartamento al norte de la ciudad le parecía perfecto. Los macarrones con queso eran la mejor cena del mundo. Ambos trabajaban en un centro social de Minneapolis Sur, el abogado y la psicóloga, dispuestos a salvar su pequeño rincón del mundo. Reían, se peleaban, hacían las paces. Eran felices.

Olivia lo cambió todo. Cuando sujetó por fin a aquel frágil bebé entre sus brazos, Chris se asustó. Creció, se hizo mayor. Ya no bastaba con arreglárselas. Las personas, las causas, nada de aquello le importaba; sólo esa niña. Hizo un trato con Hannah, y en ese momento ninguno de los dos advirtió que estaban firmando un pacto con el diablo. Ella se quedaría en casa con la niña y él iría a trabajar. Un trabajo real. De abogado. Empezó a ganar dinero y a tomar parte en el juego. Se mudaron del norte al este de la ciudad, a la exclusiva zona residencial a orillas del lago. Durante los primeros años había creído que construía una fortaleza, pero en realidad se trataba de un laberinto. Al final, perdió a Hannah dentro de él.

La puerta volvió a abrirse y Hannah se quedó allí de pie, esperándole. A su espalda, el despacho estaba vacío. Había una entrada trasera que utilizaba para que a las mujeres les resultara más sencillo ir y venir en secreto; la joven que había visto en la recepción se había marchado. Estaban los dos solos. Hannah le miró en silencio y él le devolvió la mirada. Chris tuvo la sensación de que ella podía leerle la mente y ver que había estado reviviendo los años que habían pasado juntos, los momentos buenos y malos. Su cara reflejaba una dulce tristeza. Chris se levantó de la silla; ella se acercó en silencio y le rodeó el torso con los brazos.

—Gracias, Chris —le dijo.

—¿Por qué?

—Por estar aquí. Por salvarla. Me casé con un buen hombre.

Chris permaneció en silencio. Le parecía que aquélla era la primera señal de que la antigua herida empezaba por fin a cicatrizar, y no quería arriesgarse a abrirla de nuevo diciendo algo fuera de lugar.

Se quedaron en el vestíbulo, bajo la luz tenue y polvorienta. Ella se sentó a su lado y jugueteó nerviosamente con la pantalla de una vieja lámpara. Las manos le temblaban con espasmos involuntarios y Chris distinguió la debilidad y el cansancio en su pálido rostro. Incluso Hannah tenía sus límites. Luchar contra Mondamin, contra el cáncer, contra la violencia que había atrapado a Olivia en su corriente... Llegaba un punto en que sólo deseabas lanzarte al mar y dejarte llevar por las olas.

—Hasta ayer por la noche nunca había deseado matar a nadie —dijo Hannah—. Si hubiera tenido una pistola, habría disparado a esos cabrones uno por uno.

«Yo tengo una pistola», pensó él. En unas horas se haría de noche y tendría que tomar una decisión.

—Los atraparemos —le aseguró.

—¿De qué servirá? —preguntó ella—. No podemos hacer que el tiempo retroceda para Olivia.

—No, pero podemos hacer justicia.

Hannah hizo una mueca, cerró los ojos y contuvo el aliento. Chris le puso una mano en el hombro y la acercó a él.

—¿Estás bien?

—Hay días buenos y días malos. Hoy es un día malo.

—Lo siento. Si hay algo que pueda...

Ella le interrumpió poniéndole un dedo en los labios. Incluso el más leve roce de su piel le resultaba sensual.

—Por favor, no. No lo digas. Ya estás bastante preocupado por Olivia; no tienes que preocuparte también por mí.

—Lo hago de todas formas.

—No te pedí que vinieras para cuidar de mí.

—Eso no quiere decir que no pueda hacerlo —replicó él.

Hannah le dirigió una leve sonrisa de capitulación.

—Lo sé. Gracias.

—¿Te importa que te haga una pregunta? No tienes que contestarme, pero siento curiosidad.

—¿De qué se trata?

—Glenn Magnus me contó que estaba interesado en ti, y que tú le rechazaste. ¿Por qué?

—Glenn no debería habértelo contado —dijo ella frunciendo el ceño.

—Tal vez, pero ¿por qué? Está claro que le aprecias.

—No estaba preparada.

A Chris le sorprendió que apartara la vista y le ocultara el rostro. Sólo intentaba mostrarse tierno, pero se sintió como si hubiera pronunciado las palabras más dolorosas imaginables. Estuvo tentado de alargar el brazo hacia ella, pero se contuvo. En lugar de eso se levantó, cogió una caja de pañuelos de papel de la mesa de café y se la tendió.

—Supongo que hay ciertos temas que deberíamos evitar —comentó.

Hannah se sorbió la nariz y asintió.

—Supongo que sí.

—¿Has oído algo acerca de la relación que mantenían Ashlynn y Johan?

Ella asintió otra vez.

—¿No lo sabías? —preguntó él—. ¿Olivia no te lo contó?

—Me cuenta muy pocas cosas.

—Él estuvo en el pueblo fantasma la noche del asesinato. Pudo haberla matado.

Hannah negó con la cabeza.

—Conozco a ese chico, Chris. No creo que hiciera algo así.

—No puedo mirar hacia otro lado, aunque sea el hijo de Glenn. Cuando se trata de defender una acusación de asesinato, existen ciertas realidades incuestionables: si hay una prueba que señala hacia otra persona, eso ayuda a Olivia.

Ella abrió la boca para protestar, pero la cerró sin decir nada e irguió los hombros para recuperar la compostura.

—Tienes razón. Lo siento.

—Necesito saber más cosas sobre Ashlynn —dijo Chris.

—¿Qué quieres saber?

—Ashlynn llamó a Tanya Swenson desde Nebraska el día antes de que la mataran. ¿Tienes idea de por qué lo hizo?

—No.

—¿Eran amigas?

—No tengo ni idea.

Él frunció el ceño al tiempo que se preguntaba si Hannah volvía a ocultarle algo.

—Chris, no te estoy mintiendo —continuó Hannah—. Tienes que entender que yo apenas conocía a Ashlynn. Me llamó hace un par de semanas; tenía problemas y yo la ayudé lo mejor que supe. Ésa es la única comunicación que mantuve con ella.

—Faltan demasiadas piezas en relación a esta chica —observó él.

—¿Como qué?

—Como el aborto.

—Christopher, ponte en su lugar. Estaba asustada y sola.

—Soy consciente de ello, pero todo el mundo dice que estaba muy unida a su madre. ¿Por qué no acudió a ella?

—Incluso las chicas buenas tienen miedo de admitir sus errores. Sobre todo cuando se enfrentan a la desagradable opción por la que se decidió Ashlynn.

—Era una adolescente, Hannah.

—¿Crees que tomó la decisión a la ligera? ¿Crees que tener un bebé era una molestia sin importancia para ella?

—No lo sé, dímelo tú.

—Yo la vi, Chris. Esa chica estaba desesperada. Nadie podía consolarla. La idea de interrumpir el embarazo la horrorizaba; iba en contra de todos sus valores espirituales.

—Entonces ¿por qué lo hizo? Dijiste que no creías que la hubieran violado.

—Y no lo creo.

—¿Te reveló quién era el padre?

—Ya te dije que no. Ahora doy por hecho que fue Johan, pero ella no me lo dijo.

—Quizá estuviera viéndose con otra persona. Johan dice que rompió con él hace un mes, pero el registro telefónico indica que intercambió varias llamadas con el hospital poco antes de llamarte a ti. Eso fue hace sólo un par de semanas. Si acababa de descubrir que estaba embarazada...

Hannah alzó las manos.

—Chris, no, te equivocas.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque cuando vino a verme, Ashlynn estaba ya en el segundo trimestre de gestación. Tardó un tiempo en darse cuenta de que estaba embarazada. Le dio muchas vueltas a cómo afrontarlo, pero había tomado la decisión de contárselo a sus padres. Pensaba tener el bebé. Iba a llevarlo adelante.

—¿Y qué la hizo cambiar de opinión? —quiso saber Chris.

Hannah vaciló.

—No sé de qué servirá contarle al mundo lo que estaba pasando esa pobre chica.

—Aun así, necesito saberlo —le dijo él con suavidad.

—Las llamadas al hospital estaba relacionadas con su última ecografía —explicó Hannah—. Ashlynn estaba obsesionada con la salud del bebé. Me dijo que había tenido el presentimiento de que iba a perderlo. La situación la estaba superando. No sé cómo, pero de alguna forma sabía que algo iba muy mal.

Pensó en el registro de llamadas de Ashlynn. No se lo había contado a Johan. No se lo había contado a sus padres. Había pasado por todo aquello sola. Debía de haber sido insoportable.

—¿Qué se veía en la ecografía? —preguntó.

—Anencefalia.

Chris agachó la cabeza.

—Oh, no.

—Ésa es la única razón por la que decidió abortar, Chris. No porque quisiera renunciar a su hijo, sino porque tenía que hacerlo: su bebé iba a morir.

Capítulo 23

El cementerio de St. Croix estaba desierto.

Era última hora de la tarde, el sol estaba bajo y apenas alumbraba. Chris no vio a nadie en las calles del vecindario ni en las ordenadas hileras del pequeño camposanto luterano. Llamó a la puerta de la casa anexa, donde vivía Glenn Magnus, pero el pastor no respondió. Supuso que estaría acompañando a su hijo en el hospital. La puerta de la iglesia no estaba cerrada con llave, por si alguien quería entrar a rezar.

Chris la abrió.

El silencio resultaba perturbador. Se metió las manos en los bolsillos y permaneció inmóvil en el vestíbulo. A su derecha, por encima de la sinuosa escalera que llevaba al campanario, oyó el silbido del viento en la torre y la leve vibración de las campanas de la iglesia. Los largos bancos de madera del santuario estaban vacíos. Chris estaba solo.

Bajó por la escalera que conducía al sótano de la iglesia. Olía a moho, como si la humedad se hubiera filtrado en las paredes. A través de una puerta abierta vio una sala de reuniones; el suelo era de linóleo moteado, y había mesas y sillas plegables apoyadas contra la pared. Una de las mesas estaba abierta, y sobre ella distinguió un montón desordenado de biblias infantiles y algunas cajas con lápices de colores. La tenue luz del atardecer se colaba por varias ventanas pequeñas y cuadradas que quedaban al nivel de la calle. Encendió los fluorescentes y la habitación quedó bañada en una luz fría. El invierno había quedado atrás, pero nadie había descolgado todavía los murales navideños, elaborados con cartulinas de colores y pegados con cinta adhesiva amarilla.

Deambuló por el perímetro de la habitación para estudiarlos. Había dibujos del niño Jesús en el pesebre, ovejas que parecían bolas de algodón, ramas de acebo puntiagudas como alambre de espino, los tres Reyes Magos con largas barbas blancas y, en uno de los murales, una leyenda con una letra de cada color: «Ama a tu prójimo». Cuando Chris se acercó a mirar vio que alguien, en una caligrafía diminuta, había escrito debajo: «EXCEPTO A LOS DE BARRON».

Chris apagó las luces y abandonó la estancia.

—¿Hay alguien? —gritó en mitad del pasillo del sótano.

Su voz resonó en el vacío. No obtuvo respuesta.

Vio una puerta cerrada de la que colgaba un gran crucifijo de madera y varias fotos clavadas con chinchetas. Johan salía en todas ellas, casi siempre con el brazo por encima de los hombros de algún niño. Una amplia sonrisa iluminaba el atractivo rostro del chico. Algunas de las fotos estaban tomadas en acontecimientos deportivos, otras al salir de la iglesia. Le resultó llamativo no ver a Olivia ni a Ashlynn en ninguna. Por lo visto, allí todo el mundo mantenía su vida real en secreto.

Chris volvió a llamar en voz alta pero nadie respondió. Miró tras de sí hacia el pasillo vacío e hizo girar el pomo. La puerta no estaba cerrada con llave. Entró en la habitación, dejó la puerta entornada y encendió la luz del techo.

Para ser la de un adolescente, la habitación de Johan estaba muy ordenada. La cama estaba hecha y las esquinas bien recogidas. Sus libros de la escuela (cálculo, biología humana, la guerra civil, economía y *Moby Dick*) descansaban en orden al fondo de un escritorio de madera. En el monitor de su ordenador brillaba una luz verde, aunque la pantalla estaba en negro y el teclado, dentro de un cajón. Vio sobres. Vio carpetas de cartulina y apuntes tomados con una caligrafía precisa. Los bolígrafos estaban metidos dentro de una taza de la Iglesia Evangélica Luterana en América, con la punta hacia abajo.

Encima de la cama de Johan, Chris vio una ventana rectangular que daba a la calle. Imaginó a Olivia en cuclillas al otro lado, dando golpecitos en el cristal a la una de la madrugada. «Johan, despierta, tenemos que hablar».

Encendió el ordenador, pulsó la tecla de inicio y buscó los documentos del disco duro en los que figurara la palabra clave «Ashlynn». Esperaba hallar borradores de correos electrónicos o cartas, pero si existía comunicación escrita entre ellos, se limitaba a mensajes de móvil o a e-mails de servidores *online*. Sí encontró un archivo de imagen con el nombre de Ashlynn, lo abrió y vio una foto dolorosamente hermosa de Ashlynn Steele, tomada en invierno, con los tobillos hundidos en la nieve. Vestía un chaleco acolchado; llevaba la larga melena rubia suelta y agitada por el viento, y tenía las mejillas rojas a causa del frío. Su boca se abría en una sonrisa franca y despreocupada.

Por lo que había descubierto hasta el momento, Chris no creía que Ashlynn hubiera disfrutado de muchos momentos de felicidad como ése en sus últimos meses. Le complació ver un brillo de alegría en su rostro y le apenó pensar en la tragedia que la había consumido. Aquel caso se había convertido para él en algo más que el mero hecho de salvar a Olivia. Quería averiguar qué había ocurrido para destruir la paz de aquella chica y arrebatarle la vida.

Inspeccionó el resto de la habitación de Johan. Los cajones de la cómoda estaban llenos de pilas de ropa doblada. La puerta del armario estaba cerrada; al abrirla, vio dos cestas de ropa sucia en el suelo, rebosantes de ropa blanca y de color. El espacio cerrado olía levemente a sudor. Se agachó y fue sacando las prendas de color, examinándolas una a una y dejándolas en el suelo. Casi al fondo de la cesta encontró un par de vaqueros azules lavados a la piedra, con manchas de barro en las rodillas y suciedad y hierba seca pegadas al dobladillo.

Reconoció una mancha de color marrón rojizo que se extendía por la pernera, alargada y oscura. Era sangre. Dejó los vaqueros a un lado, revisó con rapidez la ropa blanca y encontró una camiseta de béisbol con manchas similares en las mangas.

Más sangre. Mucha.

—Hola, Chris.

Se volvió hacia la voz, sobresaltado. Lo habían pillado y no tenía excusa. Glenn Magnus lo miraba desde el quicio de la puerta. Su cara no mostraba ninguna emoción.

Chris se apoyó en el marco de la puerta del armario.

—Glenn.

—Podrías haberlo pedido —señaló el pastor.

—Tienes razón.

—Supongo que imaginabas que ya lo habría lavado.

—Eres padre —dijo Chris—. Sé cómo piensan los padres.

—Eso es cierto.

Chris sostuvo la camiseta en alto.

—Estuvo allí, Glenn.

—Lo sé. Él me lo contó.

—¿La mató?

—Johan es incapaz de cometer un acto de violencia semejante.

—Cualquiera puede perder el control —señaló Chris—. Esto es sangre. Johan me dijo que no había tocado nada en el escenario del crimen, pero me mintió. Y mintió también a la policía al no decirles que estuvo allí.

El pastor frunció el ceño, enfadado.

—Johan mintió para proteger a Olivia. Fue una estupidez, pero también un acto de nobleza. Por lo que respecta a la sangre, ¿qué crees tú que hizo al ver a la chica de la que estaba desesperadamente enamorado tendida sin vida en el parque? Se arrodilló a su lado, la abrazó. Lloró por ella.

—Es posible.

—Es lo que ocurrió.

—No digo que no sea cierto, Glenn, pero eso no cambia lo que tengo que hacer.

—Soy consciente de ello. Llévate la ropa y habla con la policía. Si una acusación en falso ayuda a Olivia, que así sea.

—Ella es inocente.

—Johan también lo es.

El pastor entró en la habitación de su hijo, se sentó en la cama y pasó la mano por los pliegues del edredón. Estaba perdido. Chris se preguntó si creía de verdad que Johan no había matado a Ashlynn, o si le preocupaba que su hijo se hubiera dejado arrastrar por la pasión y el dolor. Ni siquiera los hombres de fe podían huir para siempre de las dudas.

—Johan está desolado por lo que le ha ocurrido a Olivia —prosiguió Magnus—. Siente verdadero cariño por ella. Cuando Johan me contó que quería romper con tu

hija, me mostré severo con él. No quería que fuera cruel. No quería que le rompiera el corazón.

—Se lo rompió de todos modos —dijo Chris.

—Aun así, no quiero que pienses que Johan es displicente con las chicas. Es un chico guapo y, a esa edad, las chicas se encaprichan con facilidad; sin embargo, le he inculcado que debe tratarlas siempre con respeto.

—Olivia y él mantenían relaciones sexuales —declaró Chris.

El pastor frunció el ceño.

—Sí, lo sé, y no me parecía correcto. Creo que durante un tiempo tanto Johan como Olivia creyeron que estaban enamorados, pero está claro que las cosas llegaron demasiado lejos.

—¿Ha habido otras chicas?

—No que yo sepa. Hasta Ashlynn.

—¿Había más chicas que estuvieran enamoradas de él? Aunque él no sintiera lo mismo.

—Unas cuantas, seguro.

—¿Tanya Swenson?

Magnus arqueó una ceja.

—¿Tanya? No tengo ni idea. Pasaba mucho tiempo con él, pero Johan nunca mencionó que ella sintiera algo. ¿Por qué?

—Ashlynn llamó a Tanya el día antes de morir. Me preguntaba si podía tratarse de otro triángulo. Uno no correspondido.

—Si es así, nunca oí hablar de ello.

—Johan me explicó que conoció a Ashlynn a través de ti —comentó Chris—. Que ella venía a verte aquí, a la iglesia.

—Sí, acudió a mí en busca de consejo religioso. Buscaba maneras de tender puentes entre ambos pueblos. Estábamos muy unidos. Ashlynn era una de las chicas más adorables y espirituales que he conocido nunca. Lo sucedido ha sido un golpe tremendo. La echo de menos.

—¿Cómo esperaba reconciliar los dos pueblos? —quiso saber Chris.

—Tenía diecisiete años. Las chicas de esa edad creen que pueden con todo. Quería curar la herida causada por las muertes de los niños de St. Croix. Yo le insistía en que estaba asumiendo una carga demasiado pesada, pero ella no me escuchaba. Se había fijado una meta y se aferraba a su misión. En una ocasión, se empecinó en que la acompañara a rezar a la divisoria continental^[4]. Dijo que era algo muy simbólico.

—¿A la divisoria continental?

—Sí. Las crestas glaciales se encuentran cerca de Brown Valley, al norte de Ortonville. A un lado de la divisoria, los ríos fluyen hacia el norte, hacia la bahía de Hudson. Al otro lado, las aguas viajan en dirección sur hasta el golfo de México. Para

Ashlynn, ése era el problema entre Barron y St. Croix: éramos vecinos que vivíamos puerta con puerta y sin embargo que fluíamos en direcciones opuestas.

—Por lo que cuentas, era una chica excepcional.

—Lo era. Johan iba muy en serio con ella. Yo estaba convencido de que terminarían casándose.

—Y a pesar de ello, Ashlynn rompió con él.

—En ese momento no lo entendí, pero ahora sé por qué —dijo Magnus—. Supongo que sentía que no podía hablar de su embarazo con ninguno de los dos. A pesar de su espiritualidad, era una chica joven. No estaba preparada. Aun así, me cuesta imaginar que se sometiera a un aborto. No era propio de Ashlynn. Debe de tratarse de un error.

Chris negó con la cabeza.

—No es un error, y no es lo que crees. El bebé era anencefálico.

—Lo siento, ¿qué significa eso?

—Se trata de una grave malformación congénita, indefectiblemente fatal. Si el bebé sobrevive al parto, muere al cabo de unas pocas horas o días. En esencia, el feto se desarrolla sin cerebro.

Magnus negó con la cabeza, mudo por el horror.

—Deberías explicárselo a Johan —sugirió Chris—. Si la policía aún no lo ha averiguado, pronto lo hará. Será mejor que lo sepa por ti.

—Sí, sí, por supuesto.

—¿Estás seguro de que Ashlynn no le contó lo del bebé? —preguntó Chris en voz baja.

—¿A Johan? Nunca. No habría podido guardar tal secreto.

Magnus alzó la vista hacia el techo con la cara desencajada, como si se cuestionara la misericordia de Dios.

—No puedo ni siquiera imaginar lo que habrá sufrido esa chica. Debía de creer que era un castigo.

—¿Un castigo? ¿Por qué?

—Por los casos de cáncer. Estoy seguro de que pensaba que Dios iba a llevarse a su hijo igual que se había llevado a Kimberly y los otros.

—Sus muertes no tenían nada que ver con ella —señaló Chris.

—Tal vez, pero era difícil hacérselo entender. Ésa fue una de las razones por las que acudí a mí en busca de consejo. Estaba convencida de que la epidemia de cáncer en St. Croix era real, y que la empresa de su padre la había desencadenado.

Capítulo 24

De pie en el espacioso porche de su casa, situada junto al acantilado, Florian Steele agitó su copa de *chardonnay* Stag's Leap y, apoyándose en la balaustrada, contempló el pedregoso promontorio del risco que descendía a sus pies hasta una pequeña arboleda. Desde su atalaya, podía ver el pueblo de Barron y la austera sede blanca de Mondamin. La empresa había constituido su sueño, su vida durante diez años. La había levantado de la nada y ahora, por primera vez, esa década de duro trabajo le parecía completamente vacía.

Oyó el inconfundible taconeo de Julia a su espalda. Su mujer se detuvo a su lado, junto a la balaustrada, y él la miró de soslayo. Iba, como siempre, impecablemente arreglada: la cruz en el cuello, la melena rubia recogida, el vestido rosa que le caía como si se lo hubieran cortado a medida, como así era, la espalda erguida en gesto orgulloso. Llevaba casi veinte años casado con ella, y había días en que no la entendía en absoluto.

—Algo malo nos pasa cuando somos incapaces de llorar —dijo él.

Julia no le miró.

—Yo sé exactamente lo que he perdido. No necesito lágrimas para llorarla.

—Yo sí.

Su mujer se apartó un mechón suelto de los ojos. Se mostraba impaciente con él.

—Quizá no puedas llorar porque te sientes culpable. ¿Se te ha ocurrido pensarlo?

—La culpa es de Olivia Hawk, no mía.

—Tal vez Olivia sólo sea el instrumento que Dios ha elegido para castigarnos.

Florian frunció el ceño.

—No es necesario que me sueltes ningún sermón, Julia. La muerte de Ashlynn no es culpa mía.

Se bebió el resto del vino de un trago. No quería mantener aquella discusión con su esposa. Estaba harto de sentirse furioso cuando lo que debería estar haciendo era hartarse de llorar, y el hecho de que Julia estuviera en lo cierto empeoraba aún más la situación: se sentía culpable. Había dejado que Ashlynn se alejara de su vida sin luchar por recuperarla. Su preciosa niña había empezado a tratarle como a un enemigo.

Florian abandonó el porche. Tras las puertas de la terraza se hallaba la sala de estar, rústica y enorme, con el techo abovedado y una chimenea de piedra. Aquél era su santuario, su espacio. Todo lo demás lo había diseñado y elegido Julia, incluso la decoración de su despacho en Mondamin, pero él había insistido en conservar un lugar propio. Las paredes estaban adornadas con cabezas de animales muertos: ciervos, alces e incluso un oso que había cazado cerca de Grand Marais. Un director ejecutivo en un condado agrícola de Minnesota tenía que cazar: formaba parte de los

requisitos del puesto. De niño Florian nunca había cazado pero, igual que con el resto de sus metas, había estudiado, había practicado y se había convertido en un experto. Ashlynn le había acompañado en una ocasión, cuando tenía diez años. Poseía un talento innato y una vista perfecta. Tras matar su primera pieza, se había pasado horas llorando y nunca más volvió a salir con él.

Ashlynn, su pequeña, se había ido. Sus ojos seguían sin derramar una sola lágrima. Se sentía vacío.

Florian se sentó en el hogar de piedra. Julia entró en la estancia y, haciendo gala de su habitual comportamiento obsesivo-compulsivo, ajustó la alineación de los cuadros de las paredes. Le molestaba su presencia, y se odiaba por ello. Desde la muerte de Ashlynn, se habían vuelto el uno en contra del otro. Ella le culpaba a él, y él la culpaba a ella. Florian tenía la sensación de que su mujer había conspirado para volver a Ashlynn en su contra. En sus primeros años de vida, era él quien acostaba a Ashlynn y le cantaba nanas. Se preguntó si su hija recordaba alguna vez aquellos días. Cuando se hizo mayor, las cosas cambiaron. El trabajo le exigía cada vez más y más dedicación, y ya no tenía tiempo para nada. Ashlynn se convirtió en la hija de Julia, moldeada a imagen de su madre, elegante y hermosa.

—¿Por qué me mentiste? —le preguntó a Julia.

Ella se detuvo con la mano sobre el marco de una acuarela del río Spirit.

—¿Sobre qué?

—Sabías que Ashlynn se veía con Johan Magnus.

—Me pidió que no te lo contara, y no lo hice. Eso no es mentir.

—Quería saber si mi hija salía con alguien.

—Tú querías saber si salía con Kirk —observó Julia—. Y yo te dije que no.

—George Valma me contó que Maxine había visto a Ashlynn y Kirk juntos cerca de la escuela. Estaba preocupado.

—Querrás decir que te preocupaba lo que Kirk pudiera explicarle.

—¡Maldita sea, Julia! —gritó Florian con el rostro encendido.

Se puso en pie, vacilante, sintiendo los efectos de los dos tercios de la botella de vino.

—¡No quiero hablar de Kirk!

La incisiva mirada de Julia lo hizo sentir como un insecto. En Mondamin todos lo veían como una torre de fortaleza. Si hubieran sabido la verdad... Julia controlaba la casa. Y también lo controlaba a él.

—Sigues pagándole, ¿verdad? —preguntó ella.

Él no respondió; su silencio era confirmación suficiente para Julia.

—Olvídate de Kirk —dijo Florian—. Estoy hablando de Ashlynn y Johan. ¿No te parecía mal que saliera con él?

—No.

—Deberías haber sabido que su padre y él le lavarían el cerebro. La pusieron en mi contra.

—Ashlynn no necesitaba a Johan para eso, Florian. Su relación no tenía nada que ver contigo. Es un chico guapo y decente. Ashlynn estaba enamorada de él y, por lo que yo vi, él también la quería. No estaba dispuesta a permitir que te inmiscuyeras. Tu hija era perfectamente capaz de tomar sus propias decisiones.

—Deberías habérmelo contado —insistió él.

—¿Y qué habrías hecho? ¿Pagar a Kirk para que le hiciera una visita? ¿No es así como solucionas tus problemas?

—Cállate, Julia.

—Sé lo de la agresión a Olivia Hawk. ¿Tienes tú algo que ver?

—¡No! ¿Cómo puedes decir eso? ¿Cómo puedes pensar que yo participaría en algo semejante?

—Pienso que hace mucho tiempo que vendiste tu alma al diablo, Florian. Es un poco tarde para empezar a hablar de moralidad.

—Yo no he tenido nada que ver en el asunto —insistió él—. Quiero ver a Olivia Hawk en la cárcel. Eso es todo.

—Si fue ella quien mató a nuestra hija, Dios la castigará.

—¿Si fue ella? ¿Qué quieres decir con eso?

Julia se pasó lentamente una uña por la línea de la mandíbula.

—No sabemos qué sucedió exactamente.

—Tal vez tú no lo sepas, pero yo sí.

—Tengo mis dudas.

—No seas ridícula. ¿Por qué?

—Porque creía saberlo todo sobre Ashlynn, y ahora me doy cuenta de que estaba equivocada. Me cerró las puertas de la parte más íntima de su vida.

—¿Estás diciendo que de verdad no sabías que estaba embarazada? ¿No te lo contó?

—No, no lo hizo. Yo sabía que algo iba mal; estaba distinta. Debería haberle prestado más atención.

—Pensé que simplemente me lo habías ocultado.

—No he dicho que, de haberlo sabido, te lo hubiera contado.

—Por supuesto.

—Ya no sé qué creer —dijo Julia—. Ashlynn no confió en mí ante la decisión más difícil a la que tuvo que enfrentarse. E hizo algo que sabía que a mí me resultaría aborrecible.

—Tal vez por eso no te lo contara —señaló él—. Sabía qué le dirías. O quizá creyó que no era asunto tuyo. Tú misma lo has dicho: era perfectamente capaz de tomar sus propias decisiones.

—No en este caso.

—No se puede tener todo, Julia.

Parecía a punto de replicarle, pero no lo hizo. Su gélida expresión se transformó en un gesto de pena, y él pensó que la fingida calma religiosa de su esposa iba a quebrarse y se echaría a llorar. No fue así. Se recompuso y mantuvo su determinación. Con Julia, era como si Dios intentara contener una presa. Con él, era como si se encontrara solo en un espacio gigantesco y oscuro.

Julia se sirvió una copa de vino. Eso le hizo ver a Florian lo enfadada que estaba, le mostró un atisbo del lugar de su interior donde él no era bienvenido. Julia casi nunca bebía. Tomó un sorbo, frunció los labios a causa de la acidez y fue a sentarse junto a él.

—Hay días en que odio en lo que nos hemos convertido —murmuró.

—¿Crees que yo no siento lo mismo?

—Ya no sé lo que sientes.

—Yo la quería —dijo Florian—. La quería más que a nada en mi vida. Excepto a ti, quizá.

Julia no se conmovió con el halago.

—Gracias por decirlo, pero Ashlynn y yo siempre hemos ocupado el cuarto lugar en tu lista. Están Mondamin, el dinero y tú. Y luego nosotras.

—No es verdad. El dinero nunca ha sido mi prioridad, y nada de lo que he hecho ha sido pensando en mi propio beneficio. Creé Mondamin para cambiar las cosas.

—Oh, no te hagas el noble. Fundaste Mondamin para construir una montaña. Querías ser el rey. No te culpo, Florian. Sabía que ibas a ser rico y a hacer grandes cosas; Dios tenía grandes planes para ti y yo quería formar parte de ellos. ¿Acaso me quejé cuando me arrastraste a este páramo? ¿Te pedí que no trabajaras dieciocho horas al día? No. Nunca he dicho una palabra.

—Sé que has hecho sacrificios —dijo él—. Y yo también.

—Los sacrificios nunca me han preocupado. Creía en ti, creía en lo que hacías en Mondamin.

Florian vio la verdad en sus ojos: ahora ya no creía en él.

—¿Qué ha cambiado?

Julia se puso en pie sin acabarse el vino.

—Puede que empezara a verte a través de los ojos de Ashlynn.

Aquellas palabras lo atravesaron como una espada.

—¿Qué significa eso?

—Significa que mi niñita está muerta —contestó ella alzando la voz—, y estoy resentida con Dios, y contigo. Pero Dios no está aquí en este momento, y tú sí. Así que te culpo a ti. Siempre supe que habría que pagar un precio, pero jamás imaginé que sería tan alto.

Florian negó con la cabeza.

—Si tender su cadáver a mis pies te sirve de algo, de acuerdo, pero sigue sin ser culpa mía.

—¿Estás seguro? El embarazo no fue lo único que nos ocultó, Florian. Había más cosas.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Hace un par de semanas la encontré en tu estudio del piso de abajo.

—¿Qué hacía allí?

—No lo sé. No quise interrumpirla.

—Deberías habérmelo contado —dijo él—. O haber hablado con ella.

—Está claro que ella no quería que lo supiéramos.

—Eso no significa nada.

—¿Eso crees? El pasado otoño también me preguntó por Vernon Clay.

Florian se puso tenso. Había esperado no volver a oír ese nombre, y nunca en boca de Ashlynn.

—¿Qué pasaba con él?

—Ashlynn quería saber qué hacía para ti en Mondamin. Quería saber qué le ocurrió.

—¿Qué le dijiste?

—Le dije que era un científico que antes trabajaba para ti y que se marchó del pueblo hace algunos años.

—¿Por qué te preguntó sobre él?

—¿Tú qué crees? Sospechaba algo.

—Eso es imposible.

—No estés tan seguro. Ashlynn era una chica lista, Florian.

Su esposa empezó a caminar hacia la cocina, pero se detuvo en el umbral y se acarició la cruz del cuello.

—Ese hombre, Aquarius, también parece saber mucho sobre nosotros.

—No te preocupes por él.

—He estado pensando en ello. ¿Y si es Vernon? ¿Y si ha vuelto?

—No lo es. No es él.

—¿Cómo lo sabes? Vernon estaba lo bastante loco para hacer algo así. La nota parece suya.

—Aquarius no es Vernon Clay. Es sólo otro de esos chiflados anarquistas, nada más.

—Éste es distinto —señaló Julia—. Sus notas son distintas. ¿Sabes qué creo? Creo que planea matarnos.

—Eso es una locura.

—Puede que ya haya empezado. ¿Has pensado en ello? Puede que haya

empezado con Ashlynn.

Florian se levantó de la chimenea y apuntó un dedo hacia su mujer.

—No hables así. Le estás dando a Chris Hawk lo que quiere. Lo único que haces es ayudar a Olivia a librarse del asesinato. Aquarius no tuvo nada que ver con la muerte de Ashlynn. Nada.

Julia negó con la cabeza.

—Yo no estoy tan segura, Florian. Una parte de mí cree que Dios envió a Aquarius con la misión de castigarnos. Lo envió para eliminarnos como si nunca hubiéramos existido.

Capítulo 25

Los campos que rodeaban la casa de Rollie Swenson llevaban años sin cultivarse y los acres inertes habían sido reclamados por la pradera. El granero rojo era una reliquia con las paredes abombadas y el tejado a punto de derrumbarse. En el jardín había un tractor engullido por el barro y el óxido, como si un día lo hubieran sacado de entre las hileras de maíz para dejar que se enfrentara solo a los elementos. La hierba, alta y marrón, estaba moteada con las hojas caídas durante la última estación que el viento había arrastrado desde la orilla del río, al otro lado de la carretera.

Chris aparcó junto a un Chevy Tahoe cerca de la casa. Estaba anocheciendo. Había luz en la planta baja y el piso superior; las ventanas estaban abiertas para dejar correr la brisa vespertina. Salió del coche y oyó ladridos. Un Westie terrier blanco salió disparado desde el porche y corrió a su alrededor en frenéticos círculos. Chris se agachó para acariciarle la cabeza, pero el perro estaba demasiado ocupado para pararse y prestarle atención; después resopló, se lanzó hacia la casa y avanzó olisqueando los cimientos.

—Se pasa la vida persiguiendo conejos y ratones —comentó Rollie Swenson desde el porche, con una lata de Miller Lite en la mano—. Y los aviones también, cuando sobrevuelan la casa. Supongo que cree que tal vez aterricen aquí.

—Toda precaución es poca —observó Chris con una sonrisa.

—Bueno, la verdad es que, desde que empezó a perseguirlos, nunca ha aterrizado un avión en el jardín. No puede ser una coincidencia.

Rollie le guiñó un ojo y bajó los escalones. Vestía vaqueros y un jersey gris de cuello alto que se ceñía a su fornido pecho.

—Bienvenido a la granja familiar Swenson.

Chris percibió la ironía.

—Por lo que veo, no estás preparándote para la siembra de primavera.

—Ya te dije que las manos callosas no cuadran con mi estilo. Podría arrendar los campos, pero no me apetece despertar con el ruido de los motores diésel a las cinco de la mañana.

—¿Es aquí dónde vivían tus padres? —quiso saber Chris.

—Y mis abuelos, y mis bisabuelos. La dinastía Swenson termina conmigo. Con un poco de suerte, Tanya será lo bastante lista para trasladarse a la ciudad. ¿Quieres una? —preguntó alzando la lata de cerveza.

—No, gracias.

Rollie tomó un trago y admiró el Lexus.

—Bonito coche, aunque no muy práctico en esta zona. Ésta es una tierra de camiones. Se necesita tener un vehículo que pueda pasar por encima de un ciervo como si fuera un badén. —Y añadió—: ¿Cómo está Olivia?

—Físicamente, mejor de lo que me esperaba. Veremos cómo evoluciona en las próximas semanas.

—Me alegro. Tanya quería ir a visitarla, pero tuve que pedirle que no lo hiciera.

—Lo entiendo.

—Por favor, dale recuerdos de Tanya, ¿vale?

—Lo haré —aseguró Chris.

—Se rumorea que estás considerando a Johan Magnus como sospechoso de la muerte de Ashlynn.

—¿Dónde lo has oído?

Rollie se encogió de hombros.

—Conozco a todos los polis del condado. Se ha corrido la voz.

Chris calculó hasta dónde podía contar.

—Johan y Ashlynn estaban saliendo.

—Eso he oído.

—¿Te sorprende?

—¿Por qué, por el rollo Romeo y Julieta? Bueno, supongo que sí. Por otro lado, que dos chicos de un pueblo pequeño salgan juntos no tiene nada de extraño. Lo que no sé es en qué ayuda eso a tu caso. La poli cree que Johan dejó a Olivia para estar con Ashlynn, así que lo único que tienes es un nuevo motivo para matarla.

—Johan estuvo esa noche en el pueblo fantasma, después de que Olivia y Tanya se marcharan —señaló Chris.

Rollie asimiló la información como si estuviera en una partida de póquer.

—¿Se trata de una suposición o puedes demostrarlo?

—Él mismo admitió haber estado allí. Y encontré ropa manchada de sangre.

—Vaya, qué hijo de puta. ¿Admitió haberla matado?

—No, asegura que Ashlynn ya estaba muerta.

—Aun así, es una buena noticia para Olivia. Sinceramente, pensaba que, cuando decías que ella no había apretado el gatillo, estabas levantando una cortina de humo. Daba por supuesto que pretendías sentar las bases para llegar a un acuerdo con la acusación a cambio de que Olivia se declarase culpable de un delito menor. Sin embargo, con esto tienes la oportunidad de conseguir que la dejen en libertad.

—¿Sabía Tanya que Johan y Ashlynn salían juntos? —preguntó Chris.

—Nunca me lo comentó; y aunque lo supiera, no creo que lo hubiera hecho.

—¿Está en casa? Me gustaría hacerle algunas preguntas.

Rollie se acabó la cerveza sin contestar. Chris no creía que la lata de Miller Lite fuera la primera de la tarde. El día tocaba a su fin; el abogado llevaba el pelo despeinado y en su mentón se apreciaba una sombra de barba.

—En cuanto mencionas a Tanya empiezo a ponerme nervioso, Chris. ¿Qué quieres saber?

—Tanya y Johan eran amigos. Me preguntaba si él le habría contado algo sobre Ashlynn.

Vio como Rollie hacía sus cálculos. Se había pasado años descifrando la expresión de quienes se sentaban al otro lado de la mesa de negociación. Así era como trabajaban los abogados: trataban de descubrir el juego de sus oponentes y encontrar la forma de superarlos, de ser más listos que ellos. Rollie hacía lo mismo.

—Si la relación entre Johan y Ashlynn era un secreto —señaló éste—, resulta difícil imaginar que él le contara algo a Tanya.

—Tal vez le hablara de una nueva novia, aunque no le dijese quién era.

—O tal vez dijo algo que perjudique tu caso y que lo descarte como sospechoso. ¿Lo has considerado? Me sorprende que asumas ese riesgo, Chris. Ya sabes cuál es la regla de oro de los interrogatorios a testigos: no hagas una pregunta si existe alguna posibilidad que no te guste la respuesta.

—Si no se lo pregunto yo, lo hará la policía —replicó Chris—. No quiero que me pillen desprevenido.

Rollie volvió a estudiar el Lexus, como si el coche fuera un testigo que desvelara sus secretos en el estrado.

—Apuesto a que eres un gran negociador, Chris. El problema es que jamás creo en la palabra de otro abogado. Cuanto más insistes en que quieres hablar de Johan, más me convengo de que en realidad lo que quieres es hablar de Tanya.

—Sólo quiero averiguar qué es lo que sabe.

—Lo cual significa que crees que sabe algo.

Chris decidió que no iba a conseguir nada de Rollie Swenson andándose con subterfugios. El único enfoque posible era mostrarse directo.

—¿Ponemos las cartas sobre la mesa?

—Mejor.

—¿Tanya y Ashlynn eran muy amigas?

—Tanto como pueden serlo dos chicas que van a la misma escuela. Tenía cero motivos para matarla.

—No he dicho que los tuviera.

—Ya, pero te encantaría encontrar uno —replicó Rollie—. Johan es el sospechoso principal, pero siempre está bien disponer de un recambio, ¿verdad? Tanya llamó a Olivia esa noche, y luego se escurrió de vuelta al pueblo fantasma para matar a Ashlynn. Ésa es la idea, ya lo capto. El problema es que, si quieres vender semejante estupidez a un jurado, necesitas un motivo. Siento curiosidad: ¿tienes alguna teoría o te limitas a lanzar mierda sobre una ventana a ver cuánta se queda pegada? Déjame adivinar: Tanya y Ashlynn mantenían una tórrida aventura lésbica; o quizá Tanya estaba secretamente enamorada de Johan y quería deshacerse de su rival; o tal vez mi hija sea una asesina en serie que persigue a chicas rubias y ricas. ¿Es eso, Chris?

¿Crees que todo esto es el argumento de una novela de James Patterson?

—No estoy tratando de acusarla de nada, pero Tanya sabe más de lo que me ha contado.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Ashlynn la llamó el día antes de morir —declaró Chris.

Rollie meneó la cabeza con expresión divertida.

—¿Y ése es el gran secreto? Lamento pinchar tu burbuja, pero yo ya sabía lo de la llamada.

—Ninguno de los dos se lo mencionasteis a la policía —señaló Chris.

—Tienes razón; es culpa mía. No es mi intención ofenderte, pero el sábado por la mañana ambos estábamos bastante cansados y agobiados, ¿vale?

—¿Y para qué la llamó? —preguntó Chris.

—Tanya se sienta junto a Ashlynn en clase de estudios religiosos. Ashlynn se perdió la clase del jueves, y quería saber si el profesor les había puesto deberes para el fin de semana.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo —confirmó Rollie—. Yo estaba sentado a su lado en la sala cuando recibió la llamada.

—¿Por qué Ashlynn llamó a Tanya y no a otra persona?

—Probablemente porque las dos sean las mejores alumnas de la clase. Aunque no entiendo por qué: está claro que Tanya no recibe de mí ese tipo de enseñanzas.

Chris frunció el ceño. La explicación tenía sentido. Era sencilla, lógica, sin misterios, pero aun así, había algo que le preocupaba.

—¿Sabes qué estaba haciendo Ashlynn ese día? —preguntó.

—No, Tanya sólo me dijo que había faltado a clase.

—Estaba en Nebraska para que le practicaran un aborto —explicó Chris.

El golpe pilló a Rollie por sorpresa. Su turbación parecía auténtica.

—¿Es eso cierto?

—Sí.

—Mierda. Lo siento. No pretendía burlarme, Chris. No tenía ni idea.

—Resulta bastante difícil creer que Ashlynn estuviera preocupada por los deberes cuando acababa de perder a su bebé —observó Chris.

—No sé qué decirte. Tanya me contó de qué hablaron, y yo la creo.

—Me gustaría mucho hablar con ella, de verdad.

—Chris, está asustada, es frágil y no hizo nada. No voy a dejar que nadie la intimide.

Rollie se volvió al oír el sonido de un temporizador a través de la puerta abierta.

—Y ésa es nuestra cena, así que buenas noches.

—¿Qué vais a tomar?

- Un guiso de patatas. El plato favorito de Tanya.
- Que aproveche.
- No te olvides de darle recuerdos a Olivia, ¿vale?
- Lo haré.

Rollie desapareció por la escalera y cerró la puerta. Chris se quedó de pie junto a su Lexus. Seguía dándole vueltas al motivo de la llamada telefónica. No creía que la respuesta fuera tan simple, no importaba lo que Tanya le hubiera explicado a su padre. Había algo más entre Ashlynn y ella, y quería descubrir qué era.

Abrió la puerta del coche y, al hacerlo, captó un movimiento en las cortinas de uno de los dormitorios de la primera planta. El rostro desapareció de su vista con rapidez, pero sus miradas se encontraron a través de la oscuridad. Era Tanya Swenson. Había permanecido escondida junto a la ventana abierta mientras Chris hablaba con su padre.

Lo había escuchado todo.

Capítulo 26

Ya había anochecido. Bajo la tenue luz plateada de la luna, los campos abiertos del valle del río Spirit se habían vuelto prácticamente invisibles.

Chris se detuvo en la cuneta, en el punto en que la calle Ciento veinte se desviaba hacia el río, apagó los faros y dejó el motor encendido. Los árboles se cernían sobre el asfalto y sus ramas caían como una cortina sobre el techo del Lexus. Se agarró al volante mientras decidía hacia dónde girar. Llevaba todo el día dándole vueltas a qué era lo que tenía que hacer. En la vida, había ciertas líneas indelebles; si las cruzabas, no había marcha atrás.

La pistola descansaba en el asiento del acompañante, junto a él.

Su hija estaba en el hospital. La habían agredido brutalmente. Se recuperaría, pero la huella de aquel ataque la acompañaría siempre, como un tatuaje impreso en su cerebro. Como un grafiti garabateado en un cuadro perfecto y hermoso. Su cólera era tan profunda que no encontraba palabras para describirla. Tenía que hacer algo; alguien tenía que pagar por el daño que le habían infligido. Pensó en Marco Piva, quien en poco tiempo se había convertido en su brújula y su conciencia. «Está enfadado con el mundo». Era cierto, pero ahora su ira se centraba en un objetivo concreto: Kirk Watson.

A medio kilómetro de distancia, distinguió unos faros que se acercaban por la carretera. Nadie podía verle allí, así que debía tomar una decisión: quedarse o huir. Pisó levemente el acelerador, se metió entre los árboles que bordeaban el camino del río y avanzó hacia el agua. Las bellotas y las ramitas secas crujían bajo los neumáticos. Forzó la vista, pero se movía prácticamente a ciegas. Las luces titilaban entre los árboles, señalando la ubicación exacta del puñado de casas construidas dentro del bosque. Bajó la ventanilla y aspiró el olor a humedad del cercano río. Delante de él, allí donde las luces se desvanecían al borde del agua, el camino terminaba. No se atrevía a llegar más allá.

Hizo una maniobra para cambiar de sentido y aparcó en un punto apartado del camino. En lugar de salir del vehículo, se quedó sentado mirando la nada. Las hojas mojadas colgaban sobre el parabrisas. Un cuervo graznó en las copas de los árboles. Cogió la pistola y sintió su peso en la palma de la mano. Él era como Hannah: siempre había odiado las armas. Hasta este momento, nunca había concebido que tuvieran un lugar en el mundo.

Chris bajó del vehículo en silencio. Dejó el llavero sobre el asiento del conductor, con cuidado, y separó la llave de encendido del resto para poder encontrarla sin tener que buscar en la oscuridad. Luego cerró la puerta con un silencioso clic y sujetó con fuerza la pistola.

Avanzó con cautela. El pulso le latía en la garganta y rugía en su cerebro. Las

ramas de los pinos le rozaban la cara como si fueran dedos, sobresaltándolo cada vez. Se detuvo y aguzó el oído. Algo salió disparado entre los arbustos, un animalillo alarmado por su presencia. El agua del río lamía la orilla. En el aire en calma, oyó un murmullo de voces. Alguien reía.

Las luces de la última casa, la casa de Kirk, brillaban a veinte metros de distancia.

En la esquina del garaje, una bombilla amarilla parpadeaba como si emitiera un mensaje en morse; la de la esquina opuesta, la más cercana a la casa, estaba fundida. Había una camioneta Ford de la serie F aparcada junto a la pared. La casa en sí era pequeña, de una sola planta, pintada de un blanco desconchado. El porche estaba a oscuras, igual que la terraza que daba al río. Las luces que veía y las voces que había oído provenían de la parte más cercana, detrás del garaje. La ventana quedaba enmarcada en un cuadrado de luz.

Chris se acercó a la camioneta manchada de barro. El suelo entre el garaje y la casa estaba mojado y tapizado de hierba alta y marrón. La luz titilante de la pared del garaje proyectaba sombras tenues y movedizas. Se dirigió a la esquina y usó las mangas de la camisa para desenroscar la bombilla y quedar a oscuras: ahora su figura resultaba invisible para cualquiera que mirara hacia el bosque. Avanzó hacia la casa y se deslizó hasta la ventana batiente trasera, abierta y sin mosquitera. Chris distinguió dos voces masculinas que subieron de volumen. Kirk no estaba solo.

Echó un vistazo al interior de la habitación. Había una cama de matrimonio arrimada a la pared más cercana, justo debajo de la ventana abierta, sin cabezal; estaba vacía, con las sábanas y las mantas hechas un ovillo. Al otro lado, un televisor de alta definición; la pantalla era como mínimo de cincuenta pulgadas. En la esquina del cuarto había un costoso equipo de levantamiento de pesas. Las paredes estaban pintadas de azul marino y había varios agujeros en el yeso, del tamaño de un puñetazo.

Kirk Watson estaba sentado en un sillón abatible de cuero con el torso desnudo, calzoncillos a cuadros y la larga melena suelta sobre los hombros. Los músculos de sus brazos y piernas se veían bien torneados. Lenny Watson, más delgado y joven, con el vendaje todavía cubriéndole la mejilla, estaba de pie en la puerta de la habitación. Lenny miró hacia la ventana y Chris se puso tenso, esperando que lo viera y soltara un grito. En lugar de eso, Lenny siguió hablando con su hermano, incapaz de distinguir nada en la oscuridad más allá de la ventana.

—Ya ves, tío, las seis de la mañana —dijo—. Joder, qué pronto.

—Bueno, no es la clase de negocio que uno hace a mediodía y delante de los juzgados, Leno. No seas estúpido. —Kirk alargó el brazo para coger un botellín de cerveza—. Si prefieres quedarte en la cama, hazlo y disfruta de tus sueños húmedos. No me haces ninguna falta.

—No, quiero ir contigo.

—Pues asegúrate de estar listo. No voy a despertarte, Leno, ¿lo pillas?

—Lo pillo.

—Te quiero preparado a las seis y media. El sol sale a las siete.

—Ya, ya lo sé.

—Recuerdas el trato, ¿verdad? Te dejo junto al monumento con los prismáticos y tú controlas todos los coches que salgan de Barron hacia el lugar de la entrega.

—Ya lo sé, tío; no es la primera vez que lo hago.

—Un solo error podría ser fatal, Leno. Me avisas cuando se acerque y me avisas cuando vuelva al pueblo. Si hace algo extraño, gritas, y si hueles a la poli, me haces la señal de emergencia, agachas la cabeza y te quedas ahí.

—No voy a fallarte, tío.

Chris distinguió las ganas de agradar en el tono de Lenny. Los hermanos pequeños solían convertir a sus hermanos mayores en héroes, aunque no lo merecieran. No sabía qué chanchullo planeaban, pero estaba seguro de que tarde o temprano la influencia de Kirk llevaría a Lenny en una sola dirección: la cárcel o algo peor.

Kirk se desperezó, bostezó y se levantó del sillón.

—Me apetecería echar un polvo.

—¿Con quién? —preguntó Lenny.

—No lo sé. ¿Tú qué opinas?

—¿Qué te parece la chica nueva, Sammi?

—¿La punk con el pendiente en la nariz? Sí, ¿por qué no? Pásame el teléfono.

Lenny le alargó el teléfono a su hermano y Kirk marcó un número.

—¿Sammi? Soy Kirk Watson. ¿Qué pasa, preciosa? Voy a dar una fiesta, con priva incluida. ¿Te quieres venir? Sí, tráete a una amiga, coño, claro que sí. Lenny irá a recogerte con mi camioneta. Veinte minutos. Y ponte lo que quieras.

Kirk colgó el teléfono. Así de fácil, como pedir una pizza. Chris estaba horrorizado.

Cayó en la cuenta de que se estaba quedando sin tiempo para matar.

—Coge la camioneta, Leno —le indicó Kirk a su hermano—, y que no te pare la poli, pringado.

—Antes tengo que plantar un pino.

—¿Qué pasa? ¿Las chicas te dan diarrea, Leno? Sammi va a traer a una amiga, así que no te cagues en los pantalones, ¿vale? ¿Quieres que te las pase cuando haya terminado?

Lenny se encogió de hombros.

—Bah, no.

—Coño, Leno, no serás marica, ¿no?

—¡No!

—Entonces ¿por qué siempre que te ofrezco la posibilidad de echar un polvo dices que no? Oh, olvídale, la única chica a la que quieres es Olivia Hawk.

El cuerpo de Chris se tensó. Esperó inmóvil como una piedra lo que vendría a continuación. Quería una prueba definitiva. Algún tipo de declaración, de confesión. Quería oír de boca de Kirk lo que había hecho. Cuando apretara el gatillo, no quería albergar ninguna duda: iba a hacer justicia.

Las palabras fluyeron de los labios de Kirk con tanta facilidad como el curso de un río. El significado era inequívoco.

—Bueno, tuviste tu oportunidad, Leno, y la desaprovechaste.

Chris sintió deseos de gritar. Aquel tipo acababa de confesar lo que le había hecho a su hija. No quería utilizar una pistola: quería rodear la garganta de aquel animal con sus propias manos. Quería ver cómo se le salían los ojos de las órbitas, cómo le reventaban las venas y el oxígeno se escapaba de su piel. Quería matarlo.

Lenny Watson no respondió a la provocación de Kirk, pero frunció el gesto en una mueca que parecía de frustración e impotencia. Entonces apretó las piernas y contuvo el aliento para soltar un pedo monstruoso. El chico maldijo en voz alta, dio media la vuelta y corrió hacia el baño.

Kirk se agarró las rodillas, muerto de risa. Sus carcajadas siguieron a Lenny por el pasillo y Chris oyó como la puerta del lavabo se cerraba con un golpe. Aquélla era su oportunidad, Kirk estaba solo. Eran sólo ellos dos. Podía apretar el gatillo y largarse, y nadie lo sabría nunca. Todos sospecharían, pero nunca lo sabrían.

En silencio, bajó el percutor de la pistola y deslizó el dedo sobre el gatillo.

Kirk encendió el televisor, se tumbó en la cama, puso un DVD y gruñó de satisfacción. Era una película porno con dos chicas. Una rubia de pechos enormes y oscilantes levantaba el culo en el aire mientras enterraba la boca entre las piernas de una morena que gemía exageradamente de placer.

—Joder, sí —murmuró Kirk al tiempo que se metía la mano por dentro de los calzoncillos y el algodón se levantaba formando una tienda de campaña.

Chris dio un paso hacia la ventana. Era la ocasión perfecta, un momento congelado en el tiempo. Lenny estaba ocupado y Kirk, distraído. La nuca de aquel monstruo se hallaba a sólo unos pocos centímetros. Lo único que tenía que hacer era disparar una vez y contemplar cómo le explotaba el cráneo en una masa viscosa de huesos, sangre y materia gris. Alzó la pistola. Kirk no tenía idea de lo que ocurría detrás de él, ningún sexto sentido que le advirtiera de que la muerte estaba tan cerca.

Chris pensó en Olivia. Por su cabeza pasaron destellos de imágenes de su cuerpo tendido de bruces en el vagón de tren, maltrecho y magullado. La respiración se le aceleró hasta sonar tan alto e irregular que temió que Kirk la oyera, pero la mente del chico estaba absorta en los cuerpos desnudos que se entrelazaban en la alta definición de la pantalla gigante. En la cabeza de Chris, Olivia lloraba, suplicaba que la

ayudaran.

Sujetó el arma con firmeza; no le temblaba el pulso. Apenas tendría que presionar el gatillo. Se dijo a sí mismo: «A la de tres».

Uno.

Dos.

Tr...

Trató de disparar, pero fue incapaz. Pensó en Olivia y Ashlynn en el parque, mientras Olivia sujetaba la pistola. Olivia, desesperada en busca de venganza, furiosa, confundida, herida, sola. Su hija, dispuesta a acabar con una vida inocente.

Kirk Watson no era inocente. No era lo mismo, y aun así, sí lo era.

No había nada que Chris deseara más que matarlo, pero con cada segundo que pasaba su oportunidad se alejaba, y sabía que no había vuelta atrás. Tictac, tictac. Lenny no tardaría en volver. El tiempo se agotaba. No importaba. Pasara un segundo o una hora, él seguiría allí de pie, incapaz de disparar.

Dejó caer el brazo.

Sacó el dedo del gatillo y puso el seguro del revólver.

Hizo exactamente lo mismo que había hecho Olivia: se alejó, horrorizado por lo cerca que había estado de unirse a las filas de los malvados.

Capítulo 27

Chris no regresó al motel de inmediato; no quería quedarse a solas con su conciencia. Se dijo que era otro, no él, quien había permanecido en la oscuridad apuntando a la cabeza de un hombre con una pistola. No estaba preparado para lidiar con aquella mentira, así que al llegar a la bifurcación de la carretera que se dirigía hacia el norte, cerca de Barron, siguió la empinada ladera hasta lo alto de la colina. Maxine Valma vivía a pocas manzanas del instituto.

La propia directora, alta y de piel oscura, le abrió la puerta. Seguía vestida con ropa de calle y sus cejas finas como agujas se arquearon con sorpresa al verle.

—Señor Hawk.

—Señora Valma, lamento molestarla. Espero no interrumpir.

En el rostro de la directora se dibujó la violenta expresión de alguien cuya educación le impedía admitir que aquella visita constituía una intrusión indeseada.

—George y yo acabamos de llegar; hemos cenado en el pueblo. Está acostando a las niñas.

—Tengo un par de preguntas que hacerle. No la entretendré demasiado.

Ella se encogió de hombros.

—Pase.

Valma lo guió hacia el interior de la casa. La sala estaba decorada con muebles antiguos meticulosamente restaurados. De la pared colgaban láminas enmarcadas de la década de los veinte, la época de esplendor del jazz en Harlem. Parecían originales. En el estéreo sonaba música de saxofón a un volumen bastante alto, y Maxine lo bajó mientras tomaba asiento en una butaca.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor Hawk?

—Bueno, para empezar puedes llamarme Chris.

—De acuerdo. Chris. Me he pasado por el hospital a ver a Olivia; espero que no te importe.

—En absoluto. Me alegro de que lo hayas hecho.

—No estoy segura de que se alegrara de verme. Creo que sigue relacionándose con Mondamin debido al trabajo de George en la empresa. Aun así, quería asegurarme de que supiera que en la escuela todos pensamos en ella.

—Te lo agradezco.

—Diría que no has llegado a ver el verdadero corazón de este pueblo —le dijo Maxine—. Está lleno de bondad. Lo creo de verdad.

—Espero que estés en lo cierto.

—¿Qué querías preguntarme, Chris?

—Bueno, sé que es una pregunta un tanto extraña, pero ¿puedes confirmarme si Ashlynn y Tanya Swenson coincidían en una asignatura durante este trimestre? La

clase de estudios religiosos, los martes y los jueves.

—Me gustaría poder decirte que he memorizado el horario de todos y cada uno de los alumnos de mi instituto, pero me temo que no es así.

—¿Podrías consultarlo desde aquí?

Ella asintió con desgana.

—Supongo que sí. Tardaré un poco; el despacho está arriba.

—Te lo agradecería mucho.

Maxine Valma lo dejó solo. Chris oyó el preciso taconeo de sus zapatos sobre los escalones de madera, y luego el rumor de voces preocupadas. Tras un silencio cortante, unos pasos más pesados descendieron a la planta baja y un corpulento hombre negro apareció en el umbral. La cara de George Valma, al igual que la de su mujer, reflejaba una cortesía tensa, como si Chris hubiera interrumpido algo importante entre ellos. Se preguntó si quizá se encontraban en mitad de una discusión.

George le estrechó la mano con la fuerza de un jugador de fútbol americano. Su voz era envolvente e inusualmente suave para un hombre de semejante envergadura. Tenía el pelo hirsuto y canoso, y llevaba una camisa de seda azul marino con el cuello abierto y unos pantalones de vestir grises. Era algunos años mayor que su mujer; debía de estar en plena cincuentena. A pesar de su tamaño, se le veía en forma, no grueso.

—¿Le ha ofrecido Maxine una copa de vino? —preguntó George mientras se sentaba en el sofá.

—Gracias, estoy bien.

—Lo que le ha ocurrido a su hija es terrible.

—Sí, lo es.

—Yo tengo dos hijas, de nueve y doce años. Si alguien le hiciera algo parecido a una de mis niñas, creo que le arrancarí la cabeza con mis propias manos.

George transmitía la impresión de ser capaz de cumplir su amenaza.

—Somos padres —dijo Chris.

—Exacto.

—Su esposa me ha dicho que trabaja usted en Mondamin.

George asintió.

—Así es. Me incorporé a la empresa cuando fue absorbida; antes trabajaba en la empresa matriz, en Missouri.

—Es un lugar controvertido.

Los labios de George se retorcieron como una oruga al pronunciar su respuesta:

—Soy científico. Me mantengo al margen de la política y las relaciones públicas.

—¿Le costó trasladarse a Barron? En las zonas rurales, los desconocidos no siempre son bienvenidos.

—¿Más si cabe los desconocidos afroamericanos?

—Me refiero a cualquier desconocido, aunque Barron no sea exactamente St. Louis en términos de diversidad.

—En este barrio se escucha mucho más a Hank Williams que a Charles Mingus, sin duda. A veces me siento como un animal de zoológico, pero las personas que viven aquí son cristianos decentes. No puedo decir que nos hayan hecho sentir que no somos bienvenidos. Nos han aceptado en su iglesia, y prefiero que mis hijas crezcan aquí a que lo hagan en una ciudad como St. Louis. Voy a trabajar todos los días con una sonrisa en la cara.

Su voz se elevó de una manera extraña al pronunciar aquellas palabras, como si tratara de convencerse a sí mismo.

—¿Qué clase de trabajo realiza?

—Me temo que no puedo hablar de ello. Lo siento.

Chris alzó las manos.

—No es mi intención robarle secretos profesionales.

—No, pero le sorprendería saber hasta dónde puede llegar la gente. Algunas empresas contratan a detectives privados para que hagan de ascensoristas durante las reuniones de trabajo, de modo que puedan escuchar a hurtadillas las conversaciones entre los investigadores. Otros contratan a prostitutas para conseguir información. Este negocio es despiadado.

—Debe de haber mucho dinero en juego.

—Miles de millones.

Maxine Valma regresó a la sala. No se sentó junto a su marido, sino que se quedó de pie en el quicio de la puerta con los brazos cruzados sobre el pecho. Chris pensó que no quería que él permaneciera en la casa más tiempo del necesario.

—¿Le estás haciendo preguntas sobre Mondamin? —quiso saber—. Ya te advertí que después tendríamos que matarte, ¿recuerdas?

La broma sonó hueca. Ninguno de los tres se rió y George le dirigió a su esposa una mirada de incomodidad.

—En cualquier caso, la respuesta es sí —prosiguió Maxine—. Ashlynn y Tanya estaban juntas en la clase de estudios religiosos de este trimestre.

—Gracias por comprobarlo.

—¿Querías alguna cosa más? —preguntó ella.

—¿Qué sabes de la relación entre ellas?

—Me sorprendería que existiera siquiera una relación, dada la situación. ¿Por qué?

—Ashlynn llamó a Tanya el día antes de que la mataran. Le dijo a su padre que quería preguntarle por los deberes.

—Suena razonable.

—Sí, supongo que sí —convino Chris—. En fin, siento haberos molestado.

Se levantó para marcharse. Pero entonces lo recordó:

—De hecho, tengo una pregunta más. Ashlynn llamó a tu casa hace dos semanas. ¿Recuerdas qué quería?

La directora negó con la cabeza.

—Los alumnos suelen llamarme con frecuencia, pero no recuerdo haber atendido ninguna llamada de Ashlynn.

—Seguro que sí, Maxy —le recordó George—. Te comentó que una de las puertas de salida del gimnasio se atascaba. Le preocupaba que supusiera un riesgo para la seguridad.

Maxine parpadeó y su expresión se suavizó.

—Claro, es verdad. Había olvidado que fue Ashlynn quien me advirtió de ello.

—¿Te habló de algo más? —preguntó Chris.

—Los típicos comentarios.

—¿Nada fuera de lo común?

Ella sonrió.

—Lo lamento.

Chris asintió. Todos los caminos que tomaba acababan en un callejón sin salida.

—Bueno, muchas gracias por tu tiempo.

—De nada.

Les estrechó la mano a ambos y se despidió. La directora lo acompañó hasta la puerta y la cerró tras él. Mientras Chris enfilaba el camino de entrada al final de las escaleras, la luz del porche se apagó y el jardín delantero quedó a oscuras. Avanzó a ciegas hasta su coche, aparcado en la calle, y se sentó a pensar. Encendió el motor y, antes de que pudiera arrancar, alguien dio unos golpecitos en la ventanilla del acompañante.

George Valma estaba fuera.

Apagó el motor y el corpulento científico abrió la portezuela y se sentó a su lado con gesto incómodo, con las manos en el regazo y los gruesos labios apretados. Parecía un gran oso en el asiento del acompañante. Chris esperó y, al final, George volvió la cabeza y desafió su mirada inquisitiva.

—Esta conversación nunca ha existido —dijo.

—De acuerdo.

—Si se lo cuenta a alguien, lo negaré.

—Entendido.

—Maxine y yo somos muy cuidadosos con lo que decimos en casa. Nunca se sabe quién puede estar escuchando.

—¿Está diciendo que cree que le han instalado micrófonos en casa?

—No lo sé, pero es mejor ser precavido.

—¿Quién iba a hacer algo así? ¿Florian?

—Quizá. O quizá otra persona. Siempre hay alguien interesado en escuchar.

—¿Y qué es lo que quería contarme? —preguntó Chris.

George volvió su voluminoso cuello hacia uno y otro lado para escrutar la calle, como si buscara extraños entre las sombras o coches desconocidos en el vecindario. Una vez convencido de que estaban solos, rugió:

—La llamada no transcurrió como le he explicado.

—¿Cómo fue entonces?

—Ashlynn no llamó a Maxine —afirmó George—. Me llamó a mí.

George le daba indicaciones a Chris mientras éste conducía. Se mantuvieron alejados de la carretera nortesur y, en su lugar, avanzaron por caminos llenos de baches y sin asfaltar a través de los campos vacíos. Chris no tardó en perderse en el laberinto de cruces sin señalizar, pero el científico poseía un sentido de la orientación infalible. Chris le acribilló a preguntas, pero durante los quince minutos de trayecto George apenas habló.

—Pare aquí —señaló al final el científico.

Chris obedeció. George bajó del coche y se dirigió hacia un campo abandonado, un mar de barro y piedras. El hombre avanzó con las manos hundidas en los bolsillos y los hombros encorvados. Chris le siguió. Se hallaban cerca de un camino de grava que no conducía a ninguna parte, sin edificios a su alrededor. Los gigantescos árboles empequeñecían la figura de los dos hombres y conferían a la parcela una sensación de aislamiento. Bajo la tenue luz de la luna, resultaba fácil distinguir las constelaciones por encima de sus cabezas.

—¿Dónde estamos, George? —quiso saber Chris.

A pesar de que se hallaba a sólo un metro y medio de distancia, la oscura piel de George lo hacía casi invisible.

—Estos terrenos pertenecieron a un hombre llamado Vernon Clay.

—¿Quién es?

—Hasta hace cuatro años, trabajaba como investigador en Mondamin. Compartíamos la misma especialidad.

—¿Me va a contar cuál es?

George vaciló.

—Pesticidas.

—¿Se refiere a DDT, atrazina, el Round-Up de Monsanto y todas esas porquerías?

—Si se les da un uso adecuado, no son porquerías.

—Y cuando no se le da un buen uso, te crece una cola, ¿no?

—Eso es una burda exageración —resopló George—. Los extremistas

medioambientales elevan quejas absurdas sobre los riesgos de los pesticidas en la cadena alimentaria basándose en datos no contrastados. Si no dispusiéramos de pesticidas para proteger las cosechas, no podríamos alimentar al mundo, sobre todo a los países en vías de desarrollo. Mis investigaciones se centran en la mejora de las cosechas partiendo de una menor exposición química.

—De acuerdo, ¿y qué hacemos aquí? ¿Qué relación tiene todo esto con Ashlynn Steele?

Chris oyó la respiración entrecortada de George Valma en la oscuridad. El científico reunió el valor necesario para seguir hablando.

—El pasado otoño, Ashlynn me llevó aparte durante una fiesta en casa de Florian. Me preguntó qué sabía acerca del trabajo de Vernon Clay en Mondamin.

—¿Le explicó por qué quería saberlo?

—Dijo que estaba preparando un trabajo sobre investigación agrícola para su clase de Biología. En ese momento no lo puse en duda. Viniendo de la hija de Florian, me pareció una petición razonable.

—¿Qué le contó?

—Le conté lo que sabía de Vernon. Al menos la versión oficial. Vernon Clay era joven, pero se trataba de uno de esos científicos que desarrollan un paradigma completamente nuevo en su campo. Mondamin dio un golpe maestro al contratarlo. Era uno de los pioneros en el uso de nanopartículas metálicas en los pesticidas, mientras el resto de nosotros seguíamos secuenciando el ADN del maíz.

—Como los experimentos del doctor Frankenstein.

—Es justo lo contrario. ¿Preferiría comer los tomates de un campo tratado con toneladas de pesticidas químicos o los de otro donde la cosecha ha desarrollado una resistencia estructural a los insectos?

—Preferiría comer los tomates que cultiva mi vecino en su jardinera.

Antes de que George pudiera protestar, Chris añadió:

—¿Cuál es la versión no autorizada sobre Vernon Clay?

—Corría el rumor de que estaba enfermo. Abandonó Mondamin hace cuatro años y desapareció. No ha vuelto a dar señales.

—¿Qué quiere decir con «enfermo»? ¿Tenía cáncer?

—Más bien una enfermedad mental.

—Entonces, ¿qué tienen que ver estos terrenos en el asunto?

—Probablemente nada.

—Estoy seguro de que no me ha arrastrado hasta este sitio por nada, George.

El científico se agachó y Chris le oyó apretar un puñado de barro entre los dedos.

—Las preguntas de Ashlynn despertaron mi curiosidad. No es frecuente que alguien como Vernon desaparezca en la cima de su carrera. Empecé a preguntar por él en Mondamin y me topé con un muro de silencio. Nadie quería hablar de él, y eso

aumentó mi curiosidad. Busqué sus datos en una vieja agenda y ésta era su dirección. Justo donde estamos ahora. Sólo que, cuando vine por primera vez, no encontré nada. Buscando en Google Earth descubrí que, hace cinco años, en este sitio había una casa.

—Muy bien, ¿y dónde está?

—Ha desaparecido. La demolieron. Araron los campos y los esterilizaron. La tierra está muerta, aquí ya no crece nada. Y adivine quién es el dueño de la propiedad. Ya no pertenece a Vernon Clay.

—Florian Steele —dedujo Chris.

—Así es.

—¿Ha hablado con alguien de esto?

—Diablos, no. No se lo conté a nadie. No quería perder mi trabajo.

—¿Y por qué me lo cuenta ahora?

George se puso en pie y Chris oyó crujir sus rodillas.

—Ashlynn me llamó hace dos semanas y volvió a preguntarme por Vernon. Quería saber dónde estaba y dónde podía encontrarle.

—¿Qué le dijo?

—Que no lo sabía.

—¿Le explicó por qué quería localizarlo?

—Estaba intentando averiguar si las investigaciones que Vernon estaba llevando a cabo podían ser las responsables de los casos de cáncer en St. Croix. También quería saber si los pesticidas que estaba desarrollando podían causar malformaciones congénitas.

«Anencefalia».

—¿Qué le contestó? —continuó Chris.

—Le dije que no. Imposible. Aunque se acepte que los factores medioambientales pueden desempeñar un papel en algunos cánceres, se requieren años de exposición para provocar un impacto. Mondamin sólo lleva una década instalada en Barron, y los primeros casos de leucemia se desarrollaron hace seis años. Para que pudiera establecerse una conexión, habría sido necesario un nivel de exposición catastrófico.

—¿Catastrófico?

—Sí. Lo cual significa que tendría que haber sido deliberado. Además, la demanda propició una investigación por parte de una de las mejores epidemiólogas del país, Lucia Causey. La conozco; es rigurosa. Si hubiera existido la más remota posibilidad de que los casos de cáncer estuvieran relacionados con Mondamin, la habría encontrado. Así que la respuesta es no. No hay ninguna conexión. Eso fue lo que le dije a Ashlynn.

Chris detectó la convicción en la voz del hombre. Era la convicción de alguien que quería creer que estaba en lo cierto.

—Entonces ¿qué hacemos aquí?

—Yo soy científico, Chris. Sólo creo en lo que puedo demostrar. No confío en las coincidencias.

—No ha respondido a mi pregunta.

George Valma habló en voz baja. Sus palabras se perdieron en la noche.

—¿Sabe dónde estamos?

—Hace kilómetros que perdí la noción del espacio —contestó Chris—. ¿Dónde estamos?

George posó una férrea mano sobre el hombro de Chris y lo volvió hacia los árboles oscuros que bordeaban el terreno.

—Detrás de esos árboles, a menos de medio kilómetro, se encuentra el pueblo de St. Croix —señaló—. Comparte acuífero con esta tierra. Todo lo que se plante en ella se abrirá camino hasta su abastecimiento de agua.

Capítulo 28

Chris contempló los decrepitos escaparates del pueblo fantasma y trató de ver el mundo a través de los ojos de Ashlynn Steele.

Era medianoche, la misma hora a la que Ashlynn había llegado al volante de su renqueante Mustang. Debía de haberse sentido como la última persona viva sobre la faz de la Tierra, que despierta para descubrir que un cataclismo ha dejado tras de sí un mundo en ruinas. Se preguntó si en algún momento había sido consciente de la ironía: se había visto obligada a renunciar a la vida que crecía en su interior y había terminado en un lugar manifiestamente incapaz de albergar la vida.

Debió de preguntarse por qué Dios la había llevado hasta allí.

El Lexus estaba aparcado en el mismo sitio en el que el Mustang de Ashlynn se había detenido. Deambuló por la calle, como ella, mientras escuchaba el sonido vacío de sus pasos. Estaba solo, pero los cristales rotos, las puertas cegadas y las señales oxidadas despertaban en él la sensación de que había ojos que lo observaban. Era posible que fueran animales, o fantasmas, o tal vez sólo su imaginación. Ashlynn debía de haber vivido la misma sensación, aun sin saber que a ella sí la observaban: Olivia y Tanya aguardaban entre las sombras.

Se preguntó si había habido alguien más.

Chris trató de recrear lo que estaba ocurriendo en la vida de Ashlynn en aquel momento. Seis meses atrás, se había acercado a George Valma con una pregunta en apariencia inocente acerca de un antiguo investigador de Mondamin llamado Vernon Clay. Días antes de su muerte, había vuelto a llamar a George Valma con más preguntas sobre la misma persona. Fuese o no cierto, había empezado a relacionar a Vernon Clay con los casos de cáncer de St. Croix y con la trágica situación de su propio hijo.

¿Había descubierto algo o tan sólo necesitaba poder culpar a alguien? Si sabes que tu hijo va a morir, podrías creer en prácticamente cualquier cosa que lo explicara. Ashlynn quería respuestas, justicia, como los padres de St. Croix que habían visto morir a sus hijos. Cuando llegó al pueblo fantasma esa noche, Ashlynn había empezado a culpar a Mondamin. Había empezado a culpar a su padre.

Chris vio el parque donde Ashlynn había muerto. La cinta policial, ahora deshilachada, seguía colgada de los árboles. El columpio donde la chica se había sentado era sólo una silueta negra. Detrás del parque, un descuidado sendero se perdía entre los campos de maíz. Aguzó el oído, como si, de prestar la suficiente atención, pudiera oír el murmullo de Ashlynn. Como si pudiera oír el enfrentamiento entre Ashlynn y su propia hija. El disparo, los gritos, los llantos. El horror le obligó a cerrar los ojos. Olivia no tenía forma de saber que había aparecido en el peor momento de la vida de Ashlynn, cuando se había convertido en un pozo del que

parecía no haber salida. Y en lugar de auxiliarla, la había acosado y torturado por crímenes de los que no era responsable. Había echado sal en una herida abierta. Chris deseó haber podido estar allí para detenerla, para salvarlas a las dos.

Se recordó que Olivia no lo sabía. Era joven, y estaba bebida. Había cometido un error cruel y había pagado un precio terrible. Igual que Ashlynn.

Chris pensó en el momento en que Olivia había dejado a Ashlynn sola. Viva. ¿Qué ocurrió en la siguiente y trágica hora? «¿Quién te hizo esto? ¿Quién te encontró en el parque, consumida por el dolor, y te metió una bala en la cabeza?». Sabía que Michael Altman le diría que estaba creando una teoría conspirativa a partir de un hecho muy simple. La explicación más sencilla se basaba en las pruebas. La respuesta más lógica era la que todo el mundo creía. Olivia estaba allí. Olivia tenía una pistola. Olivia apretó el gatillo.

No.

Olivia se había marchado. A veces ocurría de ese modo. Chris había apuntado con una pistola a la cabeza de Kirk Watson y también se había marchado.

Vio unos faros que se acercaban al pueblo fantasma desde el sur. Sabía que era el coche de Hannah. Se quedó de pie en el arcén de tierra hasta que los faros lo iluminaron y alzó una mano para protegerse los ojos. Ella pasó junto a él y aparcó; al salir, la luz de su linterna barrió el suelo entre ambos.

—Gracias por venir —le dijo él.

—Has dicho que era importante.

—Podría serlo.

Ignoraba si Vernon Clay era importante. La simple verdad era que Chris sentía la necesidad de estar con Hannah. Por lo visto, ella también se había dado cuenta. Bajo el resplandor de la linterna, Chris vio que sujetaba una botella de vino por el cuello.

—Aún tengo una botella de ese Cosentino Cab que compramos en Napa —dijo—. He pensado que no te iría mal tomar un trago.

—Así es.

Hannah abrió la puerta del maletero de su todoterreno y se sentaron juntos en el parachoques. La botella estaba medio descorchada. Hannah acabó de abrirla y se la pasó a Chris, quien la inclinó para beber. Había algo en el hecho de tomar un vino tinto caro directamente de la botella que le hizo sentir libre. Chris le devolvió la botella y Hannah también bebió.

Chris se preguntó si ella recordaba la última vez que habían hecho aquello: la noche del sábado de sus vacaciones en California, mientras Olivia dormía en la habitación del motel en Calistoga. Se habían sentado igual que ahora sobre el parachoques trasero, en el aparcamiento del motel, se habían tomado una botella de vino y habían hecho el amor en el asiento de atrás, como un par de adolescentes. El camino desde aquel momento hasta el divorcio dos años después parecía una caída

interminable.

—Al mes siguiente tuve un retraso —dijo ella en voz baja—. ¿Te acuerdas?

—Claro.

Hannah no lo había olvidado. También estaba pensando en aquella cálida noche. Dos semanas después, la regla se le había retrasado un día y medio, y habían pasado esas treinta y seis horas convencidos de que su arrebató en el asiento trasero le había dado un hermano a Olivia. Pero no fue así. No era más que un retraso. Él había sido lo bastante estúpido para manifestar sus sentimientos antes de saber lo que sentía ella. «Supongo que me siento aliviado» le dijo, esperando sin dudar que ella riera y dijera: «Yo también».

Pero ella no dijo lo que Chris esperaba, sino que se echó a llorar a mares y él supo que había cometido el peor error de su vida.

Una caída interminable.

—¿Puedes beber? —preguntó Chris.

—No —contestó Hannah mientras inclinaba la botella y daba otro trago.

—¿Tienes miedo?

—Estoy aterrorizada.

—¿Estás muy enferma, Hannah? Dime la verdad.

—Bastante. No te voy a engañar, es bastante grave.

—Si yo fuera el cáncer, no me metería contigo.

Hannah se echó a reír, pero era una risa rota.

—Gracias.

—¿Olivia lo sabe?

—¿Las probabilidades? No, no se lo he explicado. No necesita cargar con eso.

Su exmujer se volvió hacia él. La tenue luz de la linterna que descansaba sobre el suelo del vehículo le daba a su piel una apariencia de juventud.

—Si me ocurre algo, Chris, tendrás que estar a su lado.

—No hables así.

—No me recreo en la idea, pero no voy a fingir que no sea uno de los posibles desenlaces.

—Estaré a su lado —le aseguró él—. Sabes que lo haré.

Ella asintió. Se sentía agradecida de oírsele decir.

—Lo superarás —añadió Chris.

—Ése es mi plan.

Sintió deseos de abrazarla, aunque no sabía si ella quería o necesitaba su consuelo. Deseaba que llorara entre sus brazos, pero le preocupaba que Hannah optara por no mostrarse vulnerable ante él. Era todo muy extraño e incómodo, no como en los viejos tiempos, cuando ambos eran capaces de adivinar el pensamiento del otro sólo por la expresión de su rostro.

—¿Por qué estamos aquí? —quiso saber Hannah.

Él tomó más vino.

—No lo sé. Lo siento. Quería ver el sitio donde habían matado a Ashlynn, pero no debería haberte llamado. Es tarde. Podría haber esperado.

—No, me alegro de que lo hayas hecho.

Permanecieron sentados en silencio, sin otro sonido que el del viento soplando en el pueblo. El vino de la botella desapareció lentamente, trago a trago, y se les subió a la cabeza. En cierto momento, Chris miró a Hannah y vio que tenía la cabeza inclinada, como si rezara. Eso era lo que uno hacía en tierra consagrada, donde un inocente había perdido la vida.

—Ayer por la noche estuve a punto de matar a alguien —declaró él, llenando el vacío con su confesión.

Hannah le miró.

—¿Qué?

Chris le habló de la pistola, de Kirk Watson y de su cita con el diablo al otro lado de la ventana. El hecho de admitirlo ante ella le hizo sentir mejor. La culpa pesaba demasiado para cargar con ella él solo.

—Nunca lo hubieras hecho —dijo ella.

—Estuve a punto.

—Te conozco, Christopher. Eres incapaz de asesinar a nadie, no importa quién sea ni lo que haya hecho.

—Yo no estoy tan seguro.

—Yo sí.

Tras un breve silencio, Hannah le dio un codazo en el costado y añadió:

—Ahora bien, si hubiera sido yo, le habría volado la cabeza a ese cabrón.

Luego sonrió y ambos se echaron a reír, disipando la tensión. Resultaba tan sencillo y familiar... Si las cosas hubieran sido distintas, él la habría acercado a su hombro, la habría besado y la habría cogido de la mano, transmitiéndole en silencio su antiguo mensaje: «Te quiero». No hizo nada de todo eso, pero deseó poder alargar un poco más el momento. Quería que volvieran a ser una pareja.

—Escucha, esta noche he descubierto algo —dijo—. Por eso te llamé.

—¿Y qué es?

—¿Has oído hablar alguna vez de un hombre llamado Vernon Clay?

Hannah mostró su descontento al oír el nombre.

—Era un científico de Mondamin. Intentamos dar con él durante el pleito, pero nos fue imposible.

—¿Por qué queríais encontrarle?

—Porque estaba claro que Florian Steele quería que su paradero se mantuviera en secreto. —Hizo una pausa y continuó—: Glenn podría contarte más sobre él. Vernon

Clay desapareció antes de que yo me mudara al pueblo, pero al parecer tenía un carácter extraño. Estaba trastornado. Quién sabe lo que hacía en ese terreno suyo.

—¿Conoces su parcela cerca de St. Croix?

—¿Esa tierra baldía? Claro. Ahora no hay nada, pero siempre albergamos la sospecha de que era el origen de la epidemia de cáncer. ¿Cómo lo has averiguado?

—George Valma —contestó él—. Ashlynn se puso en contacto con él.

—¿Ashlynn? ¿Por qué?

—Quería saber lo mismo que vosotros: si las investigaciones de Vernon Clay podían estar relacionadas con los casos de cáncer de St. Croix. Y con la malformación de su propio hijo.

—Pobre chica. —Hannah meneó la cabeza, consternada—. Lo que le pasó ya debió de ser bastante malo, pero pensar además que la empresa de tu propio padre es la responsable tuvo que resultarle insoportable.

—George le explicó que no había ninguna relación.

—Bueno, qué otra cosa iba a decir. Trabaja en Mondamin.

—Me ha contado que una experta epidemióloga llevó a cabo una investigación rigurosa y no encontró nada.

—No me importa. Pasó algo por alto.

Chris deseaba creerla, aunque no estaba convencido.

—Si de verdad hubiera existido algo que descubrir, Florian nunca habría accedido a que un experto lo investigara. Es abogado. Sabe que los hechos negativos no pueden enterrarse.

—Creo que Florian puede comprar lo que quiera —opinó Hannah—. Si Ashlynn había hablado con George, ¿crees que tal vez descubrió algo que hizo que la mataran?

—¿Te refieres a algo sobre Mondamin?

—Sí. Ella vivía en casa de Florian. Es posible que supiera que escondía algo. O tal vez descubriera lo suficiente para empezar a hacer preguntas.

—¿Qué estás sugiriendo, Hannah? ¿Que Florian asesinó a su propia hija? Puede que sea un hijo de puta, pero no quiero creer que tenga tanta sangre fría.

—No digo que Florian lo hiciera; él no es el único con intereses en esa empresa —replicó Hannah—. Has dicho que Ashlynn habló con George, ¿no? Eso significa que había empezado a sospechar algo.

—Así es.

—Entonces, tal vez Ashlynn hablara con alguien más.

—¿Como quién?

—No lo sé.

Hannah estudió el pueblo fantasma en la oscuridad y se estremeció.

—Puede que lo hiciera con la persona equivocada.

Capítulo 29

Él la conocía.

Para él, ella encarnaba la esencia de la juventud, hermosa y vivaz. Era imposible verla y no sonreír, estar en su presencia y no enamorarse. La expresión de su rostro cambiaba a la velocidad de las monedas que caían de una máquina tragaperras, siempre distinta, siempre tentadora. Se movía con gracia y seguridad, no como una adolescente desgarbada que está todavía adaptándose a su cuerpo. Era joven y, aun así, ya madura en todos los aspectos fundamentales. Podías percibirlo en la seriedad de sus emociones cuando hablaba del amor y de la pérdida. No era una de esas adolescentes melodramáticas que lloran al ver un gatito muerto en la calzada. Entendía mejor que la mayoría de los adultos que la vida era frágil: se nacía deprisa y la existencia transcurría en un suspiro.

Al verla, al hablar con ella, al reír con ella, le dolía el corazón. Le recordaba que su propia juventud quedaba ya muy lejos. Le hacía desear dar marcha atrás y volver a vivirlo todo, incluso aunque no pudiera cambiar nada. Pero Ashlynn también hacía cantar a su corazón, porque encerraba una promesa enorme. Cuando se vio atrapado por la maldad del mundo, ella le mostró un rayo de luz. Se la imaginaba creciendo, aprendiendo, trabajando, casándose, quizá teniendo hijos. Alguien como ella estaba destinada a hacer grandes cosas.

Por esa razón, él había esperado protegerla. Habría encontrado el modo de mantenerla a salvo, aunque eso significara llevarla a un santuario del que no pudiera escapar. No permitiría que se convirtiera en una víctima de su plan.

Pero las cosas no habían ido como él pensaba.

Recordó la lluviosa tarde que llamó a su puerta. Hacía mucho que no la veía, y se sorprendió. Sin necesidad de que ella dijera una palabra, él se dio cuenta de que lo sabía. Lo llevaba escrito en la cara. Lo miró de una forma nueva, como si lo viera por primera vez. Tenía el pelo mojado y la lluvia caía sobre su cuerpo, pero no buscó cobijo. Se limitó a mirarlo. Sintió que intentaba llegar a él, como si el secreto que compartían los hubiera unido.

Ashlynn era una chica lista. Podías verlo en sus ojos azules como el océano, a los que no se les escapaba nada. No le sorprendió que hubiera averiguado la verdad. Había conseguido engañar a todo el mundo, pero no a ella.

«Sé quién eres —le dijo Ashlynn—. Sé lo que estás haciendo».

Él no respondió y ella no le concedió ni un segundo para que se lo explicara. Se desvaneció tan rápido como había aparecido, como si no quisiera que nadie la viese. Tal vez sólo quisiera transmitirle una advertencia, hacerle saber que, si ella lo había averiguado, otros también lo harían. No le pidió que lo dejara. No le reprochó nada.

Ahora era ya demasiado tarde para salvarla. Se había convertido en una víctima

más de los pecados de Florian Steele. Su muerte le dolía más de lo que jamás hubiera imaginado pero, sobre todo, lo afirmaba en su convicción de que había elegido el único camino posible.

Castigo. Destrucción.

Estaba aparcado detrás de un viejo granero treinta kilómetros al oeste de Barron. Tras pasar meses haciendo acopio de materiales y semanas trabajando por las noches, ya casi estaba listo. Bajó del coche y descorrió el cerrojo de la alta puerta lateral; una vez dentro, volvió a cerrarlo tras de sí. El suelo estaba recubierto de una capa de goma; no podía arriesgarse a que la sequedad del invierno generara electricidad estática. Introdujo el código de seguridad para desactivar la alarma, dotada con un sensor de movimiento, y encendió los fluorescentes que colgaban del techo; la gigantesca nave se iluminó como el hangar de un aeropuerto.

La camioneta Ford E-350 aguardaba en el centro de un espacio húmedo en el que aún se distinguía el olor a fertilizante acumulado durante décadas. La camioneta era de color azul oscuro, sin más ventanas que los cristales tintados del parabrisas y las puertas laterales. La había comprado en diciembre, de segunda mano, a un vendedor de Ames que había localizado en la web de Craigslist y al que había pagado en efectivo. La carga máxima era de dos toneladas, más que suficiente para sus propósitos.

En Ames, había dejado algunas migas de pan para la policía. Había hecho lo mismo en Barron, pequeñas pistas para que, si eran listos, las siguieran. Al final, cuando hubiera ocurrido, quería que todo el mundo supiera por qué. Quería que lo entendieran. Se preguntó si la policía habría empezado a atar cabos, si estaban cerca de dar con él. No importaba. Esa noche sacaría la camioneta del granero para nunca volver. Su plan comenzaba al día siguiente, y no tenía pensado dormir hasta entonces. En los últimos días, a medida que el momento de la ejecución se acercaba, le había sido más difícil conciliar el sueño. La muerte tenía la curiosa capacidad de centrar la mente.

Empezaría en la oscuridad, y con las primeras luces del alba habría terminado.

«Soy la venganza de Dios».

«Mi nombre es Aquarius».

Tercera parte

LOS PECADOS DEL PADRE

Capítulo 30

Chris no durmió.

Había permanecido en el pueblo fantasma, con Hannah, hasta las dos de la madrugada. Cuando se marcharon, había advertido en ella cierta reticencia a regresar sola a casa. O tal vez fuera sólo deseo reprimido. Tuvo la certeza de que Hannah quería pedirle que la acompañara, pero no encontraba las palabras. Algo había cambiado entre ellos, pero ninguno de los dos estaba preparado para aceptarlo. Aun así, Chris había vuelto al motel y se había tendido en la cama sin cerrar los ojos, sin poder pensar más que en Hannah.

A las seis de la mañana, desistió de su intento de dormir y volvió al hospital. No estaba solo: Glenn Magnus se hallaba tendido en la sala de visitas, con sus largas piernas sobre el sofá y las manos bajo la nuca; sus ojos, cansados y abiertos, miraban al techo y su rebelde cabellera rubia estaba sucia. Vestía ropa informal: una sudadera y vaqueros. Las luces de la sala proporcionaban a la estancia un brillo antinatural.

—¿Tú tampoco podías dormir? —preguntó Chris.

El pastor asintió. Los fluorescentes conferían a su rostro una palidez espectral.

—He llegado hace una hora.

—¿Cómo está Johan?

—Enfadado. Estoy preocupado por él.

—¿Le has contado lo de Ashlynn y el bebé?

—Sí. No había forma de amortiguar el golpe. Me temo que he encendido un fuego en él, y no sé cómo va a reaccionar.

El pastor se incorporó en el sofá y Chris se sentó a su lado.

—¿Puedo preguntarte algo sobre Ashlynn? —dijo Chris.

—Por supuesto.

—¿Cuándo fue la última vez que hablaste con ella?

Magnus se frotó la cara con ambas manos para despejarse.

—En algún momento de febrero, al poco de que rompiera con Johan. Después de eso, no volví a hablar con ella.

—¿Cómo la viste?

—Deprimida. Claro que, en ese momento, yo no tenía ni idea de lo que estaba pasando. Ojalá lo hubiera sabido.

—¿Intentó contactar contigo antes de su muerte?

—No. Estoy seguro de que, después de romperle el corazón a Johan, sentía que ya no podía buscar mi ayuda.

—Me contaste que la primera vez que Ashlynn fue a verte sospechaba que la empresa de su padre era la causante de la epidemia de cáncer. ¿Te explicó por qué?

—Creo que, simplemente, le costaba creer que Dios fuera tan arbitrario —

contestó Magnus—. Se negó a aceptar lo que todos nos decían, que las muertes constituían sólo una anomalía matemática. Un accidente del destino.

—¿Y tú qué crees? —preguntó Chris.

El pastor dirigió su mirada vacía a los cuadros que colgaban de la pared del hospital.

—Yo perdí a mi hija pequeña, Chris. Tuve que ver cómo Kimberly sufría. No podía culpar a Dios, así que culpé a Florian y a Mondamin. Ellos eran los responsables; eran culpables.

—¿Y ahora?

—Ahora no tengo a quien culpar. No debería haber cuestionado el deseo de Dios.

—¿Estás diciendo que ya no crees que haya una relación entre Mondamin y las muertes ocurridas en St. Croix?

—Mis conocimientos de ciencia son limitados, pero sé lo que nos dijeron los expertos. Los técnicos del condado y del estado dijeron que, dadas las dimensiones de la muestra, no existía una base para el estudio. No les escuchamos. Una científica de Stanford se encargó de llevar a cabo una investigación durante el litigio y le comunicó al juez que no había hallado ninguna conexión. Seguimos sin escucharles. ¿Quién soy yo para afirmar que ellos estaban equivocados y nosotros en lo cierto? Ya está, se acabó. Lo he dejado correr.

—Ashlynn no lo hizo.

—Era una chica joven e idealista, y quería una explicación. Ése no es el trabajo de Dios.

—¿Qué hay de Vernon Clay? —preguntó Chris—. ¿Hablaste de él con Ashlynn? Glenn asintió.

—Sí, así es. Recuerda que Vernon era nuestro principal sospechoso. Cuando empecé a hablarle de él, Ashlynn se obsesionó con ese hombre.

—¿Sabía algo sobre su trabajo que lo relacionara con las muertes de St. Croix?

—Nunca me hizo ningún comentario al respecto. ¿Por qué?

—Pocos días antes de su muerte, seguía hablando de él. Por lo visto, lo culpaba de lo que le sucedía a su bebé.

Magnus se pasó una de sus grandes manos por el pelo, convirtiéndolo en un desorden de mechones.

—No debería haberle metido esa idea en la cabeza.

—¿Conocías a Vernon Clay? —quiso saber Chris.

—Claro. Trabajaba en Mondamin y vivía cerca de St. Croix. Acudía a nuestra iglesia, aunque en realidad no se relacionaba con los demás feligreses. Era un solitario. Mi esposa fue la única que se acercó a él. Sentía debilidad por los adultos vulnerables.

—¿Adultos vulnerables? ¿Qué significa eso?

—Vernon era un hombre extraordinariamente inteligente, pero incapaz de desenvolverse en sociedad. En un sentido clínico, diría que su estado mental bordeaba la esquizofrenia. Se pasaba la vida desarrollando teorías conspirativas, ideas realmente locas. Vivía dominado por una profunda paranoia, convencido de que la gente conspiraba para robar sus investigaciones. Aun así, poseía una mente privilegiada para la ciencia. Era un don. Hay más gente como él de la que creerías; gente que trabaja y se gana la vida, pero que demuestra ser incompetente en muchos otros sentidos.

—Pero ¿tu esposa se llevaba bien con él?

Magnus sonrió.

—Leah era una mujer insistente. Le llevaba comida, hablaba con él, se sentaba a su lado en la iglesia. En realidad, se convirtió en su salvavidas social. Era su única conexión con el mundo real, y probablemente la única persona que le prestaba atención por algo que no fuera su trabajo.

—Dijiste que habías perdido a tu esposa hace casi diez años —comentó Chris—. ¿Qué le ocurrió?

—Un aneurisma cerebral de origen posiblemente congénito, según dijeron los médicos. Una mañana, no se despertó. Así de sencillo.

—Lo siento.

—No sufrió ningún dolor, murió de repente. Si Dios tenía que llevársela, al menos lo hizo con rapidez. En comparación con lo que le pasó a Kimberly, se mostró compasivo.

—¿Cómo reaccionó Vernon Clay ante la pérdida de su salvavidas? —quiso saber Chris.

Magnus sacudió la cabeza.

—Oh, fue un momento muy triste. Se encerró aún más en sí mismo y sus delirios empeoraron. Culpaba a todos los habitantes del pueblo de la muerte de Leah. Un día se presentó en la iglesia gritando y acusándonos a todos de ser unos asesinos, amenazándonos con que el diablo iba a venir por nosotros; según recuerdo, llegó a mencionar incluso a la mafia y la CIA. Fue la última vez que puso el pie en St. Croix.

—Me cuesta creer que Florian no lo despidiera.

—Como te he dicho, cuando se ponía la bata de laboratorio se convertía en una persona perfectamente funcional. Por lo que me han contado, Vernon seguía siendo un genio en su ámbito y, de hecho, se obsesionó aún más con sus investigaciones. Trabajaba los siete días de la semana, sólo iba a su casa para dormir y luego regresaba al laboratorio. Era el único sitio en el que se sentía cómodo.

—¿Qué le pasó?

—No tengo ni idea. Desapareció hace unos cuatro años y, aunque se hubiera marchado antes, estoy seguro de que fuera de Mondamin nadie se habría dado cuenta.

Sólo nos enteramos de que ya no vivía aquí cuando se quemó su casa.

—¿Fue un accidente? —preguntó Chris.

—No, se trató de un incendio provocado. Quienquiera que fuese el responsable, nunca lo atraparon. La mayoría de la gente sospechó que había sido obra de los chicos del pueblo.

Magnus frunció el ceño.

—Parece que tú no opinas lo mismo —señaló Chris.

—Bueno, fue entonces cuando empezaron a correr rumores. En el momento de la desaparición de Vernon nos encontrábamos en plena proliferación de los diagnósticos de cáncer entre los niños. Hubo quien pensó que Florian había provocado el incendio para quemar las pruebas.

—¿Pruebas de qué?

—Pruebas de que Vernon llevaba años envenenándonos. Había gente que sospechaba que, desde la muerte de mi esposa, buscaba venganza contra todos nosotros. Otros decían que Vernon había escrito sus fórmulas en las paredes de su casa y que por eso Florian tuvo que destruirla, para preservar información confidencial. Puedes elegir la versión que prefieras.

—¿Qué hay de los terrenos?

—Los mismos rumores. La gente sospechaba que Vernon había estado experimentando con pesticidas en los campos que rodeaban su casa. Aseguraban que Florian quería borrar todas las pruebas del uso que se les había dado. Tal vez fuera para proteger los secretos de la empresa, o quizá se debiera a la toxicidad de los productos con los que trabajaba. Cuando presentamos la demanda, estábamos tan desesperados que hubiéramos creído prácticamente cualquier cosa.

—Y tratasteis de encontrarlo.

—Sí, aunque sin éxito. Vernon nunca se reintegró a la comunidad científica. Se convirtió en nuestro hombre misterioso. —Y añadió—: No sé adónde quieres llegar con todo esto, Chris.

—Lo que me preocupa son las fechas, que todo esto haya salido a la luz justo antes de que Ashlynn fuera asesinada. Hannah y yo nos preguntamos si es posible que la chica descubriera algo sobre Vernon que los demás pasaron por alto. Algo que se convirtió en un motivo para que acabaran con su vida.

—¿Qué es lo que imagináis, que descubrió dónde se escondía? ¿Que él regresó para matarla? Sé que tratas de ayudar a Olivia, pero me temo que nadie va a creerlos.

Chris asintió. Magnus tenía razón. Sabía que estaba persiguiendo fantasmas y no estaba seguro de si debía creer en ellos.

—Admito que es posible que no sea nada. Por ahora, soy incapaz de conectar los hechos.

—Supongo que eso te devuelve al punto de partida —observó el pastor—. En

otras palabras, a Johan. Si Olivia es inocente, mi hijo tiene que ser el culpable.

—Yo no he dicho eso.

—No es necesario, Chris, pero te equivocas.

Chris comprendió que sus posturas eran irreconciliables: su fe en sus respectivos hijos los separaba. Sabía qué pensaba en realidad el pastor.

—Estás convencido de que Olivia la mató, ¿verdad? Es lo que has creído siempre.

—Espero equivocarme, de verdad. Lo único que sé es que Johan no lo hizo.

—Estuvo en el pueblo fantasma —le recordó Chris—. Y su ropa está manchada con la sangre de Ashlynn. No puedes negar la evidencia.

—Olivia también estuvo allí, y con una pistola en la mano. Apuntó a la cabeza de Ashlynn. Lo siento, Chris. ¿De verdad no puedes aceptar la posibilidad de que cometiera un error de juventud y se dejara llevar por un impulso? ¿Que apretó el gatillo y se resiste a admitirlo?

La voz del pastor era tranquila y su serenidad resultaba exasperante: todo lo que decía tenía lógica. Chris estaba solo en su defensa de Olivia; todos daban por hecho que era culpable. Incluso Hannah albergaba dudas. Él era el único incapaz de afrontar la verdad.

Pero las palabras de Magnus dejaban traslucir algo más. El pastor conocía a Olivia mejor que él mismo, pues había crecido sin su presencia. Él había permanecido desaparecido en combate, ajeno a la confusión que rodeaba su vida. ¿Acaso podía afirmar con certeza que su hija jamás cometería un asesinato?

—Eso no fue lo que ocurrió —insistió de todos modos.

—Está bien. Ambos tenemos fe, y espero que ambos estemos en lo cierto.

Chris no añadió nada más y alzó la vista al ver a una enfermera que asomaba la cabeza por la puerta. Reacia a interrumpirlos, su mirada vagaba por la sala vacía y mostraba una evidente preocupación. Se apartó sin decir nada, y Chris se levantó para detenerla.

—¿Qué ocurre? —quiso saber.

La enfermera le dirigió una mirada nerviosa a Glenn Magnus.

—Esperaba encontrar aquí a su hijo.

Magnus se puso en pie de inmediato, preocupado.

—¿Johan no está en su habitación?

—No. He buscado por toda la planta y no lo encuentro. —Y añadió—: Tiene que estar en alguna parte.

El pastor se dirigió hacia el pasillo y pasó junto a la enfermera. Chris le siguió. Aún era temprano y la planta del hospital se hallaba desierta. La habitación de Johan se encontraba al final del corredor, la última antes de la señal de salida que había sobre las escaleras. La puerta estaba abierta. Magnus describió la cortina al tiempo que susurraba el nombre de su hijo. Chris le oyó dar un respingo. La cama estaba

deshecha, pero vacía.

—Tal vez esté con Olivia —sugirió Chris—. No nos pongamos nerviosos.

—Lo comprobaré —dijo la enfermera, apresurándose por el pasillo hacia la habitación de Olivia.

Magnus abrió la puerta del armario: las perchas vacías colgaban de la barra de madera.

—No, su ropa no está aquí.

—¿Crees que se ha marchado?

—Debe de haber tomado la escalera de atrás.

El pastor se acercó a la ventana que había junto al hueco de la escalera y escrutó la oscuridad de aparcamiento que quedaba a sus pies. A aquella hora tan temprana había sólo un puñado de coches. Magnus señaló una zona bañada por la luz de una farola.

—Mi coche no está. Aparqué al lado de esa farola. Se lo ha llevado.

—¿Te dijo algo? —preguntó Chris.

Magnus negó con la cabeza.

—Lo último que hice fue contarle lo de Ashlynn y el bebé. Se quedó destrozado. No debería habérselo explicado. —Y murmuró para sí, como si rezara—: Johan, ¿qué crees que estás haciendo, hijo? No seas estúpido.

Capítulo 31

Kirk Watson dejó a Lenny junto al monumento indio treinta minutos antes de la hora de entrega estipulada.

Por el este, el horizonte se veía teñido de rosa. Un cardenal trino desde las ramas de un árbol desnudo y pasó volando junto a Lenny en un destello de rojo. El muchacho subió por el camino de gravilla que salía de la carretera y conducía hasta un parque ubicado en la suave ladera, dominado por un obelisco de piedra gris y áspera. El campo que rodeaba el monumento estaba salpicado por gigantescos árboles. Una vez que estaba realmente aburrido se había acercado a leer la inscripción al pie del obelisco y descubrió que se erigía en honor a una victoria de los primeros colonos en una lejana batalla de frontera, cuando los indios dakota se rindieron ante un coronel de Minnesota y dejaron en libertad a cientos de granjeros que mantenían cautivos. Si Lenny hubiera sido indio, les habría advertido: «Os van a matar de todos modos, chicos».

Se sentó en un banco del parque para observar el tráfico que entraba y salía por la carretera de Barron. Dos pares de faros aparecieron desde la claridad del este previa al alba. El grave rugido del motor le indicó que el primero de los vehículos era un camión articulado. Alzó los prismáticos que llevaba colgados del cuello, los enfocó y lo siguió mientras se acercaba. Cuando pasó junto al camino de entrada al monumento vio que se trataba de un tráiler blanco con sólo unos números pintados en el costado, como un código. En una ocasión, Kirk le había explicado que la mayoría de los camiones sin rotular eran vehículos militares que transportaban cargas secretas. Éste se dirigía hacia el oeste a no menos de cien kilómetros por hora y Lenny se preguntó que habría en el interior.

Detrás del camión, el otro par de faros no se movía. El vehículo estaba aparcado en el arcén, a un kilómetro y medio de distancia. Lenny no pudo identificarlo y no recordaba si ya estaba cuando subía al parque desde la carretera. Se preguntó si los habían seguido. Los faros de aquel coche lo observaban fijamente, sin pestañear, y al cabo de dos o tres minutos sus temores aumentaron. Estaba a punto de avisar a su hermano cuando los faros se movieron y Lenny vio el parpadeo rojo de las luces traseras mientras el coche cambiaba de sentido. Luego desapareció y giró hacia el sur por uno de los largos caminos de entrada a las granjas. Lenny respiró más tranquilo.

Su teléfono empezó a sonar. Era Kirk.

—Un camión se dirige hacia el oeste —le informó Lenny—. No hay nada raro.

—En cuanto veas a nuestro tipo me llamas, ¿vale?

—Vale.

—Y cuando veas que se dirige de nuevo hacia el este me lo dices. Quiero asegurarme de que no intenta jugárnosla.

—Lo sé, lo sé, no te preocupes.

—Si ves algo que te huela a poli, me llamas.

Lenny pensó en el coche aparcado en la carretera, pero hacía ya un buen rato que había desaparecido.

—Entendido.

—Joder, Leno, mantén los ojos bien abiertos y no te quedes dormido.

—No lo haré.

Colgó. Le fastidiaba que Kirk no confiara en él, sin importarle cuántas veces hubieran realizado entregas en diferentes partes del estado. Lenny sabía lo que hacía, pero aun así, Kirk tenía razón. Cuando dabas por hecho que estabas a salvo, cuando dejabas de pensar que te habían tendido una trampa, las mandíbulas de acero se cerraban sobre ti.

Permaneció otros quince lentos minutos sentado en el banco con la barbilla apoyada en las manos y los prismáticos colgados del cuello, balanceándose. A aquella hora de la mañana, el tráfico era escaso. El cardenal, que revoloteaba entre las ramas más bajas de los árboles, le hacía compañía. En los largos ratos en los que la carretera permanecía desierta, Lenny miraba el obelisco, que le recordaba las puntas de lanza que podían desenterrarse de los campos de aquella de zona. De vez en cuando oía ruidos en los árboles que se erguían a su espalda y miraba a su alrededor, nervioso, como si los indios se prepararan para un ataque.

Estaba solo.

Cinco minutos antes de las siete, distinguió el objetivo. Conocía el vehículo; lo había seguido antes. El comprador era puntual, como siempre.

Tecleó el número de marcación rápida de su hermano.

—¿Sí?

—Ya viene.

Lenny colgó. No podía hacer nada más que esperar. El comprador tardaría cinco minutos en llegar al lugar de entrega. Comprobaría los retrovisores, se aseguraría de que estaba solo y aparcaría en la cuneta. Luego abriría la puerta del conductor y lanzaría la bolsa por encima del capó hacia los campos del norte. En pocos segundos, habría terminado; no se quedaría más tiempo del necesario. No esperaría a ver quién aparecía, porque la curiosidad podía matarte. No, daría media vuelta y regresaría por el mismo camino, probablemente aún más rápido, fingiendo creer que la entrega nunca había tenido lugar.

El todoterreno tardaría diez minutos en pasar de nuevo por delante del monumento, de vuelta a Barron. Lenny tenía que asegurarse de que el objetivo se había marchado antes de que Kirk fuera a recoger el dinero. Ningún comprador había intentado tomarles el pelo, pero podía ocurrir. La policía nunca les había tendido una emboscada, pero también podía ocurrir.

Lenny mantuvo la vista fija en la carretera. Durante tres minutos, no pasó nadie. No había ninguna señal que indicara que los polis seguían el vehículo. Todo iba sobre ruedas.

Volvió a llamar a Kirk.

—Nadie por aquí.

—Sigue vigilando.

Lenny cerró el teléfono, alzó los prismáticos y enfocó la carretera vacía.

Al cabo de un instante, sintió que volaba por los aires.

Dos manos lo agarraron por las axilas y lo arrancaron del banco. Salió despedido hacia atrás y vio las copas de los árboles por encima de su cabeza. Cayó con fuerza sobre el suelo mojado. Alguien se apoyó sobre su pecho y le dejó sin aire en los pulmones. Lenny resolló, incapaz de recuperar el aliento. Parpadeó aterrorizado al reconocer a Johan Magnus. Se revolvió, pero el fornido jugador de fútbol lo mantuvo inmovilizado como si fuera un insecto aplastado. Johan cogió la correa de cuero de los prismáticos y tiró de ella. Lenny no podía respirar. Se llevó las manos a la garganta para liberarse, pero fue incapaz de meter los dedos entre la cinta y la piel de su cuello.

—¿Fue Kirk? —le siseó Johan al oído.

Lenny se revolvió y agitó las piernas como si fueran judías saltarinas. Intentó suplicar, pero no podía emitir sonido alguno. Todo se volvió negro y oyó un rugido parecido al de un tren.

Johan aflojó la correa. Lenny escupió y jadeó mientras el aire volvía a entrar en sus pulmones, pero cuando intentó levantarse Johan le propinó un puñetazo en la mandíbula y se golpeó la cabeza contra el suelo. Johan tensó la cinta de los prismáticos y a Lenny volvió a nublársele la vista; la negrura y el rugido cayeron sobre su cerebro como una mortaja.

Al final, la correa se soltó y él trató de recuperar el aliento. Las lágrimas le anegaban los ojos y logró articular una súplica.

—Para.

—¿Fue Kirk?

Lenny sacudió la cabeza llorando, jadeando, sin decir una palabra.

—¿Fue Kirk? ¿Fue él quien atacó a Olivia?

—Por favor. Por favor.

Johan lo abofeteó. El impacto fue como si le hubieran picado un montón de avispas.

—Te juro que volveré a estrangularte —le aseguró Johan.

—No, no lo hagas, no lo hagas.

Johan agarró a Lenny de la camisa, le levantó el torso del suelo y lo sacudió como a una muñeca.

—¿Fue Kirk quien atacó a Olivia? ¿Fue él?

Lenny agachó la cabeza.

—Sí.

—¿Estabas con él?

—Yo llamé... llamé para pedir ayuda. Por favor.

Johan lo levantó hasta ponerlo en pie. El hijo del pastor se elevaba por encima de él con la cara enrojecida de furia. Lenny se encogió de miedo, a la espera de otro golpe. En lugar de eso, Johan lo agarró por un brazo y el cinturón y lo lanzó contra el banco. Lenny dio una voltereta por encima y cayó de rodillas sobre la tierra, donde quedó tendido sin moverse, aterrorizado. Los pasos furiosos de Johan chapotearon sobre la hierba mojada a medida que se alejaba. Lenny apoyó las manos en el suelo y se incorporó, asaltado por escalofríos de dolor que le recorrían la columna vertebral como cuchilladas. La correa de cuero se le había clavado en la piel del cuello y le escocía. Cuando intentó cerrar la boca, sus dientes no se alinearon. Se pasó la lengua por los labios y notó el sabor de la sangre. Se derrumbó sobre su pecho, llorando.

Oyó que el teléfono sonaba sobre el banco, pero no contestó. Era incapaz de ponerse en pie. Era incapaz de enfrentarse a Kirk.

No vio el todoterreno que pasaba frente al monumento en dirección este, hacia Barron.

Un minuto después, tampoco vio que el todoterreno daba media vuelta y aceleraba en dirección al punto de entrega.

El teléfono sonó y sonó, y Leno no contestó. Kirk colgaba y volvía a marcar, colgaba y volvía a marcar. Nada. Su hermano se había quedado mudo.

—¡Cógelo, capullo inútil! —gritó dentro de su camioneta—. ¡Descuelga el jodido teléfono, Leno!

El pulso le latía en las sienes. Bajó del vehículo y le dio una violenta patada al neumático delantero con la punta de la bota. Respiró con fuerza, se apoyó en el capó y se dio unos golpecitos con el puño en la barbilla. Distinguió la mancha de un rojo intenso en el campo. La mochila. El dinero. Se dijo que no había nada de que preocuparse. El comprador había efectuado la entrega y se había marchado con el rabo entre las piernas. Esta vez era igual que todas las anteriores. Sin policías. Sin trampas.

Aun así, que Leno no contestara significaba que había algún problema. Lo más seguro era largarse de allí, pero si lo hacía, otra persona tropezaría con la mochila y le robaría el dinero. No iba a dejar que eso ocurriera. Ni de coña.

Kirk echó un vistazo a la carretera. No vio ningún coche, y el camino era tan llano en aquella zona que le proporcionaba como mínimo un minuto de seguridad antes de que nadie pudiera llegar al punto de recogida. Si se ponía en movimiento

enseguida, podía agarrar la mochila y desaparecer. No volvería a Barron; tomaría un camino de tierra y dejaría a Leno en el monumento con los indios muertos. Que le dieran.

Se metió en la camioneta y condujo deprisa, con la vista fija en la carretera. En el cruce, dio media vuelta y la dejó encarada hacia el camino de tierra que se dirigía al norte; bajó, dejó la puerta abierta y corrió a través del campo cubierto de surcos. Sus botas dejaban huellas sobre el terreno, pero no le importaba. La mochila se hallaba a treinta metros del arcén. Alargó la mano, la cogió, abrió la cremallera y comprobó los fajos de billetes. Luego se la colgó del hombro y corrió de vuelta hacia su vehículo.

Oyó el rugido del motor del todoterreno antes de verlo. Aún seguía en el campo cuando pasó disparado junto al lugar de la entrega.

Era él.

El hijo de puta había vuelto para encontrarle.

El todoterreno avanzaba tan rápido que la cara del hombre era apenas un borrón, pero bastó para que ambos se vieran el uno al otro. Sus miradas se encontraron, desde el vehículo en marcha hacia el campo. Kirk lo reconoció, y él reconoció a Kirk. El juego entre ellos había terminado. El hijo de puta aceleró y el todoterreno voló por la carretera. En unos segundos, habría desaparecido.

Kirk no podía perder tiempo. Tenía que largarse de allí.

Deshizo el camino hasta su camioneta y se lanzó hacia el norte. Realizó varios giros aleatorios sin apartar los ojos del retrovisor. Nadie le seguía. Echó un vistazo a la mochila y se preguntó si en su interior habría un dispositivo de seguimiento. ¿Era eso? Quizá no importaba adónde fuera ni lo rápido que condujera; quizá estaban ya tras él, observando su ruta en una pantalla. Se paró en la cuneta, vació la mochila sobre el asiento y revisó el contenido. No encontró ningún dispositivo electrónico, pero sabía que eso no significaba nada. Los federales eran inteligentes.

Esperó en mitad de la nada. Los caminos salían disparados en todas direcciones, como flechas. Los campos estaban vacíos. Al cabo de diez minutos seguía solo y decidió que las sirenas no iban a aparecer. Fuera cual fuese la trampa, aún no se había cerrado alrededor de su cuello.

Entonces ¿de qué iba todo aquello?

Tal vez su presa sólo quería saber quién había estado burlándose de él y ponerle un rostro a la voz infantil del teléfono. Si era así, lo había conseguido. Lo había desenmascarado y ahora ambos estaban en peligro, expuestos. Podían destruirse la vida mutuamente, pero sólo a expensas de sacrificar la suya propia.

La boca de Kirk se curvó en una mueca amarga. No le gustaba no saber.

«¿Qué pasará ahora, papi?».

Capítulo 32

Hannah rodeó a su hija con los brazos cuando Chris la llevó a casa desde el hospital. Olivia era quince centímetros más alta que su madre y tuvo que inclinar la cabeza para apoyarse en el hombro de Hannah. Hacía años que la relación entre ellas era distante, pero tanto madre como hija habían firmado una tregua. Cuando Olivia subió a su habitación en el piso de arriba, los ojos llorosos de Hannah la siguieron. Chris percibió la oleada de alivio que embargaba a su exmujer por tener a su hija sana y salva de vuelta en casa.

Esperó a que Olivia cerrara la puerta de su habitación.

—La terapeuta dice que es una chica fuerte —explicó—. Se parece a ti.

—No me siento muy fuerte —replicó Hannah, secándose los ojos como si se sintiera culpable por haberse dejado llevar por la emoción.

—Se pondrá bien. De verdad. Sólo necesita algo de tiempo.

—Lo sé.

Hannah alargó el brazo y le puso una mano en el hombro. Para Chris, el más leve contacto encerraba un gran significado.

—¿Quieres que prepare el desayuno?

—Sería estupendo.

Ella bajó la vista para mirarse. Llevaba una sencilla bata de felpa, iba sin maquillar y estaba descalza.

—Antes tengo que ducharme y vestirme. ¿Puedes esperar?

—Claro. Siento haber hecho que te acostaras tarde.

—No lo sientas; me alegro de que llamas. Fue como en los viejos tiempos.

—Tómate tu tiempo —dijo él—. Esperaré.

—¿Por qué no vienes y hablas conmigo?

Hannah subió las escaleras y él la siguió; su dormitorio se encontraba al final del pasillo. Ella se metió en el baño para ducharse y dejó la puerta entreabierta.

—¿Te alojas en el motel Riverside? —preguntó, elevando la voz por encima del ruido del agua.

—Así es.

—Es un antro, ¿verdad?

Él se rió.

—Bah, no está tan mal. El propietario es un tipo decente. Se esfuerza mucho.

Hannah asomó la cabeza por la puerta.

—¿Por qué no te quedas aquí con nosotras, Chris?

Él se sorprendió tanto que no supo qué decir. Hannah notó que vacilaba.

—Lo siento —se disculpó—. Por favor, no te sientas obligado.

—No, me encantaría. ¿Estás segura de que no te molestaré?

—Claro que lo harás —contestó ella, y sonrió.

Su rostro desapareció y Chris oyó como Hannah abría y cerraba la mampara de la ducha. Estudió la habitación, que no se parecía en nada al moderno dormitorio que habían compartido. El mobiliario de roble era de segunda mano y el barniz estaba desvaído. Sobre la cama de matrimonio había una colcha cosida a mano colocada de un modo informal sobre la funda nórdica. En la cómoda se veían fotos de Olivia en todas las etapas de su vida junto con otras más antiguas. Los padres de Hannah. Su hermano de Ohio. Había incluso una foto de él mismo, aunque a Chris no le parecía excesivamente favorecedora. Aparecía más joven, sin afeitarse, despeinado y con una sonrisa de oreja a oreja. Ése era el hombre al que ella había elegido recordar.

Las tuberías de la ducha quedaron en silencio y volvió a oírse la voz de Hannah.

—¿Qué quieres desayunar? Supongo que beicon y huevos.

Él se quedó de pie junto a la puerta y contestó:

—Últimamente, he empezado a desprenderme de los buenos hábitos. Unos cereales y algo de fruta estaría bien, si tienes.

—Tengo *muesli* casero.

—Genial. —Y añadió—: ¿Qué toma normalmente Olivia?

—Beicon y huevos. ¿A quién te recuerda?

—Por suerte, ha heredado tu delgadez —señaló él.

—Tú también te estás quedando bastante delgado, Chris. Ya te he dicho que tenías un aspecto estupendo, ¿no?

—Sí, lo has hecho. Gracias.

—Admiro tu fuerza de voluntad. Supongo que es mucho más fácil sin tenerme a mí encima todo el día diciéndote que lo hagas.

—Eso no lo recuerdo.

—Mentiroso.

Él se rió.

—Espero que Olivia sea una esposa más comprensiva de lo que fui yo —añadió Hannah.

—Pues no lo sé. Se parece mucho a ti. Y eso es un buen comienzo.

—Recuérdame que alerte a su futuro marido —le pidió ella.

—He dicho que Olivia va a ser una buena esposa —replicó Chris con una risita—, pero no que tú vayas a ser una buena suegra.

No hubo respuesta desde el baño y Chris temió que Hannah se hubiera enfadado.

—¿Hannah?

Seguía sin oírse nada. Pasaron los segundos.

—Hannah, era sólo una broma.

Chris dio un ligero golpe en la puerta con el codo, aunque permaneció en el umbral.

—¿Estás bien?

Ella seguía en silencio.

—Hannah, voy a entrar.

Chris dio un paso hacia el baño. El vapor llenaba el aire, confiriéndole calidez y cercanía al reducido espacio. Hannah estaba de pie frente al lavabo, apoyada con ambas manos. Estaba desnuda, y su piel cubierta de gotas de agua. Se había quitado la peluca que utilizaba en público y su cabeza se veía calva y suave, más pálida que el resto del cuerpo. Reconoció su espalda, con la columna curvada como las vías del tren; la cicatriz del hombro, recuerdo de una quemadura infantil, y la cara interna de sus rodillas, donde le gustaba que la besaran.

Estaba sollozando en silencio.

Miraba su rostro en el espejo como si fuera el de una desconocida y lloraba. Un leve temblor sacudía sus hombros. Las lágrimas le corrían por las mejillas como el agua de la ducha. Él se acercó por detrás sin decir nada, le puso las frías manos en el cuello y la inclinó con suavidad hacia su pecho. Ella abrió la boca, intentando respirar. Chris acarició su desnuda cabeza con delicadeza, le dio la vuelta, la estrechó entre sus brazos y sintió cómo ella se aferraba a él y dejaba que su desesperación se desbordara.

—No lo veré —murmuró Hannah en un tono apenas audible—. No estaré ahí.

Él sabía a qué se refería. Olivia casada. Cenas de Acción de Gracias. Nietos. El futuro.

—Lo estarás.

Ella levantó la cabeza para mirarle con los ojos enrojecidos.

—Mírame.

—Lo estoy haciendo. Eres hermosa.

—No me mientas.

—Yo nunca miento. Soy abogado.

Ella se rió entre las lágrimas.

Él le levantó la cabeza poniéndole un dedo bajo la barbilla y le rodeó la nuca con la otra mano, se inclinó y la besó, un beso que duró sólo un segundo, un beso igual que miles de otros besos que habían compartido a lo largo de su vida. Y aun así era distinto. Era como su primer beso. Era su beso más importante.

Pero hizo que ella llorara todavía más y lo apartara.

—No tienes por qué hacer esto. No quiero que me compadezcas.

—¿Bromeas?

La atrajo hacia sí y volvió a besarla. Era consciente del tacto de su piel desnuda bajo sus manos y de su torso desnudo atrapado contra su pecho, y no tardó en excitarse. El cuerpo de Hannah también respondió. No se dejaron llevar por la pasión; ambos sabían quiénes eran. No eran unos críos y tampoco unos recién casados. Eran

una pareja divorciada ya no tan joven en un mundo que se estaba volviendo loco y, en ese momento, necesitaban una vía de escape.

Ella le ayudó a quitarse la ropa, ahora también empapada, y lo guió hacia la cama con un brazo alrededor de su cintura. No se cogieron de la mano. Ella le estaba diciendo que le necesitaba, no necesariamente que le quisiera. No importaba. Se tumbaron juntos en la cama y él dejó que ella tomara la iniciativa y recorriera su cuerpo, mientras él le cubría la boca para ahogar sus sollozos. Así era como hacían el amor los padres, entre silenciosos murmullos y detrás de una puerta cerrada. Ella se inclinó hacia delante con sus menudas manos sobre el torso de él, sus pechos oscilantes. Su cara resultaba distinta sin la larga melena pegada al brillo del sudor de sus mejillas, pero el óvalo que formaba su boca mientras se abría en una sonrisa jadeante era tal como lo recordaba. Sus ojos eran los mismos, abiertos de par en par cuando se acercaba al clímax, fijos en él. Hacer el amor con Hannah con los ojos abiertos había sido siempre la experiencia más íntima y erótica de su vida.

Cuando ambos hubieron terminado, cuando ella cayó sobre él y apoyó la cabeza en el hueco de su cuello, Chris tuvo un fugaz pensamiento sobre lo que ocurriría entre ellos a continuación. Hannah debía de tener las mismas dudas, pero ninguno de los dos quería estropearlo hablando. La respiración de Hannah se calmó a medida que se deslizaba hacia el sueño. Él se sentía contento de abrazarla. Intentó mantenerse despierto para saborear la sensación, pero se dio cuenta de que estaba agotado hasta la extenuación y acabó por dormirse. Fue el sueño más reparador que había tenido desde que llegara a St. Croix.

Olivia estaba tumbada sobre el edredón, con la vista fija en el techo. Era consciente de todos los puntos del cuerpo que le dolían.

Al moverse, no podía sino recordar lo que le habían hecho: llevaba las marcas impresas en la piel. Aun así, se negaba a pensar en ello. No le importaban los horribles moratones; sabía que se desvanecerían y curarían. No pensaba en ella, sino en Ashlynn en el parque. Ésa era la herida que permanecería siempre abierta. El remordimiento que nunca la abandonaría.

Visualizó a Ashlynn en una esquina de la cama, viva, luminosa, todavía exasperantemente hermosa, del modo en que lo estaría ahora si Olivia la hubiera llevado a casa.

—Tú me abandonaste —le recordó Ashlynn con la voz impregnada de tristeza.

Olivia no replicó, porque las palabras de Ashlynn eran ciertas. No importaba que estuviera enfadada y celosa de ella por haberle quitado a Johan. No importaba qué secretos ocultara Ashlynn. Le había pedido ayuda y Olivia se la había negado. Tendría que vivir con eso. Ésa era la persona en la que se había convertido: alguien que abandonaba a una chica que necesitaba desesperadamente su ayuda.

—Tú me abandonaste —repitió Ashlynn.

Sólo eso, siempre lo mismo. «Tú me abandonaste. Tú me abandonaste. Tú me abandonaste».

Olivia cerró los ojos y, al abrirlos de nuevo, Ashlynn había desaparecido. La culpa excavó en ella un profundo túnel, como si quisiera atravesarla. Sólo podía pensar en formas de detenerla. Formas estúpidas. Se acercó a su armario abierto y miró la ropa, dispuesta ordenadamente en el colgador. En el extremo más alejado del estante, vio una fina caja dorada. La llevó a la cama y abrió la tapa. La caja contenía una corbata de seda que, tres años atrás, había comprado para regalársela a su padre; con el torbellino del divorcio, nunca llegó a dársela.

La sostuvo entre los dedos y acarició el suave tejido, apretando los labios con tanta fuerza que se le volvieron blancos. Se enrolló la corbata alrededor del cuello, sólo para saber qué se sentiría. Cogió ambos extremos y tiró, hasta que la presión empezó a dolerle. Tendría que estar mucho más prieta. Tendría que hacer un nudo que le impidiera aflojarla con los dedos. Un extremo anudado y el otro, atado a la barra del armario.

Olivia se acercó al espejo de cuerpo entero que había en la puerta del armario. Los extremos de la corbata azul marino le colgaban sobre la camiseta.

«Tú me abandonaste».

Cogió el lado más grueso de la corbata entre las manos, miró su cara en el espejo y la imaginó amoratada, con la lengua hinchada y los ojos desorbitados como los de un bóxer. Espantosa.

Oyó la voz de Kimberly en su cabeza, y supo qué le diría su amiga: «No te atrevas a hacerlo, Livvy».

Olivia suspiró; sabía que Kimberly tenía razón. Era incapaz de hacerlo. Pasó el extremo ancho por encima del estrecho, volvió a meterlo por el nudo y lo ajustó hasta que quedó perfecto. Ahora era sólo una corbata, no una soga. Le sacó la lengua a su reflejo, y luego se soltó la corbata y la lanzó al armario.

Olivia oyó un afilado ping en la ventana de su dormitorio. En ocasiones, algún pájaro desorientado chocaba contra el cristal. En ocasiones, el viento lanzaba bellotas contra su ventana. Miró hacia el río y, mientras lo hacía, volvió a ocurrir. Un guijarro golpeó el cristal y rebotó. Había alguien lanzando piedrecitas desde abajo para llamar su atención.

Sabía quién era, y el corazón se le aceleró. Corrió hacia la ventana y le vio oculto entre los árboles de la ribera del río, haciéndole gestos con las manos.

Johan.

Olivia abrió la ventana, pero se lo pensó mejor antes de llamar. No creía que sus padres quisieran que hablara con él, así que se escapó como había hecho en tantas otras ocasiones: se agarró del canalón y saltó al suelo. Esta vez la caída le dolió.

Corrió hacia los árboles y, antes de que pudiera decir una palabra, él la atrajo hacia la orilla del río, fuera de la vista de la casa, y la abrazó con fiereza.

—Esos hijos de puta —susurró—. ¿Estás bien?

Olivia notó que el cuerpo del chico temblaba de rabia. Cuando la sujetó por los codos, lo miró un segundo y vio que no era el Johan que ella conocía. No se trataba sólo de los cortes y los cardenales de su rostro: sus ojos eran distintos. No lo reconoció.

—Estoy bien —contestó—, de veras.

—Mientes.

Así era, pero no hacía falta que él supiera la verdad.

—No te preocupes por mí. ¿Cómo estás tú?

Él se encogió de hombros, como si sus propias heridas no significaran nada.

—Fue Kirk —le dijo—. Él y los otros. Ellos lo hicieron.

—Qué sorpresa.

—Obligué a Lenny a contármelo.

Olivia le miró las manos y vio que tenía los nudillos ensangrentados.

—Johan, ¿qué has hecho?

—Nada comparado con lo que voy a hacer.

Olivia había percibido ese odio en las voces de otros chicos de St. Croix, pero nunca en la de Johan.

—No te metas en esto —le suplicó—. Por favor. Ésta no es tu guerra.

—Sí, sí lo es. Llevo años escuchando a mi padre, pero está equivocado. Me niego a aceptar lo que venga. No puedes tumbarte y dejar que te cosan a patadas. Antes o después, tienes que devolver el golpe.

—Saldrás herido, te meterás en problemas... y nada de eso cambiará lo que ha ocurrido.

—No me importa. No soporto quedarme sin hacer nada. ¡Mira lo que te hicieron! ¡Mira lo que le hicieron a Ashlynn!

—Nada de lo que hagas va a traerla de vuelta ni a hacer que esto desaparezca. Sólo conseguirás empeorar las cosas.

Johan cayó de rodillas.

—Estaba embarazada, Olivia —gimió con la garganta cerrada por el dolor.

—Lo sé.

—El bebé iba a morir. Nuestro bebé. Tuvo que someterse a un aborto.

—Me lo han contado. Es horrible.

—Es culpa suya. De todos ellos. De Elorian, de Mondamin, de Kirk, de Barron. Tengo que hacer algo.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó Olivia.

—Pienso ir por Kirk esta misma noche. Cuando acabe con él, el enfrentamiento

habrá terminado.

—No. Por el amor de Dios, Johan, no lo hagas. No dejaré que lo hagas.

—Voy a hacerlo por ti. Por Ashlynn. Y también por Kimberly.

—Sólo conseguirás echar a perder tu vida. No quiero perderte también a ti.

Johan se levantó y la atrajo hacia él.

—He intentado seguir el camino de la paz. He intentado poner la otra mejilla. Y mira adónde nos ha llevado eso. Me niego a seguir bajando la cabeza. Voy a devolver el golpe.

—Se lo contaré a tu padre. A la policía. Ellos te detendrán.

Él la agarró y negó con la cabeza.

—No lo hagas.

—Maldita sea, Johan. Esto es una locura.

—Si todavía me quieres, no se lo cuentes a nadie. No les digas lo que voy a hacer.

La besó, como si supiera que ella no podría resistirse, y susurró:

—Por favor.

Olivia trató de retenerlo, pero él echó a correr por la orilla del río sin mirar atrás. Cuando los árboles lo engulleron ella siguió oyendo sus pasos entre los arbustos. Se quedó de pie junto al agua, desgarrada por la indecisión. Se dijo que Johan no hablaba en serio. No iría por Kirk. Johan no. Haría lo mismo que ella: conseguiría dominar al fin sus enloquecidos pensamientos y se echaría atrás antes de que fuera demasiado tarde.

Pero en sus ojos se leía otra cosa. Se leía la palabra «asesinato».

Tenía que detenerlo.

Capítulo 33

Chris se despertó con un zumbido, como si un insecto volara alrededor de su cabeza. Abrió los ojos, momentáneamente desorientado. Estaba solo en la cama de Hannah y en la casa flotaba un grasiento y seductor aroma a beicon frito. El zumbido provenía de su teléfono, que vibraba en el bolsillo de los pantalones que había tirado al suelo cuando se desvistió y que ahora estaban doblados sobre la cómoda de Hannah.

Salió de la cama desnudo y recuperó el móvil. En la pantalla había un mensaje de Michael Altman.

«Tengo que verle. MA».

Chris escribió una respuesta al fiscal del condado: «¿En una hora en su oficina?».

Se dio una ducha y volvió a vestirse. Encontró a Hannah en el piso de abajo, frente a los fogones y con un delantal por encima de su ropa de trabajo. Olivia estaba sentada a la mesa de madera, jugueteando con un huevo escalfado en el plato mientras masticaba un pedazo de beicon crujiente. Su exmujer hizo un gesto con la cabeza en dirección a Olivia y le dirigió a Chris una mirada elocuente que él entendió: lo que había pasado entre ellos debía permanecer en secreto ante su hija.

Se sentó a la mesa, y Hannah le puso delante una taza de café y un cuenco con *muesli*. La expresión de Olivia era sombría, como si tuviera la cabeza en otra parte, y movía incansablemente las piernas por debajo de la mesa.

—¿Estás bien? —le preguntó él.

Su hija no le miró.

—Sí.

—¿Estás segura?

Ella le dedicó una sonrisa, pero parecía falsa.

—Estoy segura.

Chris no insistió. Olivia ya había sufrido bastante. Si necesitaba tiempo, él quería que lo tuviera.

Hannah se sentó entre ellos y esbozó una pequeña y tímida sonrisa a Chris que su hija no vio. Comieron casi en silencio, y él se dio cuenta de lo mucho que había echado de menos su rutina matinal desde el divorcio. Ahora se sentía como en los viejos tiempos, en Minneapolis, cuando se preparaban para salir de casa por las mañanas. Cuando terminó, Chris dejó el cuenco en el fregadero y besó la cabeza de su hija. Ella le abrazó por la cintura, y le pareció una sensación muy agradable.

—Te acompaño —dijo Hannah.

Caminó junto a él hasta el coche. La mañana, gris, prometía más lluvia. Se quedaron de pie en el camino de entrada, conscientes de la incomodidad que reinaba entre ellos y sin estar muy seguros de cómo suavizarla. Él pensó en besarla, pero no lo hizo. Volvían a comportarse como un par de adolescentes.

—Ha estado bien —dijo Hannah finalmente.

—Sí, así es.

—Llevaba mucho tiempo sin hacerlo —añadió ella.

—Yo también.

Hannah sonrió.

—Sí, seguro. ¿Cuánto es mucho tiempo para un hombre? ¿Un mes?

—Un año y medio —dijo él—, y no fue más que un estúpido rollo de una noche.

—¿De verdad?

Parecía sorprendida, pero meneó la cabeza como si estuviera enfadada consigo misma.

—Lo siento, no es asunto mío. No sé por qué hablo así. No esperaba que esto ocurriera.

—Yo tampoco.

—Están pasando tantas cosas: el cáncer, Olivia... Yo sólo...

—No necesitas justificarte.

—Ha sido un error.

—¿Ah sí?

Ella pareció incomodarse.

—No voy a decirte que me arrepiento, pero no tenemos que convertirlo en algo importante, ¿no?

—Tal vez deberíamos.

Hannah extendió una mano hacia su cara, pero la retiró antes de llegar a tocarla.

—Piensa en nuestra situación, Chris. Ya tenemos bastantes cosas de las que preocuparnos con Olivia y, ahora mismo, no nos hace ninguna falta añadir más complicaciones.

Él asintió, aunque no se sentía feliz.

—Eso es cierto.

—Lo siento.

—No, tienes razón. —Chris hizo un gesto en dirección a la casa—. ¿Quieres anular tu invitación?

—No, insisto. Deberías quedarte.

—¿Qué le decimos a Olivia?

—Que te resultará más sencillo instalarte en casa. No es necesario que sepa lo que ha pasado entre nosotros.

Chris no creía que le resultara sencillo estar cerca de Hannah después de haber vuelto a hacer el amor con ella, pero no se opuso. Abrió la puerta del coche y, antes de que entrara, Hannah lo abrazó. El abrazo no se prolongó más que el de dos amigos y, cuando se separaron, el rubor que cubría el rostro de Hannah sugería que ella también tenía sentimientos encontrados. Chris arrancó sin decir nada más y la

contempló a través del retrovisor. Hannah lo siguió con la mirada hasta que desapareció.

Las cosas ya se habían complicado.

Tomó la solitaria carretera del norte para dirigirse hacia los juzgados de Barron y reunirse con Michael Altman. Cuando llegó al impresionante edificio situado en lo alto de la colina, encontró al fiscal del condado esperándole en un banco, entre las jardineras vacías. Llevaba la gabardina negra doblada sobre un brazo, el Fedora pulcramente colocado en la cabeza y las gafas negras en la punta de la nariz. Altman sujetaba el móvil con el brazo extendido y entornaba los ojos intentando leer la pantalla.

—Señor Hawk —le saludó Altman—. Necesito un café, ¿le importa?

—En absoluto.

Altman se metió el teléfono en el bolsillo del traje.

—Estas diminutas pantallas son una conspiración de los jóvenes. Sentiré mucho no estar vivo para disfrutar del momento en que la generación actual llegue a los cincuenta y se haya quedado sin vista.

Chris se rió. El fiscal del condado se levantó del banco y le precedió por la escalinata de piedra hacia la calle principal. Chris se esforzó por seguirle el paso, convencido de que el viejo fiscal sobreviviría a la mayoría de los jóvenes de la nueva generación. Altman lo llevó al otro lado de la calle, a un antro llamado Jack's que olía a cerveza y a humo rancio. Saludó con la mano al camarero y se sentó en un desvencijado reservado forrado de vinilo rojo. Chris se acomodó frente a él. Eran los únicos clientes del local.

—Este local representa el espíritu del viejo Barron —explicó Altman al tiempo que dejaba el Fedora sobre la mesa—. El de antes de Mondamin. Ha estado abierto desde que me convertí en fiscal del condado. La cerveza está tan rebajada que podrían venderla como agua embotellada, pero yo siento debilidad por este sitio. Eso, y que el café de las mañanas es tan fuerte que se puede masticar.

El camarero colocó una humeante taza frente a Altman sin mediar palabra y miró a Chris con expresión interrogativa. Éste negó con la cabeza.

—¿Quería verme? —preguntó Chris cuando el camarero se hubo marchado.

Altman sopló el café.

—He oído que ha estado ocupado.

—Podría decirse que sí.

—El sheriff me ha contado que les entrego varias prendas de ropa manchadas de sangre pertenecientes a Johan Magnus.

—Es cierto.

—Así que Johan estuvo esa noche en el parque. Estoy impresionado. ¿Cree que él la mató?

Chris pensó en Glenn Magnus. «Espero que ambos estemos en lo cierto».

—No lo sé, aunque tenía un motivo. Ashlynn lo abandonó cuando se quedó embarazada y luego se sometió a un aborto. Puede que lo descubriera y perdiera el control.

Altman tomó un sorbo de café y utilizó una servilleta para secar la taza y la mesa.

—No tengo tan claro que un jurado vaya a ver a Johan como un asesino. Y yo tampoco.

—Hay tantas pruebas que indican que Johan la mató como de que lo hizo Olivia. A su caso perfecto le ha salido una gran gotera.

El fiscal del condado le sonrió por encima de la taza de café.

—Estoy acostumbrado a que los abogados defensores levanten cortinas de humo, señor Hawk. Está buscando sospechosos alternativos y me parece bien, pero las pruebas siguen señalando directamente a su hija.

—He revisado todas las pruebas que reunió la policía —comentó Chris— y hay otra cosa que no encaja.

Altman arqueó una ceja.

—¿El qué?

—Ashlynn no tenía ordenador portátil. No se menciona en el inventario de objetos personales, ni entre los del coche ni entre los de su habitación.

El fiscal del condado frunció el ceño.

—Reconozco que es un poco extraño.

—Se me ocurren algunas razones para que la policía no lo encontrara. Una, que la propia Ashlynn se deshiciera de él antes de llegar al pueblo fantasma. Dos, que alguien se lo llevara, ya fuese antes o después del asesinato. Tres, que Florian y Julia lo sacaran de su cuarto antes del registro policial.

—¿Por qué iban a hacer algo así?

—Quizá porque contenía datos de Ashlynn que no querían que nadie descubriera.

—O quizá fue Olivia quien se lo llevó —señaló Altman.

—¿Quién intenta levantar ahora una cortina de humo?

Altman sonrió.

—¿Qué cree que había exactamente en el portátil de Ashlynn que lo haga tan importante?

—No tengo ni idea. ¿E-mails? ¿Entradas de la agenda? ¿El historial de las páginas web que visitaba?

—Hablaré con Florian —propuso Altman—. Tal vez haya una explicación inocente. Es posible que el ordenador esté en la escuela o en otra parte de la casa.

—Quizá.

Altman dejó la taza en la mesa y entrelazó los dedos.

—Entiendo su interés en perseguir teorías conspirativas, señor Hawk, pero deje

que le explique algo acerca de los hombres y mujeres que integran los jurados de este condado: no son estúpidos. Son cristianos responsables y trabajadores, con un gran sentido común. Si cree que puede desviar su atención, está perdiendo el tiempo. Si lo que de verdad quiere es ayudar a su hija, pídale que se sincere y veremos qué podemos hacer por ella.

—Ella no mató a Ashlynn.

Altman suspiró.

—Señor Hawk, no me gusta ver cómo una chica de diecisiete años pasa el resto de su vida en la cárcel, sin importar lo que haya hecho, pero a fin de cuentas, mi responsabilidad es para con Ashlynn Steele. Conocía bien a esa chica y no voy a dejar que su muerte quede sin castigo.

—En la vida de Ashlynn estaban ocurriendo muchas cosas... Existen otros posibles móviles para su asesinato.

—¿Cómo cuáles?

—Vernon Clay —señaló.

Chris esperaba un nuevo rechazo por parte del fiscal, que le repitiera que estaba persiguiendo fantasmas. En lugar de eso, Altman frunció los labios en un gesto de preocupación, se reclinó en el asiento y estudió el rostro de Chris con curiosidad renovada.

—¿Por qué saca su nombre a colación?

—No he sido yo, sino la propia Ashlynn. Antes de que la mataran, estuvo haciendo preguntas sobre él.

Por primera vez, Chris percibió un mínimo atisbo de duda en la mirada del fiscal.

—¿Está seguro de eso? —preguntó Altman.

—Sí.

—¿Con quién habló?

—Preferiría no darle un nombre en este momento, pero es una fuente fiable. Ashlynn habló directamente con él.

—¿Se trata de alguien de Mondamin?

Chris no respondió.

Altman tamborileó con los dedos sobre la mesa.

—Vernon Clay se marchó del pueblo hace años. ¿Tiene alguna prueba que demuestre que el interés de Ashlynn por él está relacionado con su muerte?

—No, pero tampoco tengo su portátil.

—Ah, sí, claro. El misterioso portátil. Me gusta el modo en que enlaza las cosas. Así pues, ¿qué es lo que quiere que crea? ¿Piensa que Ashlynn estaba husmeando en los secretos de su padre debido a su relación con Vernon Clay y que descubrió algo que la puso en peligro?

—Quizá. Tal vez puso el dedo en la llaga y la hizo sangrar.

—¿Tiene alguna teoría?

Chris se inclinó por encima de la mesa.

—Dígame usted, señor Altman. Tengo la sensación de que sabe algo que no quiere compartir conmigo.

—Es su teoría, señor Hawk —repuso Altman encogiéndose de hombros.

—¿Lo es? Hace unos minutos yo estaba fabulando teorías conspirativas y ahora intenta usted sacarme información. Me gustaría saber por qué.

El fiscal del condado jugueteó con su taza de café.

—Primero contéstemme otra pregunta, y luego veremos. Esa fuente fiable suya, ¿mencionó al hombre que se hace llamar Aquarius?

—No.

—¿Ashlynn comentó con él algo acerca de Aquarius?

—Que yo sepa, no. Creo que me lo habría contado. —Chris estudió a Altman con suspicacia y añadió—: ¿Por qué? ¿Ha encontrado alguna prueba de que Aquarius pudiera estar relacionado con la muerte de Ashlynn?

—No hemos descubierto nada en ese sentido.

—Entonces ¿por qué lo menciona?

El semblante de Altman revelaba cierta incomodidad.

—La de Aquarius es una investigación independiente, señor Hawk. Me temo que no puedo compartir esa información con usted.

—Era una investigación independiente, pero ahora no estoy tan seguro. Si tiene razones para creer que existe una relación entre Ashlynn y Aquarius, me debe la verdad al respecto.

Chris frunció el ceño y de pronto lo entendió. De pronto, todo tenía sentido.

—Cree que es posible que Aquarius sea Vernon Clay, ¿verdad? Ha encontrado algo que los relaciona. De eso va todo esto.

El fiscal del condado dejó escapar un leve suspiro, como si supiera que no podía permanecer en silencio.

—Lo único que puedo decirle, señor Hawk, es que pronto lo sabremos.

—¿Qué quiere decir?

—Aquarius —dijo Altman—. Le hemos encontrado.

Capítulo 34

Tras el fin de la tregua, la lluvia había regresado.

Chris oyó las salpicaduras de las calles mojadas bajo sus neumáticos mientras conducía hacia el norte. El aguacero había hecho que todo el mundo buscara cobijo, y las aceras del centro de Barron se hallaban desiertas. Era un mediodía tan oscuro como el anochecer. Se detuvo ante un semáforo en rojo y la cortina de agua golpeó el parabrisas de su coche como si se tratara de los disparos de una ametralladora. Las ondas de lluvia grises, arrastradas por el viento, se desplazaban de oeste a este y martilleaban la superficie oscura del río.

El aparcamiento del motel Riverside se había convertido en un lago. Se detuvo frente a su habitación, en la esquina, donde una cascada se derramaba desde los canalones rebosantes. Al salir del coche metió los pies en un charco profundo y el agua le empapó los calcetines. Abrió la puerta y entró en su habitación. La lluvia retumbaba como si hubiera alguien tocando la batería sobre el tejado. No tenía muchas pertenencias que empaquetar. En dos minutos estuvo listo, regresó al Lexus y echó la bolsa dentro del maletero.

Avanzó a través de los charcos hasta la recepción, donde encontró a Marco Piva sentado en una endeble silla plegable debajo de una sombrilla de picnic con un botellín de cerveza en la mano, como si fuera un domingo de verano. Vestía una camiseta interior blanca; sus gruesos brazos sobresalían de las mangas y el espeso vello negro de su pecho se rizaba por encima del cuello de pico. Llevaba pantalones de pana oscuros, calcetines blancos y unas Nike. Tenía una servilleta de papel extendida sobre el regazo y estaba comiéndose un bocadillo de salami.

Marco alzó la botella de cerveza a modo de saludo.

—Señor Hawk. Únase a mí, por favor.

Chris esquivó el chorro de agua que caía del borde de la sombrilla.

—No es el mejor día para celebrar un picnic, Marco.

El rechoncho dueño del hotel hizo un gesto displicente con la mano. Tenía la piel húmeda y el pelo, hirsuto y entrecano, mojado.

—La lluvia no es nada. Me encanta. Hace un día espléndido.

—Si usted lo dice. —Chris señaló una silla vacía que había junto a Marco—. ¿Espera a alguien? —preguntó.

Marco se encogió de hombros.

—A usted.

—¿Cómo sabía que iba a venir?

—No lo sabía, pero aquí está. Mi mujer siempre ponía un cubierto de más a la hora de cenar, por si se presentaba alguien de improviso. Lo hizo todas las noches de la semana durante más de treinta años.

—¿Cuántas veces apareció alguien? —quiso saber Chris.

—¡Ni una! —se rió Marco.

Chris se sentó en la desvencijada silla plegable. Marco metió la mano en una neverita con hielo y le ofreció una cerveza goteante, pero Chris negó con la cabeza.

—Demasiado pronto para mí —dijo.

—¿Qué me dice de medio bocadillo? Es mi manjar favorito. Hago que me envíen el embutido de Chiaramonte. Hay cosas en la vida a las que me niego a renunciar.

—Huele de maravilla, pero no, gracias.

Marco le dio un buen mordisco a su crujiente bocadillo. Una gota de mostaza marrón se le escapó por el borde la boca y se la limpió con un dedo.

—Le he visto hacer la maleta —comentó—. ¿Me deja?

—Así es.

Chris le tendió la llave de la habitación y Marco se la metió en el bolsillo.

—Mi exmujer y yo hemos decidido que sería mejor que me quedara en su casa. Así podré estar cerca de Olivia.

Marco le guiñó un ojo y su rechoncha cara se iluminó.

—Y también más cerca de su exmujer, ¿eh?

—Creo que quiere que volvamos a ser amigos. No estoy seguro de que haya nada más.

—Tal como lo dice, parece que a usted sí le gustaría que hubiera algo más —señaló.

—En un mundo perfecto, claro.

—¿Quién dice que las cosas han de ser perfectas? —preguntó Marco—. Dios la fastidió con el mundo la primera vez, ¿no? Si la fastidias, vuelves a intentarlo. Me encantaría tener una discusión más con mi mujer, sólo para poder reconciliarnos después.

—Creía que eran almas gemelas —observó Chris con una sonrisa.

—Oh, los amantes discuten mejor que nadie, usted lo sabe. Yo le gritaba que trabajaba demasiado, que siempre estaba de viaje. Ella me gritaba que odiaba lo que yo hacía, que odiaba los riesgos. Luego nos tomábamos una copa de vino y nos acostábamos.

—La verdad es que suena perfecto.

—¿Lo ve? Es usted un hombre listo, señor Hawk. La clave de un matrimonio feliz es casarse con una mujer que sea mucho más lista que uno mismo. Por suerte para el género masculino, eso es algo sencillo.

Chris se rió.

—Cierto.

—¿Por qué se separaron usted y su mujer? Por lo que parece, hacen buena pareja. Espero que no la engañara con otra.

—No, nada de eso.

—Eso pensaba. Tengo la impresión de que es usted un hombre honorable, señor Hawk. —Y añadió—: ¿Qué fue entonces lo que pasó entre ustedes?

—Si se lo preguntara a Hannah, le diría que olvidé mis prioridades.

—¿Y estaría en lo cierto?

Chris contempló la lluvia y comprendió por fin la verdad.

—Sí, supongo que sí.

—Pues cámbielas.

—Estoy aquí —dijo Chris—, pero no estoy seguro de que sea suficiente.

—Bueno, ¿a qué está dispuesto a renunciar para recuperarla? ¿Se lo ha preguntado?

—Tres años atrás, no veía por qué tenía que renunciar a nada por ella.

—¿Y ahora?

—Ahora creo que renunciaría a casi todo para recuperar lo que teníamos.

Marco siguió comiéndose el bocadillo tranquilamente y tomó un trago de cerveza.

—A veces, eso es todo lo que hace falta. El pasado ha quedado atrás. Sólo pueden construir algo distinto. La vida cambia, amigo mío.

—¿Es usted el dueño de un motel o un consejero matrimonial? —preguntó Chris, sonriendo.

—Sólo soy un entrometido —contestó Marco con la boca llena—. Mi mujer no está aquí para dar consejos, así que tengo que cubrir su puesto.

Cuando terminó de tragar, su expresión se tornó seria. Marco alargó un puño y golpeó levemente la rodilla de Chris.

—Si con eso pudiera recuperarla, renunciaría a todo. Yo no tengo esa opción, señor Hawk, pero usted sí. Aprovéchela.

—La decisión es de ella, no mía.

—O tal vez esté esperando a que usted le tienda la mano. Alguien tiene que hacerlo, ¿sabe?

Chris se puso en pie. La lluvia había arreciado. A pesar del aire templado, un escalofrío le recorrió la espalda.

—Lo tendré presente.

—Hágalo.

—Ha sido un placer, Marco, pero debo marcharme.

Chris estrechó la mano del hombre.

—Ya sé adónde ir si necesito consejo.

—El placer ha sido mío, señor Hawk, de verdad. Le deseo buena suerte en todo.

Marco le sujetó la mano y añadió en tono sombrío:

—Hablando de opciones, entiendo que no llegó a vengarse de los que le hicieron daño a su hija.

Chris se recordó de pie frente a la ventana de Kirk.

—Casi.

—Dios no nos castiga por las cosas que casi hacemos.

—Aún conservo su pistola —observó Chris—. ¿Le gustaría recuperarla?

—¿Mi pistola? No sé de qué me habla.

Tras un breve silencio, Marco le guiñó un ojo y susurró:

—Quédesela, señor Hawk. Nunca se sabe cuándo puede uno necesitarla.

—Gracias.

Chris dejó al dueño del motel bajo la sombrilla con su cerveza y el último pedazo de su bocadillo de salami y avanzó junto a la hilera de puertas rojas en dirección a su coche. Aunque la mayoría de las habitaciones del motel estaban vacías, oyó el estrépito de un televisor en una de ellas y, en otra, una pareja que hacía el amor a un volumen todavía más alto. Cada cual tenía formas diferentes de escapar de la lluvia.

Antes de meterse en el Lexus, cayó en la cuenta de que no había cerrado con llave la puerta su habitación. La madera estaba abombada y la cerradura no siempre encajaba. La puerta estaba unos quince centímetros entreabierta. Atravesó la cortina de agua que caía del tejado, asió el pomo para ajustarla y, al hacerlo, distinguió el tenue brillo de una lámpara en el extremo de la mesilla.

Estaba seguro de haberla apagado antes de salir.

Chris empujó la puerta con la punta del zapato y las bisagras oxidadas protestaron con un chirrido. Avanzó con paso cauteloso y distinguió el olor a humedad y algo más.

Perfume. Reconoció el aroma. Había aspirado aquella vaharada dulzona en otra ocasión, en las escaleras de una casa en forma de caja en las calles de Barron.

Las cortinas estaban echadas y la bombilla de cuarenta vatios que había bajo la pantalla de la lámpara apenas dejaba la habitación en penumbra. Alguien le esperaba en las sombras. Tanya Swenson estaba sentada en el borde de la cama.

Capítulo 35

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —le preguntó Chris.

La chica estaba calada hasta los huesos. Vestía una camiseta azul y unos vaqueros empapados, y se rodeaba el pecho con los brazos.

—Hay un sitio en el bosque donde puedes aparcar sin ser visto desde la carretera. Johan me lo enseñó.

Chris encendió el calefactor de la habitación. Las aspas emitieron un potente traqueteo.

—Estás helada. Cúbrete con la manta.

—Estoy bien.

Chris comprobó el corredor para asegurarse de que estaban solos y dejó la puerta abierta.

—Entonces ¿vienes a ver a Johan cuando está trabajando?

—A veces. Hacer las camas es muy aburrido, así que le hago compañía.

—¿De qué habláis?

—No sé, de tonterías. Como de las ganas que tengo de largarme de este sitio en cuanto termine el instituto.

—¿No te gusta vivir en Barron? —preguntó Chris.

—Uf, no.

—¿Y eso?

—¿Quiere que le haga una lista? No hay nada que hacer. Los chicos son todos unos capullos y las chicas me tratan como si fuera una mierda.

Chris se sentó, dejando entre ellos tanto espacio como pudo.

—Johan no es ningún capullo —señaló.

—No, él es genial.

Chris estudió su rostro.

—Te gusta, ¿verdad?

—¿Y a usted qué le importa? —preguntó Tanya a la defensiva.

—Sólo me lo preguntaba. Lo he notado en tu voz.

—Es una tontería, un capricho. Y Johan no va a fijarse en mí. Dice que, ahora que Kimberly ya no está, soy como su hermana pequeña.

—Es todo un detalle.

Tanya levantó los ojos al cielo.

—Es una mierda. No necesito un amigo, necesito un novio.

—Ya, lo entiendo. ¿Cómo te sentiste cuando él empezó a salir con Olivia?

—No me importó.

—¿No estabas celosa?

—¿Y qué si lo estaba? Eso no cambiaba nada.

—¿Te contó que había roto con ella?

—Sí, aunque temía que yo estuviera enfadada. Olivia y yo éramos amigas.

—¿Y lo estabas?

Tanya negó con la cabeza.

—Sabía que Olivia no era su tipo.

—¿Quién lo era? ¿Ashlynn?

—Supongo. Los de la *beautiful people* no tienen problema para encontrar pareja.

—Chris guardó silencio. Tanya frunció el ceño y reconoció—: Eso ha sido una maldad. Ashlynn no era la típica zorra rubia y rica. Me caía bien.

—¿Sabías que Ashlynn empezó a salir con Johan después de que él rompiera con Olivia?

—No.

—¿Nunca los viste juntos? Johan dice que ella venía a verle al motel.

—Lo mantenían muy en secreto —insistió ella—. Sólo me he enterado cuando todo el pueblo ha empezado a hablar de ello.

—¿Por qué no te lo contó Johan?

—Estoy segura de que pensó que yo se lo contaría a Olivia, aunque supongo que ella lo descubrió de todos modos. Ya le dije que entre Ashlynn y ella ocurría algo.

—En este lugar, todos los amigos guardan muchos secretos.

Tanya estrujó el edredón entre los dedos.

—Es un pueblo pequeño. Si no quieres que algo se sepa, no se lo cuentas a nadie. ¿Johan saliendo con Ashlynn? La gente no habría hablado de otra cosa.

—¿Sabes que Johan estuvo en el pueblo fantasma aquella noche? Olivia fue a verlo después de que la llamaras.

—Sí.

—¿Crees que Johan pudo haber matado a Ashlynn?

—Imposible.

—Pareces estar muy segura.

—Él nunca le haría nada malo a una chica.

—A veces, en el calor del momento, la gente hace cosas malas.

—Él nunca le hubiera hecho daño. Johan no.

Chris miró el empapelado desvaído de la habitación del motel. La lluvia salpicaba la moqueta beis a través del quicio de la puerta.

—Ha desaparecido, Tanya.

—Por eso estoy aquí.

—¿Sabes dónde está?

—No.

—¿Estás segura?

—No lo sé —repitió con voz rota.

—¿Se ha puesto en contacto contigo?

La chica vaciló.

—Tanya, ¿por qué has venido aquí? ¿Sabes qué está haciendo Johan?

—Él... me ha llamado hace un rato.

—¿Qué quería?

—Si se lo cuento, se lo dirá a la policía. No quiero que se meta en problemas.

—Pero tampoco quieres que resulte herido. ¿Para qué te ha llamado?

Tanya dio una patada a la moqueta con la punta de la zapatilla.

—Quería saber si mi padre guardaba armas en casa.

Chris cerró los ojos.

—Maldita sea.

—Ha dicho que necesitaba hacerse con una enseguida.

—¿Y tú qué le has contestado?

—Le he dicho que no —contestó ella—. Y que no fuera idiota.

—¿Te ha explicado qué planea hacer?

—No es difícil imaginárselo. Antes o después, aparecerá por casa de Kirk Watson.

Chris se levantó del borde de la cama.

—Tengo que llamar a Michael Altman y contárselo.

Tanya le agarró del brazo.

—Espere.

—No podemos esperar, Tanya. Debemos impedirselo.

—Hay algo más.

—¿Qué más?

La chica apretó los labios con fuerza. Estaba pálida, como si estuviera a punto de saltar desde un puente. Chris volvió a sentarse a su lado y le puso una mano en el hombro con delicadeza; no quería asustarla.

—¿Sabe tu padre que estás aquí? —preguntó.

—No. Me dijo que no debía hablar con usted.

—¿Le has contado que Johan estaba buscando una pistola?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no habría movido un dedo. Le aterroriza pensar que pueda pasarme algo. No quiere verme involucrada en esto, pero yo no puedo quedarme sentada sin hacer nada. Si Johan va por Kirk, será Johan quien acabe muerto.

—¿Por qué teme tu padre que te pase algo?

—Kirk ya fue por mí. Fue una advertencia.

—¿Una advertencia?

—Para que no hablara.

—¿Sobre qué?

Tanya vaciló.

—Sobre Ashlynn.

—¿Qué pasa con ella? Por favor, Tanya, tienes que contarme qué está pasando.

—Papá dice que no es nada. Sigue pensando que Olivia la mató.

—¿Y tú no?

—No lo sé —confesó Tanya—. Al principio era la única explicación con sentido, pero ahora ya no estoy tan segura.

—Entonces ¿quién crees que lo hizo?

—No tengo ni idea —insistió ella—. ¿Cómo iba a saberlo?

—¿Fue Kirk? ¿Sabía él lo que había entre Johan y Ashlynn?

Tanya negó con la cabeza.

—No, no tiene nada que ver con eso.

—Entonces explícamelo.

Tanya se levantó de la cama y juntó las manos frente a su barbilla.

—Yo me sentaba al lado de Ashlynn durante la clase de estudios religiosos. A veces hablábamos, y descubrí que no era como me la imaginaba.

—¿Y eso?

—Yo pensaba que sería una creída, y no lo era. De hecho estaba bastante sola, como yo. Había dejado de salir con la pandilla de Barron, y los chicos de St. Croix la odiaban. Creo que pensó que hablar conmigo era seguro, porque después de presentar la demanda nadie de Barron quería estar cerca de mí. Acabamos conociéndonos bastante bien, pero ella me dijo que no debía contarle a nadie que éramos amigas. Y mucho menos a Olivia. Supongo que era por la postura contraria a Mondamin de Olivia, aunque ahora deduzco que también era por Johan.

Chris esperó. Temía decir algo equivocado y que la chica se callara, y deseaba con todas sus fuerzas oír lo que tenía que decirle.

—Hace unos meses me llevó aparte después de clase, cuando el resto de los chicos ya se había marchado —prosiguió Tanya—. Se comportaba de un modo extraño. Quería asegurarse de que nadie nos viera.

Se interrumpió y se mordió una uña. Luego se dirigió al umbral, miró afuera y cerró la puerta. La habitación se oscureció aún más y el estruendoso ruido del calefactor se volvió más opresivo. Chris esperó a que la joven hablara, pero ella se quedó inmóvil y en silencio.

—¿Qué quería? —preguntó él en voz baja.

—Quería que le transmitiera un mensaje a mi padre —le explicó Tanya.

Hablaba tan bajo que era difícil oírla por encima del ruido del calefactor.

—¿Cuál era el mensaje?

—Estaba dispuesta a... robar cosas.

—¿Cosas?

—Papeles del despacho de su padre. Documentos de Mondamin. Quería ayudarnos a demostrar que la empresa había ocultado pruebas durante el pleito.

«Vernon Clay».

—¿Le transmitiste el mensaje a tu padre?

Tanya se mordió el labio y asintió.

—Sí. Dijo que, si Ashlynn creía de verdad que en Mondamin se estaban cometiendo irregularidades, debía dirigirse al fiscal del condado, Michael Altman.

Chris maldijo entre dientes. No le gustaba nada la idea de que existiera una relación secreta entre Ashlynn y Altman. Se preguntó qué habría hecho si la hija de Florian Steele hubiera acudido a su oficina con información en contra de la empresa de su padre. Michael Altman ya se lo había dicho: «Conocía bien a esa chica».

—¿Habló Ashlynn con Altman? —quiso saber.

—No lo sé. No volvió a mencionar el tema. Hasta el día anterior a su muerte.

—Te llamó el jueves por la noche —dijo Chris—. La llamada no tenía nada que ver con los deberes, ¿verdad?

Tanya negó con la cabeza.

—Dijo que tenía pruebas de que los desechos químicos de Mondamin habían causado la muerte de los chicos de St. Croix, y que su padre lo había encubierto. Dijo que podía demostrarlo.

Capítulo 36

Rollie Swenson revolvió sus negros cabellos en un gesto de frustración. Cerró su despacho de un portazo y se volvió hacia Chris.

—Te dije que no quería que hablaras con mi hija sin mi permiso.

Chris estaba sentado frente al escritorio de Rollie.

—Lo siento, pero fue Tanya quien vino a verme. Quería hablar.

—Tiene dieciséis años.

—No me importa la edad que tenga; no soy policía. Si un testigo acude a mí con información, lo escucho.

A Rollie se le había soltado uno de los faldones de la camisa amarilla, que colgaba sobre su prominente tripa. Se sentó tras su escritorio, cogió un vaso de tamaño extragrande y sorbió el refresco. Al terminar, lo dejó en la mesa con un golpe. La Coca-Cola subió por la pajita y se derramó sobre el escritorio. Rollie no se preocupó por que goteara sobre el suelo.

—Vas a conseguir que la maten —le dijo a Chris—. Estoy intentando protegerla.

—Yo sólo hago preguntas.

—No juegues conmigo, Chris. Sé que harás todo lo que esté en tu mano para salvar a tu hija, pero creía que respetarías mi petición de mantenerte alejado de Tanya. Y en lugar de eso, te has aprovechado de ella.

—Me mentiste, Rollie —le espetó Chris—. No me hables de respeto a menos que antes estés dispuesto a ser honesto conmigo.

—Sí, de acuerdo. De estar en mi lugar, tú también habrías mentido.

Chris se puso en pie.

—No tengo nada más que decirte. Puedes hablar con Michael Altman y el sheriff sobre todo esto.

Chris abrió la puerta de un tirón, pero antes de que pudiera marcharse, Rollie se levantó de la silla, lo detuvo y volvió a cerrar la puerta.

—No los metas en esto. Todavía no.

—¿Por qué?

—Porque no sé en quién confiar.

Chris señaló la silla vacía.

—Vuelve a empezar, Rollie.

La barbilla de Rollie, quien parecía ir siempre sin afeitarse, estaba especialmente descuidada. El abogado tenía cercos oscuros alrededor de los ojos, y la cafeína no estaba ayudando a reanimarlo. Ambos se sentaron de nuevo.

—Tanya me ha explicado que Ashlynn se ofreció para obtener información interna sobre Mondamin —dijo Chris—. ¿Te citaste con ella?

Rollie se agarró a los brazos de la silla.

—Sí, claro.

—¿Cuándo fue?

—El pasado otoño. En noviembre, creo.

—¿Qué te contó?

Rollie meneó la cabeza.

—Nada que no supiéramos ya.

—¿Y eso qué significa?

—Ashlynn sospechaba que su padre estaba involucrado en el encubrimiento, pero no tenía ninguna prueba.

—¿Mencionó a Vernon Clay? —preguntó Chris.

Rollie arqueó las cejas.

—Sí, así es. ¿Cómo has establecido esa conexión?

—A través de un contacto en Mondamin. Alguien a quien Ashlynn también acudió.

—Bueno, ya sabes que tratamos de encontrarle. Creíamos que él podría ser constituir nuestra prueba irrefutable.

—¿Qué sabía Ashlynn de él?

—Ése es el problema. No aportaba datos nuevos. No sabía dónde estaba ni cómo podíamos ponernos en contacto con él. No conocía los detalles sobre lo que podía haber estado haciendo mientras trabajaba en Mondamin. Lo único que tenía eran las mismas conjeturas a las que nosotros habíamos llegado hace algunos años. Era un callejón sin salida.

—Entonces ¿qué es lo que proponía? —quiso saber Chris.

Rollie dio otro sorbo a la Coca-Cola y se secó la cara, cubierta de sudor.

—Me dijo que podía acceder al ordenador que Florian tenía en casa y copiar sus archivos. También creía poder hacerlo en su oficina sin que él se percatara.

—¿Y tú qué le dijiste?

El abogado frunció el ceño.

—¿Qué diablos crees que le dije? Que no lo hiciera. El robo de documentación privada constituye una violación de varias leyes civiles y criminales, y ella se estaba ofreciendo a delinquir. Si la hubiera incitado a hacerlo, me habrían inhabilitado, demandado y encerrado en la cárcel. Le señalé que, si disponía de algún tipo de información específica relacionada con un delito, debía dirigirse a Michael Altman, no a mí.

—¿Cómo reaccionó Ashlynn ante tu negativa?

—Dijo que lo haría por su cuenta. Traté de disuadirla; le pedí que no actuara a espaldas de su padre y que no infringiera la ley llevándose nada que no le perteneciera. También le expliqué la verdad, que es que perdimos el pleito sin trampa ni cartón. Un juez rechazó la demanda. Los aspectos científicos relacionados con

Mondamin y St. Croix, incluido Vernon Clay, fueron examinados al detalle por una experta independiente, que no estableció la existencia de relación alguna entre los casos de cáncer y la actividad de la empresa.

—¿Convenciste a Ashlynn para que se mantuviera al margen?

—Creía que sí.

—¿Volvió a ponerse en contacto contigo?

—No hasta que llamó a Tanya el jueves por la noche.

—¿Qué dijo cuando llamó?

—Ya lo sabes. Ashlynn aseguró que tenía pruebas contra su padre. No explicó en qué consistían.

—¿Hablaste tú mismo con ella?

—No, lo hizo Tanya.

—¿Le contó algo más?

—No, no sé qué clase de prueba se supone que tenía.

Chris se inclinó hacia delante con los codos apoyados en la mesa y miró directamente a los ojos cansados de Rollie.

—¿Por qué diablos no le contaste todo esto a la policía cuando encontraron el cuerpo de Ashlynn? ¿Por qué no me lo contaste a mí?

Rollie se echó atrás en la silla, poniendo distancia entre ambos, y separó las manos.

—Soy abogado, Chris, igual que tú. Comparto información en mis propios términos, no en los tuyos ni en los de Altman ni en los del sheriff.

—¿Qué significa eso?

—Ya te lo he dicho: mi única preocupación es mi hija. Antes de revelar nada que pudiera ponerla en peligro, tenía que saber qué estaba ocurriendo en realidad. Ashlynn ya había sido asesinada y, por lo que yo sabía, Tanya podía ser la siguiente.

—Así que ocultaste información clave.

—No estaba seguro de que la información fuera en absoluto relevante. Había pruebas abrumadoras en contra de Olivia. La policía lo consideraba un caso cerrado.

—La policía no sabía nada acerca de la llamada —objetó Chris—. El día antes de su muerte, Ashlynn le contó a Tanya que tenía pruebas contra su padre. ¿De verdad crees que se trata de una simple coincidencia?

Rollie se encogió de hombros.

—Ignoro si Ashlynn tenía de hecho una prueba o cualquier otra cosa. Era sólo una niña. ¿Quién sabe si en verdad había descubierto algo?

—Si es así, ¿por qué tienes tanto miedo de que Tanya esté en peligro? ¿Qué ha cambiado desde la llamada del jueves por la noche?

Rollie volvió a ponerse rojo y dio un golpe sobre la mesa.

—¿Quieres que te diga qué ha cambiado? ¡Kirk Watson intentó atacar a mi hija!

—¿Qué te hace pensar que eso tiene algo que ver con la llamada de Ashlynn?

—Conozco a Kirie. Sé de lo que es capaz ese hijo de puta y sé que está relacionado con Florian.

—Pues habla con la policía —dijo Chris—. Cuando las cartas estén sobre la mesa, no se atreverá a tocar a tu hija.

—No lo sabes. Además, las cosas ya no son tan sencillas.

—¿Por qué no?

—Kirk no es el único problema.

Chris contempló la cara de Rollie y descubrió en ella un nuevo temor.

—¿Qué ha pasado?

—Alguien más se ha puesto en contacto conmigo.

—¿Quién?

Rollie cerró los ojos y presionó los puños contra su frente. Parecía debatirse en la duda. Al cabo de un momento exhaló con fuerza, abrió el cajón superior de su escritorio y sacó una hoja de papel. Chris reconoció la letra de imprenta. La había visto antes.

Pensó en Michael Altman: «Le hemos encontrado».

—Ayer encontré esto en mi buzón —dijo Rollie, y le tendió el papel por encima del escritorio.

A LA ATENCIÓN DEL SEÑOR ROLAND SWENSON

NO DIGAS NADA

NO HABLES CON NADIE

EL SILENCIO MANTENDRÁ A TU HIJA CON VIDA

ELLA NO FORMA PARTE DE MI PLAN

NO ME OBLIGUES A HACER LO QUE QUIERO EVITAR

MI NOMBRE ES

AQUARIUS

Capítulo 37

Las luces intermitentes de los coches patrulla que rodeaban el destartado granero, relucientes bajo la lluvia torrencial, dibujaban halos azules y rojos. Por encima de las huellas de neumáticos que se superponían en dirección a la carretera serpenteaban ríos de agua parda, y las veloces nubes negras parecían ondular tan bajas que podían tocarse. Las ramas de dos fresnos invernales oscilaban sobre el tejado del granero, abombado y con parches de pintura azul. Había una granja cercana y desierta, adornada con cortinas de encaje y volantes en las ventanas, rodeada por kilómetros de campos. El camino de grava al norte de la carretera 212 no se hallaba lejos de la frontera con Dakota del Sur. Chris no creía que la editorial Rand McNally la hubiera incluido nunca en un mapa.

Salió del coche y abrió el paraguas, pero el viento proyectó el aguacero sobre su ropa. Se dirigió a un joven policía vestido con un impermeable amarillo apostado junto a la cinta policial y preguntó por Michael Altman. El muchacho se acercó un *walkie* mojado a la boca para pedir a gritos la presencia del fiscal del condado.

Mientras esperaba, Chris contó dos docenas de agentes uniformados y técnicos que rastreaban el granero y la granja en busca de pruebas. Probablemente doblaban la población de la zona en diez kilómetros a la redonda.

Aquarius había elegido con acierto. Era poco probable que alguien tropezara con su remota guarida.

El *walkie* del agente cobró vida con un rugido de sonido estático.

—Altman está en la parte de atrás —le indicó—. No entre en el granero.

Chris se agachó para pasar por debajo de la cinta policial. Habían colocado tiras de lona embarrada sobre el suelo que conducían hasta la parte de atrás del granero. La tierra que los pedazos de lona no cubría era como arenas movedizas. Al pasar junto a la puerta abierta, echó un vistazo al interior y vio a algunos técnicos que examinaban las estanterías metálicas vacías y el suelo de linóleo. El interior resultaba deslumbrantemente luminoso en comparación con la oscuridad de fuera. Por lo demás, el granero estaba desocupado.

Siguió el sendero de lona por la parte de atrás del granero hasta dar con un Honda Civic familiar marrón aparcado fuera de la vista del camino junto a un enorme cubo metálico de basura con la tapa abierta. Cerca del límite de los campos habían levantado una tienda provisional, donde el fiscal hablaba con dos agentes de policía que estaban revisando varias bolsas llenas de papel triturado sobre una larga mesa.

Altman lo saludó con un gesto de la mano.

—Aquarius sigue yendo un paso por delante de nosotros —le explicó el fiscal cuando Chris se reunió con él bajo la tienda de plástico—. Se ha marchado, pero ha estado aquí hace poco.

—¿Cree que va a volver?

—No lo creo. El granero está limpio. Tenemos vigilantes apostados cerca de los cruces por si alguien se dirige hacia aquí, aunque no cuento con ello. No sé si se olió que andábamos pisándole los talones o si está preparándose para lo que diablos sea que ha planeado.

—¿Han encontrado alguna pista de lo que se trae entre manos? —quiso saber Chris.

—Acabamos de empezar. Tardamos dos horas en conseguir autorización para entrar. Tuvimos que asegurarnos de que no se trataba de una trampa. Sea lo que sea lo que está tramando, instaló un generador y un montón de luces en el granero. También sabemos que guardaba un vehículo dentro y, basándonos en la identificación de las huellas, era pesado.

—No me gusta cómo suena eso.

—A mí tampoco —coincidió Altman—. Hemos incrementado la seguridad en el perímetro de las instalaciones de Mondamin. No creo que este tipo sea un imitador; diría que es el auténtico.

—¿Cómo lo han encontrado?

Altman se sacó el Fedora y le sacudió las gotas de lluvia. Luego volvió a colocárselo con cuidado y se apretó el nudo del cinturón de la gabardina.

—Me gustaría poder decir que encontramos este sitio gracias a una meticulosa investigación, pero la verdad es que ha sido un golpe de suerte. Tanta, que no puede tratarse de una simple casualidad. Aquarius quiere que lo encontremos.

—¿Cree que los condujo hasta aquí deliberadamente?

—Así es. Encontramos una huella dactilar en una de sus notas y resultó coincidir con la de un estudiante de posgrado de Ames muy implicado en el movimiento extremista medioambiental. Durante los últimos cinco años, ha tomado parte activa en manifestaciones convocadas en distintas partes del Medio Oeste, incluida una aquí mismo, en Barron, a las puertas de Mondamin. En ese momento supuse que lo teníamos. Que era Aquarius.

—¿Y no lo es?

El fiscal del condado negó con la cabeza.

—No, lleva seis semanas en la cárcel. Un juez de Iowa se cansó de que le arrestaran una y otra vez por actos de vandalismo, allanamiento de morada, acoso, cualquier cosa, y decidió darle una lección.

Chris se encogió de hombros.

—Así que Aquarius debe de ser uno de sus amigos melenudos.

—Sí. Empezamos a buscar entre los miembros de las organizaciones medioambientales relacionados con él, pero el punto de inflexión del caso vino de otra parte. Por lo visto, trabaja en un hotel de Ames, en el turno de noche. Una de sus

tareas consiste en arreglar los atascos de papel de la impresora para los huéspedes que usan el centro de negocios. De ahí la huella.

—¿Cómo sabe que el papel proviene del hotel?

—Los polis de Iowa le mostraron una de las notas de Aquarius y dijo que no era posible que procediera de una impresora de ninguna de las organizaciones con las que trabaja: sólo utilizan papel reciclado. Supongo que eso significa que en el papel higiénico que emplean aún pueden distinguirse manchas de materia fecal. En fin, da lo mismo, el caso es que el chico declaró que encajaba mejor con el surtido estándar de material de oficina que usan en el hotel.

—Entonces ¿cree que Aquarius se hospedó allí?

Altman asintió.

—Así es. Al principio supuse que Aquarius había utilizado al chico como hombre de paja. Cualquiera que se relacione con el movimiento medioambiental conoce su nombre y sabe que sus huellas aparecerán en el sistema, de modo que elaboramos una lista de los huéspedes del hotel durante los últimos seis meses y dimos con un nombre.

—¿Cuál?

—Vernon Clay.

—Así que ésa es la razón de que el hecho de que Ashlynn estuviera preguntando por él encendiera las alarmas. ¿Cree que Vernon Clay ha regresado?

—Tal vez sí, tal vez no. En el hotel nadie le recuerda ni ha reconocido su descripción. Si no es Vernon, es alguien que sabía que daríamos con su nombre enseguida. La dirección del registro nos condujo directamente hasta aquí, hasta esta granja. No es una casualidad. Quería que encontráramos al chico, el hotel y el registro de huéspedes. Nos lo puso difícil, pero no demasiado. Quería llamar nuestra atención.

Chris observó el Civic aparcado detrás del granero.

—¿Y el coche?

—La matrícula no coincide con el número de bastidor. Estamos intentando rastrearlo.

—Si Vernon Clay es realmente Aquarius, ¿ha estado escondiéndose en este sitio?

—Diría que no. La casa apenas se ha usado. Todo el trabajo se ha llevado a cabo en el granero. La propiedad pertenece a la familia de una viuda que murió hace tres años. Ninguno de los hijos vive en esta zona. El lugar ha permanecido vacío desde la muerte de la madre, y no han conseguido venderlo. Alguien les llamó en diciembre para alquilarlo por un año y les remitió una elevada suma de dinero en efectivo. No hicieron demasiadas preguntas.

—¿Ha hablado con Florian?

—Sí. Dice que no existe ninguna razón por la que Vernon Clay pudiera estar resentido con él ni con Mondamin.

—¿Qué hay de Ashlynn? ¿Le contó usted a Florian que ella estaba haciendo preguntas sobre Vernon Clay?

Altman metió las manos en los bolsillos de la gabardina.

—Sí.

—¿Y qué dijo?

—Que estaba claro que Glenn Magnus y su hijo la habían intoxicado.

—Era más que eso —observó Chris—. Ashlynn sabía algo.

—¿Es una suposición o tiene alguna prueba?

Chris vaciló y pensó en Rollie y en Tanya.

—No estoy seguro de qué puedo contarle en este momento.

El fiscal del condado no ocultó su irritación.

—Le he mantenido informado, señor Hawk, porque estableció una conexión entre Ashlynn y Vernon Clay al tiempo que el nombre de Vernon aparecía en el contexto de nuestra investigación sobre Aquarius. Sin embargo, el favor va en los dos sentidos. Espero que comparta conmigo cualquier información que pueda serme de ayuda para localizar a ese hombre. Sea lo que sea lo que planea, la amenaza es real.

Chris tenía que tomar una decisión con rapidez y optó por confiar en Michael Altman.

—Ashlynn le contó a Tanya Swenson que tenía una prueba que demostraba que Florian había encubierto la causa de las muertes acaecidas en St. Croix. Ocurrió la noche antes de que la mataran.

Altman frunció la boca en un gesto de disgusto.

—¿Qué clase de prueba?

—No lo dijo.

—¿Y cómo me ayuda eso exactamente?

—Aquarius lo sabía —declaró Chris—. Envió una nota a Rollie Swenson advirtiéndole de que no dijera nada. Amenazó la vida de Tanya.

—¿Por qué no me ha contado Rollie nada de esto? —preguntó Altman.

—Teme por su hija. Es probable que tenga razones para estar asustado. Si Vernon Clay es realmente Aquarius y Ashlynn dio con él, entonces tiene que aceptar la posibilidad de que él la matara para impedir que hablara.

—Vamos a esperar a ver cómo termina esto —decidió Altman—. En este momento, lo único que quiero es encontrar a Aquarius y detenerlo.

—Es posible que Kirk Watson sepa algo —comentó Chris.

—Kirk es sólo un matón.

—Sí, pero trabaja para Florian. Rollie cree que intentó atacar a Tanya para intimidarla y mantenerla callada. Y hay algo más: Ashlynn estuvo saliendo con Kirk durante el último otoño, aunque Johan afirmó que no estaba interesada en él. No era nada romántico. Ahora me pregunto si lo que Ashlynn pretendía era recabar

información sobre Mondamin y su padre. Y quizá también sobre Vernon Clay.

—Kirk no va a contarnos nada. No si está relacionado con Florian.

—De todas formas, puede que ya sea demasiado tarde.

—¿Qué quiere decir?

—Johan Magnus le dijo a Tanya que necesitaba una pistola. Y cree que va a ir por Kirk.

Altman cerró los ojos y dejó escapar un lento suspiro de frustración.

—Este pueblo es como la caja de Pandora. Están ocurriendo cosas terribles, señor Hawk, y me temo que no voy a ser capaz de pararas antes de que nos barran a todos.

—Me gustaría saber qué descubrió Ashlynn acerca de su padre —comentó Chris.

El fiscal frunció el ceño como si volviera a preguntarse cuánta información podía compartir. Se alejó de Chris y habló con los policías que examinaban los pedazos de papel. A su regreso, sostenía una bolsa de plástico sellada.

—¿Ha dicho que Ashlynn le contó a Tanya Swenson que había encontrado pruebas que relacionaban Mondamin con las muertes de St. Croix?

—Eso es lo que dijo.

Altman alzó la bolsa de plástico. Dentro había una sola hoja de papel.

—Aquarius nos ha dejado otra miga de pan.

—¿Qué es eso? —preguntó Chris.

—Hemos encontrado bolsas de papeles destruidos en la basura. Tardaremos semanas en averiguar qué son. Aun así, había una hoja intacta en mitad de la pila. Ésta. Está claro que quería que la encontráramos.

Chris se inclinó para estudiar el papel. El plástico estaba salpicado de lluvia. No reconoció el documento, pero se percató de que no era una nota de Aquarius.

—¿Qué es?

—Es la portada de un informe elaborado por una mujer llamada Lucia Causey.

Chris meneó la cabeza. Había oído antes el nombre, pero no lo ubicaba.

—No la conozco.

—Lucia Causey es una epidemióloga de Stanford —explicó Altman—. Era la experta designada en el pleito contra Mondamin. Redactó el análisis científico que el juez utilizó para desestimar la demanda.

Capítulo 38

Lenny aguardó a que oscureciera para regresar a casa.

Esperaba que la ira de Kirk se hubiera aplacado. Después de pasar dos horas junto al monumento indio reponiéndose de los golpes, le quedó claro que su hermano no iba a volver a buscarlo. El conductor de un camión lo había llevado hasta Barron; después, se había pasado la mayor parte del día entretenido con las máquinas de videojuegos que había en la pizzería de la calle principal. Su teléfono no había sonado. Kirk no se había puesto en contacto con él. Era un mal augurio.

Al anoecer intentó que alguien lo llevara hacia el sur, pero nadie iba en esa dirección. La rodilla derecha le fallaba y se vio obligado a avanzar cojeando bajo la lluvia. La mandíbula le dolía horrores; estaba seguro de que se la había fracturado. Los kilómetros se sucedían lenta y miserablemente. Cada vez que veía unos faros extendía el pulgar, pero los conductores lo ignoraban. Aunque trató de mantenerse al abrigo de los árboles, la lluvia lo alcanzó de todos modos. Después de caminar tambaleándose durante una hora, empezó a temblar sin control.

Cuando enfiló por fin la calle Ciento veinte hacia el río, encontró su casa a oscuras. Kirk no estaba. Se alegró de no tener que enfrentarse todavía a su hermano. Abrió la puerta con la llave, entró y tomó el pasillo para ir directamente al baño. Se preparó una bañera con el agua tan caliente como sus dedos eran capaces de soportar. Mientras esperaba a que se llenara, se desnudó y dejó el montón de ropa empapada sobre el suelo embaldosado. Antes de que el agua llegara al borde metió un pie en la bañera, luego el otro, y sintió que la piel helada se le escaldaba. Se puso de rodillas y el agua ardiente le agujijoneó los genitales. No le importaba. Se hundió de espaldas e hizo una mueca cuando el calor alcanzó cada herida y moratón.

Los temblores remitieron y volvió a entrar en calor, ardiendo y sudando. Cerró los ojos, metió la mano en el agua, se cogió el pene y jugueteó con él hasta que la erección hizo que emergiera a la superficie como una seta rosada. Pensó en Olivia mientras se masturbaba. La imagen mental de la chica sentada en el borde de la bañera mientras él se corría lo hizo volar. Los serpenteantes chorros de semen cayeron en el agua sucia y algunos hilillos viscosos se le quedaron pegados a las piernas.

Todavía estaba resoplando cuando la puerta de entrada se cerró con un golpe que sonó como un cañonazo. Kirk había llegado. Oyó la voz salvaje de su hermano llamándolo a gritos por toda la casa y los intestinos se le encogieron de miedo.

—Leno, ¿dónde coño estás?

Lenny se puso en pie con la pringue blanca todavía goteándole. Agarró una toalla, pero antes de que pudiera cubrirse Kirk abrió la puerta con tanta fuerza que la bisagra superior se descolgó. Su hermano ocupaba todo el hueco del quicio y llevaba el pelo

suelto. El aliento le olía a cerveza; estaba borracho.

—Kirk, escucha —empezó Lenny, pero su hermano dio dos pasos, le echó una mano a la garganta y lo arrastró fuera de la bañera.

Kirk agarró los escuálidos hombros de su hermano y lo lanzó al suelo, resbaladizo a causa de la humedad. Lenny salió tambaleándose del baño y se golpeó la cabeza contra la pared. Estaba ardiendo y mareado; trastabilló, y la pizza y el refresco que había tomado salieron disparados por su boca, esquivando por poco a su hermano.

Kirk lo cogió del pelo, lo arrastró a la sala, lo lanzó de bruces contra la alfombra y colocó una rodilla sobre su espalda desnuda.

—Jodido capullo inútil —siseó.

La boca de Lenny estaba impregnada del sabor amargo del vómito.

—Lo siento, tío —intentó articular.

—¿Que lo sientes? ¿A quién le importa una mierda?

Kirk volvió a su hermano boca arriba y le hincó un codo en el pecho. Lenny dejó escapar algunas lágrimas.

—Lo siento, Kirk, de verdad. Lo siento.

Se retorció de dolor. Era como si le estuvieran clavando un cuchillo entre las costillas.

—Johan se me echó encima, tío, y me dio una paliza. No pude defenderme. Me obligó a contárselo, tío. Yo no quería.

—¿Contarle qué?

—Lo de Olivia. Lo que le hicimos.

Kirk le aplastó la cabeza como si se tratara de un coco. Lenny no veía nada más que un torbellino de color y pensó que iba a vomitar otra vez.

—Pedazo de mierda inútil, saca tu jodido culo de esta casa y no vuelvas nunca más.

—Kirk, por favor.

—¡Lárgate!

Su hermano lo soltó y Lenny pudo respirar de nuevo, pero cada vez que inspiraba le dolían las costillas. Se incorporó apoyándose en los codos. Kirk lo miraba como si fuera un gusano en un cuenco de arroz. Lenny le había visto furioso antes, pero no de aquel modo. Aquello pintaba mal.

—Voy a coger algo de ropa —dijo.

—Olvídate de la ropa. Vete. Ahora.

—Vamos, tío.

Los ojos de Kirk estaban negros de ira. Lenny se puso en pie; el mundo le daba vueltas. Sabía que no debía seguir protestando. Caminó de espaldas, encogido, hasta chocar con la entrada. La puerta se abrió de golpe y Lenny salió despedido hacia la violenta y helada lluvia del exterior. Se agarró de la barandilla, bajó los escalones del

porche y avanzó sobre el barro.

Kirk tenía razón. La había jodido. Después de todo lo que su hermano había hecho por él, había vuelto a fallarle.

Lenny no sabía adónde ir. Estaba desnudo, tenía frío y se sentía humillado. Se decidió: la camioneta. Dormiría en la camioneta. Kirk no tardaría en caer rendido y él podría volver a su cama. Por la mañana, su hermano le habría perdonado. La tormenta pasaría; siempre lo hacía.

Se metió en la camioneta aparcada frente al garaje. No tenía las llaves, así que no podía encender el motor. Encontró una manta mohosa detrás del asiento, cubrió su piel desnuda con ella y se encogió en un ovillo. Apretó con fuerza los párpados. Estaba temblando de nuevo y la lana le arañaba la piel como si fuera papel de lija. Deseaba quedarse dormido, pero el dolor y la amargura lo mantuvieron despierto.

Oyó cómo la lluvia disparaba balas sobre el techo de la camioneta, pero no los pasos en el exterior.

Kirk se desvistió y, sentado en calzoncillos, fue pasando por los canales del televisor hasta detenerse en un partido de hockey de los Minnesota Wild. No podía concentrarse; seguía demasiado alterado por la rabia. Una parte de él quería seguir a su hermano y golpear a aquel miserable cabrón hasta convertirlo en una masa inerte de sangre y huesos. Quería descuartizarlo como a su padre y lanzar los pedazos al río.

Se bebió otro botellín de cerveza de dos tragos. Su teléfono empezó a sonar: la llamada provenía de un número oculto. Kirk bajó el volumen del televisor y gritó al auricular:

—¿Qué?

Hubo un largo silencio, y luego el sonido de una voz fría y familiar.

—Soy yo.

Kirk trató de despejar su mente. Mierda. No quería estar borracho mientras hablaba con el jefe. De hecho, no quería hablar con él. No en ese momento. Pensó en colgar, pero nadie jugaba con Florian Steele.

—Eh —dijo al tiempo que tomaba aire—. ¿Qué pasa?

—Estoy oyendo cosas que no me gustan.

—¿Sí? ¿Como cuáles?

—Dicen que la policía está a punto de echarle mano a ese tal Aquarius.

—¿Y qué? —preguntó Kirk.

—¿Sabes quién es? ¿Sabes lo que está haciendo?

—¿Yo? No tengo ni idea, jefe.

Florian se quedó en silencio. El aire que circulaba a través de la línea telefónica podía cortarse con un cuchillo.

—He oído un nombre que esperaba no volver a oír nunca más —dijo al final.

—¿Ah sí? ¿Cuál?

—Vernon Clay.

El teléfono resbaló en la mano de Kirk y, por un momento, escuchó el goteo de la lluvia.

—¿Quién está hablando de él?

—Por lo visto Ashlynn, antes de que la mataran.

—Imposible.

—Me preguntaba dónde habría oído hablar de él.

—Que me aspen si lo sé, jefe.

—¿Salías con ella?

—Mmm, bueno, no exactamente, quedamos alguna que otra vez. Ocurrió hace meses —admitió Kirk, y añadió enseguida—: No la toqué.

—Te dije que te mantuvieras alejado de ella.

—Ella vino a verme, jefe. Pensé que usted lo sabía.

—Estaba tratando de sonsacarte información, idiota. ¿Qué le contaste?

—¿Contarle? Nada.

—¿Le hablaste de Vernon Clay?

—Claro que no, joder. ¿Bromea?

«Mierda».

Kirk pensó en la última tarde que había pasado con Ashlynn. Él quería un beso, un achuchón, cualquier cosa de aquella preciosa muchacha. Bebieron; tenía que emborracharla si esperaba acercarse a aquel cuerpo increíble. Más tarde supuso que ella derramaba la cerveza en el suelo cada vez que él se levantaba para ir a mear. Cuanto más bebía, más fanfarroneaba, con la esperanza de impresionarla: «Cuando tu padre tiene un problema, ¿sabes a quién llama? A Kirk, nena. Él y yo estamos muy unidos».

Ella comentó que tenía calor y desabrochó un par de botones de su recatada camisa de seda. Kirk pudo entrever la curva de sus perfectos pechos. «¿De verdad? —le preguntó, con sus grandes ojos y aquella voz ronca—. ¿Qué tipo de problemas?».

«Vernon Clay, nena. Un gran problema».

—Se lo juro por Dios, jefe —prosiguió Kirk—. No le dije una palabra.

—La policía ha relacionado a Aquarius con Vernon Clay mediante el registro de huéspedes de un hotel —le explicó Florian—. Creen que ha vuelto.

—No lo ha hecho.

—Tengo mis dudas.

—Ya le dije hace cuatro años que el problema estaba resuelto.

—Sí, lo hiciste.

Kirk estaba empezando a enfadarse.

—¿Qué cree, que le mentí?

—Creo que, por una buena suma de dinero, me contarías lo que yo quisiera escuchar. No lo olvides: lo sé todo sobre tu asqueroso negocio.

El pulso de Kirk se aceleró.

—Cuando le salvo el cuello no se queja.

—Vernon Clay —repitió Florian con calma.

—¿Qué pasa con él? Ya se lo he dicho: no es Aquarius. La policía se equivoca.

—No te creo.

Kirk no quería discutir con el jefe, pero estaba empezando a perder los nervios. Las frustraciones del día se le acumulaban en el pecho.

—¿Qué coño quiere decir?

—Te estoy preguntando si Vernon Clay te pagó para que le ayudaras a desaparecer.

—Joder, ¡no!

—¿Dónde está?

—Ya sabe dónde está.

—¿Lo sé?

—¿Quiere una prueba? —preguntó Kirk—. ¿Es eso lo que está diciendo? Le daré su prueba.

—Quiero saber si Aquarius es Vernon Clay.

—No lo es. Mire, deme un par de horas y nos reuniremos en el lugar de siempre.

—¿Por qué?

—Porque así podrá preguntarle usted mismo a Vernon si ha estado enviando esas jodidas notas a todo el mundo.

Capítulo 39

Chris estaba sentado en el aparcamiento del instituto mientras la lluvia caía sobre su coche. La previsión anunciaba que seguiría lloviendo casi toda la noche, con el peligro de que se desbordaran ríos y acequias. La temperatura se estaba desplomando. Esperó en mitad del frío, con el motor y los faros apagados, preguntándose si George Valma se presentaría. El científico llegaba ya quince minutos tarde. Pensó en volver a llamarlo, pero cuando estaba a punto de hacerlo distinguió el brillo de unos faros borrosos en las calles residenciales de Barron. Un sedán blanco avanzó bordeando lentamente los campos de deporte y aparcó junto al coche de Chris. El científico, del tamaño de un defensa de fútbol americano, salió de su vehículo y ocupó en el asiento del acompañante del Lexus.

—Te agradezco que hayas venido —dijo Chris.

George se sacudió la lluvia del pelo gris.

—Esto ha sido un error. Si alguien me ve contigo, podría perder mi trabajo. No debería haberte contado nada. Tengo que pensar en mis hijas.

—Entiendo tu situación.

George se revolvió con impaciencia.

—¿Qué pasa ahora? ¿Qué quieres?

—Ashlynn encontró algo —le informó Chris.

—¿Qué?

—Le contó a otra chica que tenía una prueba de que Mondamin estaba relacionado con los casos de cáncer en St. Croix.

George negó con la cabeza.

—No lo hizo. Eso no es cierto.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque no se puede demostrar una cosa así. El cáncer no funciona de ese modo. Hay fumadores que viven hasta los noventa y cinco años y deportistas que sucumben a los veintiséis. Dios no elige a los pecadores.

Chris pensó en Hannah, que había tomado todas las decisiones correctas a lo largo de su existencia y ahora luchaba por conservar la vida. Podías culpar a Dios o a la mala suerte; eso no cambiaba nada. El cáncer era un enemigo despiadado.

—De acuerdo, tienes razón —admitió Chris—. Pero, encontrara lo que encontrara, la horrorizó tanto que estaba dispuesta a desenmascarar a su propio padre.

—¿Florian estaba implicado? —preguntó George.

—Eso es lo que ella dijo.

—No sé de qué podría tratarse.

—Creo que sí lo sabes, George. Creo que Vernon Clay envenenó a los habitantes de St. Croix, y Florian lo encubrió.

El científico negó con la cabeza.

—No.

—Vernon Clay era un enfermo mental. Obsesivo, delirante, esquizofrénico: ésa es la clase de hombre del que hablamos, George. Imagina que eres un científico loco. Si se te metiera en la cabeza la idea de sembrar el caos en un pueblo, ¿podrías hacerlo?

El científico asintió a regañadientes.

—Sí, alguien con los conocimientos de Vernon y acceso a pesticidas peligrosos podría haber hecho cosas horribles. Podría haber utilizado cualquiera entre una docena de compuestos químicos en cantidades grotescamente peligrosas. Eso no significa que lo hiciera y, aunque así fuera, tampoco implica que la contaminación fuera la causa de los cánceres. Los humanos reaccionan de formas diversas a las toxinas medioambientales. Puede que originara una epidemia o que no tuviera ningún efecto.

—Aun así, si lo hizo, en la sala de un juzgado la verdad habría resultado devastadora. Habría supuesto el fin de Mondamin.

George encogió sus descomunales hombros.

—Tú eres el abogado.

—Florian también lo es. Si descubrió que Vernon había provocado una contaminación química a gran escala, sabía que corría el riesgo de perderlo todo. Si ese hecho hubiera salido a la luz, habría tenido un efecto catastrófico.

—Exacto. Así que ¿por qué iba Florian a financiar una investigación independiente cuando le demandaron? —contraatacó George—. No lo habría hecho. Se habría opuesto con todas sus fuerzas para asegurarse de que nadie se acercara a las tierras de Vernon Clay.

—Tal vez las hubiera descontaminado ya. Tal vez supiera que no había nada que encontrar.

—Uno nunca puede estar seguro de algo así —insistió el científico—. Con el equipo adecuado, un experto habría encontrado residuos, sobre todo si la cosa fue tan extrema como estamos presumiendo. Con la tecnología de que disponemos hoy en día, es imposible ocultar pruebas. Y Florian lo sabe.

Chris pensó en Aquarius y en la portada del informe de Lucia Causey.

—Por otra parte, si un experto independiente realizara todas las comprobaciones y no encontrase nada, los rumores se acallarían para siempre. No más demandas. No más preguntas de las agencias medioambientales.

—Eso es justo lo que ocurrió —confirmó George.

—Así que puede que la experta la cagara.

—Imposible. Lucia Causey es una epidemióloga de prestigio. Manejaba un equipo de vanguardia. Si había algo que encontrar, estoy seguro de que lo habría encontrado.

—¿Y si Florian logró llegar hasta ella? —preguntó Chris—. ¿Y si trató de influir en ella?

—No estamos hablando de una asesina a sueldo —protestó George—, sino de una científica de primera línea.

—No pretendo ofenderte, pero hay un montón de científicos dispuestos a ponerse al servicio de cualquier abogado que les ofrezca una buena suma de dinero. Ésa es la razón por la que la justicia empezó a buscar formas de cribar los argumentos pseudocientíficos.

—No creo que una profesional como Lucia se vendiera —replicó George—. Estoy de acuerdo contigo en que existen científicos dispuestos a ofrecer sus conclusiones al mejor postor, pero ella no pertenece a ese grupo. Su historial demuestra que no se inclina en favor de la defensa ni en favor de la acusación, actúa con independencia. Si no tuviera fama de ser imparcial, el juez no la habría escogido.

—¿Conoces lo bastante a Lucia como para llamarla? —preguntó Chris.

—¿Para decirle qué? «Hola doctora Causey, soy George Valma, de Mondamin. Me estaba preguntando si aceptó usted un soborno de nuestro director ejecutivo y falseó los datos de su informe». ¿Crees que va a admitirlo sin más?

—No.

—Entonces ¿qué esperas que haga? No pude ayudar a Ashlynn y no puedo ayudarte a ti.

—Espera un momento —objetó Chris—. ¿Ashlynn? ¿También se interesó por Lucia Causey?

George encogió sus fornidos hombros.

—Sí, quería hablar con ella. Se puso en contacto con el departamento de epidemiología de la Facultad de Medicina y no quisieron facilitarle ningún dato. Ashlynn me pidió que llamara.

Chris recordó los registros del móvil que había revisado y cayó en la cuenta de que había pasado por alto un detalle importante. Stanford. Había creído que buscaba información acerca del proceso de admisión, pero la llamada adquiriría ahora un significado completamente distinto.

—¿Hiciste la llamada? —quiso saber.

—No. Le dije lo mismo que a ti.

—George, esto es importante. ¿Tienes algún contacto en Stanford?

—Tengo un colega que ocupa una plaza de profesor visitante.

Chris metió la mano en el bolsillo de su abrigo, sacó el teléfono y se lo tendió.

—Llámale.

—Aunque me pase con Lucia Causey, ¿qué se supone que voy a decirle?

—Pregúntale si Ashlynn se puso en contacto con ella. Pregúntale qué le dijo.

George rechazó con un gesto el móvil de Chris; sacó el suyo del bolsillo de sus

pantalones, repasó la agenda y marcó un número. Al tercer timbre, Chris oyó una voz que contestaba la llamada.

—¿Chester? Hola, soy George Valma. Sí, hace mucho tiempo, lo sé... Así es, ahora trabajo en un pueblo de Minnesota. No es exactamente Palo Alto.

Los dos científicos charlaron de trivialidades y Chris se impacientó, aunque esperó sin presionar a George. Al final, cuando su colega de Stanford le preguntó a George qué quería, el científico de Mondamin fue al grano.

—Verás, Chester, estoy intentando ponerme en contacto con una investigadora de la Facultad de Medicina. Me preguntaba si podrías facilitarme su número directo. Se llama Lucia Causey. Te lo agradecería mucho.

George esperó y, mientras tanto, cubrió el auricular.

—Si Lucia contacta con Florian por esto, ya sabes qué va a pasarme.

—Di que es culpa mía —le sugirió Chris.

—No es tan sencillo.

El colega de George volvió a ponerse al teléfono.

—¿Estás seguro? —preguntó George, con expresión de desconcierto—. Deja que te lo deletree.

Deletreó el nombre de la epidemióloga, pero unos instantes después meneó la cabeza.

—Sí, gracias, Chester. No, no pasa nada. Te veré en la conferencia, en mayo, ¿de acuerdo?

George colgó.

—Lucia Causey no está en el directorio de Stanford —le explicó a Chris—. Ya no trabaja allí.

—¿Adónde ha ido?

—No tengo ni idea.

—¿Estuvo allí en algún momento?

—¿Preguntas si era una impostora? ¿Un fraude? No. Trabajaba allí y se ha marchado. Probablemente recibió una oferta mejor. Puede ocurrir.

—¿Y cómo la localizamos?

—Querrás decir cómo la localizas. Lo siento, Chris, pero ya me he arriesgado demasiado por ti. Se acabó.

Chris asintió.

—Entendido. Agradezco tu ayuda, George. De verdad.

Cuando el científico abrió la puerta, la lluvia se coló por la abertura y salpicó los asientos de cuero. George Valma cerró con un portazo que sacudió el Lexus, se metió de nuevo en su sedán blanco y abandonó el aparcamiento. Dejó a Chris a solas, sentado en silencio mientras las luces traseras de su coche desaparecían.

A Chris no le gustaban las coincidencias. No le gustaba el hecho de que una

investigadora de primera hubiera abandonado una de las mejores universidades del país poco después de completar la investigación en Mondamin. Lucia Causey no era Vernon Clay; no podía desvanecerse de la faz de la tierra. Alguien en Stanford tenía que saber adónde había ido.

Chris abrió su teléfono y llamó a información telefónica. Consiguió el número de la Facultad de Medicina de Stanford y, cuando la recepcionista contestó, le pidió que lo comunicara con la sección de epidemiología. Transfirieron su llamada al departamento de Investigación y Políticas de Salud, donde una secretaria llamada Leanne le preguntó en qué podía ayudarle.

—Leanne, estoy tratando de encontrar a una epidemióloga llamada Lucia Causey —le explicó Chris—. Antes trabajaba en su departamento y me preguntaba si alguien podría facilitarme su actual dirección.

—Disculpe, ¿cuál era el nombre? —le preguntó la secretaria con un leve acento de Georgia—. Soy nueva aquí y aún no conozco a todo el departamento.

Chris le deletreó el nombre.

—De acuerdo, espere un momento.

Chris conservó la paciencia durante el primer minuto de silencio, pero éste se prolongó dos minutos y luego tres. Sabía que aún estaba en línea por la música que sonaba en su oído. Era una sinfonía de Mahler. Al cabo de cinco minutos empezó a preocuparse, y su inquietud aumentó cuando una voz masculina se puso al teléfono y lo saludó con tono serio.

—Soy el doctor Naresh Vinshabi —se presentó—, ¿en qué puedo ayudarle?

Chris repitió su petición y dio su nombre.

—¿Puedo preguntarle por qué trata de ponerse en contacto con Lucia Causey, señor Hawk? —preguntó el doctor.

—Tengo algunas cuestiones de seguimiento acerca de un informe que redactó como experta en un litigio en Minnesota.

—Ya veo. Lo lamento, pero no puedo ayudarle.

—Sí, sé que la doctora Causey ya no trabaja en la universidad. Esperaba que supiera adónde había ido.

Su interlocutor se mantuvo en silencio durante un largo rato, aunque Chris le oía respirar.

—No ha ido a ninguna parte —respondió el hombre al fin.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que ha muerto —le informó.

Capítulo 40

Cuando Kirk hundió la pala en la tierra empapada, el filo la atravesó con facilidad. Después, levantó una pesada pila de barro en el aire y la volcó junto al agujero. El tamborileo de la lluvia que caía sobre los árboles ahogaba el sonido de las paladas. El sudor y la lluvia se le colaban por el cuello de la camiseta sin mangas y le corrían por la espalda. Los brazos y las manos se le tiñeron del color negro de la tierra. Trabajaba a un ritmo febril, espoleado por la ira y la embriaguez.

Se hallaba a menos de doscientos metros de su casa. Se trataba del lugar más aislado que había podido encontrar para enterrarlo. Debería haberse deshecho del cadáver de forma permanente, pero en algunos trabajos le gustaba disponer de un seguro. Si quemabas el cuerpo asesinado de alguien, perdías la ventaja. Y, siempre que trataba con Florian Steele, a Kirk le gustaba jugar con ventaja. ¿Quieres joderme? Pues mira cómo te jodo yo a ti.

Mientras supiera dónde encontrar a Vernon Clay, Kirk no tenía nada que temer de Florian.

El agujero aumentó de tamaño y profundidad. El agua subterránea rezumaba por los lados. Tras cavar medio metro, tuvo que meterse dentro para alcanzar el fondo. No necesitaba recuperar el cuerpo entero, sino sólo lo suficiente para convencer a Florian de la verdad. Vernon estaba muerto. Kirk se había asegurado de ello. Una bala en mitad de la frente, disparada con un arma enterrada en el lodo de una ciénaga en las afueras de Mankato.

—¿Te acuerdas de mí, Vernon? —preguntó Kirk al agujero negro del suelo—. Apuesto a que sí. Cuando me presenté en tu puerta me preguntase si era de la CIA. Qué gracioso. La CIA. Yo te dije: «Oh, sí, le necesitan en Washington, señor».

Kirk se apoyó en el mango de la pala y se rió con la cara enterrada en el brazo. Una frase para morir de risa. Debería haber sido cómico. «Le necesitan en Washington, señor». Después de eso, fue muy sencillo. Seguir a Clay afuera, derribarlo con un golpe de culata, arrastrarlo hasta allí. No despertó. Clay estaba inconsciente cuando Kirk lo lanzó en el agujero y le metió una bala en el cerebro. Mejor eso que enterrarlo vivo: ésa era la clase de cosa que podía provocarte pesadillas.

La mente funciona de un modo curioso. Uno no siempre cree en algo, aunque sepa que es verdad. Una parte de él desvariaba imaginando qué habría en realidad en aquel agujero. Sabía que se hallaba a escasos centímetros del cuerpo de Vernon Clay, pero cuanto más cavaba, más se obsesionaba su mente embriagada con que algo había salido mal. Vernon había sobrevivido a la bala que le metió en el cráneo, había escarbado la tierra que cubría su cuerpo y había escapado. Estaba allí fuera, tomándose el pelo a todos.

«Mi nombre es Aquarius».

Kirk golpeó algo duro. Por fin.

Lanzó la pala fuera del agujero, sobre la montaña de tierra, alcanzó la linterna y la enfocó hacia sus pies. Allí estaba. Vernon Clay, o lo que quedaba de él. Hacía mucho que los gusanos habían devorado su carne. Kirk se agachó, retiró la suciedad de los huesos y vio que había desenterrado la mano y el antebrazo del hombre muerto. Los huesos se habían vuelto quebradizos. Hizo palanca con el talón sobre los huesos de la muñeca y tiró de la mano hasta arrancarla de cuajo con un desagradable chasquido.

—Le necesitan en Washington, señor —dijo con su voz más grave, y volvió a reírse a carcajadas.

Depositó la mano en el suelo y salió del agujero de metro y medio. Temblaba. Estaba sucio, empapado y tenía frío, y quería darse una ducha antes de reunirse con Florian. Pensó en arrastrar a su hermano hasta allí y obligarlo a rellenar el agujero, pero seguía lo bastante cabreado como para empujarlo adentro y cubrirlo de barro. Leno, te presento a Vernon.

Kirk se inclinó en la oscuridad para coger la pala y tanteó el suelo con las manos para localizar el mango, pero no pudo encontrarlo. Enfadado, enfocó la pirámide de tierra mojada con la linterna y se percató de que la pala había desaparecido. Distinguió la hendidura del palo, nada más.

—¿Qué coño...? —dijo en voz alta.

Su cerebro le lanzó una señal de advertencia pero, en ese mismo momento, oyó un silbido tan alto y cercano que pensó que provenía del esqueleto tendido a sus pies, que entonaba una melodía entre los restos de sus dientes. Se equivocaba. Se volvió hacia el sonido, aunque fue demasiado lento para agacharse o gritar. El silbido le aulló en los oídos y el filo de la pala le azotó la cabeza con la fuerza arrolladora de un camión. No lo vio venir.

Chris supuso que la muerte de una destacada investigadora universitaria habría aparecido en las noticias. Encendió su portátil, salió del aparcamiento del instituto hacia las calles residenciales de Barron y no tardó en encontrar una red inalámbrica abierta que utilizó para acceder a internet. Estacionado en la calle bajo la lluvia, con la luz del techo de Lexus proyectando sombras a su alrededor, realizó una búsqueda en Google y encontró un artículo con los hechos básicos.

Lucia Causey, cincuenta y un años, profesora e investigadora en el campo de la epidemiología del cáncer con plaza en la Facultad de Medicina de Stanford, había sido hallada muerta en el garaje de su casa en Sunnyvale. Había conectado la manguera de la piscina al tubo de escape y redirigido los gases tóxicos hacia el asiento delantero de su Accord.

Lucia se había suicidado.

¿Por qué?

Eso era lo que Chris quería averiguar. Quizá su muerte no estuviera relacionada con lo ocurrido en Barron, pero recelaba del hecho de que algunas de las personas que podían saber lo que había ocurrido en Mondamin ya no estuvieran vivas para hablar de ello. Vernon Clay había desaparecido. Lucia Causey estaba muerta. Y Ashlynn también. ¿Qué había descubierto la chica?

Chris realizó otra búsqueda, esta vez de comentarios en blogs relacionados con Lucia Causey el día siguiente a su muerte, cuando la noticia debía de haberse extendido por el campus. La mayoría de los resultados eran intrascendentes: muestras de incredulidad o pésame, preguntas sobre las clases o los proyectos de investigación en los que participaba, discusiones sobre la concienciación y la prevención del suicidio y un puñado de diatribas religiosas. Volvió a intentarlo cambiando los términos de la búsqueda y encontró una mención a la muerte de la científica en el chat de un blog llamado «La verdad sobre la intoxicación por pesticidas».

El alias del moderador del chat captó su atención: CHICO_VERDE_AMES.

¿Otra coincidencia? El activista medioambiental cuyas huellas dactilares habían sido encontradas en una de las cartas de Aquarius vivía y trabajaba en Ames, Iowa. Cargó el hilo de la conversación, la cual consistía básicamente en una discusión entre el chico de Ames y un asistente de investigación de Stanford que usaba el alias WUNDERLICH. Chris repasó los comentarios:

CVA: Lo siento por sus hijos, tío, pero me cuesta sentir lástima por ella. Era una VC.

W: Su marido y ella no tenían hijos. ¿Qué es una VC?

CVA: Vendida a los contaminadores.

W: Eh, cálmate, verde. Te equivocas. Era una tía honesta.

CVA: ¿Qué me dices de Mondamin? Consiguieron revocar la demanda por contaminación ambiental gracias a ella.

W: Ése es sólo uno de tantos casos en los que trabajó. También redactó otros muchos informes favorables a la acusación.

CVA: Muchos más en favor de la defensa. El tema de Mondamin apestaba.

W: Coño, debe de ser genial ver el mundo en blanco y negro. En algunos casos se ha comprobado la existencia de factores desencadenantes, pero no puedes culpar a la química de todos los linfomas.

CVA: Abre los ojos, colega. ¿Quién firma los cheques para los departamentos de investigación de las universidades?

W: Lucia estaba limpia.

CVA: Y se suicidó. ¿Se sentía culpable?

W: Cierra la puta boca.

CVA: Sólo era un comentario. ¿Se veía venir?

W: No.

CVA: Entonces ¿por qué lo hizo?

W: ¿Quién sabe por qué hace alguien algo así? Puedes ser muy brillante y estar jodido. Ella tenía problemas. Depresión. Asuntos de juego.

CVA: ¿Dejó alguna nota?

W: Creo que no. Todo esto es una putada.

CVA: El cáncer es una putada. Los pesticidas son una putada. El suicidio es algo rápido.

W: Ella ODIABA el cáncer.

CVA: Me sigue pareciendo que se sentía culpable. VC.

W: Lucia era mi amiga, y se suicidó. Que te den.

Después del último comentario había un silencio por parte del bloguero de Ames.

Chris trató de comprender las implicaciones de lo que acababa de leer. Si el participante en el chat que vivía en Ames era el mismo hombre cuya huella dactilar se había hallado en el papel del hotel, estaba claro que no se contaba entre los fans de Lucia Causey. También había mencionado Mondamin de forma específica. Sin embargo, según Michael Altman el activista de Ames se encontraba en una prisión de Iowa, lo cual significaba que no podía tratarse del hombre que se hacía llamar Aquarius. Aquello era otro callejón sin salida.

Estaba a punto de cerrar el portátil cuando se dio cuenta de que el chat sobre contaminación ambiental seguía en otra página. Pulsó para continuar el hilo de la conversación y vio que había un comentario adicional que no pertenecía a ninguno de los dos participantes originales, sino a alguien distinto. Estaba fechado tan sólo dos semanas atrás, mucho después de que se iniciara el hilo.

Al verlo, Chris se quedó petrificado. Lo habían escrito tres días después de que Ashlynn llamara a Stanford, y el participante había utilizado sus iniciales: AS.

Eran demasiadas coincidencias. Aquello no era fruto de la casualidad.

Leyó lo que Ashlynn había escrito y pensó que la chica le había dejado una pista, como si le estuviera hablando desde la tumba. Si es que era Ashlynn. Si es que era cierto.

AS: Lucia no se suicidó. La asesinaron.

Capítulo 41

¿Dónde estaba Johan?

Olivia no podía ponerse en contacto con él, y se sentía impotente. Era incapaz de quedarse sentada esperando mientras él lanzaba su vida por la borda. Al caer la noche supo que tenía que actuar con rapidez y adónde tenía que ir. Se deslizó a través de la ventana de su habitación, avanzó agazapada por las calles mojadas de St. Croix y tomó prestado un oxidado Pontiac Grand Am del garaje de uno de sus amigos. Cuando llegó a la carretera, encendió las luces largas. A su espalda, los neumáticos levantaban una estela de agua, como si fuera una ola. La casa de Kirk estaba a diez minutos y, a medida que recortaba los kilómetros que la acercaban a él, el terror hizo que se le formara un nudo en la garganta.

Aparcó en la cuneta, cerca de la calle Ciento veinte. Al salir, una oleada de lluvia la golpeó en el pecho. Corrió hacia el camino de tierra, donde se detuvo y observó el claro entre los árboles. Era como meterse en la cueva del monstruo. Aspiró el olor del humo de una chimenea y el aroma a pino. El viento soplaba con fuerza. Avanzó con cautela, a oscuras, con las manos metidas en los bolsillos de los vaqueros. Los pies se le hundieron en el agua y los mechones de pelo mojado se le quedaron pegados a la cara.

Las ramas del denso follaje le arañaban el rostro, y el constante repiqueteo de la lluvia ahogaba los demás ruidos del bosque. Olivia pensó que, si había alguien rondando por allí, no lo oiría hasta que tuviera su aliento en la nuca. Su mente empezó a llenarse con escenas que parecían sacadas de una película de terror, pero Olivia sabía que eran reales. En la noche invisible, se encontró de vuelta en el vientre del vagón de tren, mientras los chicos se ensañaban con ella. Echó un rápido vistazo a los punzantes recuerdos de lo que había enterrado en su mente. Sintió el peso aplastante de sus manos en su piel, sujetándola contra el suelo. Su cuerpo se revolvía sobre el metal, sacudido de dolor.

«No es real».

Quería marcharse a casa, pero no podía.

Avanzó paso a paso, como si fuera ciega. Cuando su rodilla chocó con algo duro, se detuvo, tanteó con las manos y pasó los dedos por metal mojado. Era un coche, aparcado en el barro bajo una cubierta de arbustos. Se metió la mano en el bolsillo y sacó su llavero, del que colgaba una linterna que arrojaba una luz muy tenue, suficiente para iluminar la matrícula del vehículo. La reconoció. El coche pertenecía a Glenn Magnus.

Johan estaba allí.

El vehículo estaba vacío, pero al colocar la mano sobre el capó notó el calor del motor. Llevaba poco tiempo allí, y todavía tenía alguna posibilidad de atraparlo.

Abrió la boca para gritar su nombre, pero se contuvo y se mordió la lengua para quedarse callada. No podía dejar que nadie los descubriera. Aun así, sintió la cercanía de su presencia, como si una señal inalámbrica los conectara. Los antiguos sentimientos volvieron a ella, con más fuerza que nunca. Recuerdos de ellos dos en el campo de maíz el verano anterior, reemplazados por los recuerdos sombríos del vagón de tren. Sintió cómo él la abrazaba mientras hacían el amor. La primera vez para ella, y también para él. El peso del cuerpo de Johan encima del suyo, excitándola.

Olivia aceleró el paso. Tenía que encontrarle.

Alcanzó la casa de Kirk, a sólo unos pasos del negro río. Estaba inundada de luz, aunque no vio a nadie moverse en el interior. Reconoció la camioneta de Kirk, aparcada cerca del garaje. Estaba en casa. ¿Lo estaba? Aquella tranquilidad la inquietaba. Había esperado oír música de fiesta, o voces de chicos, o los estúpidos grititos de chicas que no daban más de sí. En lugar de eso, la casa estaba en silencio, como una tumba.

Se acercó con sigilo, expuesta a las luces del garaje. Si Johan podía verla, esperaba que se descubriera y la llamara. Nadie lo hizo. Pasó junto a la camioneta hacia los escalones del porche. El chirrido de los tablonos sueltos hizo que se estremeciera. Cuando llegó a la puerta principal, hizo pantalla con ambas manos para mirar dentro. Las luces de la sala estaban encendidas y la habitación, hecha un desastre. Alguien la había puesto patas arriba. Dos de los cajones de un archivador estaban abiertos y su contenido, esparcido por el suelo, cubierto de papeles y fotografías. El ordenador de sobremesa yacía también en el suelo, con la carcasa metálica arrancada.

¿Qué diablos era todo aquello?

Olivia retrocedió y deshizo el camino por el porche. Miró a través de cada una de las ventanas y distinguió más huellas de aquella búsqueda frenética, pero no vio ningún ser vivo. Ni a Kirk ni a Johan. Alcanzó la esquina trasera de la casa, de espaldas al bosque y el río. La ventana de la esquina daba a un dormitorio pequeño, de tres por tres metros y medio. Vio los libros de texto del instituto sobre el escritorio de contrachapado e imaginó que era el cuarto de Lenny, el hermano de Kirk. Tenía una lámpara de lava que brillaba con nubes flotantes de color naranja. El suelo estaba cubierto de ropa sucia, y en las paredes había pósteres de estrellas del porno desnudas. De frente. De espaldas. De rodillas. Era una visión asquerosa.

Sobre la cama, bajo la ventana, vio también otras fotografías. Fotos de ella.

Olivia se sintió de nuevo agredida. Se vio a sí misma en la piscina de la escuela. En la calle, frente al centro que dirigía su madre. En el jardín de su casa de St. Croix, con Tanya. A todos los sitios a los que había ido, él había estado allí con ella. Espiándola. Lenny llevaba semanas siguiéndola.

Se apartó de la ventana y, de repente, una mano le tapó la boca desde atrás mientras otra se escurría por su cintura, recorriendo la piel de su estómago con unos dedos sucios.

El contacto con una mano masculina la accionó como una bomba. Lanzó el codo hacia atrás, directo al hígado de su atacante, con tanta fuerza que pensó que el órgano se desparramaría sobre el suelo embarrado. Oyó un aullido de dolor y sintió como aquellas manos se aflojaban sobre su cuerpo. Una vez liberada, se dio la vuelta y lanzó un puñetazo con la mano izquierda que colisionó contra un costado del cráneo. Otro gemido. El tipo agitó las manos delante de la cara para defenderse; ella empujó con fuerza aquel pecho desnudo y las piernas de él trastabillaron hasta caer al suelo, de espaldas. Su cuerpo no era más que un pedazo de piel mugrienta; estaba desnudo. Olivia se preparó para chutarle en la entrepierna, como si fuera un jugador de fútbol, pero el chico se apartó retorciéndose y gritó:

—¡No!

Entonces Olivia se concentró en su cara. Era Lenny. Echó un vistazo alrededor, esperando que Kirk y los demás chicos de Barron cargaran contra ella. No lo hicieron. Estaban solos.

—¡Lenny, cabrón!

El chico soltó un gemido sobre el suelo, a sus pies.

—Lo siento, lo siento. Olivia, no sabía que eras tú.

Cerca del chico había una manta de lana sucia y Lenny se esforzó por cubrir su cuerpo.

—De verdad, no lo sabía.

—¿Dónde está Kirk?

—No lo sé. Me echó de casa y he dormido en la camioneta.

—¿Has visto a alguien más?

—No, a nadie. Ya te lo he dicho, estaba durmiendo. Algo me despertó.

Lenny se puso en pie con dificultad mientras se sujetaba la manta alrededor de la cintura. Tenía un torso esquelético y sus brazos parecían palillos. Sus ojos recorrían con avidez el cuerpo de Olivia. Ella se dio cuenta de que los pezones se le transparentaban a través de la tela empapada de la camiseta y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Cuánto hace que me sigues?

Lenny abrió los ojos de par en par.

—¿Qué?

—Me has estado siguiendo, asqueroso. He visto las fotos encima de tu cama.

—No es lo que crees. Sólo me gusta mirarte.

—Eres repulsivo.

—Lo siento. De verdad.

Olivia vio cómo él se ajustaba la manta alrededor de la cintura y supo que se estaba excitando. Volvió a sentir ganas de atizarle un puntapié en la entrepierna.

—Ve a ponerte algo encima.

—Sí. Vale.

Lenny se apresuró y pasó junto a ella. El contacto con su hombro hizo que Olivia apretara los puños. Él introdujo los dedos por debajo del marco, abrió la ventana de su habitación y entró en la casa, mientras ella desviaba la mirada: no quería ver su cuerpo desnudo. Le oyó abrir los cajones y sacar ropa. Cuando volvió a salir, vestía una camisa de franela y pantalones de pana azul, y se había peinado el pelo mojado y grasiento hacia atrás.

—Enséñame las fotos —le ordenó ella antes de que cerrara la ventana.

—¿Eh?

—Las fotos que has tomado. Quiero verlas.

Él pareció querer echar a correr.

—Entra y cógelas, Lenny. Ahora.

Lenny se inclinó por encima del alféizar y apiló desordenadamente las fotos que había sobre la cama. Estaban impresas en papel de fotocopidora y las había tomado con la cámara de su móvil, con poca resolución; la mayoría estaban borrosas. Lenny se las tendió y la lluvia empapó los colores de inmediato. Olivia fue pasando las fotos y el papel se convirtió en una masa blanda.

Las contempló una a una y, a medida que lo hacía, las iba estrujando y las lanzaba al suelo con rabia. Lenny había estado en todas partes, espiando, observando, y no sólo en la calle: también la había espiado mientras estaba en su cuarto, desde un árbol cercano al río. Se vio a sí misma tendida en la cama leyendo, bebiendo de una lata de refresco mientras hacía los deberes en su ordenador. Algunas fotos estaban tomadas de noche, mientras se preparaba para acostarse: ella saliendo de la ducha envuelta en una toalla, ella en camisón corto. Había una, tan borrosa que debía de haberla sacado con manos temblorosas, en la que se apreciaba su perfil desnudo.

Olivia le propinó un bofetón que le dejó la marca rosada de su palma estampada en la mejilla. Lenny no dijo nada; se limitó a quedarse allí de pie y aceptarla.

Ella dejó caer las fotos al suelo y empezó a pisotearlas; sin embargo, al distinguir una escena iluminada por la luna, tan oscura que casi resultaba indistinguible, se detuvo. Había algo en ella que le llamó la atención. Volvió a coger las fotos del suelo y pasó frenéticamente unas diez más, tomadas en apariencia la misma noche. La mayoría estaban demasiado oscuras o desenfocadas para ver nada, pero encontró dos lo bastante luminosas para poder identificarlas. En ellas, no estaba sola: Tanya la acompañaba. Al mirarlas más de cerca, vio también a alguien más.

Era Ashlynn.

Las fotos se habían tomado en el pueblo fantasma.

—¡Estabas allí! —gritó—. ¡Tú nos viste!

Lenny tiró de los faldones de su camisa de franela, mal abotonada por las prisas.

—Estaba al otro lado de las vías del tren.

—¿Lo viste todo?

—Sí. Pensé que ibas a dispararle.

—No lo hice.

—Lo sé. Te vi marchar.

Olivia lo agarró por los hombros y le gritó a la cara.

—¿Y no has dicho nada? ¿Dejaste que me detuvieran? ¿Dejaste que Kirie y esos cabrones vinieran por mí? Tú sabías que yo no la maté. ¿Cómo has podido hacerme esto?

—No... no lo sé. Pensé que, bueno, que si te procesaban o algo así, yo podría convertirme en un héroe. Podría salvarte.

—Hijo de puta.

—Lo siento mucho, de verdad —gimió él.

—¿Viste quién mató a Ashlynn?

—No, no, me largué cagando leches. Me fui justo después que tú.

Olivia trató de decidir si le creía, esforzándose por controlar sus emociones. Todo lo que le había pasado, todo lo que había sufrido podría haberse evitado si Lenny hubiera abierto la boca.

—¿Fuiste tú? —preguntó—. ¿Le disparaste?

—¡No!

Olivia dobló las fotografías mojadas y se las metió en el bolsillo.

—Mañana irás a hablar con la policía, Lenny. Vas contarles lo que viste.

—Sí, claro. Lo que tú digas.

—También les explicarás lo que Kirk me hizo.

Lenny negó con la cabeza.

—Joder, Olivia, sabes que no puedo. ¡Es mi hermano!

Olivia observó de cerca la cara de Lenny y se percató de que tenía moratones recientes y sangre seca en la piel.

—¿Kirk te ha hecho esto? ¿Es así como te trata tu hermano?

—Me lo merecía. Soy un perdedor.

—Serás un perdedor si no me ayudas.

—Kirk lo ha hecho todo por mí. Si no fuera por él, yo estaría muerto.

Olivia sabía que no podía ganar. Aunque Lenny la quisiera, quería aún más a su hermano. O le tenía más miedo.

—¿Dónde está?

—No lo sé. ¿Por qué has venido? ¿Qué está pasando?

—Estoy intentando evitar una desgracia.

—¿Como cuál?

—Que maten a alguien. ¿Dónde está Kirk, Lenny? Su camioneta sigue aquí. Si no se ha marchado, ¿adónde ha ido?

—Te lo he dicho; no lo sé.

—Antes has dicho que algo te ha despertado —recordó Olivia—. ¿Qué era?

—Creo que lo he soñado. Parecían disparos.

—¿Disparos? ¿Desde dónde?

—En el bosque, cerca del río.

Lenny se llevó los puños a la boca.

—Oh, joder.

—Vamos, tenemos que comprobarlo. ¿Tienes una linterna?

—Sí.

Lenny se deslizó de nuevo por la ventana de su cuarto y salió con una Maglite roja. Olivia se la arrebató y apuntó el haz de luz hacia el río, iluminando los torrentes de lluvia. Luego cogió la mano sucia de Lenny y lo arrastró hacia el bosque. Allí donde el camino se adentraba en los árboles, distinguió las profundas huellas de unas botas llenas de agua. Aguzó el oído, pero el tamborileo del agua ahogaba cualquier otro sonido. El río se abría paso frente a ellos como una gruesa serpiente.

—¿Qué hay ahí abajo? —le preguntó a Lenny.

—Nada.

Olivia supo que estaba mintiendo. Se detuvo y dirigió el haz de la linterna hacia su rostro; él levantó una mano y se cubrió los ojos. La lluvia corría por el acné y los cortes de su cara.

—Dímelo —le exigió.

—No lo sé. Kirk dice que tiene algo grande ahí abajo, pero no me deja ir con él.

Olivia abrió la marcha atravesando el barro. El río batía contra la orilla, junto a ellos. No sabía cuánto habían avanzado y no le gustaba la idea de que Kirk estuviera por allí, de encontrarse con él a solas. Pensó en apagar la luz, pues constituía un faro para cualquiera que estuviera en el bosque; sin embargo, sin ella sería como avanzar con los ojos cerrados.

Crac.

Se detuvo tan rápido que Lenny tropezó con ella. Alguien acababa de pisar una ramita. Apartó el haz de luz del camino y contuvo un grito: a menos de tres metros, había un chico mirándola.

Allí estaba, paralizado entre los troncos descamados de dos abedules.

—Johan —susurró.

La cara del chico estaba pálida de espanto.

—¡Olivia! ¿Qué estás haciendo aquí?

Se lanzó hacia ella a través de la maleza y se abrazaron como dos amantes, del

modo en que lo habían hecho el verano anterior. La luz de la linterna bailaba enloquecida. Detrás de ellos, Lenny resultaba casi invisible en la noche.

Ella detectó el terror en los ojos de Johan.

—¿Qué pasa?

Al ver que él no contestaba, recorrió su cuerpo con el haz de luz de la cabeza a los pies. Sus zapatillas deportivas estaban salpicadas de rojo, igual que el dobladillo de los vaqueros.

—Oh, Dios mío, Johan, ¿qué has hecho?

Lenny también vio la sangre.

—¡Kirk! —gritó Lenny.

Johan cogió a Olivia de la mano.

—Tenemos que largarnos de aquí ahora mismo. No estamos a salvo.

—¡Kirk! —volvió a gritar Lenny.

El muchacho agarró la linterna de la mano de Olivia, se sumergió entre los árboles y fue engullido por la oscuridad mientras chillaba una y otra vez el nombre de su hermano.

—Rápido —dijo Johan, encendiendo su propia linterna—. Tenemos que darnos prisa.

Olivia sentía una extraña calma.

—Tengo un coche. No podemos coger el tuyo, lo están buscando. Vamos.

Habían avanzado menos de veinte metros cuando oyó un chillido de angustia. Era Lenny desde algún lugar entre los árboles, detrás de ellos. Olivia no se detuvo; no le preguntó a Johan qué había encontrado Lenny y no le importaba. Lo único que le importaba ahora era que estaban juntos.

Y siguieron corriendo.

Capítulo 42

La casa estaba vacía. Chris se quedó de pie en el porche con las manos apoyadas en las caderas, sin Hannah ni Olivia. El agua martilleaba en los canalones metálicos y el viento que soplaba sobre su ropa mojada le helaba la piel. Estaba solo bajo la lluvia, sin más compañía que los halos difuminados de las luces de las casas que punteaban las calles. El pueblo parecía abandonado.

Había pasado muchos años en la ciudad, rodeado de gente. Las tierras vacías de las zonas rurales siempre le habían asustado, pero ahora se daba cuenta de que había sido un estúpido; el hecho de estar allí con Hannah, con Olivia, lo había cambiado todo. Lo único que quería era que estuvieran a salvo, con él. Lo que le asustaba más que cualquier otra cosa era la idea de volver a perderlas.

Avanzó bajo el aguacero hacia la iglesia de St. Croix. Entró y llamó a Glenn Magnus, pero no contestó nadie. Las luces del sótano estaban apagadas. Oyó la vibración de las campanas, que zumbaban al viento; contempló el santuario, iluminado sólo con tenues candelabros de pared, y estuvo a punto de pasar por alto la presencia de la única feligresa, arrodillada en el banco más cercano al altar.

Era Hannah.

No quería interrumpirla, aunque se preguntó qué le diría a Dios en sus oraciones. Él nunca había sido creyente, pero ella siempre le había dicho que aun así rezaba por él. Por él, por Olivia, por su familia, por su pueblo, por las mujeres y niños que no tenían a nadie a su lado. Chris trató de imaginar si se habría añadido a sí misma a la lista, aunque no lo creía. Hannah rezaría por cualquier otra persona, pero no por ella.

Contempló el crucifijo que se alzaba sobre el altar y el pensamiento lo asaltó espontáneamente. «Sálvala». No creía que hubiera nadie escuchando ni que su nombre figurara el primero en la lista de plegarias respondidas. Aun así, volvió a pensarlo: «Sálvala».

Hannah notó su presencia; lo vio junto a la entrada de la iglesia y su cara se iluminó con una sonrisa. Al mirarle ahora no pensaba de inmediato en el pasado, el dolor, la ruptura, el asesinato, el miedo. Durante un milisegundo esas cosas no existieron y su única reacción fue un breve e instintivo momento de alegría. Él también sonrió.

Se encontraron a medio pasillo.

—Llegas tarde —comentó ella—. Estaba preocupada.

—Estoy bien.

Ella lo miró a los ojos como si buscara algo.

—No has vuelto allí, ¿verdad?

—¿Adónde?

—A casa de Kirk.

—Claro que no.

Su cara se relajó con un gesto de alivio.

—Me alegro. No creía que lo hubieras hecho.

—¿Por qué me lo preguntas?

Hannah vaciló.

—Tenemos que hablar.

—Lo sé. Tengo que explicarte muchas cosas. Puede que ya sepa lo que le pasó a Ashlynn.

Ella dirigió una mirada nerviosa hacia las puertas del templo.

—Cuéntamelo rápido. No tenemos mucho tiempo.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Estarán aquí enseguida.

—¿Quién?

—La policía.

—¿Por qué? —preguntó él—. ¿Olivia está bien?

—Sí.

Hannah lo arrastró con suavidad hacia un banco vacío.

—Cuéntame qué has averiguado. Chris se esforzó por ordenar sus pensamientos.

—Ashlynn le contó a Tanya Swenson que tenía una prueba de que Florian y Mondamin estaban relacionados con lo ocurrido en St. Croix. Sospechaba que su padre había orquestado el encubrimiento. Al parecer, no sólo Vernon Clay estaba implicado, sino también Lucia Causey.

—¿La investigadora? —preguntó Hannah—. ¿Crees que falsificó el informe?

—Florian tiene unos tentáculos muy largos —observó Chris—. Lucia está muerta; se suicidó el año pasado, pero Ashlynn creía que la habían asesinado.

Hannah meneó la cabeza.

—¿Qué había descubierto Ashlynn?

—No estoy seguro, pero me vienen a la mente dos personas que podrían querer asegurarse de que no se lo contara a nadie.

—¿Quiénes?

—Una es ese hombre, Aquarius. Ha dejado un rastro que conduce a Vernon Clay y Lucia Causey. Si Ashlynn descubrió su identidad, es probable que decidiera detenerla para evitar que se inmiscuyera en sus planes.

—¿Qué planes?

—Ése es el problema. Nadie lo sabe.

—¿Quién es la otra persona? —quiso saber Hannah.

—Kirk Watson.

Ella se puso tensa y volvió a mirar hacia las puertas cerradas de la iglesia.

—Kirk está muerto.

—¿Qué?

Hannah no se entretuvo a explicárselo; algo hizo que se pusiera en pie de un salto. Chris también se levantó y escuchó el aullido de unas sirenas en la carretera. Era tal como Hannah le había dicho: la policía se acercaba.

—¿Qué está pasando? —inquirió.

Hannah lo guió hacia la parte delantera de la iglesia.

—No les cuentes nada, Chris. Todavía no.

Salieron al vestíbulo. Más allá de las puertas de cristal, tres coches patrulla del departamento del sheriff frenaron con un chirrido en mitad de la calle. Las sirenas sonaban lo bastante alto como para obligarles a cubrirse los oídos; después, se interrumpieron y dejaron sólo un descarnado silencio. Las barras luminosas giraban sobre el techo de los coches; la lluvia, plateada, golpeó a los agentes vestidos con impermeables amarillos que descendieron de los vehículos y se dirigieron hacia los escalones de entrada de la iglesia.

Chris vio que otra persona los acompañaba: un hombre con una gabardina negra y un Fedora. Michael Altman.

Chris y Hannah esperaron mientras el fiscal del condado entraba en el vestíbulo, dejando atrás la lluvia. La expresión de su rostro era sombría. Los agentes desfilaron hacia el sótano. Chris no creía que estuvieran buscando la sala de reuniones de la iglesia: fueron directamente a la habitación de Johan.

—Señor y señora Hawk —los saludó Altman al tiempo que sacudía el agua del sombrero—. Siempre que tengo problemas, ustedes están cerca.

—¿Qué hace aquí? —preguntó Chris.

—Estoy buscando a Johan Magnus.

—¿Por qué? ¿Qué está pasando?

—Alguien ha asesinado a Kirk Watson esta noche.

El cuerpo de Hannah se tensó, pero no dijo nada. Chris se dio cuenta de que su propio corazón estaba frío como el hielo. No le importaba que Kirk estuviera muerto; lo único que quería era proteger a Olivia.

—¿Cómo ha ocurrido?

—Alguien le ha golpeado en la cabeza —explicó Altman— y luego le ha liquidado de dos disparos, uno en la cabeza y otro en los genitales. Muy personal.

Hannah se cubrió la boca con una mano. Chris también se sentía mareado. Altman los observó detenidamente, estudiando sus reacciones.

—Tengo la impresión de que su asesino era alguien que le guardaba rencor —añadió Altman—. Como quizás alguien a cuya hija habían atacado hace poco.

—¿Cree que he sido yo? —preguntó Chris.

—No lo sé, señor Hawk. ¿Dónde ha estado esta tarde?

—Fuera.

—¿Solo?

—Casi todo el tiempo.

No quería causarle más problemas a George Valma recurriendo a él como coartada, y esperaba que la lluvia hubiera hecho desaparecer cualquier prueba de que la noche anterior había estado apostado bajo las ventanas de la casa de Kirk Watson.

—¿Haciendo qué?

—Buscando a Lucia Causey —respondió Chris—. Puede comprobar mi registro telefónico y descubrirá que me he pasado las dos últimas horas realizando indagaciones sobre ella. Seguramente también pueda obtener el historial de las páginas web que he visitado. Me he conectado a una red inalámbrica de Barron. No dude en comprobarlo.

—Lo haré —aseguró Altman—. Hemos encontrado el arma del crimen; se trata de un revólver. En el tambor hay cuatro casquillos vacíos pero, por lo que parece, en el escenario del crimen sólo se efectuaron dos disparos. ¿Eso le sugiere alguna cosa?

Chris sabía a qué se refería.

—Creemos que se trata de la misma arma que utilizaron para matar a Ashlynn Steele —continuó el fiscal del condado.

Altman frunció el ceño y preguntó con toda intención:

—¿Dónde está su hija? Me gustaría hablar con ella.

—Está en su habitación —intervino Hannah—. Lleva allí toda la tarde. No sé lo que ha pasado, pero ella no ha tenido nada que ver. Déjela en paz.

Lo dijo en tono calmado y convincente, aunque Chris sabía que estaba mintiendo. Olivia no estaba en su habitación.

—¿Qué me dice de Johan Magnus? —continuó Altman—. ¿Le han visto?

—No —contestó Chris.

—Usted me dijo que Johan había ido por Kirk. ¿Trató de ponerse en contacto con usted? ¿Le pidió ayuda?

—No, no lo hizo.

—Si lo hubiera hecho, ¿habría tratado de detenerlo?

—Por supuesto.

Chris percibió como el fiscal del condado trataba de dilucidar si estaban siendo sinceros. Su frustración resultaba obvia.

—Tengo que encontrar a Johan Magnus enseguida —señaló.

—¿Para poder acusarlo de asesinato? —preguntó Hannah—. No nos pida ayuda para eso. Quienquiera que haya matado a Kirk, le ha hecho un gran favor al mundo.

—También trato de proteger al chico.

—¿Protegerlo? ¿Por qué? ¿De qué?

—Hemos recibido una llamada del hermano de Kirk —les explicó Altman—. Lenny Watson nos contó que habían asesinado a Kirk y nos indicó dónde estaba el

cuerpo. También nos dijo que Johan se hallaba en el escenario del crimen, cubierto de sangre.

—¿Y usted le cree? —quiso saber Chris.

—No importa si le creo, ésa no es la cuestión. Cuando llegamos a la casa, no encontramos a Lenny por ninguna parte. Él también ha desaparecido y estamos intentando encontrarle. En su llamada a emergencias, Lenny aseguró que iba a vengar la muerte de su hermano; tiene intención de matar a Johan.

—¿Dónde está Olivia?

Ambos estaban de vuelta en el porche de casa de Hannah, resguardados de la lluvia. Hannah dejó el paraguas rojo sobre una de las sillas Adirondack y le hizo un gesto para que la siguiera hacia el interior de la casa, cálida y silenciosa. Ella se sacó el impermeable y miró la iglesia a través de la ventana; el hervidero de actividad policial seguía en marcha. Nadie les había seguido y nadie les observaba.

—¿Está aquí? —insistió él.

Hannah señaló la puerta cerrada que conducía al sótano.

—Acudió a mí en busca de ayuda. Acudieron los dos. No iba a negársela, Chris.

—Por Dios, Hannah. Dime que ella no estaba en casa de Kirk esta noche.

Hannah no contestó, pero él sabía que era justo allí donde había estado. Abrió la puerta del sótano; la luz estaba apagada.

—Olivia, soy yo —gritó en la oscuridad.

A continuación, encendió la luz y descendió por la escalera de madera junto a los bloques de piedra de los cimientos. Hannah lo seguía. El frío y la humedad se habían adueñado de aquel espacio. Chris vio algunas alfombras distribuidas sobre el suelo y estanterías metálicas alineadas en las paredes. Los conductos y tuberías formaban un laberinto por encima de sus cabezas. Los ratones se habían abierto camino por debajo de la casa cavando túneles en el aislamiento de color rosa.

Chris vio un sofá azul raído arrimado a la pared norte. Durante la temporada de tornados, allí era donde esperaban a que pasara la tormenta.

Olivia estaba sentada en el sofá con el brazo alrededor de la cintura de Johan Magnus.

Acababan de ducharse: vestían ropa limpia, su piel estaba rosada y se cubrían el regazo con un manta. Chris oyó el estrépito de la secadora; habían lavado su ropa y Hannah les había ayudado: había destruido las pruebas.

Johan no dijo nada; se le veía abrumado. Olivia, por el contrario, parecía estar al mando. Ella era la fuerte, la decidida. Cuando habló, su voz sonó perfectamente tranquila.

—No ha sido Johan, papá —le dijo—. Él no ha matado a nadie. Es inocente, como yo.

Capítulo 43

Florian esperó quince minutos, pero Kirk no apareció.

El parque que había junto al monumento indio era el lugar donde siempre resolvían sus negocios. Su relación no podía exponerse a la vista del público: se realizaba siempre en efectivo, en persona y sólo por la noche. Se encontraban, hablaban, cerraban el trato y se marchaban cada uno por su lado. A Florian no le gustaba, aunque hacía mucho tiempo que había aceptado que todo negocio necesitaba un Kirk Watson para sobrevivir.

Kirk era el solucionador de problemas de Florian. Cuando la locura de Vernon Clay se convirtió en un lastre, le encargó que se ocupara de él. Había esperado no tener que cruzar nunca esa línea, pero el científico no le había dejado otra opción. Desde entonces había dormido tranquilo, convencido de que Vernon ya no constituía una amenaza. Ahora no sabía qué creer. Si Vernon seguía con vida, Florian era consciente del peligro que eso suponía. Si Vernon estaba muerto, entonces Aquarius era un misterio. Nadie sabía qué estaba maquinando.

Entonces recordó las palabras de Julia: «Creo que planea matarnos».

Florian comprobó la hora. No podía esperar más. Era poco habitual que Kirk no acudiera a una cita y, cuanto más tiempo pasaba, más le preocupaba que se tratara de una trampa. Abandonó el parque y condujo a través de los embarrados caminos. No apartó la vista de los retrovisores, pero nadie le seguía.

Llamó a Julia para decirle que iba de camino a casa; no contestó. Probablemente estaría en la ducha, preparándose para acostarse, ignorando sus mensajes. Desde la muerte de Ashlynn, cuando él se metía en la cama ella ya estaba dormida. Hacía días que no dejaba que la tocara. Esa noche la despertaría, la desnudaría y le haría el amor apasionadamente. No podía soportar el vacío de su vida una noche más. Estaba muerto, y necesitaba sentirse vivo. Si era capaz de derribar el muro que los separaba, ambos podrían compartir el dolor por su pérdida como el resto de la gente. Podrían encontrar consuelo el uno en el otro. Podrían por fin llorar.

Volvió a marcar el teléfono de su casa.

—Cógelo, Julia —murmuró.

Si su esposa estaba allí, lo dejó sufrir en silencio.

Florian abandonó la carretera y siguió la pronunciada pendiente del risco. La ciudad, el río y su empresa ocupaban el valle a sus pies. Llegó al camino de entrada de su casa y vio que Julia había apagado todas las luces. Le había dejado a oscuras. El abismo que se había abierto entre ellos lo torturaba. Además de tener que enfrentarse a la pérdida de su hija, se había visto obligado a hacerlo solo. Se preguntó si Julia se daba cuenta de lo mucho que todavía la quería. Se preguntó si ella sabría que siempre le había sido fiel.

Pulsó el botón que abría el garaje y estuvo a punto de estamparse contra la puerta. Volvió a intentarlo, pero la puerta no se movió. Estudió la casa a oscuras y reparó en que no había corriente. Las casas del vecindario estaban iluminadas. Todas menos la suya.

Algo estaba ocurriendo, y no le gustaba.

Florian abrió la guantera, donde guardaba una pistola Ruger de nueve milímetros. Todo el mundo sabía quién era, y que tenía dinero. No podía arriesgarse a ser víctima de los asaltantes de los caminos rurales. Agarró la culata de la pistola, la comprobó, salió del coche y siguió las baldosas del camino de entrada hasta la puerta principal, bajo la lluvia.

Estaba entreabierta. La lluvia y la suciedad se colaban por aquel resquicio y caían sobre la lujosa moqueta blanca.

Empujó la puerta con el hombro. En el interior, sin electricidad, la casa permanecía en completo silencio y estaba empezando a enfriarse. El sistema de seguridad estaba desconectado. Se movía a ciegas, pero era capaz de ubicar cada centímetro de la casa con los ojos vendados. Avanzó con el cañón de la pistola levantado y se dirigió hacia la fastuosa escalera espiral que conducía a los dormitorios.

Al llegar a media altura, la llamó:

—¡Julia!

Su voz rompió el silencio. No le importaba quién le oyera. Si había alguien allí, ya habría visto los faros de su coche y sabría que estaba en la casa. Sabría adónde iría: a buscar a su esposa.

—¡Julia! —volvió a gritar.

Ella no contestó, o tal vez no pudiera hacerlo. Le aterrorizaba pensar qué iba a encontrar.

Florian alcanzó el descansillo. La habitación de matrimonio quedaba frente a él. Vio una luz titilante a través de la puerta. No se trataba de una de sus lámparas, sino de la llama de una vela. Por un momento imaginó, que la oscuridad de la casa era una idea romántica de Julia; sin embargo, con sólo abrir la puerta sus temores se hicieron realidad. La habitación estaba vacía; su mujer no se encontraba allí. En su lugar, la vela se burlaba de él desde su mesilla de noche.

Distinguió una hoja de papel sobre la superficie pulida de roble junto a la vela. Un mensaje.

Florian sabía qué era y quién lo había enviado. Se acercó a la cama y contempló cómo la cera color marfil se derretía en hilillos sobre el candelabro y formaba un charco caliente en la base. La llama danzante iluminaba la nota de la mesilla, pero apenas se atrevía a tocarla.

«Julia», pensó.

Sostuvo el mensaje en la mano y, mientras lo leía, sintió que su mundo se venía abajo. Primero su hija y ahora, su mujer. Ya no le quedaba nada.

A LA ATENCIÓN DEL SEÑOR FLORIAN STEELE
TU ESPOSA HA DESAPARECIDO
AHORA SU VIDA ESTÁ EN MIS MANOS
NO PUEDES ESCAPAR DE TU PROPIA DESTRUCCIÓN
NO PUEDES SALVAR TU MUNDO
SÓLO PUEDES SALVARLA A ELLA
YO TE LLAMARÉ Y TÚ VENDRÁS SOLO
MI NOMBRE ES

AQUARIUS

Cuarta parte

TODO LO QUE REPTA

Capítulo 44

Lenny pasó la noche en la camioneta y se despertó con las primeras luces del alba, helado y con la cabeza a punto de estallar. Al escapar, se había llevado un paquete de seis cervezas de la casa y, mientras permanecía sentado en la oscuridad, había bebido más que nunca en su vida. El parabrisas estaba cubierto de hilos de escarcha. La lluvia había cesado, pero el agua goteaba de las ramas de los árboles y el capó estaba tapizado de hojas húmedas y muertas. No había sol en el horizonte, tan sólo nubes grises como el acero. La camioneta estaba aparcada en el linde de un parque nacional al oeste de la ciudad. Desde su escondrijo, había visto las luces de los coches de policía que iban y venían a gran velocidad por la carretera del condado. Estaban buscándolo.

Se moría de hambre; no había comido nada desde la porción de pizza del mediodía anterior. Escarbó entre la porquería que se amontonaba en el asiento de atrás y encontró una barrita energética sin abrir, la desenvolvió y la devoró en tres mordiscos, atragantándose con la pegajosa mantequilla de cacahuete. Lo único que consiguió fue que su estómago rugiera y le pidiera más. Pensó en pararse en una gasolinera Holiday para comprar un sándwich de huevo, pero no podía arriesgarse a que lo vieran.

La furgoneta olía a humo y cerveza. Olía a Kirk. La luz del día no había logrado convertir la noche anterior en una simple pesadilla. Su hermano estaba muerto. Kirk nunca volvería a pegarle, nunca volvería a protegerle, nunca volvería a darle dinero ni revistas porno, nunca volvería a llevarle al bosque para disparar, ni a pasarle porros ni a contarle historias sobre las chicas que se había tirado. Kirk había sido el centro de su vida durante años, y ahora ya no estaba.

Lenny se sentó en la camioneta y, a medida que la realidad de su situación se asentaba en su mente, berreó como un niño. Los mocos le bajaron de la nariz a la boca y por la garganta. Tosió con tanta fuerza que se le descarnaron los pulmones. No lloraba por Kirk, sino por él mismo. Estaba enfadado con la gente que había perdido. Todos le habían abandonado, todas y cada una de las personas de su vida: su madre, su padre, su hermano. Se habían ido. Estaba total, absoluta y completamente solo, para siempre.

Sabía que Kirk le habría dicho: «Échale huevos, Lenny», y habría acompañado sus palabras dándole un buen golpe en la cabeza.

Eso mismo. No escaparía para esconderse. No volvería a comportarse como un cobarde. Haría lo que habría hecho Kirk en su lugar.

Les haría pagar por ello. A todos.

Lenny se secó la cara para mirarse en el espejo retrovisor. Los ojos enrojecidos, la barba rala, desaliñada, sin afeitar y con pelos de distinta longitud en la punta de la

barbilla, un grano de pus en la base de una narina y el corte hinchado y con signos de infección de la mejilla. Su piel cetrina parecía agua sucia. Estaba hecho un desastre. No se le veía atractivo y poderoso como Kirk, ni como un dios rubio recién afeitado, igual que Johan Magnus. No importaba.

Les haría pagar por ello. A todos.

Lenny encendió el motor, que rugió como un tigre. Kid Rock atronaba en la radio. Comprobó la carretera, pero no vio ningún coche patrulla. Era pronto. Aun así, avanzó por carreteras secundarias, por pueblos de apenas una manzana y granjas vacías donde los pocos habitantes podían contarse con los dedos. Eso era lo que habría hecho Kirk para zafarse. «Mantente alejado de la civilización y no darán contigo, Leno».

Allí donde mirara, veía el agua que había dejado tras de sí la tormenta. Charcos en las carreteras. Lagunas en los campos de maíz. Zanjas llenas como piscinas. Aun sin lluvia, era un día feo, gris y frío. Un día para que ocurrieran cosas malas.

Los baches de los caminos de tierra le martilleaban los riñones y le hacían rebotar en el asiento. Alargó la mano hacia la guantera y sacó unas gafas de sol que costaban doscientos pavos. Nadie las tocaba aparte de Kirk. Lenny pensó que ahora ya no le importaría y se las puso. Le iban un poco grandes y el día era tan oscuro que no las necesitaba, pero al mirarse de nuevo en el espejo sus dientes brillaron en una sonrisa torcida. Le daban un aspecto guay.

Alargó el brazo hacia el asiento del pasajero, donde quedaba una última lata de cerveza del pack de seis. La abrió con el índice y del agujero salió un poco de espuma. Tomó un trago. Estaba caliente, pero no le importó. Se sentía mejor. Tenía un plan.

Se pasó veinte minutos dando vueltas por los caminos, como si jugara al Tetris, y se perdió más de una vez. Sólo había estado en el garaje del U-Stor tres o cuatro veces, y por allí todos los caminos parecían iguales. Los mismos campos, la misma suciedad, ninguna señal. Al final logró distinguir el camino de entrada y la doble hilera de trasteros detrás de las puertas rojas. No había nadie más.

Lenny aparcó frente al garaje de Kirk y bajó de la camioneta. Todavía le quedaba algo de cerveza, y al beber de la lata se le escurrió parte del líquido por la barbilla. Seguía aturdido por todo lo ocurrido durante la noche, la cabeza le daba vueltas. Oyó el estridente graznido de un cuervo en lo alto de un roble; el pájaro, grande y negro, estaba posado en una rama. Le estaba gritando a él y no tenía intención de callar, y el molesto cra, cra empeoraba su dolor de cabeza.

—Cierra la puta boca, pájaro —chilló Lenny.

El cuervo no le hizo caso y graznó aún más alto, como si se riera de él. Lenny cogió una piedra en el suelo y la lanzó contra el árbol, pero ni siquiera se acercó a su objetivo. El cuervo aleteó en gesto desafiante.

Cra, cra. Seguía riéndose.

Lenny escupió en el suelo. Maldito pájaro.

Rodeó la plataforma trasera de la camioneta y metió la mano por debajo del sucio parachoques, cerca del neumático izquierdo. En lugar de llevarla en su llavero, Kirk guardaba la llave del trastero en una caja magnética oculta. Tanteó con los dedos, la encontró y la separó del parachoques haciendo palanca. A continuación abrió la caja, sacó la llave y descorrió el cerrojo de la persiana metálica.

Entró y dejó la puerta abierta a su espalda. El mohoso garaje era el lugar donde Kirk guardaba todo lo que no quería que encontraran los polis. Vio los archivadores con sus documentos, los maletines de las armas, las cajas con lápices de memoria y las carpetas repletas diseminadas sobre el escritorio de su hermano. Aquí era donde Kirk copiaba porno para sus clientes y contaba su dinero mientras escuchaba a Tim McGraw en el iPod.

Dinero. Lenny necesitaba dinero.

Vio la caja fuerte empotrada en la pared trasera. Se agachó, introdujo los cuatro números de la combinación que había memorizado e hizo girar la ruedecilla: 17-4-19-26. Desplazó la palanca hacia la izquierda y la puerta se abrió con un clic. Incluyó la pesada caja hacia delante para vaciar su contenido y lanzó un silbido de alegría. El suelo quedó cubierto de montones de fajos de dinero en efectivo, sujetos con gomas. Había docenas de ellos. Una fortuna. No se detuvo a contarlos; debía de haber miles de dólares, dinero suficiente para sobrevivir durante un año en fuga.

Encontró también una solitaria tarjeta de memoria, no más grande que un chicle. Tenía una etiqueta escrita en rotulador negro con letras gruesas: «Papi».

Lenny sabía qué era, pero no le importaba. No en ese momento. Más adelante se ocuparía de ella. Volvió a meterlo todo en la caja fuerte e hizo girar la ruedecilla para cerrarla. Luego la levantó, gruñendo bajo su peso, la transportó con dificultad hasta el camión y la echó a los pies del asiento del acompañante. Entonces soltó un suspiro de alivio. «Eres rico, Leno», se dijo. Ahora podía ir a donde quisiera. A México tal vez. Podía comprarse una preciosa chica morena y vivir en la playa.

Pero lo primero era lo primero. Tenía cosas que hacer. Necesitaba hacerse con un arma.

Kirk almacenaba sus rifles en un armario cerrado con llave, la cual guardaba en el cajón superior de su escritorio. Lenny la encontró, abrió las puertas de par en par y ahogó un grito de asombro mientras estudiaba el arsenal. La luz se reflejaba en el interior espejado del armario, y olía a aceite de madera. Pasó un dedo por el metal negro de los cañones y, al acariciar los lustrosos mecanismos de los rifles, las manos empezaron a sudarle. Sólo había disparado dos armas en su vida: un rifle de cerrojo Remington y una Ruger semiautomática que parecía un pene de veinte centímetros. El pasado otoño, Kirk lo había llevado a cazar al norte de las cataratas del río Thief y,

aunque Lenny no había alcanzado ninguna pieza, le fascinaba el mortífero poder que se sentía al empuñar un arma: no te preguntaba si eras alto o bajo, fuerte o débil, valiente o asustadizo.

Lenny sujetó el Remington entre los brazos, encajó la culata bajo su hombro y apuntó a los árboles que había más allá de la puerta del garaje.

—Bang —dijo al tiempo que apretaba el gatillo y se oía un clic hueco.

En el cajón del escritorio encontró cajas de cartuchos dorados que brillaban como pequeños misiles. Se llevó el Remington y la munición y lo cargó todo en la camioneta, junto al asiento del conductor.

También quería pistolas. Kirk tenía un buen montón de ellas almacenadas en las estanterías de metal. «Son como las bolsas de patatas fritas, Leno. Nunca se tienen demasiadas». Encontró la Ruger que había utilizado para disparar al blanco con Kirk; llenó el cargador y se la metió en el cinturón. Aunque no sabía si iba a necesitar más, encontró una caja de cartón vacía, la llenó con el resto de las pistolas y balas y llevó el revoltijo a la camioneta.

Por el momento tenía todo lo que quería. No sabía con certeza si alguna vez iba a regresar. Era hora de marcharse, pero se quedó de pie en el barro con la puerta de la camioneta y la del garaje abiertas. No podía moverse; estaba petrificado. La soledad volvía a pesarle sobre los hombros, haciéndole sentir enfermo y pequeño. Podía ponerse unas gafas de sol caras, podía cargar la camioneta con armas, pero nada de eso cambiaba quién era. Él no era Kirk.

El cuervo volvió a graznar; seguía riéndose de él desde su posición privilegiada, en el árbol. Cra, cra, cra. Lenny sentía la cabeza a punto de estallar. El pájaro conocía sus secretos y sus temores, y no le temía.

Lenny se sacó la Ruger del cinturón dando un tirón.

—¡Cállate! —gritó, pero el cuervo se limitó a graznar con más fuerza.

Apuntó hacia el árbol, apretó el gatillo y la pistola se disparó con un estallido, haciéndole perder el equilibrio. El tiro se perdió en el cielo, muy alejado del pájaro, que volvió a extender sus alas como si le dijera: «No puedes alcanzarme, no puedes alcanzarme». Lenny disparó otra vez, haciendo volar trozos de corteza. Y otra vez. Y otra.

Aburrido del juego, el cuervo echó a volar, graznando mientras desaparecía más allá de las copas de los árboles.

—¿A qué coño le estás disparando, chico?

Lenny se volvió hacia la voz que sonaba a su espalda y vio a un hombre de sesenta y tantos años de pie junto a la camioneta, con las manos apoyadas en las caderas. Llevaba una gorra de béisbol de los Twins, una sudadera de los Vikings, pantalones de camuflaje y unas botas medio desatadas. Por encima del bigote, espeso y entrecano, sus ojos miraban a Lenny con enfado.

—¿Estás loco? —continuó el hombre—. Baja esa pistola.

Lenny tenía el brazo extendido con el cañón de la pistola apuntando hacia lo alto del árbol, aunque hacía rato que el cuervo se había ido. Sus miradas, la suya y la del viejo, se encontraron. Eran las dos únicas personas en kilómetros a la redonda. Lenny ni siquiera sabía de dónde había salido, aunque su coche debía de estar aparcado fuera de la vista, detrás de la otra fila de garajes.

El hombre echó un vistazo a la camioneta y, por la mueca de su rostro, Lenny supo que había visto las armas. Como quien no quiere la cosa, el hombre desvió la mirada hacia el otro lado, hacia el trastero, donde el armario con los rifles de Kirk seguía abierto. Su expresión pasó del enfado a la preocupación, y el tono de su voz se suavizó y bajó de volumen.

—¿Qué estás haciendo aquí exactamente, hijo?

Lenny movió la pistola y apuntó al pecho del hombre.

—No es asunto tuyo, viejo. ¿Quién coño eres?

El hombre levantó las manos en un gesto defensivo.

—Nadie, hijo. Sólo he pensado que podrías necesitar ayuda. ¿Y si bajas el arma y hablamos un rato?

Lenny se acercó a él con gesto amenazante y sin dejar de apuntarle. El hombre era quince centímetros más alto que él. Todo el mundo era más alto que él.

—Lárgate de aquí.

El hombre se mantuvo en sus trece. Se hallaban a dos metros de distancia.

—Seré sincero: me estás poniendo nervioso con esa pistola. Me sentiría mejor si la bajas.

—¡He dicho que te largues! ¡Vete! —chilló Lenny con voz temblorosa.

—No sé qué estás haciendo, pero diría que estás con el agua al cuello, hijo. Baja la pistola y hablemos de ello.

—Si no te largas, dispararé —aseguró Lenny—. Lo haré.

El hombre extendió una mano.

—¿Por qué no me das la pistola? No querrás que nadie salga herido.

El brazo de Lenny temblaba.

—No me obligues a matarte.

El hombre dio un paso cauteloso hacia Lenny y su boca se curvó en una cálida sonrisa.

—En la adolescencia, las cosas pueden parecer agobiantes. Yo pasé por eso. Luego te haces mayor y te das cuenta de que lo que de niño creías que era importante no lo es en absoluto.

—¡Para!

—Vamos a hablar de ello, ¿vale? Tú y yo.

Avanzó otro paso. Sus manos estaban a escasos centímetros de la pistola.

El dedo de Lenny se agitaba nerviosamente. Ni siquiera quería disparar, pero lo hizo. La explosión le retumbó en los oídos y el retroceso le sacudió el brazo. Vio como el viejo se tambaleaba y se llevaba las manos al pecho; la sangre se escurría entre sus nudillos y le corría por la piel y la sudadera morada. Tenía los ojos abiertos de par en par y miraba a Lenny con gesto de incredulidad; su cara se retorció en una mueca de dolor. Al final, cayó de rodillas mientras trataba de respirar.

Lenny echó a correr, enloquecido por el pánico. Se metió en la camioneta de un salto y condujo, girando el volante de forma tan salvaje que casi vuelca al lanzarse hacia la carretera. La puerta del acompañante batió un momento antes de cerrarse. Lenny volvió el torso para mirar por encima de su hombro, y vio al hombre tendido en el suelo. Oh, mierda, mierda, mierda. Ya no había marcha atrás.

«Acabas de matar a un hombre, Leno».

Capítulo 45

—¿Mató mi hijo a Kirk Watson? —preguntó Glenn Magnus en voz baja—. Dime la verdad, Chris.

—Él dice que no.

—Ya sé lo que dice. Y lo que la policía me ha contado. Lo que quiero saber es qué piensas tú.

Chris dirigió una mirada hacia el porche, donde Hannah estaba sentada con Olivia mientras Johan permanecía escondido dentro de la casa. No podían oírles, pero vio que Olivia les miraba y que sus ojos le suplicaban ayuda. Había echado de menos esa sensación, que lo buscara como hacía de niña. Había creído que nunca volvería a experimentarla. Su hija le necesitaba. Había crecido, pero aún le necesitaba.

A lo largo de la noche, había hablado con Olivia y con Johan por separado. Sus historias coincidían. No creía que mintieran.

—Johan admite que fue allí a matar a Kirk —explicó—, pero antes de llegar a la casa oyó disparos cerca del río. Se acercó para ver qué ocurría y encontró el cuerpo de Kirk. Dice que oyó pasos que se alejaban corriendo en la dirección opuesta.

—¿Qué hay del arma? Era la misma con la que mataron a Ashlynn, ¿verdad?

—Eso parece.

—No he dudado de Johan en mi vida —dijo el pastor—, pero es difícil saber qué pensar. Después de que mataran a Ashlynn, había sangre en su ropa. Y ahora también.

Ambos hombres estaban de pie en la calle, frente a frente. El pastor parecía conmocionado.

—Ha sido sincero al revelar sus intenciones —señaló Chris—. Y también ha reconocido que intentó conseguir una pistola a través de Tanya. Si ya tenía una, ¿para qué se habría molestado en llamarla? Creo que, si Johan hubiera matado a Kirk, lo habría dicho. Estaría orgulloso de ello.

—Eso también me asusta. Si no lo hizo, es sólo porque alguien se le adelantó.

Chris se acordó de sí mismo rondando la casa de Kirk. Todos, uno a uno, se habían enfrentado al diablo.

—No necesariamente.

—Tú mismo has dicho que tenía la intención de asesinarlo.

—Una cosa es pensarlo, Glenn, y otra muy distinta hacerlo. Es mucho más difícil de lo que la gente cree.

—La policía quiere interrogarlo.

—Lo sé. Consigue primero un abogado. Mientras tanto, no dejes que diga nada ni que conteste ninguna pregunta. Olivia dice que Johan no llevaba guantes. Si no blandió la pala y no tocó la pistola, no encontrarán huellas dactilares. Si no estuvo allí, no encontrarán nada que demuestre lo contrario.

—Por otra parte, si está mintiendo, lo descubrirán.

—Es probable.

Magnus alzó la vista al cielo y Chris se preguntó si estaba discutiendo con Dios. Si había alguien que tuviera razones para cuestionarse su fe, ése era Glenn Magnus, quien ya había perdido a su mujer y a su hija. Y ahora su hijo también estaba en peligro.

—Si no fue Johan, está claro que había alguien que iba tras de Kirk —señaló el pastor.

—Olivia dice que alguien había registrado la casa —explicó Chris—. Quienquiera que le matara estaba buscando algo.

—¿Qué crees que era?

—No lo sé, pero apostaría a que el asesino no lo encontró. Si uno encuentra lo que busca, deja de buscar. Creo que, quienquiera que fuese, vio que Kirk salía y registró la casa. Al no encontrar lo que buscaba, fue tras él y lo mató; entonces apareció Johan y tuvo que huir.

—Si es algo por lo que merece la pena matar, alguien más podría estar en peligro.

—Johan ya está en peligro —observó Chris—. Mantente alerta por si aparece Lenny Watson. Tras la muerte de su hermano, busca venganza. La guerra no ha terminado.

—Lenny no es un monstruo como Kirk.

—No, pero está desesperado. Es imposible saber qué hará.

Chris oyó música en la distancia y cayó en la cuenta de que era el móvil de Hannah, que sonaba en el porche. La vio contestar y, unos segundos después, su exmujer se apresuró hacia ellos. Al ver la cara del pastor, Chris reparó en que tenían algo en común: ambos amaban a Hannah.

—¿Quién era? —quiso saber Chris.

—Una mujer con la que he trabajado en el centro —contestó Hannah—. Es técnica en primeros auxilios, en Barron. Ha respondido una llamada del número de emergencias y ha pensado que yo querría saberlo. Ha habido un tiroteo.

Chris encontró a Michael Altman en las remotas instalaciones del U-Stor, a las afueras de Barron. La ambulancia se había marchado, pero el trastero de Kirk seguía rodeado de agentes de la policía. El fiscal del condado parecía mayor, como si hubieran drenado su inagotable energía. Tenía la mirada perdida, ajeno a lo que sucedía a su alrededor. Chris dio unos golpecitos en la ventanilla del sedán y Altman señaló la puerta del acompañante con gesto de cansancio. Chris la abrió. El motor estaba encendido y dentro del coche hacía calor. Altman tenía un voluminoso ordenador portátil, un modelo antiguo, abierto sobre el salpicadero. El protector de pantalla se había activado y dibujaba espirales de color en el monitor. Había varias

carpetas con informes sobre el asiento delantero y una bolsa de plástico llena de lápices de memoria.

—Tiene usted una excelente red de espías, señor Hawk —comentó Altman.

—Es Hannah quien la tiene.

—Ah, por supuesto.

—¿Cómo está la víctima? —se interesó Chris.

—Ha perdido mucha sangre, pero consiguió llamar y pedir ayuda; cuando llegaron los técnicos de primeros auxilios, estaba consciente. El personal médico cree que sobrevivirá.

—¿Fue Lenny Watson quien le disparó?

—Según la descripción que nos ha proporcionado la víctima, eso parece. Ahora va armado y es peligroso. Lo único que va a conseguir ese estúpido es que lo maten.

Altman volvió la cabeza y miró a Chris.

—Necesito que me diga dónde está Johan Magnus.

—En casa de Hannah; su padre lo acompaña. Está a salvo.

—No me parece bien que, ayer por la noche, me ocultara ese hecho.

—Cuando hablé con usted, no lo sabía.

Altman frunció el ceño, pero lo dejó correr.

—No parece usted feliz —comentó Chris.

El fiscal tenía los ojos hundidos. Al igual que Glenn Magnus, daba la sensación de encontrarse en plena crisis de fe. No se trataba de ira o decepción, sino de desolación. Lo que había encontrado en el garaje de Kirk le había sacudido en lo más hondo.

—Uno podría pensar que, después de los años que llevo en este trabajo, habría cultivado un punto de vista cínico sobre el comportamiento humano —respondió Altman—. Lo extraño es que no sea así. Soy cristiano, señor Hawk. Creo que la gente es, en esencia, buena.

—Estoy de acuerdo con usted —convino Chris.

Altman alargó la mano hacia la carpeta que había en el asiento delantero y se la tendió en silencio. Chris la abrió y sintió que un peso le oprimía el corazón, que la cólera le helaba la sangre y que su alma lanzaba un grito silencioso e irreprimible. Las imágenes impresas en aquellas hojas reflejaban tal depravación que le costó imaginar que, quienquiera que hubiera hecho aquello, formara parte de la especie humana. Y aún peor era saber que caminaba por las mismas calles, respiraba el mismo aire y tenía el mismo aspecto que cualquier otra persona.

Ése era el horror al que se enfrentaba Altman. ¿Cómo podía uno volver a confiar en su vecino, cuando sabía que había gente sobre la faz de la tierra capaz de algo semejante?

Chris cerró la carpeta y los ojos mientras recuperaba el ritmo de la respiración.

—Lo siento —dijo.

Altman levantó la bolsa con lápices de memoria.

—Hay más. Éstos son aún peores. Vídeos. Es incalificable.

A Chris le costaba concebir que pudiera existir algo peor que lo que había visto.

—No puedo ni siquiera empezar a explicarlo. Ojalá pudiera.

Altman sostuvo otra carpeta.

—Sus compradores están identificados con números, no con nombres. Los envíos se realizan a apartados de correos. Tendremos que identificar a los clientes uno por uno.

—Irán a la cárcel.

—Por supuesto, pero no se trata de eso. ¡Mire cuánta gente hay en esta lista! Son personas con familia y amigos, personas que muestran una cara corriente ante el mundo, que profesan culto al mismo Dios que yo y que viven según los mismos ideales.

La voz del fiscal reflejaba con elocuencia su dolor, su incredulidad y desesperación.

—Sin el asesinato de Kirk, es probable que nunca hubiera encontrado este lugar —observó Chris—. Ahora puede sacar a esa gente de la circulación.

Altman meneó la cabeza.

—Podría haber pasado el resto de mi vida sin ver lo que hay dentro de ese garaje.

Chris miró hacia el trastero, al otro lado de la cinta policial, y vio que los policías estaban sacando armas.

—Alguien registró la casa de Kirk. ¿Cree que esto es lo que trataban de encontrar?

—Posiblemente.

—Sé que está buscando a Johan, pero no creo que él matara a Kirk. Él no es el asesino.

—Después de ver esto, creo que es posible que tenga razón. —Altman vaciló y luego añadió—: Hay algo que se me olvidó mencionarle ayer por la noche. En el lugar donde encontramos a Kirk había otro cuerpo. Un esqueleto parcialmente desenterrado. Por lo que parece, Kirk estaba cavando en la fosa cuando lo atacaron.

—¿Tiene idea de quién era?

Altman se encogió de hombros.

—A los forenses les llevará mucho tiempo averiguarlo, pero se me ocurre el nombre de una persona que desapareció en el momento oportuno hace algunos años.

Chris pensó en ello.

—Vernon Clay.

—No suelo apostar, pero en este caso sí lo haría.

—Si ha estado muerto todo este tiempo, está claro que él no es Aquarius.

—Sí, y si está muerto y Kirk lo mató, dudo que lo hiciera por su cuenta.

—Florian quería que lo eliminara —dedujo Chris.

—Una vez más, es sólo una suposición. No es probable que pueda demostrarlo.

—Entonces ¿quién es Aquarius? —preguntó Chris—. ¿Cuál es su plan?

—No lo sé, pero empiezo a pensar que en realidad sí que hubo un monstruoso encubrimiento en Mondamin. Y, en consecuencia, Aquarius parece decidido a vengarse de Florian y dejar sus pecados al descubierto. La pregunta es por qué y cuál es el siguiente paso.

—¿Cree que Aquarius mató a Kirk? ¿Forma eso parte de su plan?

Altman volvió la cabeza hacia Chris.

—Si lo hizo y usó esa pistola, eso solamente puede significar una cosa.

—Que empezó con Ashlynn —concluyó Chris.

Capítulo 46

El traqueteo de la furgoneta despertó a Julia Steele. Se estaban moviendo.

Llevaba los ojos vendados, pero por la leve luminosidad que percibían sus ojos dedujo que habían abandonado el garaje y estaban fuera, a la luz del día. Los baches del camino aporreaban su cuerpo como pequeños puñetazos. Su asiento estaba reclinado y tenía las manos atadas de un modo seguro e incómodo a la espalda; sus pies, sin embargo, permanecían libres.

No sabía si debía tener miedo. El hombre que se la había llevado del dormitorio había actuado de forma sorprendentemente amable. Se había disculpado por atarla, le había preguntado si estaba cómoda y, al percatarse de que tenía frío, había cogido una manta y la había colocado con delicadeza sobre su cuerpo. Su voz no sonaba cruel. Aun así, Julia estaba prisionera y él se la había llevado contra su voluntad.

Habían pasado la noche dentro de los estrechos confines de la furgoneta. Se hallaban en un lugar cerrado: Julia lo dedujo por el silencio que se produjo tras el golpe de una puerta de garaje al cerrarse. Él había permanecido a su lado todo el tiempo, en el asiento del conductor. No la había tocado. A pesar de sus esfuerzos, ella había caído presa del sueño y, cada vez que se despertaba, sentía la presencia de él a su lado y le oía respirar. Por lo que sabía, él no había dormido en ningún momento.

—¿Quién es usted? —le preguntó en voz baja.

Él esperó un buen rato antes de contestar.

—Ya sabe quién soy, señora Steele.

—Aquarius.

—Sí.

—Eso no me aclara nada —señaló ella.

Él volvió a quedarse en silencio. La furgoneta retumbaba sobre la carretera, aunque el pavimento parecía igualado, como si circularan por una autopista. Julia se preguntó adónde la llevaba y por qué.

—Aquarius es el portador del agua —contestó él al final.

—Soy cristiana, no astróloga.

—Yo también.

—Un cristiano no haría lo que usted ha hecho.

La voz de él mantuvo la mesura y la calma.

—No es usted la persona más indicada para dar lecciones de moralidad.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Es la esposa de Florian Steele —observó él.

—¿Y?

—Y él ha creado algo malvado e inmoral. Tengo intención de destruirlo.

—Florian ha hecho grandes cosas —insistió ella—. Gente de todo el mundo que

habría muerto de hambre sigue con vida gracias a mi marido. ¿Es eso un pecado? ¿Es usted uno de esos anarquistas que creen que podemos regresar al Jardín del Edén paseándonos por ahí desnudos?

—No.

—Entonces ¿por qué quiere vengarse de Florian?

—Su marido me arrebató la vida, y ahora yo voy a arrebatarle la suya.

Julia contuvo el aliento. El hombre había pronunciado aquellas palabras con una cruda sinceridad.

—¿Quién es usted? —volvió a preguntarle.

Al ver que él permanecía en silencio, añadió:

—No es Vernon Clay; habría reconocido su voz.

—Entonces lo sabe.

—¿El qué?

—Lo que hizo Vernon Clay.

Julia no quería seguir fingiendo. Habían cometido un error, pero nunca habría imaginado que Dios se lo haría pagar una y otra y otra vez.

—Vernon era un hombre desequilibrado —le dijo—. Sí, es cierto, se pasó años emponzoñando las aguas subterráneas de St. Croix. Fue horrible, pero nosotros ignorábamos qué estaba ocurriendo. Si quiere usted creer que las muertes de aquellos chicos están relacionadas con los desechos químicos, hágalo. Cuando Florian descubrió lo que Vernon había hecho, se aseguró de detenerlo. Se deshizo de él y descontaminó las tierras.

—Y luego encubrió la verdad. Mintió. Engañó. Destruyó.

—¿Qué otra opción tenía? ¿Dejar que los actos de un psicópata desquiciado hundieran su empresa? ¿Acaso eso habría sido justo para los empleados y sus familias? ¿Para los habitantes de Barron? ¿Para los granjeros?

—Mató.

—Él nunca haría nada semejante.

—No le conoce tan bien como cree. ¿O es que se ha estado engañando durante todos estos años?

Julia forcejeó para librarse de sus ataduras, pero estaban bien sujetas. Se había enfadado; quería escapar. Se revolvió en el asiento y trató de alcanzar el tirador de la puerta, sin importarle el daño que pudiera sufrir al salir despedida a la carretera desde la furgoneta en marcha. Encontró la hendidura allí donde debería haber estado, pero la habían arrancado. No tenía posibilidad de huir.

Se hundió en el asiento respirando pesadamente y dio un puntapié de frustración en el salpicadero. A su lado, el hombre no dijo nada ni hizo movimiento alguno para detenerla.

—¿Por qué hace esto? —preguntó ella en voz baja—. ¿Es usted familiar de

alguno de los niños de St. Croix? Si es así, lo lamento. Tal vez no signifique nada para usted, pero cada una de esas muertes nos rompió el corazón. Aquarius permaneció en silencio.

Por primera vez, Julia sintió un escalofrío de terror. Entendió que los hombres amables y tranquilos también pueden resultar mortíferos.

—Dígame algo, y sea sincero conmigo: ¿debería hacer las paces con Dios?

—¿Quiere saber si voy a matarla?

—Sí.

—Sus conversaciones con Dios son cosa suya, señora Steele, pero no tengo ninguna intención de hacerle daño. La necesito para atraer a su marido hasta mí, y entonces será libre de marcharse.

Julia trató de decidir si le creía. No le parecía que tuviera razón para mentir, no en ese momento. Sin embargo, aquel hombre estaba dominado por la violencia y el ansia de venganza. Diría cualquier cosa si eso significaba que iba a conseguir lo que quería.

—¿Averiguó mi hija quién era usted? —quiso saber.

—Sí, así es —reconoció él—. Era una chica lista.

—Y tuvo que evitar que lo desenmascarara.

—La única persona a la que Ashlynn quería desenmascarar, señora Steele, era a su padre —repuso con voz teñida de tristeza.

—Eso es mentira —le espetó Julia.

Pero entonces recordó la luz que salía por debajo de la puerta del despacho de Florian en plena noche, que había descubierto a Ashlynn frente a su ordenador. ¿Qué estaba buscando? ¿Qué había averiguado? Cayó en la cuenta de que Aquarius estaba en lo cierto. Había pecados que resultaba imposible encubrir. Tarde o temprano, regresaban a ti para consumirte.

Fue como si Aquarius hubiera leído sus pensamientos.

—Sabe que tengo razón, ¿verdad?

Julia no dijo nada. Notó que la furgoneta se detenía. A su alrededor, el mundo estaba en silencio; aguzó el oído y distinguió el silbido del viento, pero no el zumbido del tráfico.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

Él no respondió.

—¿Qué va a hacer? —insistió.

—Es usted cristiana, señora Steele, así que conoce el libro del Génesis.

—Por supuesto, pero ¿de qué está hablando?

—Dios miró el mundo que había creado y vio que era tan corrupto, tan malvado, que no podía salvarse. Así que decidió destruirlo para que la humanidad pudiera empezar de nuevo.

El hombre que se hacía llamar Aquarius se inclinó sobre ella y le quitó la venda

de los ojos. Julia parpadeó y cerró los ojos con fuerza. Tras una noche de oscuridad, incluso la grisura del día le resultaba deslumbrante. Cuando logró enfocar la vista, alargó el cuello para mirar a través de las ventanillas de la furgoneta.

Sabía dónde se encontraban. No lo entendía.

Y entonces lo comprendió.

—Oh, Dios mío —murmuró.

Aquarius no reaccionó; cogió el teléfono y marcó.

—¿Señor Steele? —dijo al ver que Florian no contestaba—. Ya sabe quién soy. Es hora de que nos reunamos.

Capítulo 47

Chris contempló a Olivia desde el quicio de la puerta del dormitorio de Hannah. Su hija sujetaba un lápiz entre los dientes y sus ojos, castaños y profundos, reflejaban una mirada de concentración mientras tecleaba en el ordenador. Un largo mechón de pelo le caía sobre la mejilla y se lo recogió detrás de la oreja. Llevaba una holgada camiseta rosa sobre su escuálido torso, unos pantalones de algodón e iba descalza. Al mirarla, pensó lo que cualquier padre pensaría: que era la chica más bonita del mundo.

Olivia notó su silenciosa presencia, dejó caer el lápiz de la boca y le dedicó una sonrisa.

—Eh, hola, papá —lo saludó y, a continuación, retomó su trabajo.

Era un momento intrascendente y, sin embargo, lo significaba todo para Chris. Si uno no prestaba atención a momentos como aquél, se desvanecían. Chris no podía creer que se hubiera perdido tres años de sonrisas y allí, de pie, se juró a sí mismo que no volvería a dejar escapar ninguno. No pasaría un solo día sin que le dijera a su hija lo que sentía.

Se acercó a ella y la besó en la coronilla.

—Te quiero, cariño.

Olivia dejó de teclear y le dirigió una mirada de extrañeza.

—¿Estás bien?

—Sí.

Chris se sentó en el suelo, junto a la cama, y tomó una fotografía mental de Olivia, la clase de imagen que uno trata de recordar durante años.

—¿Qué haces?

—Buscar información.

—¿Sobre qué?

—Cáncer.

Chris frunció el ceño.

—Ah.

—No me gusta estar sin hacer nada. Me gusta luchar.

—A mí también.

—Estoy tratando de encontrar la mejor manera de darle una patada en el culo al cáncer. ¿Estudio medicina? ¿Me convierto en rata de laboratorio para tratar de encontrar una cura? ¿O simplemente me hago muy rica para poder donar montones de dinero?

Chris se rió.

—Creo que, hagas lo que hagas, le patearás el culo.

—A menos que me metan en la cárcel, ¿no?

—Eso no va a pasar. Ni siquiera lo pienses.

Olivia se levantó de la silla y se sentó en el suelo, junto a él.

—¿Puedo contarte algo? No le he dicho nada a mamá, pero he estado pensando en ello.

—Claro.

—Tengo miedo —declaró ella.

Chris la rodeó por los hombros y la atrajo hacia sí.

—Lo sé. Es normal. Pero recuerda que mamá es también una luchadora.

—Aun así, es muy grave, ¿verdad? Ella no habla del tema, así que supongo que trata de protegerme. Ojalá fuera franca conmigo. Sé lo horrible que puede llegar a ser; lo vi con Kimberly.

—El cáncer es siempre una enfermedad grave, pero tu madre es la persona más fuerte que he conocido en la vida. Excepto tú, quizá.

Su hija habló en voz baja, con la cabeza hundida en el hueco del cuello de Chris, mientras su larga melena le hacía cosquillas en el hombro.

—Todavía la quieres, ¿verdad?

—Olivia... —murmuró él.

—No eres muy buen actor, papá, lo veo en tu cara. ¿Cómo pudiste dejarla marchar si estabas enamorado de ella?

No era una acusación, ni estaba enfadada. Lo dijo con curiosidad, aunque su voz escondía otra pregunta. Estaba oculta detrás de un muro, como un secreto: «¿Cómo pudiste dejarme marchar a mí?». Le estaba pidiendo que fuera sincero con ella, y él le debía ser sincero consigo mismo.

Pensó en un millón de excusas distintas. Un millón de maneras distintas de racionalizar los errores que habían cometido. Todas confluían en una sola cosa.

—Siempre pensé que ella volvería —confesó.

Olivia se quedó un largo rato en silencio.

—Es curioso —dijo al final.

—¿El qué?

—Creo que mamá siempre pensó que tú vendrías a buscarla.

Chris echó la cabeza hacia atrás, la apoyó sobre el mullido edredón y se esforzó por no dejar que las emociones afloraran a los ojos.

—Supongo que todos somos bastante testarudos —comentó ella.

—Supongo que sí.

—Imagino que, cuando todo esto acabe, volverás a tu casa, ¿verdad?

Olivia hablaba con un hilo de voz; su temor era real. Chris le apartó la cabeza de su hombro y le acarició una mejilla.

—Pase lo que pase, Olivia, te prometo que siempre voy a estar a tu lado cuando me necesites.

—Me parece bien.

Olivia se puso en pie de nuevo y se desperezó.

—Debió de ser una putada para Ashlynn —dijo con rostro sombrío.

—¿El qué?

—Descubrir qué clase de hombre era su padre. Descubrir lo que había hecho.

—No sabemos con exactitud lo que Florian hizo o dejó de hacer, Olivia, pero estoy seguro de que quería a su hija.

—Sí, pero ella encontró algo, ¿no? Eso es lo que la llevó a la muerte.

—Tal vez. Creo que descubrió algo sobre el hombre que se hace llamar Aquarius, pero no soy capaz de explicarme cómo lo hizo. Estaba buscando a Vernon Clay pero, según parece, lleva algunos años muerto. Buscaba a Lucia Causey, y ella también está muerta. Si Ashlynn encontró algo, era más lista que todos nosotros.

Olivia se sentó de nuevo ante el ordenador y calentó los dedos como un pianista.

—Bueno, vamos a ver si puedo volver sobre sus pasos.

—Yo también lo he intentado —observó Chris—, pero sin su portátil ni sus notas, soy incapaz de averiguar qué encontró. Escribió un post sobre la muerte de Lucia, aunque no dejó muchas más huellas.

Olivia sonrió.

—No te ofendas, papá, pero esto es trabajo para una hija empollona, no para un picapleitos. ¿Qué hiciste, buscar en Google?

—Pues sí.

—¿Qué más?

—Bueno, supongo que eso fue todo.

Ella alzó los ojos al cielo.

—Vale. Lucia Causey.

Abrió una nueva pestaña y, diez segundos después, anunció:

—Para la edad que tiene, es bastante guapa.

—¿Tienes una foto suya?

—Claro. Está en Facebook.

—Está muerta —objetó Chris.

—Sí, ya, pero en Facebook no se dedican a eliminar las páginas.

Chris contempló una foto de Lucia Causey por encima del hombro de Olivia. Su hija tenía razón. Lucia era una mujer guapa, y no sólo para su edad. En el momento en que se tomó la fotografía debía de tener cuarenta y tantos años. Tenía el pelo negro azabache, nariz aguileña y una sonrisa amplia y seductora. Sus rasgos eran finos y elegantes.

—Me recuerda a Sophia Loren —comentó.

—¿A quién?

—No importa. Creía que tenías que ser amiga suya para poder ver esas cosas.

—Todo depende de tu configuración de privacidad. La mayoría de la gente no tiene ni idea de lo que deja a la vista de los desconocidos. Por lo general puedes saber dónde viven, qué les gusta, quiénes son sus amigos, esa clase de cosas.

Los dedos de Olivia se deslizaron como un rayo por el teclado.

—Guau, le encantaba Las Vegas. Hay montones de fotos del Strip. Se hospedó en el Bellagio y el Wynn.

—Uno de los miembros del chat mencionó que tenía problemas con el juego.

—Según parece, era muy aficionada al *blackjack*. Hay enlaces que remiten a páginas de estrategias para el conteo de cartas y direcciones web de Atlantic City, Jackson y un montón de casinos indios. Estaba bastante metida en el tema. Un poco raro para un genio, ¿no?

—Todo el mundo tiene sus debilidades.

—Veamos hasta dónde llegó —dijo Olivia, y volvió a teclear—. Aquí está su dirección: vivía en Cupertino. Por suerte, tiene un nombre singular; es imposible pasar por alto a «Lucia Causey», ¿no? Tampoco le importaba figurar en el listín telefónico. Bueno, y ahora vamos a buscar su casa en los registros del condado.

—Yo también sé cómo hacerlo, ¿sabes? —objetó Chris a la defensiva.

Olivia abrió una ventana en la que apareció una maraña de archivos del registro de la propiedad de California.

—¿Qué significa todo esto?

Chris estudió los registros.

—Significa que hace tres años estuvo a punto de perder su casa. La entidad hipotecaria inició los trámites de ejecución.

—¿Y luego?

—Luego pagaron el préstamo y se retiró el embargo.

—¿Quieres decir que lo cancelaron?

Chris asintió.

—Sí.

—¿Estás diciendo que iba tan atrasada en el pago que por poco la desahucian y que luego canceló la hipoteca?

—Eso es.

—¿Tienes idea de a cuánto ascendía?

Chris se inclinó sobre el teclado por encima del hombro de su hija y pulsó sobre la satisfacción del embargo.

—Un millón seiscientos mil dólares.

—¡Qué hijo de puta! —Olivia se cubrió la boca con la mano—. Lo siento.

—No, has dado en el clavo.

—¿De dónde sacó el dinero?

—Me gustaría saberlo —dijo Chris, aunque no resultaba difícil deducir la verdad.

La liquidación había tenido lugar pocas semanas después de que la demanda contra Mondamin se desestimara.

Olivia abrió otra ventana.

—No puedo creer que esa mujer se suicidara. Si alguien me pusiera un millón de dólares en el regazo, yo no lo haría.

—Ashlynn creía que la habían asesinado.

Su hija frunció el ceño mientras tecleaba.

—Bueno, está claro que la policía no opina lo mismo. Dicen que Lucia se suicidó hace un año en su garaje. De hecho, hoy se cumple un año exacto. ¿Es posible amañar un crimen para que parezca que alguien aspiró los humos del tubo de escape?

—Ésa no es exactamente mi línea de trabajo —comentó Chris—. Supongo que la gente que hace esa clase de cosas puede lograr que resulte convincente.

—Entonces ¿por qué iba a pensar Ashlynn que no se trataba de un suicidio?

—No lo sé. A menos que encontrara algo en los archivos de su padre.

—Me temo que no puedo ayudarte con eso, papá.

—Lo sé.

La besó de nuevo y añadió:

—Gracias por tu ayuda, pequeña.

Olivia volvió a abrir el perfil de Facebook de Lucia Causey y revisó la lista de sus páginas favoritas.

—Mira, aquí hay una buena razón para suicidarse: le gustaba el programa *Desesperadamente ricos*. Ya ves.

Chris se rió.

—Yo prefiero *NCIS*.

—Sí, ya, pero tú también tienes como cien años, papá. Vamos a ver, le gustaba el libro *Keeping the House*, de Ellen Baker, la serie *A dos metros bajo tierra*, la carrera de disfraces Bay to Breakers, en San Francisco, Luciano Pavarotti, los lazos rosas contra el cáncer de mama, los embutidos y los pimientos de Chiaramonte, el lagarto Geico^[5], los wonderbra de Victoria's Secret y el parque natural de Sunol.

Chris se levantó del suelo y caminó hacia la puerta del dormitorio.

—A mí también me gusta ese estúpido lagarto.

—Ya, y apuesto a que te encantan los wonderbra, papá.

Chris soltó una risita. Había salido de la habitación y estaba en mitad del oscuro pasillo cuando se detuvo en seco. Una corriente de aire frío le recorrió la espalda, como si un fantasma le hubiera bloqueado el camino. Quizá fuera así. Quizá Ashlynn estuviera con él en la casa, susurrándole al oído. Dio media vuelta, regresó al cuarto de Olivia y se agarró con ambas manos al marco de la puerta.

—¿Qué es lo que has dicho? —le preguntó a su hija.

—¿Wonderbra?

—No, no, antes de eso. Algo sobre una tienda de embutidos.

Olivia consultó la pantalla.

—Embutidos y pimientos de Chiaramonte. ¿Por qué, tienes hambre?

Chris no contestó. Lo sabía, y Ashlynn también lo supo; descubrir la verdad debió de resultarle sencillo. La había tenido delante de sus narices desde el momento en que llegó al pueblo. Cada una de las conversaciones con su amigo, el filósofo, debería de haberle revelado lo que estaba ocurriendo. Se había dedicado a buscar una conspiración a gran escala, cuando la realidad era mucho más simple. La realidad trataba del amor y la pérdida.

«Ante una injusticia, ¿es mejor no hacer nada o hacer lo incorrecto?».

Aquarius ya había elegido.

Chris se dio cuenta de que Olivia había descubierto algo más, algo que a él le había pasado inadvertido mientras estaba en su coche, navegando por la red bajo la lluvia. Algo terrible e importante.

—¿Has dicho que hoy se cumple un año del suicidio de Lucia Causey?

—Exactamente hoy —confirmó ella.

Él no dijo nada, dio media vuelta y echó a correr.

Capítulo 48

Florian hizo lo que le habían indicado y no le mencionó su cita con Aquarius a nadie. Si llevaba a la policía con él, Julia moriría; de modo que fue solo, aunque no sin protección. La Ruger que solía guardar en la guantera estaba a buen recaudo en el bolsillo de su abrigo de lana. El día era frío. Mantendría las manos en los bolsillos, como haría cualquiera. Lo único que necesitaba era una oportunidad para apretar el gatillo.

No sabía quién era aquel hombre ni qué había averiguado, pero no albergaba ninguna intención de dejar que escapara con vida de su encuentro. El juego iba a terminar ese mismo día. Aquarius iba a desaparecer.

La música de Brahms lo acompañó mientras conducía. El sonido resultaba intenso y vivido, como si el pianista estuviera con él en el coche y sus dedos desentrañaran con meticulosidad el rompecabezas de la tranquilizadora melodía. Recordó cuánto le gustaba a Ashlynn ese concierto cuando era sólo una niña. Había adquirido su gusto por la música clásica a muy temprana edad. Cerraba los ojos y fingía que tocaba; cuando la pieza terminaba, se inclinaba ante la silenciosa aclamación del público.

Ashlynn.

Se preguntó si de verdad se había vuelto en su contra. Se preguntó cuánto sabía antes de morir. Detestaba pensar que, en los últimos días de su vida, le había odiado por lo que él había hecho.

Florian pasó junto a la sede de Mondamin de camino hacia el norte, aunque no se detuvo. Los vigilantes de la entrada lo reconocieron y le saludaron con la mano; él les devolvió el gesto tocando la bocina. Las instalaciones funcionaban veinticuatro horas al día los siete días de la semana; nunca estaban vacías, nunca se detenían. Una década atrás, en esa tierra no había nada. Florian había construido todo aquello con su propio esfuerzo, con su visión. De él dependía la subsistencia de muchas familias. Si Mondamin estaba en peligro, si estaba amenazada, tenía que defenderla. Ése era su trabajo.

«Ashlynn, trata de entenderlo».

Si hubiera acudido a él y le hubiera dado la oportunidad de explicarse...

Siguió avanzando a través de la espesura. El punto de encuentro no se hallaba lejos. Los árboles que se alineaban a ambos lados se inclinaban sobre la carretera y, con el rabillo del ojo, vio cómo el río aparecía y desaparecía en el bosque. A lo largo de cinco kilómetros, la carretera se convertía en un túnel que comunicaba un mundo con otro; cuando finalmente salió a cielo abierto, se encontró en el límite del condado. La presa de Spirit se extendía a través del agua y los gruesos árboles dieron paso a franjas de tierra baldía que rodeaban el inmenso embalse. Las nubes, grises y

alargadas, moteaban el cielo.

Aparcó en el lado de Barron de la presa y bajó del coche, se abotonó el abrigo y se subió el cuello. El viento procedente del agua le cortó la piel. Hundió las manos en los bolsillos y avanzó por el puente de cemento. A su izquierda, la orilla irregular el pantano se extendía a lo largo de un kilómetro y medio, igual que una araña bien alimentada. Por debajo de él, en dirección al pueblo, el río Spirit danzaba en remolinos de espuma blanca provocados por la corriente constante que la presa descargaba a través de las compuertas hacia el estrecho canal.

Florian vio una furgoneta azul oscuro aparcada en la plataforma de cemento. Tenía las ventanillas tintadas, de modo que no podía ver el interior. Los faros parpadearon; Aquarius le estaba esperando, pero Florian no se apresuró. Mientras cruzaba la presa, miró en todas direcciones para asegurarse de que estaban solos, al tiempo que aferraba la pistola del bolsillo entre los dedos.

La portezuela del conductor de la furgoneta se abrió. Sin sus amenazas anónimas, una vez desenmascarada su identidad, Aquarius resultaba un hombre corriente. Era forastero, pero no resultaba siniestro. Florian no le conocía; lo estudió con detenimiento para evaluar el peligro. Su vestimenta no era la adecuada para el mal tiempo que hacía y no llevaba abrigo. No vio ninguna arma en sus manos y tampoco ningún sitio donde pudiera ocultar una. Se preguntó si era lo bastante estúpido como para pensar que Florian también iba desarmado.

No vio a Julia.

Se acercaron uno al otro con recelo, como espías en un intercambio de prisioneros. Cuando estuvieron a unos tres metros de distancia, Florian se detuvo y Aquarius hizo lo propio.

—Señor Florian Steele —dijo el hombre—. Llevaba mucho tiempo esperando este momento.

—¿Dónde está mi mujer?

—Lo primero es lo primero. Estoy seguro de que esconde un teléfono móvil; láncelo al río, por favor.

Florian metió la mano por dentro del abrigo y sacó su móvil de un bolsillo interior. Se hallaba junto a la barandilla de acero. En los meses cálidos, la gente solía echar los sedales a las aguas agitadas desde aquel punto. Tiró el teléfono al remolino y contempló cómo desaparecía.

—¿Ha venido solo? —preguntó Aquarius—. ¿Sin policía?

—Es lo que me dijo que hiciera.

Florian lanzó una mirada a la furgoneta y el pantano. Aguzó el oído, pero el rugido del agua que pasaba a través de la presa producía tal estruendo que ahogaba cualquier otro sonido.

Aquarius sonrió.

—Se está preguntando si estoy solo, si en la furgoneta hay alguien más con su esposa. O tal vez haya un francotirador en la orilla, con su cabeza en el punto de mira.

—¿Lo hay?

La sonrisa se desvaneció. Aquarius se acercó a la puerta del acompañante de la furgoneta, la abrió y ayudó a Julia a bajar al puente. Su esposa, siempre tan perfecta como las joyas en el escaparate de una tienda, presentaba un aspecto frágil y pálido. Aquarius se sacó una navaja del bolsillo y cortó las ataduras que sujetaban las manos de Julia a la espalda. La mujer movió los dedos para que la sangre volviera a circular.

Sus ojos se encontraron y Florian trató de descifrar su expresión. Vio tristeza y miedo. Ira. También pesar, pero no amor. El corazón de Julia ya no latía por él. Florian se dio cuenta de que es imposible rescatar a alguien de una jaula que has construido tú mismo.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Ella no dijo nada y se apartó el pelo enmarañado de los ojos.

Aquarius extendió una mano en dirección a Florian.

—Las llaves de su coche, señor Steele.

—¿Por qué?

—Le prometí que dejaría marchar a su mujer. Y yo cumplo mis promesas.

—¿Y yo?

—Creí que le había quedado claro, señor Steele —replicó Aquarius—. Usted no va a ninguna parte.

Sintió deseos de reír. La amenaza sonaba hueca, pero los ojos de aquel hombre le decían que no bromeaba. No tendría piedad. Florian se encogió de hombros, sacó las llaves del bolsillo del pantalón y se las entregó a Julia.

—Váyase —le ordenó Aquarius.

Julia negó con la cabeza.

—Me quedo.

—Esto no tiene nada que ver con usted, señora Steele.

—Vete, Julia —le pidió Florian—. Márchate de aquí. Por favor.

Su vacilación resultaba muy reveladora. Tenían mucho que decirse, pero ambos se habían quedado sin palabras. Ella no quería oírle decir que la quería. Estaban más allá de ese punto. No necesitaba que él le diera ánimos en vano y, si lo hubiera hecho, no le habría creído.

—Lo siento —dijo Florian al fin.

Él los había llevado a ese lugar, a ese momento. Era culpa suya. Luego buscó lágrimas y no las encontró. A Julia no le habrían servido de nada.

—Estaba equivocada, Florian —dijo ella—. Dios no quería que nada de esto sucediera.

Cruzó los brazos para protegerse del frío y pasó junto a él sin detenerse. Él oyó el taconeo de sus zapatos a medida que se alejaba, hasta que sus pasos quedaron ahogados por el estrépito del torrente de agua. No se volvió a mirarla, sino que mantuvo la vista fija en Aquarius. Segundos después, oyó el motor de su coche en el otro extremo del puente. Julia lo había dejado atrás, que era lo único que podía hacer.

Estaba a salvo.

—Ahora estamos solos —señaló Florian—. ¿O tiene un cómplice?

—Estamos solos, señor Steele. Sólo usted y yo.

—Eso es todo lo que quería saber.

Florian se sacó la Ruger del bolsillo y apuntó al pecho del hombre.

Entonces disparó.

Capítulo 49

—¡Marco!

Chris aporreó la puerta de la casita de campo situada a menos de doscientos metros del motel, colina arriba. La vista del valle le proporcionaba una excelente perspectiva de la sede de Mondamin. Resultaba fácil imaginarse a Marco Piva en aquel punto, contemplando día tras día la empresa que tanto detestaba, maquinando su venganza contra Florian Steele por la muerte de la que había sido su esposa durante treinta y dos años.

Lucia Causey.

No hubo respuesta. Chris había llegado demasiado tarde para detenerlo. Empujó el hombro contra la cerradura, con fuerza, y la puerta se abrió; no estaba cerrada con llave. La casa olía a ajo y a estofado de ternera. El equipo de música emitía la suave melodía de una ópera, pero no había nadie en la sala para apreciarla. Buscó con rapidez moviéndose de habitación en habitación. La mesa del comedor estaba dispuesta para dos comensales, pero el polvo se había acumulado sobre los platos y las copas. Había una botella de vino tinto sin abrir y una vela en un centro floral, junto a una caja de cerillas. Recordó que Marco le había contado que su mujer siempre ponía un plato de más en la mesa a la espera de un huésped que nunca llegaba. La casa era un santuario dedicado a una mujer que no iba a regresar.

Entró en la cocina y allí estaba ella, por todas partes. El óvalo de la mesa auxiliar rebosaba de fotografías. Chris la reconoció por la imagen de Facebook: la bella Lucia Causey, con su sonrisa seductora y sus vestidos escotados, emulando a Sophia Loren.

Pese a haber superado la cincuentena, su piel bronceada se veía aún tersa y atractiva. Una mujer que pasaba los días mirando a través de un microscopio y las noches bailando en bares. Una mujer cuya sensualidad resultaba obvia incluso en aquellas fotografías sin vida. Una mujer que debía de haber hecho reír, chillar, vociferar, llorar y gemir de placer a su marido.

Una mujer devorada por el demonio del juego. Una mujer que había vendido su alma al diablo.

A Florian.

Marco aparecía también en las fotos. Un hombre joven. Un hombre mayor. Años de vida retratados. Comiendo, bebiendo, bailando, cantando, jugando, viajando, durmiendo, despertándose. Cautivado por su esposa, por su tesoro. En una de las fotografías se les veía besándose en una acera atestada de Roma, y su pasión mutua resultaba tan obvia que Chris sintió deseos de ir corriendo a casa de Hannah, estrecharla entre sus brazos y llevarla al dormitorio. Así era como Marco Piva amaba Lucia Causey. Así era el vacío que ella había dejado en su alma.

El hombre que se la había arrebatado iba a sufrir.

Encontró la habitación de Marco, pequeña y oscura. Las pesadas cortinas estaban echadas y los muebles eran de madera de cerezo. Las paredes estaban cubiertas de iconos religiosos con una pátina de oro; vio pesados crucifijos metálicos e imágenes de Jesucristo. Marco dormía en una cama individual que había dejado pulcramente arreglada antes de marcharse, con las esquinas de la manta bien recogidas y las almohadas ahuecadas dentro de sus fundas floreadas. Sobre la cama había una biblia abierta, con un rosario de cuentas plateadas y negras extendido sobre las páginas. En el suelo, sobre la moqueta, se distinguían todavía las huellas de un hombre que había pasado horas arrodillado rezando.

Chris se inclinó para mirar la biblia. Marco había subrayado un pasaje del Génesis, entre los versículos 6, 5 y 6, 7:

Y el Señor vio que era mucha la maldad de los hombres en la tierra, y que todos sus pensamientos tendían siempre hacia el mal.

Y le pesó al Señor haber hecho al hombre en la tierra, y sintió dolor en su corazón.

Y el Señor dijo: «Borraré de la faz de la tierra al hombre que he creado. Y haré lo mismo con las bestias, los reptiles y las aves del cielo».

—¡Marco! —clamó Chris en voz alta, como si el dueño del motel pudiera oírle—. ¿Qué te propones, amigo? Éste no es el camino.

Siguió por el corredor hasta el segundo dormitorio, que olía a humo de tabaco y tenía el suelo manchado de ceniza. Marco lo había acondicionado como despacho, con un escritorio, una desvencijada silla de cuero y archivadores de roble tan llenos de papeles que los cajones no cerraban. De las paredes colgaban fotografías que retrataban las décadas que Marco había pasado trabajando en el cuerpo de policía de San José, en las que se le veía con el uniforme perfectamente entallado, expresión seria y la placa brillante. Aparecía en una fila junto con otros agentes, todos con las manos cruzadas a la espalda. Sobre el escritorio Chris vio cuatro diplomas enmarcados, todos idénticos aunque fechados en distintos años de la última década, firmados por el director del FBI y el secretario de Defensa. Marco había seguido un curso en la escuela de artefactos explosivos en el Redstone Arsenal de Huntsfield, Alabama.

Marco no era sólo un agente de policía. Había desarrollado su carrera en la brigada de explosivos.

Chris notó que la respiración se le aceleraba; de repente, tomó conciencia del paso de los segundos. Abrió los cajones del escritorio y apiló los papeles frente a él. Todo lo que encontró le llenó de angustia.

Diagramas de ingeniería.

Pedidos de material electrónico. Herramientas. Interruptores. Cables. Productos químicos.

Capturas de internet con fuentes clandestinas de materiales explosivos. Comparativas de rendimiento. Diseño de bombas.

Fotografías.

Marco había tomado cientos de fotografías en una sola ubicación. Chris reconoció el inocente tramo de calzada, de menos de cien metros de longitud. La gente que lo cruzaba en sus vehículos ignoraba qué había por debajo. Se hallaba a menos de cinco kilómetros siguiendo río arriba y constituía el cuello de botella que controlaba el flujo de millones de litros de agua hacia el valle.

La presa de Spirit.

Marco la había estudiado al detalle, de forma exhaustiva. Había fotografiado en primer plano cada compuerta, cada válvula y cada tubería. Se había hecho con los planos y había señalado las líneas de elevación, el contorno y las secciones transversales. Había trazado un mapa con los puntos de máxima tensión. Había estudiado los campos que se anegaban periódicamente en el suroeste de Minnesota a través de la Agencia Federal para la Gestión de Emergencias. Había consultado a ingenieros y expertos en seguridad por carta y e-mail, utilizando sus credenciales como miembro de la brigada de explosivos para buscar asesoramiento sobre los riesgos que entrañaría la colocación de un artefacto explosivo casero.

Sin saberlo, le habían ayudado a diseñar una bomba para volar la presa y hacer caer un muro de agua sobre todas las cosas.

«Unas veces las elecciones son sencillas; otras, difíciles».

Chris cruzó la casa como un rayo. Tenía que llegar a la presa y detener a Marco, pero incluso mientras corría supo que su esfuerzo era inútil. Marco ya estaba allí. Había elegido el camino de su venganza y era imposible pararle.

Mientras pasaba por el comedor, con su extraña disposición de platos, cristalería, vino y flores, distinguió un fino sobre, medio oculto bajo uno de los manteles individuales de encaje. Se detuvo el tiempo justo para recogerlo y se sorprendió al ver su propio nombre escrito en la parte frontal.

Marco iba muy por delante de él.

Chris abrió el sobre y sacó una única hoja de papel del interior. Sabía qué iba a encontrar. Se trataba de una nota de muerte, y aun así le hizo llorar. Era la última nota de Aquarius.

**A LA ATENCIÓN DEL SEÑOR CHRISTOPHER HAWK
SI ESTÁS LEYENDO ESTO, MIO AMICO,
YA SABES LA VERDAD**

LO SIENTO

LO QUE ESTÁ HECHO NO PUEDE DESHACERSE

PRONTO ESTARÉ CON LUCIA

PRONTO HARÉ JUSTICIA

REZARÉ POR QUE TU FAMILIA Y TÚ ESTÉIS A SALVO

AHORA TIENES LA OPORTUNIDAD

DE EMPEZAR DE CERO

MI NOMBRE ES

AQUARIUS

Capítulo 50

Marco se tambaleó mientras la bala le atravesaba el cuerpo, le abrasaba y le desgarraba los músculos y hacía manar un chorro de sangre, tejidos y piel al salir al aire frío por su espalda, antes de caer en la hierba muerta más allá del río. Cogió aire y sintió como si unos cuchillos le desgarraran el pecho. Al toser, la camiseta de algodón blanco quedó salpicada de rojo. La sangre escapaba a través del agujero de su torso con cada latido de su corazón. Aun así, sus labios se curvaron en una sonrisa. Había esperado que Florian Steele le engañara.

—*Bastardo*^[6] —susurró.

Florian siguió apuntándole con la pistola.

—¿Quién eres?

Marco se concentró más allá de la agonía que le provocaba cada respiración. Se llevó la mano al bolsillo del pecho, de donde sacó una fotografía que ahora había quedado, en parte, empapada en sangre. Contempló a su amada Lucia, en una de las épocas más felices de su vida. Una década atrás, habían pasado un mes en su pueblo natal, en las afueras de Milán. Durante cuatro semanas, se habían emborrachado y habían hecho el amor como adolescentes.

Contempló su rostro, los ojos que le hacían el amor a la cámara, los labios que le lanzaban un beso. Ésa era la imagen de ella que quería llevarse a la tumba. Ese bello recuerdo, grabado a fuego en su cerebro.

Le tendió la fotografía a Florian, quien le dirigió una mirada fugaz y desconcertada. Tardó un momento en reconocerla. En el laboratorio tenía un aspecto distinto, con el pelo recogido y las gafas sobre su nariz perfecta y afilada. La científica sólo pensaba en el trabajo. La esposa y la amante se soltaban el pelo.

—Lucia Causey —dijo Florian al final, recordando su cara.

Entonces estudió el rostro de Marco, agonizando a sus pies.

—Eres su marido.

Marco se dio un golpe en el pecho.

—Durante treinta y dos años.

Florian sacudió la cabeza.

—Chalado hijo de puta. ¿Todo esto nunca ha sido por Mondamin? Diablos, deberías darme las gracias en lugar de intentar matarme. Yo te salvé, os salvé a los dos. Tu mujer se estaba apostando hasta la última gota de vuestra vida. Antes de que yo llegara, estabais a punto de perderlo todo.

Marco le señaló con el dedo.

—Tú la mataste.

—Lucia se suicidó.

—Fuiste tú —insistió Marco.

—¿Qué crees, que envié a un sicario para que la matara? Te equivocas. Quizá te moleste, o quizá no quieras aceptarlo, pero tu mujer se metió sola en ese garaje y eligió acabar con su vida.

Marco se agarró a la barandilla del puente para mantener el equilibrio. Las rodillas le flaquearon y cayó en el suelo, mareado.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? —preguntó Florian, furioso—. Si lo sabes, ¿por qué coño estamos aquí? ¡Yo no tuve nada que ver con el suicidio de tu mujer!

Marco agachó la cabeza; había esperado oír esas palabras. La arrogancia de aquel hombre resultaba increíble, y ésa era la razón por la que ni él ni su empresa podían salvarse. Frente a Marco, sin un atisbo de vergüenza, ignorante de su destino, Florian Steele seguía creyendo que era inocente.

—Ashlynn lo sabía —susurró Marco.

—¿Qué pasa con mi hija?

—Ella lo entendió. Ella sabía quién eras.

Florian apuntó a la cabeza de Marco con la pistola.

—¿Qué le hiciste a mi hija?

A Marco le costaba hablar. Había perdido mucha sangre y apenas le quedaban fuerzas.

—Ella sabía... que destrozas... todo lo que tocas.

—Ashlynn me quería.

—Es posible querer... y odiar al mismo tiempo.

Marco rodeó la barandilla con el brazo izquierdo y se apoyó para ponerse en pie.

Él había amado a Lucia, y también la había odiado. Había odiado lo que el juego le hacía, cómo la había sumido en una espiral de desesperación. Había odiado ver cómo su hermosa esposa se convertía en alguien a quien no conocía. Las súplicas, las amenazas, los gritos no habían servido de nada. Lucia era esclava de su enfermedad. No podía parar, no podía evitar echar los frutos de su vida en un pozo de adrenalina y excitación.

Había sólo un frágil salvavidas que mantenía su cordura. Durante todo ese tiempo, un único aspecto de su vida no había sucumbido al veneno: su trabajo, sus investigaciones, su integridad. Entonces Florian Steele se lo arrebató y la dejó sin nada.

Florian la había localizado en Las Vegas; la había seguido hasta allí y la había abordado como un camello cualquiera. Le dio todo el dinero que quiso para recuperar su vida, a cambio de renunciar a todo. Todo lo que significaba algo para ella. Todo aquello a lo que había dedicado su vida. Todos los principios que la habían convertido en quien era. Lucia tuvo que mirar hacia otro lado y obviar los productos tóxicos que encontró en Mondamin, los terribles vestigios de lo que Vernon Clay le

había hecho a la gente de St. Croix. Tuvo que fingir que no existían.

Tuvo que mentir. Traicionar a familias y niños. Todo para salvar a Florian y su legado de muerte.

Marco le había suplicado que no lo hiciera. Prefería perderlo todo. Prefería perder su casa y empezar de cero. Sabía cómo acabaría si cruzaba aquella línea. Sabía que Lucia no sería capaz de vivir con lo que había hecho. A partir de ese momento, cada dólar que ganara, cada célula de cada portaobjetos que colocara bajo el microscopio sería una voz que la acusara, que la condenara, que la sentenciara.

«¡Yo no tuve nada que ver con el suicidio de tu mujer!».

Florian Steele podía permanecer de pie ante él y proclamar que no la había matado. Podía argumentar que su fantasma no estaba en el garaje con Lucia mientras ella conectaba la manguera al tubo de escape y se deshacía poco a poco de su dolor hasta caer en la dichosa inconsciencia final. Podía fingir que todo su mundo no era irreparablemente malvado.

No importaba. La decisión estaba tomada.

—Marco.

Oyó su nombre como a través de la niebla. La barbilla le había caído sobre el pecho, pero se esforzó por alzar la vista. La voz provenía de la parte baja del río. Hizo una mueca mientras pugnaba por respirar y siguió la cinta de agua, pero no vio nada. La voz podría haber procedido de las nubes.

—Marco —volvió a oír.

No eran imaginaciones suyas. Florian también lo oyó y escrutó entre los árboles, como si allí le esperara otra amenaza. Entonces lo vio. Christopher Hawk se hallaba de pie en la orilla del río, a unos doscientos metros, llamando a Marco. Estaba gritando, pero su voz le llegaba como un susurro a través del aire.

—No lo hagas.

Marco le hizo un débil gesto con la mano para que se alejara, pero no sabía si su amigo podía verle. Calculó mentalmente la distancia; Chris estaba a salvo de la explosión, aunque no de lo que vendría a continuación. Deseó tener fuerzas para gritarle: «Márchate de aquí; reúnete con tu familia. Sube a una zona elevada».

Marco vio aparecer un gesto de preocupación en el rostro de Florian. El hombre creía de verdad que, armado con una pistola y cargando contra Marco antes de que éste pudiera reaccionar, había ganado. Creía que todo había terminado. No se le había ocurrido pensar que ese encuentro implicara algo más. Al ver a Christopher Hawk, al detectar el pánico en su voz, el desconcierto se apoderó de la expresión de Florian mientras trataba de entender el tono de urgencia en las súplicas de Chris. Poco a poco, la suspicacia de su rostro fue sustituida por el miedo.

Miró a Marco, que permanecía arrodillado sobre un charco de sangre. Contempló la rápida corriente que se arremolinaba a sus pies y fluía plácidamente hacia

Mondamin y la población de Barron. Observó el gigantesco pantano más allá de la carretera, cuyas aguas se encaramaban por la orilla debido al deshielo y a las abundantes precipitaciones caídas en las últimas dos semanas. La represa, como hacía siempre en el curso de las estaciones, se congelaba, se deshela, empujando, brillando.

Esperando.

Finalmente, la mirada de Florian se disolvió en una expresión de terrible comprensión. Vio la furgoneta aparcada en la presa; a Marco, que le devolvía la mirada sin ningún miedo. Y entonces, por primera y última vez en su miserable vida, supo que su castigo estaba a punto de llegar.

Marco abrió el puño derecho para mostrarle el detonador. Era algo trivial, un trozo de plástico y alambre que apenas alcanzaba el tamaño de un sello, con un botón blanco que cerraba el circuito. Florian levantó la pistola en un gesto frenético para disparar de nuevo y Marco cerró el puño con fuerza. La situación se había convertido en una carrera entre el disparo que alcanzaría a Marco en el cerebro y la presión de su mano sobre el detonador, que enviaría la señal y haría estallar la bomba. La bala tardó sólo un milisegundo en rugir desde el cañón de la pistola y terminar con la vida de Marco, pero un milisegundo resultaba exasperantemente lento comparado con la velocidad de la luz.

Antes de que le diera tiempo a caer, antes incluso de sentir algún dolor u oír algún sonido, Florian Steele y él volaron por los aires.

La detonación hizo que Chris saliera catapultado y cayera sobre el suelo mojado, como si Dios le hubiera derribado con su mano. Quedó tendido de espaldas, sordo, mudo y ciego. Sólo había silencio y oscuridad, y su mente se vació de todo pensamiento excepto uno: «Estoy muerto».

No lo estaba.

Despertó bajo una lluvia de escombros; el aire ardía y una oleada de calor le barrió la piel. Cascotes de cemento afilados como cuchillos salpicaron su cuerpo de cortes y moratones. Una bruma asfixiante penetró en sus pulmones provocándole arcadas. Entornó los ojos cuando fue alcanzado por el polvo, mientras por encima de él los árboles daban vueltas como un caleidoscopio, quebrados en pedazos multicolores, y se sujetó la cabeza para detener el movimiento.

Chris se incorporó apoyándose en los codos. Se sentía solo y a la deriva, bamboleado en un mar interminable. El mundo estaba inquietantemente silencioso, salvo por un estruendo sordo que sonaba a kilómetros de distancia, como una tormenta que se acercara por el horizonte. Chris gritó una advertencia, chilló dos nombres una y otra vez.

—¡Hannah! ¡Olivia!

No oía su voz. No sabía si estaba llamándolas en voz alta o sólo en su cabeza. No importaba; estaban a kilómetros de distancia y no podían oírle.

La vista se le enfocaba y se le desenfocaba, como si estuviera borracho. Cuando finalmente la recuperó y pudo ver con claridad, la tierra que quedaba más allá del alcance de su brazo se había vuelto invisible. No había río, ni presa, ni camino, ni tierra ni árboles. El universo que se extendía ante sus ojos era un muro gris de polvo y humo que se hinchaba, se expandía y se alzaba hacia el cielo como un genio liberado de su lámpara. Se puso en pie mientras la nube le envolvía y tosió al tratar de respirar. Las piernas se le doblaron como si fueran de goma y, tambaleándose, se agarró al tronco desconchado de un abedul, aliviado al sentir el contacto de algo real y sólido bajo sus manos.

Sobre el suelo, sus pies se convirtieron en dos pedazos de hielo, y luego sus tobillos. Miró hacia abajo y se dio cuenta de que ya no se hallaba en la orilla del río, porque no existía. El río lo ocupaba todo. Entornó la vista en mitad de la nube y, a medida que el polvo se dispersaba en el aire, distinguió una mancha que se extendía y engullía la tierra.

Agua.

Agua convertida en espuma blanca.

Agua que se arremolinaba, que manaba a chorros a través de un agujero dentado de treinta metros allí donde la presa se había derrumbado. El trueno que resonaba en su cabeza brotaba de la reserva sin fondo, liberada de su cárcel, que avanzaba en cascada sobre el valle a una velocidad sorprendente, vertía sus entrañas como una herida abierta y lo arrasaba todo a su paso.

Chris disponía de pocos segundos para escapar; estaba ya hundido hasta las rodillas. Chapoteó por la leve pendiente hacia su Lexus, aparcado en la cuneta, mientras el río le perseguía y crecía centímetro a centímetro bajo sus pies. Cuando se metió en el coche, las lenguas de agua empezaban a deslizarse por la carretera como serpientes. Encendió el motor y viró con un rugido, tratando de alejarse de la inundación que se extendía río abajo.

Manejó con dificultad el móvil en una mano mientras conducía con la otra, zigzagueando por la carretera y tratando de recomponer su alterada mente.

Primero llamó al número de emergencias.

Después llamó a Hannah.

—¡Tenéis que salir de St. Croix ahora mismo!

Capítulo 51

Las sirenas de los servicios de emergencia aullaban en el aire.

Olivia corría de casa en casa, llamando a las puertas para alertar a los vecinos de St. Croix y decirles que debían evacuar la población. Johan, su madre y Glenn Magnus se apresuraban cruzando las manzanas embarcados en la misma misión piadosa. Nadie hacía preguntas. Todo el mundo conocía los riesgos que suponía vivir en la cuenca del río; antes o después, alguien les explicaría que el agua se acercaba.

El mayor peligro estribaba en la velocidad. La mayoría de las inundaciones se producían en cuestión de días, cuando la nieve invernal se derretía; ahora que la presa había desaparecido, disponían tan sólo de unos pocos minutos. Tal vez una hora.

Olivia oyó neumáticos que derrapaban y chirriaban en las calles a medida que las familias se dirigían hacia el este y el oeste huyendo del río. Se detenía lo suficiente para asegurarse de que los vecinos la tomaban en serio. No, no bromeaba; sí, tenían que marcharse enseguida. Algunos se desesperaban y vacilaban a la hora de elegir entre sus posesiones: qué llevar consigo, qué abandonar. Era difícil decidirse, sabiendo que a su regreso tal vez no quedara nada.

Si es que regresaban.

Algunos no mostraron inquietud alguna. Cuando llamó a la puerta de Loren Werner, el viudo de ochenta y seis años se limitó a pedirle que se calmara, recuperara el aliento y hablara más despacio. Olivia le explicó lo que ocurría y el hombre asintió, cogió las llaves de un cuenco dispuesto cerca de la puerta de entrada y salió con ellas a la calle. Luego le dio una palmadita en la mejilla, se metió en su Cutlass Supreme de 1981 y la saludó con la mano mientras se alejaba. Eso fue todo. No miró hacia atrás para despedirse de su casa ni una sola vez.

Al cabo de media hora, Olivia había advertido a más de veinte vecinos. Se hallaba en el extremo oriental del pueblo, al otro lado de los campos de maíz y el depósito de agua, donde las vías del tren discurrían paralelas a la carretera que se dirigía hacia el sur. Vio una fila de coches que abandonaban velozmente las tierras bajas de Barron. Se preguntó cuántos habrían escapado y cuántos estaban ya atrapados en sus tejados. Los más afortunados, los que vivían en el risco que dominaba el pueblo, probablemente estaban dando las gracias a Dios mientras contemplaban desde lo alto la catástrofe que se propagaba a sus pies.

—¡Olivia!

Era su madre que, desde el extremo opuesto del pueblo, la llamaba al tiempo que agitaba los brazos. En su voz se distinguía un matiz de pánico. Se estaban quedando sin tiempo.

Olivia tomó la ruta del río para volver a casa; quería calibrar el alcance de los daños. Siguió las vías del tren hasta el puente donde solía citarse con Johan y obtuvo

su respuesta. La situación estaba fuera de control. El perezoso arroyo se había convertido en un torrente. Ya no quedaba espacio para saltar desde la plataforma al agua; de hecho, la corriente sobrepasaba en unos pocos centímetros la plancha de acero gris. Tres vagones rebotaban contra el puente como misiles y despedían chorros de agua por encima de las vías. Oyó el sonido de la madera al aplastarse y partirse.

Corrió por el sendero ahora embarrado que se extendía por detrás de las casas, sin mirar hacia el agua. Contempló una franja de magma pardusco que se rizaba en remolinos alrededor de sus pies y se cubrió la boca en un gesto de horror al distinguir los escombros procedentes de Barron arrastrados por su estela como infaustos trofeos. Vio postes de luz girando como si fueran simples ramitas, los cables de sujeción del puente peatonal, ventanas destrozadas como metralla e incluso un Toyota Corolla blanco que pirueteaba en la corriente antes de que ésta lo arrastrara hacia los márgenes y lo lanzara al borde de un campo de maíz.

—Dios mío —murmuró.

Olivia bajó la vista hacia sus pies. Los tentáculos del río avanzaban como gusanos por el barro.

Se alejó a toda prisa del camino en dirección a su casa. Al ver la ventana de su dormitorio pensó en todas las veces que había trepado y escapado aferrada a la cañería del desagüe y supo que nunca volvería a hacerlo. Avanzó hasta el porche delantero, donde vio a su madre llevando una caja llena de envases de sopa a su todoterreno. La cara de Hannah adoptó una expresión de enfado y alivio a la vez.

—Olivia, ¿dónde estabas?

—Quería comprobar el estado del río. Ya casi ha cubierto la ribera. Será mejor que nos demos prisa.

—Corre a la iglesia y ve a ver qué hace Glenn; quiero saber qué es lo que lo retiene. Y luego vuelve directa aquí.

—¿Dónde está papá?

—Llegará en cinco minutos. ¡Ve!

Olivia cruzó la calle corriendo y subió por la ancha franja de terreno hasta los escalones de la iglesia. El campanario se alzaba por encima de su cabeza, dominando la vista de St. Croix. No encontró a Glenn Magnus. El pueblo bullía como un enjambre mientras los residentes cargaban sus vehículos a un ritmo frenético para unirse a la caravana en fuga. Buscó al pastor entre los rostros, pero no logró dar con él.

Abrió las puertas de la iglesia.

—¡Señor Magnus!

No obtuvo respuesta.

—¡Señor Magnus! —volvió a llamar.

Oyó un gemido. La puerta de roble del santuario estaba parcialmente bloqueada,

y al tirar y abrirla encontró a Glenn Magnus tendido boca abajo en el suelo. El pastor volvió a gemir y se apoyó en las manos y las rodillas para tratar de ponerse en pie. Había sangre apelmazada en su nuca.

—¡Dios mío! —Olivia sujetó a Glenn Magnus de un brazo y lo ayudó a levantarse—. ¿Qué ha pasado?

La voz del pastor sonaba débil; al tocarse levemente la parte de atrás de la cabeza, su boca se torció en una mueca.

—He venido a recoger algunas cosas de la iglesia y, no sé cómo, me he dado un golpe en la cabeza.

—Será mejor que nos marchemos —dijo Olivia—. Mamá puede ayudarle.

Magnus le rodeó los hombros con el brazo para apoyarse mientras ella le ayudaba a salir de la iglesia. Su casa estaba a escasos cincuenta metros aunque, al ritmo que avanzaban, parecía más lejana. Olivia era consciente de la crecida del agua; no faltaba mucho para que las rutas de salida quedaran bloqueadas. Cuando habían cubierto la mitad de la distancia, Hannah salió corriendo a su encuentro para ayudarles y los tres entraron en la casa. Hannah acomodó a Glenn en una silla y cogió un trapo húmedo de la cocina para limpiarle la nuca. Johan bajó desde el primer piso con una caja en las manos; al ver a su padre en la silla junto a la puerta, con los ojos cerrados, la dejó en el suelo enseguida.

—¡Papá!

El pastor le dedicó a su hijo una débil sonrisa.

—Estoy bien.

—¿Qué te ha pasado?

—No lo sé. Estaba en la iglesia y lo siguiente que recuerdo es que Olivia vino en mi ayuda. Debo de haber resbalado y me he golpeado la cabeza.

Hannah les interrumpió.

—No hay tiempo; tenemos que salir de aquí. Olivia, Johan, meted las cajas que quedan en la furgoneta. Eso le dará a Glenn un minuto para reponerse. Si por entonces Chris no ha aparecido, le llamaré y le diré que nos vamos, y que nos encontraremos en el risco. Vamos, deprisa —los conminó.

Johan volvió a levantar la caja y Olivia cogió otra de la mesa de la cocina; ambos se dirigieron al porche y cruzaron el terreno hacia la furgoneta. El río se había desbordado. Avanzaron chapoteando a través del agua, que alcanzaba ya una altura de un par de centímetros y parecía crecer ante sus ojos. La corriente era tan rápida y resbaladiza que podían notar cómo, bajo la suela de sus zapatos, trataba de derribarlos. Olivia apiló las cajas en el portaequipajes del todoterreno y cerró de un portazo.

Luego, dejándose llevar por un impulso, se lanzó al cuello de Johan y lo rodeó con los brazos.

—Lo siento mucho.

—¿El qué?

—Lo tuyo, lo de Ashlynn, todo. Fui una estúpida.

—No, soy yo el que lo siente, Olivia. Debería haber confiado en ti.

Johan se agachó hacia ella y Olivia volvió a sentir su abrazo, fuerte y familiar. Se perdió en sus ojos azules y sintió una oleada de deseo cuando él acercó su cara a la de ella y la besó. Al principio fue un beso tranquilo, suave, pero los largos meses de pérdida y violencia se derramaron a través de los poros de su piel y lo transformaron en pasión. Sus lenguas, sus rostros, sus manos y sus cuerpos se apretaron uno contra el otro, hasta quedar fundidos en uno solo.

Olivia sabía que no tenían tiempo; el río lamía sus tobillos desnudos. Se separaron, sin aliento; antes de que pudiera volverse hacia el porche, oyó un extraño bang que resonó a su alrededor como un eco.

—¿Qué coño ha sido eso?

Johan también lo había oído y miraba a su alrededor, confundido.

—No lo sé.

Volvieron a oír el mismo sonido, en todas partes y en ninguna. Olivia vio una extraña salpicadura a pocos centímetros de sus pies y unas ondas que se desplazaban en círculos sobre la corriente de agua. ¿Qué estaba ocurriendo? Dio un paso cauteloso hacia la calle y, en ese momento, el parabrisas del Explorer se hizo añicos junto a ella.

—¡Olivia! —gritó Johan—. ¡Agáchate!

Johan dio un salto hacia ella, que seguía sin entender nada. Olivia volvió a oírlo al tiempo que él la alcanzaba, pero esta vez Johan soltó un grito y ella vio una mancha roja de sangre que cubría su hombro. El rostro del chico se retorció en un gesto de dolor mientras se apretaba la camiseta con la mano. La sangre se escurría entre sus dedos.

—¡Johan, no!

Alguien les estaba disparando.

Olivia le rodeó la cintura con el brazo y lo condujo hacia el porche, tambaleándose. Gotas rojas caían en el agua. Las balas les siguieron y levantaron salpicaduras de agua a ambos lados mientras les perseguían hasta el interior de la casa. Otra ventana se hizo añicos cuando cruzaban la puerta, antes de cerrarla tras de sí.

Estaban atrapados.

El agua seguía creciendo.

En el campanario de la iglesia, Lenny Watson permanecía de pie entre un lecho de cajas de cartuchos y casquillos. Desde allí, desde su atalaya, podía ver cómo el río se lanzaba por ellos. No sabía qué había ocurrido y no le importaba. Había oído la

explosión y ahora, minuto a minuto, veía cómo el pueblo de St. Croix se inundaba ante sus ojos.

Las calles estaban inquietantemente vacías. De hecho, ya no había calles: ni pavimento, ni bordillos ni esquinas, sólo señales con el nombre de las calles que sobresalían entre los rápidos. Casi todo el mundo se había marchado. Lenny los había dejado escapar, pero a Johan Magnus no iba a permitirselo. A él no. Y a Olivia tampoco. No quería herirla, pero los había visto besarse, manosearse como animales y había empezado a disparar, disparar y disparar. Quería detenerlos. Quería separarlos. No iban a humillarlo obligándolo a verla con otro chico.

Aquello era lo que Kirk habría hecho. Su hermano estaría orgulloso de él. «Por fin eres un hombre, Leno».

Volvió a deslizar el cañón del rifle entre los listones de madera del campanario. Cada vez que disparaba, la campana emitía una vibración metálica a su espalda, como una melodía religiosa. Apuntó hacia otra de las ventanas de la casa de Hannah Hawk y apretó el gatillo.

Capítulo 52

A una manzana de distancia de la iglesia de St. Croix, el Lexus de Chris se despegó del pavimento.

El motor se anegó y se apagó. El agua helada del río cubrió el suelo del sedán, que empezó a girar sobre sí mismo, enloquecido. Chris abrió la portezuela, se desabrochó el cinturón de seguridad y salió a las aguas torrenciales. La corriente lo golpeó y lo hizo caer de rodillas. El Lexus plateado, sin conductor, chocó contra un roble y rebotó corriente abajo por el pueblo como una bola de billar.

Sin dejarle tiempo para lamentarse por la pérdida de su coche, el río se levantó con una extraña salpicadura a menos de medio metro de él. El chasquido del disparo de un rifle resonó y reverberó en sus oídos. Chris rodó hacia la derecha, hundiéndose en el agua, y al alzar la vista hacia el campanario de la iglesia, distinguió el largo cañón de un arma que asomaba a través de los listones y apuntaba hacia las casas. Avanzó arrastrándose de rodillas, y entonces otra bala se hundió en el agua y el barro.

Chris echó a correr tratando de mantener el equilibrio hasta alcanzar el muro de la iglesia y quedar fuera de la vista del tirador apostado por encima de su cabeza. Estaba empapado y sucio, y tenía frío. Su teléfono había desaparecido, perdido en el agua. Alargó la mano hacia la zona baja de su espalda y encontró la pistola de Marco todavía sujeta bajo el cinturón. La deslizó en su mano, preguntándose si le serviría después de haber estado sumergida bajo la crecida de las aguas del río Spirit.

Marco.

Había obtenido su venganza: Florian había desaparecido, igual que Mondamin y el corazón de Barron. Pero la venganza no conocía límites, y el río no había restringido su ímpetu destructor a los confines del pueblo: seguía fluyendo, creciendo, inundando y llevándose todo a su paso.

Chris permaneció bajo los aleros de la iglesia y se deslizó, pegado a la pared, hasta la esquina. Más allá, a unos cincuenta metros, vio la casa de Hannah, convertida en una isla en mitad de un lago cada vez más profundo. Los árboles y las señales con los nombres de las calles sobresalían extrañamente del agua. Percibió un movimiento detrás de una de las vigas esquineras del porche y vio que alguien agitaba frenéticamente los brazos intentando llamar su atención. El corazón le dio un vuelco. Era Olivia, y estaba en el último sitio en el que él deseaba que estuviera. No podía detenerla, de modo que tuvo que limitarse a mirar aterrorizado cómo su hija salía disparada de su escondite y bajaba chapoteando los escalones de entrada. Estaba desprotegida e intentaba llegar hasta él. Otro disparo atravesó las aguas desbordadas y se estrelló cerca de su hija.

—¡Olivia! —gritó, y el agua ahogó su voz entrecortada—. ¡Entra en casa!

Ella se encogió detrás de los escalones, pero Chris podía ver su cara y la mancha

rosa de su camiseta. Sus manos se aferraban a las columnas de hierro de la barandilla mientras el agua se arremolinaba a su alrededor.

—¡Es Lenny! —le gritó ella—. ¡Ha alcanzado a Johan!

—¡Entra en casa!

—Puedo ayudar. Puedo hablar con él.

El nuevo disparo del rifle resonó con un eco. Chris no vio las ondas levantadas por la bala y, mientras la explosión se desvanecía, Olivia volvió a abandonar su escondite. Él agitó las manos por encima de la cabeza frenéticamente para detenerla.

—¡No!

Ella se quedó petrificada y volvió la vista hacia la puerta delantera, pero no se movió.

—¡Olivia, da media vuelta! ¡Entra en casa!

La fuerza de los rápidos hizo presa en Olivia, aterrorizada. Resultaba un blanco fácil, una figura inmóvil con el agua hasta las rodillas. Chris sabía que tenía que llegar a Lenny antes de que volviera a disparar. Le hizo un último gesto a Olivia en dirección a la casa y se lanzó escaleras arriba hacia la iglesia, fuera del agua. El río no había alcanzado el escalón superior y, en el interior, el vestíbulo estaba seco y silencioso. A su derecha, la escalera de caracol conducía a lo alto del campanario. Corrió hacia allí y subió los escalones de dos en dos. En el hueco de la escalera no había luz ni ventanas, y Chris tuvo que avanzar a ciegas. Horrorizado, escuchó el estallido de otro disparo y, en la estrechez de aquel lugar, la explosión se le clavó en los oídos. Oyó el canturreo del eco de las campanas. Aguzó el oído a la espera del temido grito de su hija en el exterior y se sintió aliviado al no oír nada.

La luz natural se filtró en la oscuridad. La trampilla del suelo quedaba justo por encima de su cabeza, y estaba abierta. Se agachó y subió otro escalón, lo suficiente para vislumbrar el claustrofóbico interior del campanario. No medía más de tres metros cuadrados, con el techo bajo y una aspillera de madera arqueada en cada pared. La luz se colaba entre los listones y dibujaba sombras paralelas sobre el suelo. Las campanas de bronce ocupaban casi todo el espacio. Oyó como Lenny arrastraba los pies, su respiración aterrorizada. El chico se hallaba justo a la derecha del hueco por donde Chris tenía que subir.

Entonces sacó el torso a través de la trampilla, con la pistola por delante. Allí estaba Lenny, a poco más de un metro, apuntando con su rifle hacia la casa de Hannah.

—Lenny, detente —le conminó con brusquedad.

El chico retrocedió al oírlo, sorprendido, y tropezó con la pared opuesta. El rifle rebotó contra el suelo de madera, pero Lenny cogió una pistola de su cinturón, la levantó y encañonó a Chris. Tenía los ojos abiertos de par en par, como si estuviera drogado, y el brazo que sujetaba el arma le temblaba.

—¡Aléjate de mí! —chilló—. ¡Te mataré!

Se apuntaban mutuamente. Ninguno de los dos iba a errar el tiro.

—Escúchame, Lenny. Escucha. No tienes por qué hacer esto.

—¡Cállate! —gritó el chico mientras agitaba la pistola—. ¡Vete de aquí!

—No puedo hacerlo —le dijo Chris—. Toda mi familia está atrapada al otro lado de la calle. Necesito tu ayuda.

—¡Kirk está muerto!

—Lo sé, pero no eches a perder tu vida por él.

El muchacho sacudió la cabeza.

—Es demasiado tarde. ¿No lo entiendes? Ya he matado a un hombre.

—No, no lo has hecho. El hombre del garaje no está muerto. Las cosas no tienen por qué acabar así.

Lenny vaciló.

—Ya no me importa una mierda.

—Creo que sí te importa.

Chris bajó el brazo que sujetaba la pistola y la dejó sobre el suelo lentamente, donde Lenny pudiera verla. A continuación, alzó las manos.

—Voy a subir, ¿vale?, y hablaremos.

Lenny retrocedió hasta quedar pegado a la pared, sin bajar la pistola. Chris trepó hasta el centro de la torre, aunque no trató de acercarse al chico. El polvo flotaba en los rayos de luz, y del techo colgaban viejas telas de araña. El viento silbaba entre las aspilleras y las campanas, enormes y melancólicas, emitían un coro de contrabajo. El rostro de Lenny estaba manchado de suciedad y sangre, cruzado por las sombras.

—¿Crees que soy un cobarde? —preguntó Lenny—. ¿Es eso?

—Creo que Kirk era un cobarde, tú no.

—Kirk era un héroe, tío.

Chris negó con la cabeza.

—No, no lo era. Era un sádico, un desaprensivo y un asesino. No creo que tú seas como él en absoluto, Lenny.

—Era mi hermano.

—Tal vez, pero hizo cosas malas, y ambos lo sabemos.

—¡No hables así de él!

—Tú sabes qué hizo. Sabes distinguir el bien y el mal. No es necesario que yo te lo cuente.

Dio un paso adelante; Lenny amartilló la pistola y Chris se quedó inmóvil.

—¡Quieto! —le gritó Lenny con la voz rota.

—Sólo quiero que bajes la pistola. Ya has visto lo que está pasando fuera, Lenny. Has visto el río. Nos estamos quedando sin tiempo.

—He disparado a Johan.

—Por eso tenemos que salir de aquí ahora mismo. Necesita un médico.

—No me importa.

—¿Y Olivia? —preguntó Chris—. ¿Te importa Olivia?

Lenny parpadeó rápidamente y ladeó la cabeza, como si sufriera un espasmo en el cuello.

—Ella me odia. Desearía que yo estuviera muerto.

—Eso da igual. Si ella te importa, no le harás daño.

Chris vio como el miedo y la indecisión afloraban al rostro del chico. Estudió el pedazo de suelo de madera sucia que los separaba y supo que si saltaba podría coger la pistola, pero lo más probable era que al hacerlo recibiera un tiro en el estómago. Lenny estaba solo y no tenía nada que perder. Miró hacia el suelo y vio que el chico había acumulado allí un arsenal de armas y munición: podía parapetarse en el campanario y disparar durante horas si se le antojaba.

Pero no disponían de horas, sino de pocos minutos. Tenían que marcharse.

—Eso es todo —dijo Chris—. He terminado.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Lenny.

—Quiero decir que no puedo quedarme aquí intentando convencerte para que me ayudes. Tienes que tomar la decisión tú solo; yo debo ir a casa de Hannah, con mi familia. Si quieres quedarte aquí arriba y dispararme, adelante.

—Lo haré —aseguró Lenny.

—Adelante. Eso es lo que haría Kirk, ¿no?

—Kirk no tenía miedo a nada.

—Me alegro por él. Yo sí lo tengo, Lenny. Tengo miedo de perder a mi mujer y a mi hija, y por eso voy a marcharme. Tú haz lo que tengas que hacer.

Chris dio media vuelta y tensó el cuerpo, esperando recibir un disparo paralizante en el centro de la espalda. Lenny jadeaba, se debatía en la duda. Chris puso un pie en la trampilla, sin mirar atrás, y desapareció en los negros confines de la torre. Lenny no se movió ni disparó, aunque eso no significaba que el chico no fuera a cambiar de idea y volviera a empuñar el rifle mientras Chris se encontraba en tierra de nadie, entre la iglesia y la casa de Hannah.

Alcanzó la base de las escaleras y sus pies aterrizaron sobre el agua helada. El río se había adentrado en el corazón de la iglesia. Se encaminó hacia las puertas y tuvo que presionar el hombro contra el cristal para conseguir abrirlas. Una vez fuera, contempló con incredulidad aquel mar interior de color marrón chocolate que surcaba el pueblo embravecido, que se elevaba y caía sobre sí mismo en un oleaje profundo. El agua estaba llena de escombros: pedazos de cemento, árboles enteros, restos de paredes y ventanas de las casas destripadas. El aire bullía con el impacto de la madera contra el metal, del metal contra la madera. La escasa distancia que lo separaba de casa de Hannah se había convertido en un campo de minas imposible de cruzar.

Y en mitad de aquel campo minado, vio algo que le heló el cuerpo y lo llenó de desesperación.

«No, no, no, ¿qué has hecho?».

En la calle, frente a la casa, Olivia se aferraba a los pocos centímetros secos del poste metálico de una señal de STOP que sobresalía del agua. Constituía un bote salvavidas muy frágil, y la señal se agitaba al paso rugiente del río, que amenazaba con soltar sus manos y arrastrarla corriente abajo.

Se miraron, y su voz se elevó en un grito desesperado.

—¡Papá!

Capítulo 53

Chris se metió en el agua, que le llegaba ya por la cintura, y el frío le golpeó como un millar de agujas. La corriente era muy violenta y amenazaba con hacerle perder pie, aunque se percató de que el peor peligro resultaba invisible y estaba oculto bajo la superficie. Ramas, cristales y piedras le golpearon y le rasgaron la piel mientras se debatían bajo el agua, veloces y cortantes como cuchillos. Olivia no estaba lejos, pero la distancia parecía insalvable y su mayor preocupación era que los remolinos lo arrastraran y no fuera capaz de abrirse paso corriente arriba.

Contempló el curso del agua. Dos ramas del río se habían entrelazado en aquel punto, moviéndose en diferentes direcciones. Entre los residuos flotantes que se desplazaban a toda velocidad, distinguió la tapa de un cubo de basura que daba vueltas en dirección a él, la sacó del agua y la lanzó como si fuera un disco hacia el tronco del enorme roble que había frente a la iglesia; al caer, la tapa dibujó un arco gigantesco que la dejó a un metro y medio de la señal donde Olivia estaba atrapada. Ésa era la ruta que debía seguir. Ése era el modo de acercarse a ella.

No podía caminar, de modo que nadó. En la superficie, podía ver y evitar la mayoría de los escombros que flotaban hacia él. El río desprendía un olor tan fétido y ponzoñoso como un vertedero pero, mientras se abría paso contra la corriente, no pudo evitar aspirar bocanadas de aire tóxico. Se sentía como si nadara sin moverse del sitio, dando brazadas que no le llevaban a ninguna parte. Cuando se detuvo, la corriente lo alejó aún más y tuvo que redoblar sus esfuerzos para recuperar el espacio perdido. Su corazón latía desbocado debido al esfuerzo, y sus músculos chillaban en protesta. Una vez llegado al roble, tuvo que colgarse de las ramas bajas para recuperar el aliento. Se sentía como si llevara horas en el agua.

—Olivia, ¿estás herida? —le preguntó.

El rugido del agua lo obligaba a gritar, como si intentara ahogar el estruendo de las cataratas del Niágara. Se atragantó y empezó a toser.

Su hija le contestó también a gritos.

—Creo que me he fracturado el tobillo. Lo siento, papá. Pensaba que, si llegaba a la iglesia, podría ayudarte.

—Aguanta un poco más.

Olivia rodeaba la tambaleante señal de STOP con los brazos y Chris supo que sus fuerzas se estaban agotando. Observó el agua y descubrió que se hallaba en un lugar donde la corriente era especialmente poderosa. No había tiempo que perder. Apuntaló los pies sobre el tronco del árbol y se lanzó a los rápidos. Esta vez, gracias a la corriente que lo propulsaba, se deslizó a una velocidad asombrosa y, antes de que le diera tiempo a reaccionar, estaba prácticamente encima de Olivia. Se apresuró hacia la señal, temeroso de pasarla de largo, se impulsó hacia la derecha y alargó el brazo

tanto como pudo. El poste metálico le golpeó la mano y él se agarró rodeándolo con sólo tres dedos. Su cuerpo siguió desplazándose y, mientras se deslizaba corriente abajo, sintió que perdía agarre. Entonces Olivia lo cogió de la camisa y su cuerpo giró. Rodeó el poste con el codo, metió dos dedos en una de las trabillas del pantalón de Olivia y la atrajo hacia su pecho. Ella soltó la señal y se aferró a él.

—Bonito día para nadar —le murmuró Chris al oído.

No quería que se asustara.

Olivia se rió y se colgó del cuello de Chris. Su pelo mojado se le pegó a cara.

Chris no sabía qué hacer a continuación, y sólo pensaba en resistir allí para salvar la vida de ambos. En ese momento oyó gritar a Hannah y la vio en la ventana de la planta baja de su casa, a menos de quince metros de distancia. El río alcanzaba ya la altura del marco; dentro de la casa, el agua debía de llegarle a las rodillas. Sujetaba entre las manos un pesado rollo de cuerda hecha con trapos anudados; se la lanzó a través de la ventana mientras sujetaba un extremo, pero ni siquiera se les acercó. La cuerda cayó en el agua y se deslizó corriente abajo. Hannah la recogió con rapidez, antes de que los escombros se adueñaran de ella y se la arrancaran de las manos.

—¿Te duele mucho? —le preguntó Chris a Olivia.

—Es como si tuviera un elefante tumbado encima del tobillo izquierdo.

—¿Puedes apoyarlo en el suelo?

—Imposible, papá; lo siento.

—No te preocupes.

—He sido una idiota. Sabía que era Lenny; pensaba que podía convencerle de que parara.

—Ha llegado demasiado lejos. ¿Cómo está Johan?

—No muy bien, papá.

Chris volvió a ver a Hannah en la ventana. Esta vez había atado el extremo de la cuerda al asa de una pesada taza blanca. Enrolló la cuerda desde dentro de la casa y lanzó la taza hacia Chris. Él alargó el brazo y estuvo a punto de atraparla, pero cayó a unos quince centímetros de su mano y Hannah tuvo que recogerla de nuevo y sacarla del agua.

La señal metálica se tambaleó. No resistiría el envite del agua y los escombros.

Hannah volvió a lanzar la cuerda como un jugador de béisbol, como un *quarterback* en la Super Bowl. La taza salió volando con fuerza por la ventana y desenrolló la cuerda como el hilo de una caña de pescar. Pasó por encima de la cabeza de Chris y aterrizó en el agua, dándole tiempo para pasar la cuerda alrededor de la señal y atarla. Hannah aseguró el otro extremo de la cuerda en el interior de la casa y la tensó tanto como pudo, aunque quedó combada y rozando el agua.

—Es hora de irnos —le dijo Chris a Olivia—. ¿Puedes desplazarte sólo con los brazos?

—Creo que sí.

—Me aseguraré de que el nudo resista. Ve tan rápido como puedas.

Olivia colocó el brazo izquierdo por encima de la cuerda y usó la otra mano para arrastrarse hacia delante. Sus piernas flotaban por debajo del agua. Él la sujetó todo el tiempo que pudo, pero luego su hija quedó a merced de sus propias fuerzas mientras trataba de acercarse con dificultad a la ventana. Marchaba centímetro a centímetro. Chris vio cómo contenía el aliento, cómo su cuerpo flotaba como un corcho, permitiéndole avanzar más deprisa; ya había recorrido la mitad de la distancia que la separaba de la casa.

Su hija miró hacia atrás por encima del hombro y le dirigió una sonrisa de aliento.

Entonces Olivia soltó un grito que se convirtió en un gorjeo, y las aguas la engulleron.

—¡Olivia! —gritaron Hannah y él al unísono.

Ella se aferró a la cuerda con una mano, con la cara hundida bajo el agua. Algo la estaba arrastrando, intentando llevársela corriente abajo. Chris vio la gruesa rama de un árbol que asomaba en el agua y resistía la corriente como una ballena, mientras una sábana blanca rasgada se agitaba detrás de ella, enrollada alrededor de la madera como una cola. Cuando Olivia sacó una pierna por encima del agua, Chris vio el otro extremo de la sábana envuelto en su tobillo roto, tirando de ella. Su hija asomó el rostro por encima de la superficie, jadeó en busca de aire y emitió un grito agónico; después, volvió a hundirse y desaparecer de su vista, con sólo tres dedos aferrados a su salvavidas. Chris vio la sangre que manaba cuando la cuerda se le clavó en la piel.

Chris avanzó con dificultad colocando una mano sobre otra para acercarse a su hija. Detrás de él, la señal de STOP chirrió a medida que el metal se debilitaba y se doblaba. Al cabo de seis metros, la alcanzó y la agarró por el cuello de la camiseta para sacarle la cabeza del agua. Ella escupió y resolló mientras trataba de llenarse los pulmones de aire. Su boca dibujó una gran «o» y sus ojos se abrieron de par en par con terror y alivio. Mechones de pelo castaño se le pegaban a la cara. Chris sólo podía emplear una mano para sujetarla; la otra estaba cerrada sobre la cuerda para evitar que el río los arrastrara.

No podía avanzar ni retroceder, de modo que se limitó a mantenerse sujeto.

—Señor Hawk.

Chris volvió la cabeza al oír que alguien le llamaba. No estaban solos en mitad del naufragio, atrapados en la crecida del río. Lenny estaba aferrado a la señal de STOP. El agua le llegaba al cuello.

—Señor Hawk, dígame qué tengo que hacer.

—El tobillo de Olivia ha quedado atrapado —contestó Chris de inmediato—. Tienes que liberarlo.

Lenny asintió.

—Vale.

El hermano de Kirk soltó el poste y avanzó lentamente sujetándose de la cuerda, que colgaba como una serpiente sobre el agua. El nudo resistió, pero parecía precario. Lenny se deslizó braceando y arrastrándose hasta la mitad de la cuerda; al llegar junto a ellos, cruzó su mirada con la de Olivia. Ella no podía ocultar su odio, pero en ese momento no importaba. Su vida estaba en sus manos.

—¿Puede sujetarnos a los dos? —preguntó Lenny.

Chris asintió.

—Hazlo. Rápido.

Lenny se aferró a la ropa de Olivia y flotó corriente abajo a lo largo del cuerpo de ella. La cogió de las piernas luchando contra el agua que trataba de llevárselo, y Chris vio como el rostro de Olivia se retorció de dolor al flexionar el tobillo. Lenny le rodeó la rodilla con un brazo y, con la otra mano, le dobló la pierna izquierda para que el pie quedara por encima del agua. La sábana estaba enroscada alrededor de su tobillo. El chico trató de soltarla, pero la tensión de la rama que pugnaba contra la velocidad del río mantenía el nudo empapado de la sábana tan tenso como la cuerda de un funámbulo.

Lenny la arañó y mordió la tela con los dientes, pero no pudo rasgarlo. Chris notó como se le entumecían los brazos mientras trataba de sujetar a los dos adolescentes contra la fuerza de la corriente.

Lenny se metió la mano en el bolsillo trasero y consiguió sacar algo sin que se le escapara. Era una navaja. Pulsó el botón y una hoja afilada y virulenta se desdobló del mango. Con movimientos incómodos de una mano, empezó a cortar la sábana. Olivia apretó los dientes y cerró los ojos con fuerza: cada corte de la navaja le desgarraba el tobillo roto. Lenny se mordió el labio mientras trabajaba, cortando los hilos mojados. La sábana empapada opuso resistencia, de modo que optó por clavar la punta del cuchillo. El tejido se deshilachó, se abrió y, al final se rompió. El tobillo de Olivia estaba libre.

—¡Sí!

La rama del árbol salió despedida corriente abajo, como un disparo. Chris arrastró a su hija hacia él, y ella rodeó la cuerda con los brazos y respiró pesadamente. Tenía los ojos cerrados. Lenny se agarró al bolsillo de los vaqueros de Olivia y luego a su camiseta mojada para trepar de nuevo a la cuerda. Luego cerró la navaja y la lanzó al agua. Chris utilizó la mano libre para darle un apretón en el hombro en señal de agradecimiento.

—Ve —le dijo luego a su hija—. Deprisa, entra en casa.

Chris vio cómo su hija avanzaba a nado hacia la ventana. Hannah la esperaba. El agua casi había superado la base del marco de la ventana. Cuando Olivia estuvo cerca de la casa, Hannah sacó los brazos, agarró a su hija por las axilas y tiró de ella a

través del marco. Chris volvió a respirar al ver a su hija a salvo, fuera del río.

—Vamos, Lenny —dijo.

Se dirigió hacia la casa y, al volver la vista, vio que Lenny no se había movido. El chico seguía aferrado al centro de la cuerda, mientras las olas y la espuma blanca del agua se arremolinaban a su alrededor. Se le veía pequeño, y en medio de las calles inundadas, podría muy bien haber sido la única persona que quedaba con vida.

—Tenemos que irnos —le gritó Chris.

Lenny le miró desde tres metros de distancia.

—Lo he hecho, ¿eh?

—Sí, lo has hecho.

El rostro del chico se iluminó con una sonrisa que quedó congelada. Fue su último gesto.

El poste de acero de una valla emergió de entre las olas, desde las profundidades del agua, y el río lo arrastró hacia la cabeza de Lenny. Avanzaba a la velocidad de una jabalina y, al chocar contra su cráneo, le fracturó el hueso. El cuello del chico se torció con un chasquido y la sangre empezó a manarle entre el pelo. Los ojos se le cerraron y sus manos se soltaron de la cuerda. El agua le cubrió la cabeza y lo hundió bajo la superficie embarrada.

Chris alargó la mano, pero el muchacho estaba demasiado lejos para alcanzarlo. Contempló cómo la corriente lo arrastraba. Cuando volvió a verlo, su cuerpo avanzaba con los miembros extendidos formando una cruz, cincuenta metros río abajo. Se mantuvo a flote durante unos pocos segundos, inmóvil. Después, la corriente subacuática lo atrapó y Lenny desapareció.

Capítulo 54

La crecida del río los obligaba a marchar hacia arriba.

Subieron de la planta baja al primer piso. Hannah lloraba viendo cómo las posesiones de toda una vida flotaban y se hundían, pero no podían hacer nada más que ascender mientras el agua les perseguía por las escaleras. Uno a uno, fueron ocupando el saliente que quedaba por fuera de la ventana del dormitorio de Hannah. Hannah fue la primera y Magnus ayudó a Johan. Chris llevó a Olivia a caballo. El pastor trepó al tejado y ayudó a los demás a subir, y luego los cinco esperaron en el punto más alto, desde el que se veía lo que quedaba del pueblo.

Las nubes se abrieron y el cielo se volvió azul. Sentados en lo alto del mundo, encontraron un día extrañamente hermoso esperándolos.

Hannah llamó a emergencias. La línea estaba saturada y tuvo que intentarlo cuatro veces antes de poder comunicarse con la operadora. Le explicó su situación: un adolescente con un disparo, una chica con un tobillo fracturado y un hombre con una posible contusión; a continuación le indicó dónde se encontraban. No les quedaba más que esperar la ayuda y no perder la serenidad.

Olivia estaba tendida junto a Johan sin dejar de presionarle la herida y susurrándole al oído. Su tobillo se había hinchado hasta convertirse en una fruta multicolor, y la mínima aspiración le provocaba una mueca de dolor. Glenn estaba sentado al lado de su hijo y le cogía de la mano. El chico estaba pálido y febril, pero seguía consciente.

Estaban vivos.

Chris se sentó a horcajadas sobre el gablete del tejado y Hannah se colocó delante de él, de espaldas, con la cabeza apoyada en su pecho. Él la rodeó entre sus brazos y la estrechó. Desde donde se hallaban, St. Croix parecía un pueblo construido en medio de un océano, habitado por copas de árboles y tejados. No había calles, ni siquiera señales: todo había quedado sumergido. Hannah miró hacia la iglesia luterana, al otro lado de la calle, y Chris la oyó susurrar una plegaria.

Veinte minutos después, oyeron el zumbido de un helicóptero.

Chris se sacó la camisa y la agitó para llamar su atención. El gigante gris se acercaba desde el norte, cada vez más, hasta que al final quedó suspendido por encima de sus cabezas. Distinguió la enseña de la Guardia Nacional de Minnesota. El ruido de los rotores resultaba ensordecedor, y Chris pensó que nunca había oído un sonido más bienvenido. El batido de las aspas generaba ondas gigantes sobre el río que rodeaba la casa.

La puerta lateral del helicóptero se abrió y uno de los guardias hizo descender lentamente un arnés hasta el tejado. Era joven, de unos veintitantos años, con el pelo cortado al rape y una sonrisa enorme, la viva imagen de un soldado. Chris le estrechó

la mano y el fuerte apretón del hombre lo dijo todo: «La ayuda ha llegado. Están a salvo».

El joven guardia comprobó su estado de salud y, en menos de un minuto, había ajustado con cuidado el arnés al cuerpo de Johan y levantado los pulgares en dirección al piloto. Johan se elevó poco a poco por encima del tejado, dando vueltas en el aire, y fue introducido delicadamente en el interior del helicóptero.

El cable bajó de nuevo, flotando al viento.

Olivia insistió en que Glenn Magnus subiera a continuación, para estar con Johan. En menos de cinco minutos, él también se hallaba a bordo. Olivia fue la siguiente. Adujo que le asustaba subir sola sujeta al arnés, aunque Chris sospechaba que tenía otros motivos, como subir aferrada al cuerpo de su rescatador. Ambos abandonaron juntos el tejado.

Chris y Hannah se encontraron solos y contemplaron el pelo ondeante de su hija, que sonreía. Era joven, y aquello constituía una aventura para ella. Chris miró a Hannah y vio que se cubría la boca con las manos mientras las lágrimas le bañaban el rostro. Le rodeó los hombros con el brazo y la atrajo hacia él.

—Ahora vas tú —dijo.

—No, tú.

—Olvídalo. Hannah.

Ella le miró y sonrió a través de las lágrimas. Luego alzaron la vista hacia el cielo; Olivia estaba a medio camino de la libertad.

Debajo de ellos, la casa crujió y se movió.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Hannah.

El suelo se desplazó bajo sus pies como en un terremoto y ambos cayeron sobre el tejado. Hannah rodó sobre las tejas mojadas y él dio un salto para agarrarla por una pierna justo cuando su torso asomaba por el borde de la casa, por encima del agua. Ella gritó pero él tiró de la pierna y apretó los dedos sobre el gablete, tratando de sujetarse. Bajó la vista hacia el río y supo que estaba socavando la tierra blanda por debajo de los cimientos, horadándola y llenándola de agua, generando tensiones en la estructura de madera que harían que cediera y se derrumbara pieza a pieza.

La casa estaba muriendo.

—No tardará en desaparecer —dijo.

Ambos miraron hacia el cielo. Olivia estaba siendo introducida en la seguridad del helicóptero. Chris realizó un frenético gesto hacia abajo con la mano. Necesitaban que volvieran a bajar el arnés, enseguida.

La casa emitió un desagradable chirrido, sufrió una sacudida y él perdió agarre. Se aferró a Hannah y enterró los talones en el resbaladizo tejado mientras la gravedad trabajaba en su contra, arrastrándolos hacia abajo por el inclinado ángulo del tejado. No había forma de mantenerse en pie, de conservar el equilibrio. Oyó el crujido de la

madera y el metal al quebrarse.

Por encima de sus cabezas, a través del perfecto cielo, el arnés descendía centímetro a centímetro. Chris deseó que se aproximara más rápido. El viento lo hacía girar como un molinete, danzando en círculos hipnóticos. Alargó la mano, pero el viento se rió de él y lo alejó de su alcance, para luego volver a acercarlo. Bajo sus cuerpos, las ventanas se hicieron añicos. La casa se hundía bajo sus pies.

Volvió a alargar el brazo y esta vez el viento llevó el arnés hasta sus manos.

Se sintió como si estuviera en una casa de los horrores, mientras el tejado se inclinaba en un ángulo agudo. Con torpeza, igual que un payaso, metió una pierna en uno de los huecos del arnés y luego la otra, antes de ajustárselo. La correa roja que colgaba del helicóptero era gruesa y pesada.

Hannah estaba tumbada a su lado, aferrada al tejado. Él extendió un brazo.

—Cógeme de la mano —le indicó.

«Cógeme de la mano».

En ese momento, su vida se rebobinó. Cogió la mano de Hannah y la llevó a la cama de su dormitorio en la residencia universitaria y le hizo el amor. Cogió la mano de Hannah, le levantó el velo y contempló el rostro de la mujer que hacía que vivir mereciera la pena. Cogió la mano de Hannah y oyó el llanto de su hija por primera vez mientras ésta venía al mundo.

La cogió de la mano. No hacía falta decirlo, pero lo dijo de todos modos:

—Te quiero.

Ella se agarró a él y Chris la izó, la deslizó dentro del arnés y la abrazó con una fuerza que significaba: «Nunca te dejaré marchar». El cable se tensó y sus piernas quedaron colgando; volaban por los aires, elevándose. Por debajo, la casa se derrumbó con el rugido de un león. En el punto del tejado donde habían estado sentados se abrió un agujero, las vigas se partieron, los suelos se hundieron y las paredes cayeron. Hannah fue incapaz de mirar hacia abajo. Fue incapaz de mirar cómo el río descuartizaba y engullía su pasado. Enterró la cabeza en el pecho de Chris, quien contempló cómo las ruinas se empequeñecían a medida que ellos se elevaban y los fragmentos caían. Para cuando las fuertes manos de la tripulación del helicóptero los recogieron, la casa había desaparecido. A sus pies no quedó nada más que el río, que arrasaba el valle como un animal desbocado.

Capítulo 55

Sentado cerca de la pared del auditorio del instituto, en una silla plegable, Chris bebía limonada de un vaso de plástico de la Cruz Roja y se comía una galleta de mantequilla. Los catres y los sacos de dormir tapizaban el suelo del gimnasio formando ordenadas filas y toda la escuela olía a operación de rescate. En los camiones se hervían a fuego lento grandes ollas de pasta con salsa de tomate, mientras que los inodoros portátiles se alineaban en el campo de fútbol como si fueran animadoras. El olor corporal y a sudor de la gente que abarrotaba el reducido espacio flotaba en el aire, pero a nadie parecía importarle, nadie protestaba. Barron y St. Croix se habían convertido en un solo pueblo de supervivientes. El enfrentamiento había terminado.

Habían pasado tres días desde la inundación y las aguas retrocedían lentamente. Chris esperaba ver una paloma con una rama de olivo en el pico, como señal de que por fin iban a encontrar tierra. Sin embargo, el verdadero alcance de la devastación quedó claro con la estela que el agua había dejado tras de sí: casas y edificios reducidos a escombros, borrados del paisaje; carreteras hundidas quince centímetros en el barro y cientos de familias evacuadas. A pesar de las pérdidas, nadie había considerado la posibilidad de rendirse o abandonar. En el Medio Oeste uno rezaba, se encogía de hombros y luego se ponía a trabajar.

Chris contempló a Hannah y a Olivia. La primera iba de familia en familia comprobando su estado de salud y señalando los servicios de ayuda disponibles. Olivia, con el pie escayolado y un par de muletas, se las apañaba para jugar con los niños refugiados en el gimnasio pasándoles una pelota de playa, todos dispuestos en un gran círculo. Por su parte, Glenn Magnus se movía entre la gente ofreciendo consuelo a quienes lo habían perdido todo.

Para los supervivientes reunidos en el gimnasio, haberlo perdido todo no era una mala cosa. El milagro consistía en que las pérdidas se hubieran limitado a las casas, las posesiones, los recuerdos y el trabajo. Florian estaba muerto. Marco estaba muerto. Lenny estaba muerto. El resto habían escapado con vida.

—Señor Hawk.

Chris vio a Michael Altman de pie frente a él. Le costó reconocer al fiscal del condado, vestido con un grueso jersey de lana y unos pantalones de pana, en lugar de su habitual e impecable traje. Tampoco llevaba el Fedora calado en la cabeza, y su pelo entrecano necesitaba que le pasaran un peine.

—Señor Altman —lo saludó.

El fiscal se sentó a su lado con las manos apoyadas en las rodillas y siguió la mirada de Chris hacia su exmujer y su hija, que se movían por el auditorio.

—Me tranquiliza ver que su familia y usted están a salvo —comentó.

—Gracias.

—Por lo que parece, Johan Magnus se está recuperando en un hospital de Granite Falls.

—Así es. Cuando Olivia no está aquí, es que está allí.

—He estado observando a su mujer y a su hija. Parecen tener una energía inagotable; han ayudado a mucha gente.

—Ellas y los voluntarios que lo han dejado todo para venir aquí desde todas partes del país. Eso hace revivir mi fe en la naturaleza humana.

—La mía también.

—Lo siento por Marco Piva —admitió Chris—. Me gustaba de verdad. Me horroriza lo que ha hecho, pero no consigo odiarle. La pérdida de alguien a quien amas puede devorarte el alma.

—Hablando de Marco... —murmuró Altman.

Chris frunció el ceño. Sabía lo que venía a continuación; llevaba pensando en ello desde la inundación. Desde que descubrió que el hombre que se escondía tras Aquarius era Marco Piva, supo que el asunto no había terminado.

—Tengo un problema —continuó el fiscal.

—Sí, lo sé.

—Me resisto a sacar el tema en las actuales circunstancias, pero considero que debo discutirlo con usted. A pesar de lo ocurrido. El desastre no anula el hecho de que se cometió un asesinato.

—Es cierto.

Altman pareció alegrarse de que Chris no se enfrentara a él, aunque su rostro seguía expresando un gesto de incomodidad.

—Estaba dispuesto a creer que Aquarius había asesinado a Ashlynn Steele —prosiguió el fiscal—, ya fuera porque formaba parte de su venganza contra Florian o porque Ashlynn hubiera descubierto su identidad mientras husmeaba en los asuntos de Vernon Clay y Lucia Causey. Creía de verdad que la muerte de la chica se había producido en circunstancias distintas a las que pensaba en un principio.

—Yo también lo creía —convino Chris.

—Sin embargo, entonces no sabíamos que Marco Piva era Aquarius.

—No.

—Marco no mató a Ashlynn —afirmó Altman—. Es consciente de ello, ¿verdad?

Chris no respondió. Sabía que estaba en lo cierto. Sabía que Marco era, al menos, inocente de esa muerte. De algún modo, eso le alegraba. Aunque Marco hubiera destruido los pueblos de Barron y St. Croix, aunque hubiera hecho volar por los aires a Florian Steele y acabado consigo mismo, no era lo bastante frío ni cruel para mirar a los ojos a una hermosa muchacha y meterle una bala en la cabeza. No era esa clase de hombre.

—Johan estuvo con Marco en el motel hasta pasada la medianoche del viernes en que mataron a Ashlynn —explicó Altman—. Se marchó tras la llegada de un fontanero, y he localizado al fontanero de Barron que recibió la llamada. Ha confirmado que se pasó casi toda la noche trabajando con Marco en las cañerías de la habitación del motel. Y por lo que sé, también bebiendo Chianti.

—Eso parece muy propio de Marco.

—Sabe adónde quiero llegar, ¿verdad?

—Eso creo —confirmó Chris.

—Todo eso significa que estamos de nuevo en el punto de partida. Sigue habiendo sólo dos explicaciones para el asesinato de Ashlynn. No me gusta ninguna de las dos, pero sólo cabe pensar que Olivia asesinó a Ashlynn, como parece desde el principio, o bien que lo hizo Johan Magnus.

—Lenny Watson estuvo esa noche en el pueblo fantasma —observó Chris—. Estaba siguiendo a Olivia y la vio marcharse. Y Ashlynn seguía con vida.

—Por desgracia, Lenny está muerto —señaló Altman—. No puede contarnos lo que vio.

—Lo sé. ¿Qué me dice del asesinato de Kirk Watson? En ambos crímenes se utilizó la misma pistola. ¿Cómo explica eso?

—Sabe que no puedo descartar la posibilidad de que Olivia matara a Kirk —dijo Altman—. Sin duda, tenía un motivo para hacerlo. O también es posible que le entregara la pistola a Johan para que lo hiciera en su lugar.

—O bien Johan tuvo la pistola todo el tiempo, porque se la había llevado del pueblo fantasma esa noche —argumentó Chris—. ¿No?

—Sí, eso también es posible. No he dicho que haya tomado una decisión respecto a lo que ocurrió en realidad. Llevaremos a cabo algunas pruebas forenses, y espero que arrojen algo de luz sobre todo este asunto. Sólo he pensado que debería usted saber que no voy a abandonar el caso. Es mi trabajo. No voy a dejar que el asesinato de una niña quede impune.

—Nunca he pensado que fuera a hacerlo —replicó Chris.

Apoyó la espalda en el muro del gimnasio y cerró los ojos. Estaba cansado.

—Por supuesto, todo este asunto nos llevará meses —observó Altman—. Extraoficialmente, le diré que es posible que no llegue a ninguna parte. Puedo valorar las dudas razonables tan bien como cualquier jurado, y tiene mi palabra de que no llevaré el caso a juicio a menos que crea que las pruebas son concluyentes.

Chris abrió los ojos.

—¿Ha hablado con Julia Steele después de la inundación?

—¿Julia? No. ¿Por qué?

—Yo sí lo he hecho —desveló Chris.

Altman aguardó en silencio, confundido. Chris distinguió la expectación en sus

ojos.

—Usted siempre ha sido sincero y abierto conmigo, señor Altman, y se lo agradezco. Los votantes de esta zona han puesto a un hombre decente en el cargo. Sin embargo, en este caso se equivoca. Olivia no mató a Ashlynn, y Johan tampoco. No eran más que tres adolescentes atrapados en un triángulo amoroso.

—En la adolescencia, las emociones pueden resultar abrumadoras.

—Así es, pero ésa no es la razón por la que mataron a Ashlynn.

—Me gustaría creerle, Chris, de verdad, pero las pruebas no apuntan en ninguna otra dirección. Marco no lo hizo, así que Olivia o bien Johan tuvieron que apretar el gatillo. Nadie más sabía dónde estaba Ashlynn.

Chris negó con la cabeza.

—Se equivoca. Alguien más lo sabía.

Altman pensó en ello.

—De acuerdo, Tanya Swenson también lo sabía.

—Así es —dijo Chris—. Esa noche llamó a Olivia desde su casa y hablaron de Ashlynn, sola en el pueblo fantasma. Sola y viva. Tanya lo sabía.

Capítulo 56

Cuando Chris vio que Tanya entraba en el instituto, salió al aire helado del exterior, bajo el débil sol de última hora de la tarde. El olor del río resultaba opresivo, incluso en lo alto del risco. Rollie Swenson se hallaba solo. Estaba sentado en un banco verde del parque con la mirada perdida. Llevaba una cazadora y una gorra de béisbol, y los faldones de la camisa sobresalían por debajo de la chaqueta. Tenía los pantalones grises manchados y los zapatos, cubiertos de barro. Como todos los demás, se había quedado sin casa.

Chris se sentó a su lado.

—Hola, Rollie.

Éste no apartó la vista del horizonte y dio un mordisco a un *donut* de chocolate.

—Chris.

—Qué días tan horribles.

—Sí.

—¿Cómo está Tanya? —se interesó Chris.

—Mejor que yo —contestó Rollie—. Vuelve a pasar mucho tiempo con Olivia. Le sienta bien tener una amiga.

—Lo sé, y me alegro.

Permanecieron sentados en silencio. Rollie se acabó el *donut* y se chupó los dedos.

Cuanto más rato pasaban juntos, más se enfadaba Chris. Estaba enfadado por todo lo que le había pasado a Olivia. Enfadado por el perjuicio causado, por la pérdida de vidas, por la inocencia perdida. Enfadado por la onda expansiva que había destruido las vidas de tantos otros.

—¿Conocías a Marco Piva? —le preguntó a Rollie.

—No.

—Yo sí. Ha sido algo trágico. Era un hombre decente.

Rollie resopló.

—¿Decente? Me tomas el pelo.

—No, es verdad. Los hombres decentes pueden cometer actos abominables.

Rollie le dirigió una extraña mirada y no contestó.

—Me pregunto qué habría hecho yo en su situación —señaló Chris—. Florian sobornó a su esposa, se aprovechó de sus debilidades. El sentimiento de culpa que la embargaba debió de ser inimaginable. Al fin y al cabo, conoció a los padres de St. Croix, ¿verdad? Habló con ellos y vio lo que les había sucedido a sus hijos. Sus lentas y horribles muertes.

—Sí, así es —convino Rollie—. Se entrevistó con todos ellos.

—Podría haberles proporcionado consuelo y una respuesta, y en lugar de eso

encubrió lo que les habían hecho. Al final fue incapaz de vivir con esa mentira. La destruyó. Y también destruyó a Marco.

—¿Se supone que debo sentir lástima por él?

—No, sólo digo que no debe de ser fácil vivir atrapado por una terrible adicción.

Chris se metió las manos en los bolsillos y meneó la cabeza.

—Florian era un maestro de la manipulación. Recuerdo que, ya en la Facultad de Derecho, encontraba los puntos débiles de la gente e hincaba el cuchillo. Me pregunto cuánto tardó en encontrar a Lucia y averiguar cómo podía presionarla. Supongo que, si uno sabe dónde buscar, todo el mundo tiene secretos inconfesables.

Rollie miró a Chris con frialdad y luego consultó su reloj.

—Debería ir a buscar a Tanya.

Rollie empezó a levantarse del banco, pero Chris le detuvo poniéndole una mano firme en el hombro.

—Hay algo que me preocupa. Desde que descubrí la verdad sobre Lucia, me pregunto cómo podía Florian estar tan seguro de que el juez la elegiría a ella para que actuara como experta en la demanda.

—Me imagino que se acercó a ella después de que la escogieran —dedujo Rollie.

—¿Florian? No, era mucho más listo que eso. Sólo aceptó la participación de una experta porque sabía que Lucia Causey redactaría un informe que exoneraría a Mondamin. Nunca se habría arriesgado a que el juez eligiera a alguien a quien no pudiera manipular. Comprobé el registro de la propiedad: Lucia empezó a recibir dinero poco después de que archivaran la demanda. Florian la tenía en el bolsillo desde el principio.

—Engañaron a todo el mundo. Era un buen plan.

—Sí, lo era, pero sólo si el juez elegía a Lucia —insistió Chris—. Por supuesto, si la acusación y la defensa proponían el mismo nombre, estaba claro que el juez se decidiría por esa persona. Entiendo por qué Lucia encabezaba la lista de candidatos de Florian: era la que él quería. Así que tengo curiosidad por saber una cosa: ¿por qué incluiste tú a Lucia en tu lista?

Los ojos de Rollie mostraban una calma mortal. Era abogado, y no se inmutaba ante los interrogatorios.

—Tenía las credenciales. No hay muchos epidemiólogos con la experiencia suficiente para enfrentarse a un proyecto como éste.

—¿Fue sólo un accidente? ¿Una coincidencia?

—Debió de serlo.

Chris negó con la cabeza.

—No lo creo. Florian no habría apostado el futuro de su empresa a una coincidencia.

—No sé qué decirte, Chris. Recurrí a investigadores independientes para que me

proporcionaran nombres y presentar la lista de expertos. Tal vez Florian se pusiera en contacto con ellos.

—Tal vez.

Chris dejó que el silencio se alargara.

—¿Sabes? Hay otra cosa que me preocupa.

—¿El qué?

—La nota que te envió Aquarius —explicó Chris—. Aquarius te advertía de que te mantuvieras en silencio. No quería que Tanya hablara con la policía sobre lo que Ashlynn le había explicado.

Que había escarbado en los secretos de su padre. Que tenía una prueba.

—¿Y?

—Y ¿por qué iba Marco a pensar que Tanya sabía algo?

Rollie vaciló.

—Ashlynn debió de contárselo a Marco.

—No. Ashlynn llamó a Tanya la noche antes de que la mataran, ¿recuerdas? Estaba en Nebraska y no llegó a casa. No hay forma de que se lo contara a Marco.

—Tal vez le dijera algo mientras estaban en el pueblo fantasma —apuntó Chris.

—¿Quieres decir que él la mató?

—Exacto.

—Yo también lo he pensado. Tenía sentido cuando no sabíamos quién era Aquarius, pero ahora lo sabemos. El problema es que Marco no mató a Ashlynn; tenía una coartada. Él no estuvo en el pueblo fantasma.

Rollie frunció el ceño.

—Bueno, pues lo descubrió de algún modo. Tenía miedo de que Tanya supiera lo bastante como para comprometerle.

—De hecho, no creo que Marco supiera nada sobre Tanya.

—Entonces ¿por qué me mandó esa nota?

—Es muy simple: no lo hizo. La nota era falsa.

—¿Falsa? ¿Por qué iba nadie a tomarse tantas molestias?

—Alguien no, Rollie, tú. Tú falsificaste la nota. Necesitabas una razón para que Tanya no hablara con nadie acerca de la llamada de Ashlynn. Necesitabas poder justificar por qué no le hablaste a la policía de esa llamada. Aquarius te proporcionó la excusa perfecta: tenías miedo de poner a tu hija en peligro.

—¿Qué estás diciendo, Chris? —preguntó Rollie, aunque ya lo sabía. No podía ocultarlo.

—Estoy diciendo que la llamada de Ashlynn fue tu peor pesadilla.

—Eso es una locura.

—¿Lo es? Estoy tratando de imaginar lo que se te pasó por la cabeza en ese momento. ¿Habló sólo con Tanya, o tu hija te pasó el teléfono? Debió de ser

impactante. Allí estaba Ashlynn explicándote que su padre había ocultado el papel de Mondamin en las muertes ocurridas en St. Croix, y diciéndote que ahora podía probarlo. ¿Te dio algún detalle? ¿Mencionó a Lucia Causey? Apuesto a que sí.

Rollie Mantuvo una expresión pétrea y no dijo nada.

—Pobre Ashlynn —prosiguió Chris—. Pensó que estaba hablando con el único hombre que podía ayudarla. Pensó que te estaba dando la oportunidad de volver al tribunal y convertirte en un héroe para la gente de St. Croix. Estaba dispuesta a traicionar a su padre y revelar que era un hombre corrupto, pero no tenía ni idea de que desenmascarar a su padre significaba desenmascararte también a ti.

—¿Desenmascárame? —preguntó Rollie con gesto impasible.

—Florian no sobornó sólo a Lucia, también te sobornó a ti —declaró Chris.

—No tienes ni idea de lo que dices.

—Sí, la tengo. Debió de parecerte muy sencillo, seguro. Lo único que tenías que hacer era incluir a Lucia Causey en tu lista de expertos. Una pequeña traición. Nadie iba a cuestionarla. Como has dicho, tenía credenciales.

Rollie se rascó la barba de tres días con sus gruesos dedos. No miró a Chris; en lugar de eso, contempló el barro pisoteado del campo. Al final, sus labios se curvaron en una leve sonrisa.

—Es una lástima que no seas abogado litigante, Chris. Serías bueno con los jurados; sabes muy bien cómo vender una historia. Demonios, casi me lo he creído yo mismo. Entonces lo he recordado: éste es el tipo de hombre que haría cualquier cosa para proteger a su hija de una acusación de asesinato. Mentiría, destrozaría reputaciones. No juegues a eso conmigo. Estás dando palos de ciego. No sabes de qué hablas.

Chris se inclinó hacia él. La proximidad le puso los pelos de punta.

—Conozco la porquería enfermiza que te vendía Kirk Watson, Rollie.

Rollie Swenson se quedó helado. Parecía un hombre invisible que de repente se hubiera dado cuenta de que el mundo podía ver quién era. Chris distinguió en sus ojos un resplandor de lo que debía de haber supuesto para Rollie vivir dos existencias separadas, una en público y otra entregada a sus más íntimos deseos.

—Kirk le contó a Florian que eras uno de sus clientes, ¿verdad? —continuó Chris—. Ése era el as que guardaba en la manga. Debiste de hundirte cuando fue a verte, y el litigio se convirtió en tu intento de redención, ¿no? Creíste que por una vez en tu vida estabas haciendo algo noble, pero tu adicción lo emponzoñó como había hecho con todo lo demás. ¿Te humilló Florian? ¿Te trató como a un criminal? Si no te avenías a su propuesta, te arrestarían y quedarías al descubierto, inhabilitado, destruido. Todo el mundo sabría la clase de hombre que eres en realidad, incluida tu hija.

Rollie respiraba con dificultad y dejó que su cólera se desatara.

—Será mejor que no sigas soltando calumnias, o te meterás en problemas —dijo—. No tienes ninguna prueba.

—¿Era eso lo que buscabas en casa de Kirk? —preguntó Chris—. ¿Pruebas? ¿Tratabas de encontrar las pruebas que tenía contra ti? ¿Las encontraste, o Kirk las guardaba en el garaje? La policía no encontró nada allí, así que imagino que Lenny se las llevó.

—Este juego no tiene sentido, Chris. No vas a ganar. Aunque hubiera algo que encontrar, en estos momentos está enterrado bajo un metro y medio de cieno en algún lugar de Iowa.

—¿Crees que te has salido con la tuya?

—Creo que la inundación ha dado paso a un nuevo comienzo. Es lo que hacen las inundaciones.

—No para todo el mundo. No para un monstruo como tú.

Rollie se puso en pie y ocultó su rostro bajo la visera de la gorra de béisbol.

—No actúes como si supieras quién soy. No tienes ni idea.

—No, tienes razón, no lo sé —le espetó Chris, levantándose a su vez y dejando que las emociones se filtraran en su voz—. No sé cómo un hombre puede excitarse mirando cosas que harían que la mayoría de la gente se arrancara los ojos de la cara.

—Hemos terminado —declaró Rollie, y se subió la cremallera de la cazadora—. Me estás haciendo perder el tiempo. Como ya te he dicho, no tienes nada.

Chris se sacó un pequeño lápiz de memoria del bolsillo y lo sostuvo entre los dedos para que lo viera.

—¿Creías que Florian no iba a guardar una copia?

Rollie contempló el pequeño dispositivo metálico.

—¿Qué es eso?

—Lo sabes perfectamente.

—No creas que puedes engañarme.

—No es un farol —le aseguró Chris—. He visto el vídeo, Rollie.

—Mientes.

—Kirk no dejaba nada al azar —prosiguió Chris—. Grabó las imágenes pornográficas mientras las metía en el sobre, para que todo el mundo supiera lo que contenía. Utilizaba esos horribles sobres con lunares que se reconocen a kilómetros de distancia. Grabó la dirección mientras la escribía: apartado de correos 24321, Ortonville. Se grabó metiendo el sobre en el buzón. Y luego a ti, Rollie. Te filmó recogiendo el sobre en la oficina de correos como un niño en la mañana de Navidad. Hay un primer plano tuyo. ¿Sabes que es lo más asqueroso? Resulta obvio que tenías una erección. Te excitaba el mero hecho de pensar en abrir un nuevo envío de esa porquería.

Rollie cerró los ojos con fuerza y no dijo nada. Sabía que todo había acabado. Al

oír el número del apartado de correos, supo que no tenía nada que hacer. Todo el mundo lo sabía; no había escapatoria. El peso que sentía en su alma era tan grande que apenas podía respirar.

—Julia me dio el vídeo —le explicó Chris—. Con Florian muerto y la verdad al descubierto, no había razón para seguir guardando tu secreto. No cuando cayó en la cuenta de que fuiste tú quien mató a su hija.

Rollie volvió a abrir los ojos y Chris vio el alcance de su destrucción. Su vida había volado en pedazos, dejando en su lugar sólo vacío. La puerta del infierno estaba abierta.

—¿Cómo pudiste hacerlo, papá?

La voz sobresaltó a Rollie como una descarga eléctrica. Dio media vuelta como si esperara ver al diablo, pero se trataba de su hija, que le gritaba.

Estaba de pie tras el banco y su perro se retorció entre sus brazos. Olivia se encontraba a su lado, apoyada en las muletas. Hannah, con los brazos cruzados sobre el pecho y una expresión impasible de furia, estaba junto a Michael Altman, acompañado de tres agentes de policía.

Las palabras de su hija, la mirada de repulsión que reflejaban sus ojos, cortaron a Rollie en dos como el filo de una espada. Bajó la cabeza y su cara se retorció en un gesto de desesperación. Se asfixiaba; lloraba. La única emoción más intensa que el odio que sentía por sí mismo era el amor que sentía por su niña, pero ni siquiera aquel amor había bastado para salvarlo.

—Cariño, tú no lo entiendes.

—Lo he visto —siseó ella—. No quería creerlo, pero me lo han enseñado. ¿Cómo has podido?

Chris vio el rostro de Tanya, y sus lágrimas no podían enmascarar la verdad. Ella lo sabía. Lo había sabido siempre. Se preguntó si ése era el motivo por el que había acudido a él y le había contado lo de la llamada telefónica. Quería terminar de una vez con el sufrimiento, aunque eso significara perder a su padre.

—Ese viernes por la noche oíste cómo Tanya hablaba con Olivia por teléfono, ¿no es cierto? —le preguntó Chris a Rollie—. Oíste lo que habían hecho, dónde habían estado. Era tu oportunidad; sabías que Ashlynn se encontraba sola en el pueblo fantasma.

Rollie permaneció en silencio.

Chris miró a Tanya, que irguió los hombros y se secó las lágrimas. No iba a encubrirlo más.

—Le vi marchar —dijo—. Estaba en mi cuarto y oí el coche. Volvió una hora más tarde. Yo no le dije ni una palabra; fingí ignorarlo.

Rollie hundió la cabeza y se miró el regazo, como si el peor crimen fuera oír lo que había hecho de boca de su hija. Veía el futuro: ella iba a crecer despreciándolo,

vería el demonio que él veía en sí mismo cada vez que se miraba en el espejo.

—Seguro que Ashlynn se alegró de verte —dedujo Chris—. Pensó que habías ido a rescatarla.

—Sólo quería saber qué había averiguado —murmuró Rollie—. No fui allí para matarla. Imaginaba que albergaba sospechas, eso es todo.

—Pero tenía más que sospechas.

Rollie asintió.

—Sabía qué había hecho Florian. Disponía de pruebas. Las guardaba en su ordenador portátil. Lo sabía todo sobre Lucia. Tenía copias de los registros telefónicos, los extractos bancarios y los viajes de Florian, que había sacado de su ordenador. Había encontrado los e-mails que intercambiaron. Lo sabía todo.

—Excepto lo tuyo.

—Excepto lo mío —confirmó él.

Alzó la vista hacia su hija y extendió los brazos hacia ella; Tanya retrocedió, dio media vuelta y echó a correr hacia la escuela, dejando huellas mojadas en la hierba. Él la siguió con los ojos hasta que desapareció.

Altman les hizo una señal con la cabeza a los agentes, que se acercaron a Rollie, lo levantaron del banco y lo esposaron. Éste, aturdido, no opuso resistencia. Una gruesa lágrima rodó por su mejilla, seguida por otra, y otra, hasta que se convirtieron en un torrente. Por su aspecto, se diría que habría preferido estar en el fondo del río, enterrado con las ruinas. Tuvieron que ayudarlo a caminar mientras se alejaban.

Chris los vio marchar y pensó en los padres y las hijas, los maridos y las mujeres. Florian había perdido a Ashlynn. Julia había perdido a Florian. Tanya había perdido a Rollie. Marco estaba en lo cierto, como siempre. «La vida cambia, amigo mío». En un momento la tenías en las manos y al siguiente se te escurría de ellas.

El fiscal del condado se volvió hacia Olivia y posó una mano en su hombro.

—He cometido un error contigo, señorita Hawk. Te acusé falsamente de haber cometido un terrible crimen y te pido disculpas.

Olivia meneó la cabeza.

—Yo también cometí un error, y el mío fue peor.

—Tú tienes dieciséis años —le dijo Altman—. Lamento ser yo quien te lo desvele, pero tienes ante ti una vida llena de errores. Creo que tus padres te explicarán que lo importante de los errores es aprender a vivir con ellos.

El fiscal le guiñó un ojo a Chris y siguió a los agentes de policía con los precisos pasos de un soldado.

Cuando todo el mundo se hubo marchado, quedaron los tres solos en el campo. Chris, Olivia y Hannah.

El sol se puso y tiñó las nubes con franjas anaranjadas. El aire se volvió más frío.

Eran una familia que se había separado y había vuelto a unirse. Lo habían perdido todo y lo habían ganado todo. Ahora él tenía justo lo que deseaba, aquello por lo que había ido. Su casa en la ciudad nunca había sido un hogar sin ellas. No tenían un lugar al que ir ni en el que vivir y, de algún modo, a Chris no le importaba en absoluto.

Se acercó a su hija, sostuvo su cara entre las manos y se inclinaron el uno hacia el otro, frente con frente. Chris se sentía afortunado, como si se hubiera salvado.

—Debería ir a buscar a Tanya —dijo Olivia—. Va a necesitar ayuda.

—Ve.

Su hija le dio un beso en la mejilla.

—Te quiero, papá.

—Yo también te quiero.

Olivia miró a sus padres y, al verlos juntos, una sonrisa tonta se dibujó en sus labios. Por un momento pareció tener de nuevo diez años, ser su niña pequeña en lugar de una joven a la que ya le habían roto el corazón y que había crecido demasiado rápido. Ahora era feliz. Chris se dio cuenta de que su hija había descubierto algo que él había tardado décadas en comprender: cuando sucede algo bueno, no haces preguntas, sólo sonrías y te abrazas con fuerza.

Hannah permaneció a su lado mientras Olivia cojeaba en dirección a la escuela para encontrarse con su amiga. Chris sintió cómo ella cerraba los dedos en torno a los suyos y le cogía de la mano. Ambos lo sabían. Ambos lo sentían. Ella no le preguntó si iba a quedarse, si iba a estar a su lado, al lado de Olivia, si podrían reconstruirse a sí mismos al tiempo que se reconstruían los pueblos. Sin preguntas. Sólo sonrías y te abrazas con fuerza.

Tal vez les quedaran meses, tal vez años. Pero sentía algo curioso: a Chris no le importaba. No iba a marcharse a ninguna parte. En aquel momento, agarrado de la mano de Hannah, sintió que el tiempo se congelaba con tanta solidez como el hielo invernal, hasta quedar completamente inmóvil.

Agradecimientos

Las poblaciones de Barron y St. Croix son ficticias, así que, esta vez, aquellos de vosotros que disfrutáis navegando por Google Earth para ubicar mis localizaciones no las encontraréis en un mapa. Aun así, la mayoría de las escenas del libro están situadas en lugares reales de pueblos del suroeste de Minnesota como Montevideo, Granite Falls, Ortonville y Hazel Run. La presa Spirit se inspiró en la de Lac Qui Parle, que se halla sobre el río Minnesota.

Estoy muy agradecido al equipo que durante los últimos años me ha ayudado a navegar por los significativos cambios ocurridos en la industria editorial. Entre ellos se incluyen mis agentes internacionales Ali Gunn y Diana Mackay, mi agente estadounidense Deborah Schneider, así como todos los coagentes que me han ayudado a hacer llegar mis libros a los lectores de distintos países en todo el mundo. Dentro del ámbito editorial en concreto me siento especialmente agradecido a mis nuevos colegas del Reino Unido, David North y Charlotte Van Wijk de Quercus, por su entusiasmo y su apoyo en el lanzamiento de *Bajo sospecha*.

Gracias en especial también a Jeff Edblad, fiscal del condado de Isanti (y lector de mis libros desde hace mucho tiempo), por su ayuda en el tema de los procedimientos legales a menores en Minnesota. Cualquier error o licencia dramática al respecto es, por supuesto, responsabilidad mía.



BRIAN FREEMAN. Nació en Chicago en 1963 y creció en San Mateo, California, antes de mudarse a Minnesota. Empezó a escribir su primera novela cuando estaba en sexto curso, y todavía recuerda esa primera incursión en la literatura. Como fuentes, cita dos un tanto insólitas: su abuela y una profesora de secundaria. Cursó estudios en Lengua Inglesa, lo que le facilitó el acceso a la colaboración en revistas literarias como *Mystic Fiction*, *Mind in Motion* y *Green's Magazine*. Su trabajo como director de marketing y relaciones públicas en la firma de abogados Faegre & Benson le acercó a los dramas de quienes se ven involucrados en asuntos criminales, experiencia que le ha sido de inestimable ayuda a la hora de crear sus argumentos.

El lanzamiento mundial de su carrera editorial a los cuarenta y un años supone para él la culminación de treinta años de fascinación por el *thriller*. *Inmoral* representa su debut en la escena literaria y ha suscitado un gran revuelo, ya que es la carta de presentación de un autor llamado a renovar el género del misterio y la intriga. Los detectives Jonathan Stride y Serena Dial también protagonizan su segunda novela, *Stripped*. Sus libros están a la venta en cuarenta y seis países y han sido traducidos a dieciséis idiomas.

Para más información sobre Brian Freeman: www.bfreemanbooks.com.

Notas

[1] En inglés, *hawk* significa «halcón». (N. de la T.) <<

[2] Comunidad ficticia que constituye el escenario de dos conocidas comedias televisivas estadounidenses: *The Andy Griffith Show* y *Mayberry R. F. D.* (N. de la T.). <<

[3] *Lutefisk* es un plato tradicional de los países nórdicos preparado a base de bacalao seco. (N. de la T.). <<

[4] La divisoria continental de las Américas o Gran Divisoria es una línea geográfica trazada sobre el terreno que separa las cuencas que desembocan en el océano Pacífico de las que lo hacen en los océanos Atlántico y Ártico. (*N. de la T.*) <<

[5] Mascota de una compañía aseguradora estadounidense famosa por los anuncios que protagoniza. (*N. de la T.*) <<

[6] En italiano en el original. (*N. de la T.*) <<